

*donde  
la ciudad  
cambia  
su nombre*  
*francisco candel*



*Donde la ciudad cambia su nombre* es la novela que obligó a la España del Desarrollo a descubrir que, de espaldas a la gran ciudad, existían otras pequeñas ciudades, los suburbios, pobladas de seres anónimos, desconocidos pero vivos, con nombres y apellidos o, mejor dicho, motes, que luchaban por encontrar su lugar en una sociedad que se afanaba por ignorar su existencia. Toda una galería de personajes reales, ciertos, pueblan las páginas de este libro que, aunque se desarrolla en un suburbio de Barcelona (las Casas Baratas de Can Tunis), refleja toda la España suburbial. El Perchas, el Redondo, Mosén Jorge, el Picha, el Borde, el Chorra, el doctor que lucha por mantener en marcha un exiguo dispensario, el Gata, el Gallardo, el Michurella... pueden ser hijos de cualquier suburbio español. Más de cien personajes que hacen de ésta una novela imprescindible y necesaria para reconocer y comprender la vida en la España de mediados del pasado siglo.

**Lectulandia**

Francisco Candel

# **Donde la ciudad cambia su nombre**

ePub r1.0

Artifex 29.10.13

Título original: *Donde la ciudad cambia su nombre*

Francisco Candel, 1957

Diseño de portada: Yzquierdo

Editor digital: Artifex

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mis amigos  
Enrique Martínez, corredor de pelo,  
y Francisco Invernón, alias *el Paquirri*  
y Paquito *el Bienhecho*

## De cuando *Donde la ciudad cambia su nombre* cambió la indiferencia hacia la ciudad suburbial

Tiempo atrás me rompí una pata. Una pierna rota es una pata. Tibia y peroné. Su recompostura fue lenta y engorrosa. Un día en que me arrastraba por la calle con mis muletas y mi languidez, una señora guapamente emperifollada, que llevaba una niña muy mona de la mano, se detuvo a mirarme.

—No sabe la pena que me da usted.

Me gustó aquella simpatía del dolor.

—Muchas gracias, señora.

La mujer insistió:

—Sí, no sabe la pena que me produce usted.

Entonces fui yo quien sentí pena de su pena y pensé que debía consolarla igualmente a mi vez, así que le di las gracias de nuevo y le dije que no se preocupara: aunque poco a poco, el estropicio se iba arreglando. Entonces, la mujer, saltó:

—No sabe la pena que me da, pero no sabe lo que me alegro de lo que le ha pasado.

¡Tate! Aquello no era lo que yo creía. Allí había gato encerrado.

Efectivamente se trataba de la hija del Perchas.

El Perchas era aquel fulano que hizo un agujero en la pared con un berbiquí para ver a unas tías desnudas duchándose y éstas le quisieron hacer la vaca. Censura no dejó que se la hicieran. Nosotros hemos autorizado lo que censura prohibió, con lo que las despelotadas señoras han podido tomar, al fin, cumplida y completa venganza.

Yo le pregunté por su padre a la mujer.

—Murió —contestó agriamente.

Era como si dijera: él murió y usted sigue vivo. Comprendí que había acabado de meter la pata. También comprendí más cosas, entre ellas, que aún duren o puedan durar los rescoldos de una guerra civil como la nuestra, o que hayan durado tanto. Si una novela que no produjo mortandades, sólo ciertas afrentas, hacía perdurar en su odio a los protagonistas o a sus descendientes al cabo de tantos años, ¿qué tenía de extraño que otras heridas de sangre, y pese al paso del tiempo, no cicatrizaran?

La novela *Donde la ciudad cambia su nombre* me enseñó muchas cosas cuando la escribí y me enseñó muchas más cuando la publiqué. Aprendí a escribir mientras la escribía —era la tercera novela que redactaba, la segunda que editaría; sabido es que en los principios se aprende mucho y rápidamente, luego ya te anquilosas— y a entender que una novela —su argumento, sus personajes, su atmósfera— puede estar también a la vuelta de la esquina, en aquello que te rodea; que para escribir una novela no es necesario planteamiento, nudo y desenlace, sino sensibilidad, agudeza y

observación —esto es: gracejo, desparpajo y fijarse—; que si la novela es la mentira que más se parece a la verdad, la vida es la verdad que más se parece a la mentira; y más cosas, y más cosas...

Eso, escribiéndola. Publicándola aprendí que no debes escribir nunca nada malo de nadie, pues aunque esté en la Conchinchina se enterará y vendrá a reclamarte; que no creas que porque uno sea analfabeto o no tenga por costumbre leer, no leerá o le leerán lo escrito sobre él; que no pienses que por más que disfraces un personaje, éste no se reconocerá; que las burlas sobre otros hacen reír a terceros, pero no a esos otros; que la gente disfruta atizando el fuego; que tienes que enfrentarte a tu enemigo en tu propio terreno, nunca en el de él; que el triunfo y el fracaso son dos impostores, aunque esto ya lo dijo Kipling; que lo que me ocurrió cuando esta publicación, era otra historia, cosa que también dijo Kipling; que la justicia es kafkiana, algo que ya lo demostró Kafka; y más cosas, y más cosas...

*Donde la ciudad cambia su nombre*, con unas veintiuna ediciones y reimpressiones a sus costillas, varias traducciones, adaptaciones televisivas y otras hierbas, es ya una especie de libro clásico en mi bibliografía. Me hizo entrar por la puerta grande de la gloria —efímera además de impostora— de un modo rápido y tempranamente, no mediante un premio literario al uso y al abuso, sino de un modo más original, el del escándalo, algo que muchos buscan y pocos encuentran y que por lo general se encuentra sin buscarlo o cuando no lo buscas, como me pasó a mí. Aquello de los *Seis personajes en busca de autor*, de Luigi Pirandello, en mi caso fueron más de cien, no de mentirijillas, ideados, fantasmales, sino tangibles, en cuatro dimensiones, pues además de altura, anchura y profundidad, tenían una irascibilidad peligrosa. Premonitoriamente, yo lo decía al final de mi manuscrito: «Estos tipos (los de la novela) no son de papel, no permanecen quietos y olvidados en las páginas de un libro; estos tipos son de carne y hueso, y, en menos que canta un gallo, ¡flap!, que diría el Paquirri, te hinchan un ojo.» De todos modos, y al escribir esto, hacía literatura, puro hablar por hablar. No imaginaba que esto pudiera resultar cierto, como después resultó. Pero vayamos por partes.

Yo había publicado mi novela *Hay una juventud que aguarda* con José Janés y *Donde la ciudad cambia su nombre* la había presentado al Premio Ondas, que entonces también concedía un premio literario. La novela no se llamaba *Donde la ciudad cambia su nombre*, se llamaba *El dado* (diversas caras al azar —como un dado— de una realidad cotidiana). Entonces estaban de moda los títulos metafóricos o simbólicos y además cortos: *La noria*, Luis Romero, *Los raíles*, Miguel Delibes, *La colmena*, Camilo José Cela, *La piel*, Curzio Malaparte... Los del jurado del Ondas me comunicaron que *El dado* era merecedor del premio, pero que dudaban de que censura lo autorizase, así que me lo retornaban. Janés, entonces, probó suerte con censura y censura, previas unas supresiones, lo autorizó. A Janés no le gustó el título

de *El dado* y pensando, pensando, dimos con *Donde la ciudad cambia su nombre*, que está mucho mejor, y *El dado*, masculino, se transformó en *Donde la ciudad*, femenino... Lo que censura quitó, continuó suprimido en posteriores ediciones, primero porque continuábamos bajo el franquismo, y, segundo, porque cuando el franquismo desapareció, como la novela se reimprimía, no era necesario, decían los editores, hacer una nueva composición tipográfica, resultaba demasiado gasto, y continuó apareciendo igual. En la presente edición añadimos, entre corchetes, lo que censura tachó o cambió, con alguna nota explicativa además. Lo que entonces, a los censurados, nos daba mucha rabia, pues era como caparte, ahora lo encuentras divertido, por lo burros que eran los señores de la censura.

*Donde la ciudad cambia su nombre* es una novela cuyo escenario son las Casas Baratas de Can Tunis. Yo había vivido en las Casas Baratas. Mi infancia y adolescencia habían transcurrido allí. Cuando escribí *Donde la ciudad cambia su nombre* vivía en el barrio de Port, a diez minutos de las Casas Baratas. Los personajes eran conocidos míos. Las historias que se contaban en ella eran de dominio público. Pero las cosas habladas no son lo mismo que escritas. Una fotografía, por ejemplo, no es igual que una descripción ontológica o alfabética. Tú fotografiarás a un jorobado o a un tuerto y en la fotografía saldrá jorobado o tuerto y el jorobado o tuerto no se enfadará. Tú dirás de un jorobado o tuerto que es jorobado o tuerto y el jorobado o tuerto se molestará. Tú lo escribirás y el jorobado o tuerto te matará. A mí no me mataron, pero casi-casi. Así que lo que contado de viva voz resultaba, una broma, escrito no. Si hablado molestaba, escrito ofendía.

Cuando publiqué *Donde la ciudad cambia su nombre* sólo tenía en mi haber publicitario *Hay una juventud que aguarda*, así que yo era un escritor prácticamente desconocido, por ello pensaba que esa nueva novela mía tendría un cupo reducido de lectores y que, entre esos reducidos, no entrarían los habitantes de las Casas Baratas, censo nada aficionado a la lectura. Mi negligencia, al escribir el libro, y respecto al disimulo que toda obra de ficción entraña, fue tal, que no me molesté en cambiar nombres ni motes de los protagonistas, no solamente por una estúpida fe en que ellos no leían, sino porque, una vez más, la realidad superaba la imaginación y era imposible mejorar, no ya los nombres, sino los motes, sobre todo los motes. Algunos que cambié, francamente, quedaron escasamente disimulados, como fue, por ejemplo, llamar el Redondo al Cuadrado, el Gata al Rata, el Gallardo al Serrano, y así por el estilo. Abreviando, y como dije respecto a lo que me enseñó la publicación de este libro, todos sus personajes, todos ellos y su entorno, se enteraron de la salida, de la puesta en escena o presencia en los escaparates de *Donde la ciudad*... Aunque de la novela en cuestión no se hizo ningún tipo de publicidad, funcionó el puerta a puerta o boca a boca o como quiera llamársele. Huelga decir cómo se pusieron, sobre todo los protagonistas y sus familiares, porque el resto, el entorno, se apuntó, más que nada, al

carro de las murmuraciones, y muchos, al coro de los que pedían airadamente mi cabeza o linchamiento. Todo ello resultó algo tan intenso, desgarrador, emocionante y esperpéntico, que adquirió un carácter literario tragicómico, lo que motivó, años después, otra novela mía, *¡Dios, la que se armó!*, y que es como una segunda parte de *Donde la ciudad cambia su nombre*. Aunque dicen que nunca segundas partes fueron buenas, esta vez, y según opinión de los autorizados, no ocurrió así. Menos mal.

Cuando fulanito de tal (no quiero poner su nombre; bastante guerra me dio en aquella ocasión), que estaba en el bar, oyó leer a uno *Donde la ciudad cambia su nombre*, se partía de risa. El lector, picoteando, leía lo que más le divertía y entusiasmaba. Que se burlen de las faltas y defectos de los demás da gozo. El lector le advirtió: no te rías, que aquí sales tú; y cómo sales. Que se burlen de tus defectos, en cambio, estremece y te llena de mala leche. A nuestro retratado se le cortó el resuello y la risa. Y con la mano en el bolsillo marchó para mi casa. Cuando lo vi aparecer se me cayó el alma al suelo.

Fulanito de tal, de quien no quiero colocar su nombre, apretaba con fuerza la mano que llevaba en el bolsillo. Discutimos. Yo no tenía excusa posible. Mi única escapatoria consistía en decir que todo lo que contaba de él era de dominio público. Él replicaba que yo no tenía derecho a meterme en su vida privada. Yo ponía en duda lo de privada, pero en mi fuero interno sabía que tenía razón. Le atendía en la entrada de mi casa. En las Casas Baratas había chillado mucho. Durante el trayecto hasta mi domicilio había seguido chillando, pero en descenso. En la puerta de mi casa chillaba menos. En la entrada o vestíbulo, dejó de chillar. Hablaba con modulaciones; a veces, incluso bajo. Como no sabía por dónde salirme, le remití a la justicia, que se querellara, que me denunciase. Sacó la mano del bolsillo. Me mostró una faca. No la llegó a abrir. Me dijo que era de siete muelles. O de nueve. Ahora no recuerdo los muelles con precisión. Me dijo también que no creía en la justicia, que sólo creía en la justicia que se tomaba uno por su mano.

No sólo es ahora que la justicia es un cachondeo. Entonces también lo era. Por el testimonio de clásicos literarios, como Cervantes, lo ha sido siempre. Si aquellos vecinos de las Casas Baratas tenían motivos para desconfiar de la justicia y creer únicamente en la que se practica con las manos, esto es, en la que te tomas tú, con la aparición de mi libro todavía creyeron menos. Si el personaje de la faca, no, otros sí optaron por la querrela, o intentaron optar, concretamente el Gallardo, pero el juez no le admitió la denuncia. Incluso le demostró que lo que yo escribía de él eran piropos y no insultos. Verdaderamente, uno, al Gallardo, no lo dejó muy mal, pero piropos-piropos... El juez —el que rechazó al Gallardo, los que debieron de rechazar a algún otro— debió de considerar a los de las Casas Baratas gentuza —ahora diría o dirían basura—, y a mí, por el sólo hecho de ser escritor, un personajote, hasta que uno de los querellantes resultó ser el abogado defensor del criminal Juan de Dios —ambos,

personajes de mi libro—, y entonces sí que le admitió la querrela. Cuando me presenté en el juzgado de instrucción correspondiente, el juez me aquilató desfavorablemente y me procesó. Debí de pensar: éste también es de las Casas Baratas. Porque curiosamente, el abogado defensor del Juan de Dios no aparecía ni con su nombre ni con ninguno en las páginas de mi obra y era un personaje abstracto, escasamente descrito, ya que yo ni lo conocía ni lo había visto ninguna vez. Era un ilustre criminalista. El espíritu corporativo debió de influir en el señor juez.

La verdad es que mi encuentro con semejante juez no fue nada afortunado. Esto debió de influir en su decisión de procesarme. Cuando el secretario me tomó la filiación, al preguntarme por mi oficio, yo dije escritor. Era la primera vez que hacía esta profesión de fe. Hasta entonces, y en mis documentos, había sido «jornalero», y, últimamente, «contable». Después del baño de sangre que había supuesto mi bautismo literario, me sentí plenamente «escritor». El secretario dudó. Por lo visto, los escritores tienen una pinta especial, y yo no la tenía. Así que el secretario miró al juez y el juez también dudó, porque se encogió de hombros, como diciendo: ponga usted lo que quiera, y el secretario musitó, mientras tecleaba lo mismo en la máquina de escribir: «escritor». Entre el juez y yo se había producido aquel magnetismo extraño por el que a otro ser de tu especie animal lo aceptas o lo rechazas sin saber por qué, sin que medie razón o explicación ninguna. Ambos nos rechazábamos sin más, pero luego ya nos rechazamos airadamente, sobre todo el juez. Sí, porque cuando me preguntó si yo era el autor de *Donde la ciudad cambia de nombre*, le contesté que no. El juez se quedó perplejo. Con retintín, silabeando, volvió a preguntar:

—¿Que usted no es el autor de *Donde la ciudad cambia de nombre*?

—No, señor.

Como en los juramentos y en los matrimonios, solemnemente y por tercera vez, insistió:

—¿O sea, que usted no es el autor de una novela titulada *Donde la ciudad cambia de nombre*?

—No, señor.

Cogiendo el libro, que lo tenía encima de la mesa, casi me gritó:

—¿Usted no ha escrito este libro?

—Sí, señor. Pero ahí pone *Donde la ciudad cambia* «su» nombre y usted me pregunta por *Donde la ciudad cambia* «de» nombre.

Entonces sí que se puso a gritar. Más que a gritar, a vociferar. Fue cuando me procesó.

A todo esto, al pobre libro le iban cayendo chuzos o rayos por todas partes: por abajo, de parte de los personajes del libro; por en medio, a causa de la justicia; por arriba, las iras gubernativas. Teníamos de gobernador en Barcelona a don Felipe

Acedo Colunga. Tenía fama de mulo. Confundía, cuando se las daba de intelectual, a Mauriac con Maurois, dos escritores entonces de moda. De él, César González Ruano, que era un cínico, había dicho: «Le he llamado paraguas y no se ha dado cuenta.» Hacía alusión a un panegírico suyo donde Ruano había usado la metáfora de que Acedo Colunga tenía el alma de acero bajo una envoltura de seda. Cuando el gobernador Acedo Colunga supo de un libro que se vendía como pan bendito en los quioscos de la Rambla, amotinándose el público, con gritos y cabreos de los compradores, mandó recogerlo. Antes una injusticia que un desorden. Le habían dicho, además, que el libro era «tremendista». ¿Qué creía el gobernador que era el «tremendismo»? El «tremendismo» solamente era una corriente literaria impuesta por Camilo José Cela a raíz de la publicación de su libro *La familia de Pascual Duarte*. Mi novela fue retirada de los quioscos y librerías por la brigada político-social de la policía barcelonesa. José Janés y yo viajamos en uno de los coches policiales que efectuaron la recogida. Nos acompañaba Vicente Creix, uno de los mandos de la brigada. Su hermano Antonio era el jefe de dicha brigada y el terror de todos cuantos luchaban contra el franquismo en la clandestinidad. No estuvo en la incautación de mi novela porque se hallaba en América aprendiendo métodos anticomunistas con el FBI. Algunos libreros amagaron ejemplares debajo del mostrador y luego, junto con la edición que Janés tiró de extranjs, los vendieron de estraperlo, como si *Donde la ciudad cambia su nombre* fuera tabaco rubio o libretas de pan. Igual que las vendedoras de esos géneros, ciertos libreros susurraban a sus clientes: «Tengo Candel, tengo Candel...»

Desgraciadamente, cuando el gobernador relajó su dura y atrabiliaria postura, diciendo que el libro podía volver a rodar, se habían puesto en marcha las inexorables ruedecillas de la Administración, lo que motivó que censura interviniera de nuevo. Curiosamente, censura le aconsejó a Janés que enviara el resto de edición recogido por la policía a Sudamérica. Ellos no eran responsables del alma de los sudamericanos. Y nos reclamó una nueva versión con los nombres de los personajes cambiados y con muchas escenas escabrosas y palabras fuertes suprimidas. No nos tomamos con demasiado entusiasmo lo de la nueva versión retocada y otra vez censurada. No recuerdo si se llegó a publicar. Al menos en vida de Janés, no. Janés se mató al año siguiente en un accidente de coche. Entonces, Plaza-Janés me parece que llegó a sacar una edición con estas mutilaciones en su colección Libros Plaza. Después las aguas ya volvieron a su cauce.

La justicia, por su parte, también tenía el libro intervenido. Hasta que no se celebrara el juicio, y según los resultados, el libro permanecería bloqueado. Así que durante un tiempo la novela quedó fuera del mapa y sólo circularon ejemplares esporádicos por bajo mano. Por si faltara poco, el público quería lo que ellos, quienes componían este público lector, llamaban el libro de verdad, de ese modo lo definían,

el auténtico, el ejemplar con una portada del pintor Eduardo Vicente, y no una nueva edición a la que imaginaban llena de retoques. Así que el tal libro quedó yugulado, pero no su fama y clamor. Y en la calle o no, de amagatotis o al descubierto, versión requetecensurada o primera versión, siguió funcionando, su contenido anecdótico y el espíritu de su letra.

Si ahora se dice que lo que no sale en televisión no existe, entonces, cuando yo publiqué *Donde la ciudad cambia su nombre*, años 1957-1958, las cosas no existían hasta que no aparecían en un libro. La prensa daba razón, pero no credibilidad. El libro sellaba y rubricaba la verdad. El interés por mi novela rebasó la anécdota y el paisaje y la condición literaria y se radicalizó en la temática. Me ha ocurrido en casi todos los libros míos. Uno ha sido descubridor de muchas cosas, más que cosas, problemas. El suburbio ya existía, pero no fue una realidad vista que publiqué *Donde la ciudad cambia su nombre*, la inmigración en Catalunya no fue un hecho consumado hasta que uno dio fe de ella en *Els altres catalans*; el rebrote de la pobreza en nuestro cuarto mundo industrial y capitalista no nos ha lacerado hasta que no ha venido a resaltarlo mi ensayo *La nova pobresa*. En aquellos tiempos, el suburbio aún era el suburbio, con todas sus connotaciones, y no las áreas metropolitanas, con todos sus eufemismos. Pero la ciudad vivía de espaldas a él.

Ahora, a veces, tienes la sensación de que toda la ciudad —ciudades como Barcelona— es un inmenso suburbio, que toda ella es suburbial, o metropolitana, dejadme rectificar. Pero que sigue igualmente dándole la espalda. La ciudad continúa cambiando su nombre en las bolsas de pobreza y marginación de las densas zonas suburbanas.

En aquellos días de mi zarandeo literario, un titular de prensa decía: «Candel, apóstol del suburbio.» Nunca me ha gustado ni el apostolado ni el liderazgo —al menos el ejercitarlos yo— ni representar a nadie ni a nada, ni tampoco mandar. Mi paso por la política me ha llevado al ejercicio de todo ello, digamos que moderadamente. Conozco los peligros que entraña la mitificación; el despeñamiento que, a la larga, ello comporta. Así que he procurado huir de tales encumbramientos, sin lograrlo siempre. Y sin embargo... Porque si eso no —hacerte apóstol, líder, mito o leyenda—, encasillarte sí que te tan encasillado. Mucho. Demasiado. Y con el sambenito de lo social y sus derivados diríase que ha tenido que ir uno por el mundo, bagaje que cuando está de moda no pesa nada, pero cuando se le pone la proa, agobia un tanto, porque es fácil el ridiculizarlo y te expones a que se te mire con conmiseración. Así yo me he encontrado, y esto es un pequeño ejemplo, con que la portada de diversas novelas mías ajenas a estos temas, representaba un barrio de barracas o algo por el estilo. Preguntado el porqué de ello, no han sabido qué responderme. Sucedió que el portadista o quienes le habían asesorado, ni se habían leído mis textos. Incoscientemente habían formulado la simbiosis-cliché de Candel-

barracas, Candel-suburbio, Candel-inmigrantes, Candel-marginación...

Es cierto que yo vengo de una época políticamente comprometida. Forzosamente, entonces, la literatura se tenía que comprometer y, quienes la escribían, comprometerse con ella. Eran los tiempos en que a la poesía, merced a Celaya, se la consideraba un arma cargada de futuro. Si la literatura no servía para testimoniar, para denunciar, para combatir la tiranía y defender a los oprimidos —amén de otras hierbas—, no servía para nada. Pensar que con el advenimiento de la democracia en España la gente iba a dejar de leer —todos vaticinábamos lo contrario seducidos por la libertad cultural— resultaba inimaginable. Así que, ahora, todos, y en todos los aspectos, andamos despendolados. Porque se lee teledirigidamente. Pero nada más. Sartre decía: se nos conoce, pero no se nos lee. Hoy podríamos añadir: se nos compra —a quienes los comprenden—, pero no se nos lee. Priva, si priva, la escritura de evasión —a la que al fin se le ha concedido categoría literaria— y poca cosa más.

*Donde la ciudad cambia su nombre* tiene un tema o argumento, unos personajes y una intencionalidad. El tema o argumento es tenue o sutil, los personajes son muchos y variopintos y la intencionalidad acusadora y explosiva. Entre lo mucho que para bien o para mal se habló de la novela, se dijeron cosas interesantes, algunas la mar de originales. Entre las más originales, recuerdo ésta: *Donde la ciudad cambia su nombre* no era una novela porque le faltaba la constante tiempo. Desde que me puse a escribir he oído discutir el concepto novela. ¿Qué es una novela? ¿Qué es aquello que hace que un libro de autor sea considerado una novela y no otra cosa? Cela dio la mejor definición: «Novela es todo aquel libro que debajo del título, y entre paréntesis, ostenta el enunciado de *novela*.» Se cuenta de un loco que ponderaba una magnífica novela que estaba leyendo. Sólo le encontraba dos pequeños defectos: que resultaba muy gruesa y que aparecían demasiados personajes para tan escaso argumento. Después se averiguó que estaba leyendo un listín telefónico. ¿Por qué no puede ser una novela un listín de teléfonos? Ladrillos semejantes, a veces, lo son.

En mi novela no aparecía la constante tiempo, al menos en el sentido tradicional de planteamiento, nudo y desenlace. Inmersos en ese tiempo cronológico que se me negaba, ese tiempo que no pasa, puesto que somos nosotros los que pasamos, como se dice al final de la novela, una infinita serie de instantáneas situaciones jalonaban sus páginas como jalonan esa vida que nos envuelve. Tras una estudiada y necesaria estética se mostraba un desaliño en pos de un buscado planteamiento social. *Donde la ciudad cambia su nombre* era una novela escrita sobre las clases suburbanas dirigida a la burguesía ciudadana, una denuncia sobre unas injusticias perpetuadas encaminada a lucir esa sociedad que las perpetúa. Un tonelaje muy alto de tantos por ciento literarios está escrito en esa clave: sobre un sector para otro sector, sobre un sector que no leerá lo que sobre ellos se dice para otro sector que no son protagonistas de lo que se dice, a lo máximo culpables, o sea, que los convertimos en

lectores masoquistas. Que el sector retratado lea lo que sobre ellos se escribe es pura chamba, como les ocurrió a los protagonistas de mi engendro, con el que algunos incluso aprendieron a leer.

Con lo de esa manera escrito, y pese a la intención, no se soluciona nada, al menos aparentemente y definitivamente, pero sí se logran parcheos y conmociones. *Donde la ciudad cambia su nombre* consiguió, por ejemplo, que alguien, una persona anónima, le diera un millón de pesetas —un millón de pesetas en el año 1958 era mucho dinero— al abnegado médico que aparece en algunos de sus capítulos para que pudiera levantar un dispensario como el que se decía en la novela que tanto anhelaba. Este dispensario se transformó en el Centro de Promoción Social de Nuestra Señora de Port y ha funcionado con mucha efectividad la pila de años. El médico era el doctor Caries Ribas. Ahora, y en el barrio de Port, se inauguró un ambulatorio de la Seguridad Social, símbolo de la medicina pública y moderna, para todo el distrito sanitario nuestro, que ostenta el nombre de ese doctor como reconocimiento de su entrega médica a la gente de los barrios. Aunque sólo sea por cosas así, vale la pena escribir una novela...

**Francisco Candel**  
Barcelona, enero de 1990

## Prólogo profético

El Francisco Candel, escritor, autodidacta, inédito todavía, como la mayoría de escritores, como ya no tantas doncellas, es joven; es joven, pero no es barbilampión. Tiene la barba cerrada. Si la dejara crecer se convertiría en una barba como la que ostentaba Gauguin, Paul Gauguin, aquel pintor que usaba colores más bellos que los de la Naturaleza y que murió allá en una isla de Las Marquesas o de Tahití, no lo sabemos bien, es igual —no, de las Marquesas, en Hiva-Oa, sí que lo sabemos bien, ¡no sé por qué nos ponemos así!—, con el cuerpo estropeado, hecho una birria, completamente echado a perder; o en una barbaza como la de León Tolstoi, que fue santo y novelista, dos cosas la mar de antagónicas; o como la de Iván el Terrible; o... (Pero todo esto es literatura, andarse por las ramas; conquese busquemos el tronco.)

Aunque joven, el Francisco Candel ha escrito una infinidad de artículos, una porción de cuentos y una novela grande, gorda, hermosa, hermosota como una robusta y rolliza campesina. La novela la ha llevado a un concurso. Si ganara el concurso... ¡Ah, si ganara el concurso! Entonces, tal vez, seguramente, publicaría la infinidad de artículos y la porción de cuentos. (Ya estamos otra vez con la literatura, con las pijaditas, como los lilas, como los impotentes. ¡Al grano, al grano!)

El Francisco Candel tiene amigos. Amigos del barrio que fueron a la escuela, cuándo niños, con él. Amigos que trabajan de limpiabotas, de barberos, de mecánicos ajustadores y mecánicos electricistas, y, los más, de peones en la construcción, llevando gavetas de mortero sobre la cabeza, en complicados equilibrios sobre los andamios. Algo más útil que el escribir y que también les da más dinero, más dinero que al Candel, se entiende.

Los amigos lo miran con deferencia, con respeto al Francisco Candel, y le dicen:

—Cuando seas famoso...

—Cuando ganes mucho dinero...

—Cuando... Eso. ¡Señor!, ¿cuándo?

Los amigos, a veces, le preguntan de qué trata la novela, qué sale en la novela. El Francisco Candel cuenta algo, no todo, únicamente lo que pueden entender; únicamente aquello que pueden entender sus inteligencias romas y rudimentarias.

El José, manobra sin trabajo, insistió en una ocasión:

—Dime cómo comienza la novela, la primera línea, al pie de la letra.

—¿Para qué?

—Por *ná*. Yo quiero saberlo.

Los otros amigos lo disuadían.

—No seas pelma.

—Vosotros os calláis. Vosotros no entendéis. Vosotros...

El Francisco Candel, el Candel, el Paco, como le llaman sus amigos, al final, un

día, se lo dijo:

—Empieza así: *Solloza el viento entre los pinos*. Ni más ni menos.

El José, al pronto, calló, pero luego se repuso.

—El viento no solloza.

El Candel se encogió de hombros.

—Como quieras.

Los demás dijeron:

—No seas pipa.

Y la cosa no pasó de ahí.

Una tarde, una buena tarde, el Francisco Candel ha ido a las Casas Baratas o Grupo Eduardo Aunós, que suena mucho mejor. Ha ido a la calle Pinatell, antes calle 16, a la parte de arriba, donde tiene algunos de esos amigos que preguntan por la novela, donde vive el José.

Él, el Candel vive en Port, un barrio más distinguido, si se quiere, a un tiro de honda de las Casas Baratas. Pero ha vivido mucho tiempo en esas Casas Baratas o Grupo Eduardo Aunós antes de instalarse en Port, este barrio que, aunque más distinguido que el otro, no tiene dos nombres como aquél, sino uno. El Francisco Candel, aunque parezca extraño, siente la nostalgia de la tierra, o de la calle, mejor dicho.

En la calle Pinatell, en la acera, están el José y el Perchas.

El José no ha podido digerir bien el principio ese de la novela. Siempre que se topa con el Candel le dice lo mismo.

—El viento no solloza. Los que sollozan son las personas.

—Bueno, a mí déjame estar.

El Perchas ha rezongado por lo bajo:

—Los gatos *mallúan* —el Perchas no sabe decir maúllan— y los perros ladran. Pero el viento no solloza.

El Perchas debiera ser alto, para hacer honor a su mote. Pero no: es bajito, ridículamente bajito. Le dicen Perchas porque hace perchas, por nada más. Las construye en su casa. Es un obrero emancipado.

—A mí los burgueses no me explotan —dice siempre. Y escupe—. El que los quiera ganar que los sude.

Está casado con una mujer gorda que parece un fenómeno, con una mujer gorda que hace cinco como él. No, cinco, no; por lo menos veinticinco. Tiene cuatro hijos que comen más que una lima y destrozan calzado del mismo modo que la langosta un bancal. Pero él es feliz porque se cree un intelectual. Él y el José son los dos únicos intelectuales de la calle. Los otros los llaman sabios y se guasean de ellos, pero ellos como si lloviera.

Un día, el Perchas, con un berbiquí... Pero, bueno, esto vamos a dejarlo para otra ocasión.

El Francisco Candel y el Perchas casi no se conocen. Al José, el Francisco Candel le consiente ciertas cosas, pero al Perchas, no.

El José está más que nunca en sus trece.

—Esa novela no te la premiarán. En cuanto lean el principio la darán de lado.

—O no, tú no lo sabes.

Se vuelve un poco crío, el Candel, contestando así. Pero no lo nota.

El Perchas continúa dando murga, haciendo coro al José. Aunque habla como para él.

—El viento no solloza —dice—. Si dijera el viento brama, o ruge. Pero tampoco. Son los leones y los tigres los que rugen.

El Candel, al José, le consiente ciertas cosas, porque se conocen, pero al Perchas, no. Esto ya lo hemos dicho hace tan sólo quince líneas.

—Oiga, ¿a usted quién le ha dado vela en este entierro?

El Candel y el Perchas casi que no se conocen; esto también lo dijimos hace tan sólo esas líneas. Por eso se tratan de usted.

—A mí, nadie. Pero lo que no está bien pues no está bien.

—Amigo, ¿usted sabe lo que es una metáfora?

—No.

—Pues entonces se calla.

El Perchas no quiere callarse. Al contrario.

—¿Qué es una *metófora*?

—Metáfora.

—Bueno, como sea. ¡Ande, explíquelo *pa* que nos enteremos toos!

—Pues una metáfora es una cosa figurada, una comparación. Cuando yo digo que él viento solloza, no quiero decir que suelta lágrimas, sino que su ruido es como si llorara. Nada más.

—Pues entonces diga eso: El viento entre los pinos bacía un ruido como si llorara.

El Candel se ríe.

—Bah, eso no está ni así de bien. Eso no es bello. Eso no es literario.

El José interviene:

—Pero es la verdad.

El Perchas parece que ha rumiado algo más convincente.

—¿Usted ha leído *El Quijote*?

—¡Claro que lo he leído, no faltaba más!

—Cervantes sí que escribía bien. Las cosas como eran. Nada del viento solloza, ni de *metóforas* de esas.

—Metáforas —vuelve a corregir el Candel.

—¿Cómo?

—¡Metáforas!

—Bueno, metáforas, como se diga. Pero ese libro, sí que está bien. Allí dice cómo Don Quijote luchaba con los molinos y con todo, y lo explica bien.

De pronto, el Francisco Candel ha visto el cielo abierto.

—Oiga, usted que ha leído *El Quijote* y que tanto habla. ¿Se acuerda de aquel trozo en el que dice que a Don Quijote, del poco dormir y del mucho leer se le secó el poco seso que tenía?

—Sí que me acuerdo. Eso está muy bien. A mucha gente le pasa lo mismo.

—¿Y qué quiso decir Cervantes con eso? ¿Que cada día Don Quijote ponía el seso al sol y éste se secaba, como si fuera un cacahuete o un higo?

—No, hombre, ¡qué va! Quería decir que se volvía loco.

—Bueno, pues podía haber dicho eso y no lo de que el cerebro se le secaba. ¿Ve? Eso es una metáfora.

El Perchas está confundido, anonadado.

El José acude al quite.

—Don Quijote era un hidalgo.

El Perchas se rehace.

—Eso sí que es verdad. Ahora no hay hidalgos.

El Francisco Candel lo contradice, lo contradice porque sí, por nada más, por vengarse un poquito tal vez.

—Ahora sí que hay hidalgos.

—¿Sí? ¿Qué es un hidalgo?

Está en un aprieto, el Candel.

—Pues un hidalgo..., Bueno, pues un hidalgo... Yo ya me sé lo que es. Pero no encuentro palabras para expresarlo. Si tuviera un diccionario a mano se lo diría al pie de la letra. Pero, oiga, ¿por qué no me dice usted qué es un hidalgo?

—¡Claro que se lo digo! Mire, usted y yo nos peleamos, pongo por caso, con un cuchillo cada uno. En mitad de la pelea usted se cae al suelo y yo le digo: ¡Levántese! Yo soy un hidalgo.

—Eso es ser un caballero y no un hidalgo.

El José dice:

—Un caballero es uno que va a caballo.

—Bueno, eso fue el primer origen de la palabra. Pero ahora un caballero es cualquiera de nosotros.

—Eso, no —corta el Perchas.

—¿Cómo que no?

—Como que no —vuelve el José—. Mira, yo voy a tu casa, tal como voy ahora, sin arreglar, con esta ropa, y pregunto por ti a tu madre o a tu hermana, la que sea, es

un decir, y tu madre o tu hermana dicen: No está, y *aluego*, a la noche, cuando vienes tú, te dicen: Hoy ha venido un hombre preguntando por ti. En cambio, si es al revés, si viene un señor bien vestido, con su sombrero o su traje, tu madre o tu hermana o tu mujer, la que sea, dirá: Hoy ha venido un caballero preguntando por ti. ¡A ver, por qué eso! ¿Por qué a mí me llaman hombre y al otro caballero? ¡A ver, explícamelo!

—Hombre, a lo mejor no dicen eso.

—¿No? No poco.

El Candel se quiere marchar ya. Dice que es tarde. Pero el Perchas, antes, le pregunta si ha leído a Vargas Vila. Él es un entusiasta de ese raro escritor. No se comprende mucho esto después de su odio a las metáforas. Pero el Perchas dice que es un escritor prohibido y que por eso le gusta.

No es del mismo gusto, el Candel.

—Vargas Vila no vale nada. Era jorobado.

No sabemos de dónde ha sacado el Francisco Candel eso de que Vargas Vila era jorobado. La Enciclopedia Espasa no lo dice; el Diccionario, tampoco. Tal vez se lo contó un anarquista amigo de él llamado Diego y que además de a Vargas Vila leía a Pompeyo Gener; quizá sólo le dijo que era cargado de espaldas y no jorobado. Los bulos siempre empiezan así: de menos a más.

El José se enrabia con esta aseveración de que era jorobado, pues también es un entusiasta de Vargas Vila. El Perchas y él lo leen y comentan juntos.

—¡Eso es mentira!

—No es mentira. Era jorobado y las mujeres no lo querían. Por eso escribía siempre en contra de ellas.

Ni el Perchas ni el José están de acuerdo.

—Un hombre de tanto talento no podía ser jorobado.

Esto no tiene vuelta de hoja, según ellos.

El Francisco Candel no aguanta más y se larga. Piensa que algún día escribirá algo sobre estos tipos.

**Barcelona, Port.**

13 de noviembre de 1952.

## El crimen

El Juan y el Pedro, hermanos, dieciocho y dieciséis años —poco más, poco menos—, respectivamente, habían ido a pedir explicaciones al hijo del Juan de Dios, que les había querido deshonrar la madre. Luego, ya en compañía de éste, del hijo del Juan de Dios, calle Ulldecona arriba, antes calle 7, se dirigieron al Paseo del Puerto Franco, a verse las caras. Era de noche. Pero verse las caras significaba arreglar las cuentas, arreglar el asunto a golpes, como en los viejos tiempos, como en los tiempos clásicos, cuando los duelos.

El hijo del Juan de Dios era un tipo gordo, corpulento, rengo. Siendo chaval le había estallado encima un puchero que habían llenado previamente de petardos y que le hizo un boquete en la cadera, destrozándole toda la pierna. La pierna le había quedado anquilosada, y por eso renqueaba, arrastrando la pierna tras él. Tampoco estaba muy bien de la chaveta, no se sabe si a causa de la olla de petardos o qué. A veces le daba un patatús y empezaba a temblar. Su familia, a estos ataques, probablemente de carácter epiléptico, los llamaban darle el *faratute*; no solamente su familia, sino también los demás llamaban a esto así.

No llegaron al Paseo, a verse las caras; se las vieron antes; en la esquina de la calle Pinatell, antes calle 16, Empezaron a gritos. Juego a golpes. Los dos hermanos contra el cojo.

El Enrique, el Redondo y su compadre el Rubio, y algún otro, que estaban tomando la fresca en la puerta de casa, echados en las aceras, corrieron a separarlos.

Al Juan de Dios le dijeron:

—Tu hijo se está peleando.

El Juan de Dios tenía una parada de no sé qué, de verduras nos parece. Agarró el cuchillo del aparador y voló al lugar de la pelea.

El Juan de Dios, cuando la guerra, había sido patrullero y había dado el paseílo a más de cuatro. También contaban que luego —luego de la guerra, claro— había matado a alguien, en la montaña, por una discusión. Esto nadie sabía explicarlo bien, pero se daba por cierto, por seguro. El Juan de Dios era un pájaro de cuidado. A la mínima, ¡pim!, pinchaba. Tenía instintos —instinto y especialidad, claro— criminales.

Cuando el Juan de Dios llegó al lugar de la riña, encontró que a los contendientes los habían separado. Aún se gritaban e insultaban. Y forcejeaban para soltarse de quienes los tenían sujetos. El Enrique aguantaba, cogido por detrás, a uno de los hermanos, al mayor. El Rubio, al otro. El Redondo razonaba al cojo.

El Juan de Dios arremetió contra el hermano mayor, contra el que sujetaba el Enrique, y le hundió el cuchillo por debajo de la tetilla izquierda. Al mismo tiempo que hundía el cuchillo lo hacía girar con la mano, como si fuera un destornillador. Era

una puñalada de maestro. El cojo reaccionó súbitamente siguiendo el ejemplo de su padre. Sacó una navajilla del bolsillo y se precipitó sobre el hermano pequeño, clavándosela en una pierna. Fue una cosa rápida, inesperada, tan inesperada que nadie sabía explicar luego bien cómo fue, cómo había sido.

Salieron de su asombro cuando el Enrique vio la sangre corriendo, manando, empapando la camisa del hermano mayor y cuando vio también que éste se le desvanecía en los brazos.

El vecindario se había arremolinado, atendiendo a los heridos, sin saber qué hacer.

—Hay que llevarlos al dispensario.

El Dispensario Municipal estaba en Casa Antúnez, a un cuarto de hora de distancia.

El Enrique tuvo una idea luminosa. Fue a buscar su remolque de bicicleta —¡no haber tenido la bicicleta también!—, pusieron en él al herido, al hermano mayor, y tirando de él, como burros, al galope, se dirigieron al Dispensario. El hermano pequeño, la mano sobre la herida, también corriendo, los seguía cojeando.

Por el Paseo Largo —¡qué largo!—, botaba el remolque sobre los adoquines de plata —había luna—; por la Carretera Nueva —¡qué nueva!—, sobre el asfalto, también plateado —proseguía la luna—, chirriaba el remolque; la sangre que calaba la madera y llegaba al suelo, dejaba un hilillo detrás. Las ranas y los grillos, indiferentes, chirriaban más fuerte que el remolque. Lejos —horizonte de perros lorquiano— quedaba el murmullo de los barrios. El hermano pequeño, la mano sobre la herida, corría y lloraba, más de rabia que de otra cosa. El Juan de Dios había dicho a su hijo:

—Vamos a entregarnos. Si te entregas, luego, la pena es más leve.

El Juan de Dios sabía mucho de leyes judiciales, era gato viejo en estos asuntos.

Se dirigieron a la Comisaría, que estaba más arriba del Dispensario, por el Paseo largo, por la Carretera Nueva, por donde les precediera el remolque. El Redondo y su compadre el Rubio, dijeron:

—Vamos a seguirlos, a ver qué hacen, no sea que se quieran escapar...

El Juan de Dios decía a su hijo, que lo seguía renqueando, tirando de la pierna:

—Diremos que has sido tú. Échate la culpa tú, ¿me oyes? Tú eres un inútil. A un inútil nunca le ponen tanta pena como a un sano.

El rengo protestaba:

—Padre, es que yo...

—Además, a ti te dan ataques. Puedes alegar dos cosas. Lo de la pata y lo de la tontuna.

—Padre, es que yo...

Aún no llevaban tres palabras dichas en la Comisaría, intentando explicar el caso,

cuando irrumpieron el Redondo y el Rubio, diciendo:

—¡Eso es mentira, es mentira!

—¿El qué es mentira? —dijeran los guardias—. ¿Ustedes quiénes son?

—¡Nosotros estábamos allí!

Les cogieron el nombre y les tomaron declaración; Al Juan de Dios y a su hijo los encerraron en el calabozo. Antes les dieron una somanta, por criminales. A mitad paliza, al rengo le dio el *faratute*. A palos se lo hicieron pasar.

En el Dispensario, entretanto, habían curado a los dos hermanos. Lo del pequeño no era casi nada. La navajilla era diminuta y había penetrado poco. Lo del hermano mayor sí que era grave, la cuchillada había tocado el corazón. Vino una ambulancia y lo llevaron al Clínico. Tardó tres días a morir y en estos tres días no recobró el conocimiento. Deliró constantemente. La madre lloraba y pedía justicia. La gente estaba indignada. Decían:

—Y se llama Juan de Dios; si se llega a llamar Juan del Diablo...

## Las peleas

El Paquirri y su tío el Sisquín fueron a tomarse unas *barrechas* a uno de los seis u ocho bares o tascas que hay en la calle Tortosa, antes calle 4.

Estando allí sentados vieron pasar a la mujer del Pepe Luis. El tío del Paquirri se la quedó mirando. El Pepe Luis, que venía detrás de ella, le dijo:

—¿Te gusta, Sisquín?

—¡Hombre, no está mal! —dijo éste.

—Pues te vas a quedar con las ganas.

El tío del Paquirri se encogió de hombros y el Pepe Luis se fue.

El Paquirri le dijo a su tío:

—¿Te has fijado de qué modo te ha mirado?

—¿Quién? ¿El Pepe Luis o su mujer?

—El Pepe Luis.

—No. No me he fijado.

—Pues te ha mirado como si dijera: La madre que tal...

El Sisquín, el tío del Paquirri, se levantó.

—Voy a romperle la cara.

La faena fue del Paquirri para sujetarlo. El Sisquín tenía la manía de que un día, siendo críos, estando jugando a la rayeta, el Pepe Luis le había soplado una torta. Entonces no se volvió porque el Pepe Luis tenía dos años más que él. Dos años, en la infancia, pesan bastante. Ahora, no. Ahora se veía capaz de romperle la cara a veinte Pepe Luises.

—Tú —dijo—, de paso me vengo.

El Paquirri tenía un año menos que su tío. De autoridad el uno para con el otro tenían igual. Al final lo convenció de que lo dejara estar. El Sisquín era cabezón y pependenciero. Le costó trabajo conseguirlo.

Era domingo. Luego de comer, ya tarde, el Paquirri empezó a arreglarse para ir al baile de La Bota, donde su padre tocaba la batería y él era el amo. Estaba poniéndose la corbata, una corbata a rayas, muy chula, cuando llegó su tío.

—Oye, Paquirri, en el bar de La Luna está el Pepe Luis con su familia. Ven conmigo. Yo le rompo la cara y tú vigilas para que su familia no se meta.

A la familia del Pepe Luis los llamaban *los Princesas*. La constituían sus hermanas la Inocencia, la Mariana, la Irene, que era de la vida, su sobrino el Miguelín, su cuñado el Puta, etc., etc., etc. Eran una familia de rompe y rasga, de batacazo y tente tieso, de puñalada y *toa* la mandanga, con que...

—Oye, Paquirri, en el bar de La Lun...

El Paquirri dijo a su tío:

—No te metas donde no te llaman. Esa gente tiene muy mala baba.

—¡Toma! También la tengo yo.

—Sí, ya sé que la tienes, pero no voy.

—No vienes porque no tienes...

—¡Bueno, pues no tengo! ¡Me da igual!

El Paquirri prosiguió en su *toilette*. A poco oyó voces. Gente que corría por la calle. Alguna pelea. Su tío con el Pepe Luis, seguro.

En dos zancadas se plantó en La Luna. Efectivamente, había tomate. Era el Pepe Luis. Pero no con su tío. Era con el Torcío, con quien se sacudía. El Pepe Luis era quien ganaba. El Torcío estaba llevando más que una estera. Las encajaba todas. El tío del Paquirri animaba al Torcío.

—¡Dale, Torcío! ¡Sacúdele!

Los consejos eran inútiles.

El Torcío era un tipo alto, desgachado, curvado como un garabato, cegarrita, con un ojo más pequeño que el otro. Había estado bebiendo con el Pepe Luis y su familia. Hablaban amistosamente y de pronto se liaron de palabras. El vino tiene esas bromas. Tan pronto hace a los hombres hermanos como enemigos. Luego de las palabras pasaron a los hechos. La familia del Pepe Luis, como que éste ganaba, procuraban que nadie se metiera a separarlos.

—¡Los dos son hombres! —decían—. ¡Dejarlos!

El Torcío salió tambaleándose de La Luna y se fue a su casa, a buscar una navaja. Después estuvo merodeando por las cercanías.

Las hermanas del Pepe Luis, su mujer, su sobrino y su cuñado, salieron del bar. El Pepe Luis se quedó comentando la paliza que le había dado al Torcío.

El Paquirri se despidió de su tío.

—Bueno, yo me voy.

—¡Si llego a ser yo el Torcío...!

Entonces, el Paquirri se llevó a su tío con él. En la calle encontraron al Torcío. Era ya noche cerrada.

—Torcío, ¿qué haces aquí?

—Nada, Paquirri. A ése me lo cargo yo.

—Anda, vete *pa* casa. ¿No ves que te va a cascar de nuevo?

—A ése me lo cargo yo...

El Paquirri y su tío se fueron, pero el Paquirri tuvo un presentimiento y volvió. Llegó cuando el Pepe Luis salía del bar.

El Pepe Luis, en cuanto vio al Torcío, adivinó sus malas intenciones. Se agachó y cogió una piedra enorme del suelo.

—¡Torcío, *esgachao*, si das un paso más te tiro este *rusco*!

El Torcío avanzaba inexorable, con la navaja en la mano.

—¡Párate o te doy un *tormazo*!

El Torció no se paró y el Pepe Luis le dio el *tormazo*. Arrojó la piedra con enorme fuerza y ésta le alcanzó en medio del pecho al Torció. El Torció se desmadejó. El Paquirri acudió a tiempo de cogerlo en sus brazos y lo llevó a su casa. El Pepe Luis se había inclinado rápidamente y había cogido otra enorme piedra, por si acaso. Luego, con la piedra en la mano, se fue a casa del Torció. Empezó a golpear la puerta con ella y a gritar:

—¡Sal, *desgraciao*! ¡Te tengo que matar!

Un tranviario gallego que salía de turno y pasaba por allí, y que había presenciado la escena, le dijo:

—¡*Carayu*; déjela ya; ya *li* ha *dadu* usted su *merecida*!

El Pepe Luis se volvió.

—Oiga, ¿a usted quién lo ha llamado?

—Nadie. Yo he *vistu* la cosa y le doy la razón a usted, toda la razón la *tieni* usted.

—¡Pues entonces!

—Es que usted se está buscando un *compromisu*.

—¡Ande, váyase a la mierda y déjeme estar!

—¿A la mierda yo, *carayu*? ¡Un *pocu* más de educación! A la mierda *si* va usted, ¿sabe?

El Pepe Luis le tiró el pedrusco y no le dio. El gallego se fue echando leches, y el Pepe Luis se olvidó del Torció y se fue para su casa.

Las hermanas del Pepe Luis, las Princesas, eran de aupa, de armas tomar, especialmente con aquel que se les acoquinaba, pero con quien les plantaba cara ya era otra cosa. Entonces, la mayoría de veces, se rajaban y demostraban su miedo. Una vez que se pusieron tontas con la madre del Paquirri, ésta, que estaba planchando, dio un tirón a la plancha y salió con ella en la mano, el cordón detrás, colgando en el aire, como una graciosa estela. Las Princesas, confundiendo prudencia con cobardía, se habían atrevido a ir hasta la puerta de casa a insultarla. Cuando vieron a la madre del Paquirri de esta guisa, con la plancha a manera de escudo o parachoques, salieron de estampía, huyendo, como alma que lleva el diablo, aunque no lo suficientemente aprisa para que una no sintiera en las nalgas la caricia candente de la plancha.

—¡A ver, qué se han creído éstas...!

La madre del Paquirri era así. Muy buena, muy buena, pero cuando la buscaban... A veces, sin saberlo, practicaba la ley del Talión: Ojo por ojo, diente por diente.

En cierta ocasión, a una hermana suya, le arrimaron una piedra así de gorda a un ojo. Una ceja se la hicieron mixtos. La pobre mujer, al verse sangrando como un becerro degollado, berreaba como tal.

A la madre del Paquirri se lo advirtieron las vecinas.

—A tu hermana le han roto la cabeza.

Había sido la vecina de enfrente. La madre del Paquirri salió en busca de su hermana. La encontró con su madre, la abuela del Paquirri por tanto, claro, que la llevaba al Dispensario, toda asustada.

—Nada de dispensario —dijo la madre del Paquirri—. ¡A casa!

Y luego:

—¿Dónde está la piedra con la que te han escalabrado?

Dicha piedra era una señora piedra, y estaba manchada de sangre. Con ella a su alcance se sentó la madre del Paquirri a la puerta de su casa.

Pasó una hora, y otra, y otra. La vecina no salía ni respiraba. La madre del Paquirri decía:

—Ya saldrá, ya saldrá...

Tenía una paciencia de Job. Pasó una hora y otra. A la hermana le habían puesto vinagre en la ceja y le habían cortado la hemorragia, pero tenía un tajo enorme.

La madre del Paquirri había pasado las horas inmóvil en una silla, la piedra al lado.

—Ya saldrá, ya saldrá...

Al final, harta de su inmovilidad, empezó a levantarse, y a entrar en su casa, y a preparar la cena. La vecina, entonces, creyendo que ya la tirantez del asunto se había relajado, salió, con un cesto, como si fuera de compras.

—Ya saldrá, ya saldrá...

Ya había salido. La madre del Paquirri cogió la piedra, ya con la sangre de su hermana seca, agarró a la vecina, y, ¡cloc, cloc, cloc!, le golpeó con ella en la cabeza, una, dos, tres, cuatro veces, volviendo a llenar la piedra de sangre nueva y fresca. Luego tornó a su casa, buscó a su hermana, y le dijo:

—¡Hala, al dispensario a que te curen!

A la hermana de la madre del Paquirri, la tía del Paquirri, claro, cierto, naturalmente, le pusieron una gafa en la ceja. A la vecina de enfrente le pusieron cuatro en la cabeza. La vida es así. La vida y la regla de tres.

El Paquirri, algunos domingos, le llevaba a su padre los trastos de tocar a La Bota. Estos trastos eran el bombo, los timbales, los platillos, las maracas, los cencerros, la batería, en fin. Le alquilaba el triciclo; al Lorente, el dueño del bar La Luna, y, en cuatro pedaladas, tris, tras, tris, tras, los llevaba. Un día le rompió la cadena al triciclo.

—Lorente —le dijo al Lorente, el de La Luna—, se me ha roto la cadena. Arréglala y ya me dirás cuánto vale.

El Lorente, el de La Luna, tenía su punto de orgullo. Arregló la cadena y no le dijo nada al Paquirri. Ya me preguntará él si quiere, se decía. El Paquirri tenía su punto de despiste y de esto no se acordaba.

El Lorente llamó al Paquirri cierta vez que éste pasó por frente de La Luna, mucho tiempo después.

—Oye, Paquirri.

—¿Qué quieres, Lorente?

—¿Me haces el favor? Quiero decirte cuatro palabras.

—Dime, dime, Lorente. Estoy a tu entera disposición. Dime.

Nadie hubiera podido decir quién era más educado de los dos, si el Paquirri o el Lorente, el de La Luna. Pero la educación es como los vermouths; sólo para empezar. El Lorente, de pronto, dijo:

—¿Sabes que eres un sinvergüenza, Paquirri?

—¡Hombre, tú dirás por qué! —dijo el Paquirri.

—Porque me debes veinte pesetas y no me las pagas.

—¿Veinte pesetas? ¿De qué?

—De la cadena del triciclo que me rompiste.

—¿Y no me lo podías haber dicho de otra manera, y no aquí delante de todo el mundo, afrentándome?

—No. Porque yo he dejado pasar mucho tiempo prudentemente y tú no te has acordado.

—¿Pues sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Que si me vuelves a repetir lo de sinvergüenza te parto la cara.

El Paquirri era un tío alto como John Wayne, corpulento como John Wayne, fuerte como John, Wayne. Incluso tenía la misma cara, las mismas cejas en triángulo, el mismo aire socarrón. Muchos se lo decían:

—¡Joder, Paquirri, cómo te pareces a «Chon Vaine»!

El Paquirri se sonreía, como diciendo: ¡Si lo sabré yo!

El Lorente el de La Luna a duras penas si llegaba a medio John Wayne. Por eso se volvió como el que no quiere saber nada.

El Sisquín, el tío del Paquirri, sentado en un taburete había estado observando el altercado. Alguien había intentando intervenir, apaciguar los ánimos. El Sisquín, tranquilo como un séneca de barrio, había dicho:

—No te metas. Déjalos estar. Los dos son hombres. Ya se aclararán.

El Sisquín no era tan alto como el Paquirri, pero en cuestión de peleas tenía más vista, era más perspicaz. Cuando vio que el Lorente, el dueño de La Luna, se volvió como el que no quiere saber nada, él se inclinó y agarró el taburete en que estaba sentado por una pata, también como el que no quiere saber nada, haciendo como que se ataba el zapato. Pero, en cuanto vio que el Lorente, el de La Luna, cogía una silla con las dos manos y se lanzaba contra el Paquirri, volteó el taburete y se lo estampó en la cabeza. Le dio tan fuerte que se quedó con la pata en la mano. Por la cara del

Lorente, el de La Luna, empezó a correr la sangre. Sólo dijo, patéticamente:

—¡Sisquín, me has matado! —Y se desplomó.

Uno de los hermanos del Lorente, salió de detrás del mostrador.

—¡Criminal! ¡Verdugo! ¡Asesino!

Algunos más se pusieron de parte del Lorente, el de La Luna. Chillaban e imprecaban. El Sisquín aún conservaba la pata del taburete en la mano; y su sangre fría, además.

—¡Insultar y chillar lo que queráis, pero si alguno intenta hacer algo, lo mato!

El Sisquín, en aquellos momentos, se sentía hombre acorralado de película americana.

—¡Paquirri, ponte a mi lado, y si alguien se arrima, castaña que te crió!

El Paquirri y su tío, espalda con espalda, como los viejos luchadores del Oeste legendario, fueron hacia la calle. Cualquiera que en aquellos momentos les hubiera espantado una mosca o les hubiera pedido fuego, hubiera sido hombre muerto. El Paquirri no tenía todas consigo; el Sisquín, sí. El Paquirri, bajo su camisa a cuadros y su pantalón de tachuelas temblaba imperceptiblemente.

Cuando llegaron a casa del Sisquín, el Sisquín llevaba la pata del taburete en la mano. Su mujer dijo:

—¿Qué h pasado?

—Nada. Una pequeña bronca. Pon la cena.

La mujer del Sisquín ya estaba acostumbrada a estas cosas. Conque, puso la cena.

Al salir del bar La Luna, el Sisquín había dicho al Paquirri:

—Sobrino, vente a mi casa a cenar. Si vamos a la Comisaría que nos pillen con la barriga llena. A lo mejor nos tiramos toda la noche allí.

El Sisquín se lió un plato de arroz con patatas, grande como una catedral. El Paquirri, no; el Paquirri tenía una especie de *jindama* o de no sabemos qué diablos y no podía probar bocado.

—¡Come, hombre, come! ¡Ahora ya está todo hecho! ¡Ahora ya no hay nada a hacer!

A mitad cena se personó el Flamenco, el padre del Paquirri.

—¡Hala, vámonos *pa* la Comisaría! Siempre es mejor ir por las buenas que esperar que vengan a buscarte.

Se dirigieron hacia la Comisaría. Otro tío del Paquirri, que no se llevaba bien con ellos, que no se hablaba con ellos, cosas de familia, los seguía a corta distancia. Los seguía por si acaso. Si alguien se metía con ellos, también iba a tener que ver con él. La familia siempre es la familia.

Cuando llegaron a la Comisaría, el señor comisario dijo:

—¿Qué se ofrece?

—Nada. Venimos a poner una denuncia.

Explicaron el caso.

—¡Ah!, ¿ustedes son los del banquetazo? La denuncia ya ha sido puesta. Precisamente he mandado yo dos números a buscarles.

—Se ve que ellos han ido por un lado y nosotros hemos *veníó* por otro.

—Sí, se ve que sí. De todos modos tiene gracia. Ustedes cascan y encima denuncian. ¡Bueno!

Al comisario, aquello le hacía gracia. El comisario, de cosas como aquellas, cada día a montones. Estaba inmunizado.

En esto entró el Lorente, el de La Luna, en la Comisaría. Venía con algunos familiares. Traían cara de querer comérselo todo. El Lorente, además, traía cara de no haberlo pasado muy bien. Llevaba la cabeza vendada, la camisa llena de sangre. Le habían puesto nueve gafas.

—¡Estos son, señor comisario, éstos son!

—Sí, ya lo sé. A ver, ¿qué ha pasado?

—¡Éstos, que son un atajo de asesinos!

—Sin gritar, que no soy sordo.

—Sí, todavía tendrán ellos la razón. Esta es la justicia de España.

El comisario se mosqueó.

—Oiga, ¿cuántas gafas dice que le han puesto?

—Nueve, señor comisario, nueve.

—Pues si vuelve a repetir eso de la justicia de España, le pego una patada en los «botones» que le tienen que poner allí, catorce. ¿Me entiende?

El Lorente había entendido. El Paquirri, su tío el Sisquín y su padre el Flamenco, también, y callaban como cucos. Ellos sabían aquello de vale más caer en gracia que ser gracioso.

El Lorente siguió explicándose:

—Éste —por el Paquirri— me debía veinte pesetas y no me las pagaba. No es que sean las veinte pesetas, es la acción.

—Bueno, siga.

—Pues eso, ya está. Que me debía veinte pesetas y no me las quería pagar.

El Paquirri dijo que aquello de que no se las quería pagar no era verdad, era mentira; que lo que ocurría era que le había insultado, y que encima, luego, había ido a coger una silla para atizarle, y que entonces fue cuando su tío, etcétera. El comisario preguntó si era verdad aquello. El Lorente dijo que sí, pero es que aquella gente eran unos sinvergüenzas, y unos tal y unos cual. Esto lo dijo chillando. El comisario volvió advertirle que no chillara, que allí nadie estaba sordo. El Lorente volvió a decir lo de la justicia de España. Al comisario volvió a sentarle esto mal y le amenazó con una patada en, allá, que ¿cuántas gafas le habían puesto? ¿Nueve? Pues te iban a poner veinticuatro. Y ya mosqueado por completó les dijo que se marcharan,

que ya se cursaría la denuncia oportuna, y que ya les avisarían cuando hubiera el juicio de faltas.

El Lorente, el de La Luna, y los suyos, se marcharon antes, rezongando por lo bajo eso de la justicia y de que son los honrados los que van a la cárcel y no sabemos cuántas cosas más. Menos mal que todo esto el comisario ya no lo oyó.

El Paquirri, antes de marchar, le dijo al señor comisario:

—Mire usted que a lo mejor éstos nos esperan por el camino, para vengarse, y uno no tiene ganas de hacer mal a nadie, pero si le obligan...

El Paquirri, cuando quería, sabía ser muy bien hablado.

—Pues nada —dijo el comisario—, si les insultan pues insultan; si les pegan, pues les pegan. Con esos mierdas no hay que andarse con contemplaciones. Estos riquillos siempre chillan y siempre quieren tener la razón. Pero conmigo, no.

Verdaderamente, al comisario, el Lorente y los suyos no le habían hecho nada de gracia.

Ya en la calle, el Paquirri, lo primero que hizo, fue coger una piedra bien gorda, con muchos picos y cantos.

—Tú antes, Sisquín, le has abierto la cabeza; pero si ahora intentan algo, yo lo mato.

Afortunadamente no intentaron nada y pudieron llegar a casa sin novedad.

A pocos pasos de ellos, caminó siempre el otro tío del Paquirri, el que no se hablaba con ellos, cosas de familia, pero que iba cerca por si volvía a haber jaleo, para defenderlos. La familia siempre es la familia, ¡qué diablos!, y la sangre, digan lo que digan, siempre tira.

## El entierro

Al Juan —el hijo mayor de trapera, la víctima del Juan de Dios, de su puñalada maestra— tardaron tres días en enterrarlo; hubo de hacérsele la autopsia y tramitar, además, ciertas zarandajas y enredos. Murió hoy por la noche, es un decir, y fue enterrado al día siguiente, no; al otro por la tarde.

Fue un entierro de aúpa, de envergadura.

La gente va a los entierros con cierto placer morboso aparte de por curiosidad y por quedar bien. Piensan, refiriéndose al muerto: ése podía haber sido yo; afortunadamente no lo soy.

A los entierros en que el protagonista falleció de enfermedad, de muerte natural que se dice, van los allegados, los desocupados, alguno que otro conocido, pocos por lo general; a los entierros, en cambio, en que el protagonista, muerto o difunto lo ha sido a causa de accidente o violencia, la muchedumbre se desborda, presa de una súbita simpatía por el fallecido, pensando en aquello de que ayer estaba bien y hoy — ¡ya lo veis!— no; al entierro, a estos entierros, asiste todo el vecindario.

El entierro de la víctima del Juan de Dios constituyó un acto de fervor cabileño — así llaman a los de las Casas Baratas—, una especie de acto patriótico, se podría decir. El gentío, el inmenso gentío que llenaba la puerta de la casa de la trapera —la madre de la víctima— y las calles adyacentes, era, venía a ser algo así como un acto de protesta contra aquella iniquidad que se había llevado a cabo en el cuerpo de aquel desgraciado, de aquella criatura que apenas contaba dieciocho años. Y se hablaba de represalias y de linchamientos y de tomarse la justicia uno por su mano. Afortunadamente el Juan de Dios y el rengo estaban a la sombra, en la Modelo, en el Hotel, que decían algunos de los circunstantes, y también afortunadamente, y por si acaso, un piquete de la Policía Armada, bajo el mando de un teniente, patrullaba y daba vueltas por allí.

Entre la ingente muchedumbre —ingente: ¡qué maravillosa expresión!— estaba lo más selecto, por decirlo así, de algún modo, lo más representativo, la flor y la nata, que diría un pedante, lo mejor de lo mejor, de las Casas Baratas o Grupo E. Aunós, como se quiera.

El Millones, el Gallardo, el Yiti, el Borde, el Picha, el Tiara, el Chorra, el Gallo, el Gata, el Cagando, el Poncho, el Pulmonía, el Serapio, el Bailarín, el Gorra, el Curi, el Jojo, el Pincho, el Sangre, el Sania, etcétera, etcétera, y mil veces etcétera, y de las mujeres: la Serapia, la Dientesdeoro, la Pita, la Refugia, la Musclaira, la Buñolera, la Rifaora, la Benita, la Vigilanta, la..., etcétera, etcétera, etcétera; otras mil veces más etcétera.

El entierro saldría del Hospital Clínico y pasaría por las Casas Baratas. Los curas habían llegado ya; el entierro, no. Mientras aguardaban, el cura párroco contaba a los

otros sacerdotes el crimen, con pelos y señales: los centímetros que había penetrado la hoja, cómo al retorcer el cuchillo había rozado el pericardio... El cura joven, el señor vicario, hablaba con el Paquirri y el Enrique, que se le habían acercado. Algunos, por los curas, decían:

—Éstos ya tienen la faena hecha.

El Enrique se había discutido con alguno por culpa de esto.

—La misma faena que tú —había dicho.

—¡Bah, bah! Que yo me levanto cada día a las seis.

—¿Y ellos, a qué hora se levantan? ¿No dicen cada día la misa a esa hora?

—Porque quieren.

—Como tú. Tú también te levantas temprano porque quieres.

—No, que si me levanto más tarde pierdo el jornal.

—Ellos también tienen sus obligaciones, A más, que a veces se trabaja más con la cabeza que con el cuerpo...

El entierro salía del Hospital Clínico; el lograr que pasara por las Casas Baratas había costado ciertos pasos a los familiares, cierto dinero y cierto retraso.

Cuando el coche mortuorio apareció tirado por briosos —esto de briosos es un decir; la fuerza de la costumbre—, briosos caballos, en la muchedumbre se notó un vaivén de oleaje, y un murmullo.

Los parientes-hombres del difunto formaron la cabeza del acompañamiento, la cabeza del duelo, que se dice; las parientes-mujeres se quedaron en la puerta de casa, llorando, gritando. La que más lloraba era la madre. Entre unas vecinas la sujetaban. Parecía como loca. Parecía que se quería arrojar en aquel mar que eran la multitud, el coche, el féretro, los curas, los policías.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —gritaba.

—¡Ahora que ya te tenía criado, ahora que ya eras un hombre!

—¡Ayyyy, qué dolor de mi vida!

—¡Justicia, justicia!

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

—¡Ayyyy...!

—¡Justicia, justicia!

Lo que más se oía era el ¡Hijo mío, hijo mío!, y el ¡Justicia, justicia! Los ¡Ayyyyy!, rompían las fibras del alma. Los ¡Justicia, justicia!, eran una reconvención a la muchedumbre, al vecindario; una reconvención a aquella policía que había venido a mantener el orden; una reconvención a los curas, que entonaban tranquilos y pausadamente el «gorigori»; una reconvención al sol que brillaba demasiado aquel día; una reconvención a Dios, que lo permitía todo, incluso aquello, aquella injusticia; una reconvenc...

Todas las mujeres, que habían venido en plan curiosear, lloraban ya; los hombres

andaban emocionados. Las que más plañían eran las parientes-mujeres, y las que sujetaban a la madre. La que más plañía era ésta, la madre.

—¡Ayyyyy!

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

—¡Justicia, justicia!

Incluso el cochero y los lacayos funerarios, los caza-arañas —*¿Caç-aranyes, i el difunt?*—, gente avezada a estos lances, a estas nimiedades, vacuas nimiedades —la muerte, la vida, el dolor, el no somos nada—, gente que bebían cotidianamente esta ruda filosofía en la diaria escuela de ganarse las algarrobas, incluso ellos, digo, decimos, pues, estaban impresionados; incluso los curas, gente avezada también, lo estaban: impresionados a pesar de haber dicho hace tan sólo un momento, en alas de la retórica, que entonaban tranquilamente el «gorigori».

Una vez entonados los primeros responsos y aspergeado el ataúd donde reposaba el difunto, se inició la marcha. Pero sólo se inició. Nada más. La iniciación quedó en iniciación porque no hubo continuidad. La muchedumbre no se movió, o mejor dicho, sí se movió, pero en torno al coche mortuario, envolviéndolo, inmovilizándolo.

—¿Qué sucede? —dijo el teniente de la policía.

—No sé —contestó uno de los policías—. Y este uno y los otros, o sea, todos, con los mosquetones en ristre, más suavemente de lo que tienen por costumbre, tal vez como señal de respeto a la víctima, a la madre de la víctima, al clero, al momento, a todo, intentaron abrir brecha. Pero era inútil. Pasaba como con los caminos de las hormigas y con el mar, que por un lado hiendes y por el otro se llena. Igual. El teniente, un poco mosca, estaba a punto de ordenar a sus hombres que —¡mano a las porras!— empezaran a repartir leña. De todos modos no las tenía todas consigo. Ellos eran diez y aquella gente, cientos. ¿Cientos? Tal vez miles. A ojo de buen cubero, de buen cubero un tanto amedrentado o preocupado, miles.

—Pero ¿qué quiere esta gente?

Fue el Gallardo quien le dijo lo que quería aquella gente. Lo que aquella gente quería era...

El Gallardo era un hombre que aparentaba menos edad de la que tenía. Representaba cuarenta años; conque debía de tener cincuenta. Era un hombre que, como la mayoría, se creía eje del mundo, y que quería serlo dondequiera que estuviese. Por lo menos, si no a eje, a pivote sí que llegaba. ¡Ya era algo! Se creía listo, vivo, inteligente, espabilado: toda la infinita gama de la sabiduría creía poseerla él. Llegar a una reunión donde él estuviera hablando —y siempre hablaba él en todo corro que formaba— era para oírle esta muletilla:... y entonces fui yo y le dije, le dije: usted, ¿qué se ha creído?, ¿qué se ha creído usted? El cinematógrafo, que también en él había hecho mella, le había hecho convencerse de que él era algo así como esos hombres ya mayores que salen en las películas enamorando a la chica y a

los que se ha dado en llamar galanes maduros en lugar de viejos. Incluso llevaba un bigotillo fino como un mimbre, un bigotillo que cuidaba con mimo y esmero. Claro que a pesar de todo esto, cuando eufórico le echaba un piropo a algún pimpollo cabileño, éste, el pimpollo, muchas veces, sin consideración, le gritaba: ¡Ay, el *desgraciao*! ¡Viejo, más que viejo! ¡Se lo tengo que decir a su mujer! El Gallardo, entonces, sonreía con cierto aire de suficiencia, con una de esas sonrisas que no dicen ni sí ni no, aunque dicen más que sí que no. El Gallardo, que hacía honor a su nombre-nombre, no apodo, era fachendoso, aparatoso, presumido, un tantico espléndido o rumboso. A veces entraba en el bar y pagaba la convidada de los amigos. Pero esto sólo lo hacía de vez en cuando, más de cuando en cuando que de vez en vez. El Gallardo se las daba, también, de negociante. Creía que, para los negocios, tenía una vista de lince. En realidad tenía una vista normal. Pensando eclipsar a La Bota puso un salón de baile al que bautizó con el escalofriante y despampanante nombre —así lo creía él— de El Siete de Bastos. La Bota estaba en Casa Antúnez, a un cuarto de hora de las Casas Baratas. Los casabarateros o cabileños, de las dos maneras los llaman, irían a bailar al Siete de Bastos, dedujo. En realidad la gente continuó yendo más a La Bota que al Siete de Bastos, pues la orquesta del Carrasco, con el padre del Paquirri, el Flamenco, de batería, constituía casi una atracción internacional, entendiéndolo por internacional los catorce o quince barrios que constituyen el mundo de Casa Antúnez o Distrito II. La descripción de estos barrios será cuestión de dejarla para mejor ocasión si acaso ésta se presenta. Será cuestión de dejarla, sí, y de volver al Gallardo para dejarlo también de una vez y proseguir con el entierro, que falta va haciendo. El Gallardo, que acostumbraba a llevar una garrota en la mano, como los chalanos, que llevaba la boina, como ciertos chalanos, una pelliza en invierno, como ya no tantos chalanos, y una chaqueta de pana el resto del año, como cualquier hijo de vecino, y que creía que lo que él no arreglaba no lo arreglaba ni Dios, y que tenía cierta amistad o conocencia con el teniente de la poli, se adelantó y dijo lo que aquella gente quería. Lo que aquella gente quería era llevar el féretro a hombros. ¡Acabáramos!

—¡Pero esto es imposible! —dijo el teniente.

—¿Por qué? —dijo el Gallardo.

—Porque sí —dijo el teniente—. Porque para llevar un muerto a hombros se necesita un permiso especial de Gobernación.

—¡Ay!, ¿por qué? —dijo el Gallardo.

—Porque sí —dijo el teniente, que por lo visto siempre decía porque sí, aunque luego aclarara el concepto. Porque sin un permiso especial esto no puede hacerse; llevar un muerto a hombros es una especie de manifestación, y las manifestaciones están prohibidas.

El Gallardo dijo:

—Aquí en la barriada, por lo general, casi todos los muertos se llevan a hombros.

—Sí, ya lo sé —dijo el teniente—. Pero yo no estoy cuando esto ocurre y ahora sí. Yo quiero salvar mi responsabilidad.

El Gallardo intentó explicar todo esto de los permisos y las manifestaciones al gentío, pero nadie le hizo caso. El teniente, entonces, dijo que iría a solicitar el permiso. Fue a cal Torres, que era un colmado con teléfono público. Volvió y dijo:

—No hay permiso que valga. Venga, ¡adelante!

Los guardias empezaron a empujar a la muchedumbre, primero suavemente, luego con violencia. Pero como si nada; el coche no podía arrancar.

El teniente empezó a ponerse nervioso. El Gallardo le dijo:

—Pruebe de telefonar otra vez.

—Sí, lo intentaré —dijo el teniente.

Volvió al cabo de un rato y dijo:

—Que lo lleven a hombros.

Se abalanzaron como locos sobre el féretro. Todos querían llevarlo. Era una manifestación de duelo imponente. Todos los hombres se amontonaban en torno a la caja. Las mujeres extendían sus brazos para tocarla. El ataúd negro parecía que navegaba sobre un mar de cabezas, un mar proceloso, desde luego.

Uno de los curas, el vicario de la parroquia, le dijo al teniente:

—¿Qué, se consiguió el permiso?

—Mire, padre —dijo el teniente—, a veces hay que decir que sí aunque sea que no.

Cada vez más lejanos quedaban los aullidos de la madre.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

—¡Justicia! ¡Justicia!

—¡Hijo mío! ¡Hijo mio...!

—¡Ayyyyyy...!

Hacía calor.

## El despacho parroquial

El señor vicario de la Parroquia se llama Jorge Lloveras Espriu. Sus más allegados le llaman mosén Lloveras, mosén Jorge, mosén Jordi, depende. El resto de la feligresía, el inmenso resto, le llaman —entre ellos, cuando preguntan, cuando piden por él— el cura joven. El señor rector es el cura viejo. Una manera confusa —confusa o ambigua y como otra cualquiera— de distinguir, de designar. Le llaman así: el cura joven, pero cuando se dirigen a él dicen: Escuche, padre. Es un modo arbitrario de no complicarse la vida usando nombres con los que a lo mejor la pifias. Muchos sólo dicen: *Cuche*, padre. Más rápido y económico. Los que pretenden llamarle por el nombre confunden el tratamiento de mosén con otro de más envergadura, con otro más majestuoso, y le dicen: San Jorge. Suena bien; esto, y a nuestro humilde parecer, el cura en cuestión se lo merece este tratamiento. Otros dicen: Señor San Jorge. Hace reír; pero no, que lo pronuncian con amor y consideración. Mas a lo que íbamos.

El cura joven tiene un muchacho a sueldo, un chico para que le ayude en las faenas del despacho, en las complicadas faenas del despacho parroquial. Tramitar expedientes matrimoniales, registrar bautismos, defunciones, sacar partidas, escribir cartas... Una especie de secretario como si dijésemos. Este muchacho también es joven, como el cura, más que él; también lleva gafas, como el cura, igual que él. Por este motivo, a veces, los confunden y los toman por hermanos.

Esto, al cura y al digámosle secretario, les hace gracia; además les gusta, especialmente al digámosle secretario.

—¿Está su hermano? —preguntan la mar de veces, cuando uno de los dos se halla solo.

—El cura no es mi hermano.

O:

—Aquel muchacho no es mi hermano. Se quedan un tanto compungidos.

—¿No? Como se parecen tanto. Hasta llevan gafas los dos.

El detalle este de las gafas no falla nunca, es impenable.

En ocasiones —el cura y el digámosle secretario— no hacen objeción alguna a esto de tomarlos por hermanos. Quien calla, otorga. El que pregunta queda convencido de que lo son. Lo grave o gracioso será cuando este convencido tope con alguno a quien dijeron que no lo eran.

Con el señor rector que había antes del que hay ahora, de esto ya hace unos ocho años, ocurría algo similar, algo parecido. También se confundían, pero en algo peor.

Cuando llamaban a la puerta y salía a abrir la mayordoma, una señora opulenta, una robusta matrona, de sanos colores, le preguntaban tímidamente:

—¿Está su marido?

Un día, el señor rector oyó este disparate. Era un hombre gordo, también opulento, de genio vivo, y, sin pensárselo poco ni mucho, arremetió contra el intruso —en este caso intrusa: una mujer diminuta y enlutada—, y, con cuatro empellones y algún choque o golpe de su fenomenal barriga, ¡bum!, de patitas en la calle.

Con el rector de ahora esto no ocurre. Vive con sus dos hermanas. A la gente le resulta fácil decir:

—¿Está su hermano?

Sin embargo, algunos le han preguntado si el cura joven es su hijo, al señor rector. Al señor rector le ha dado por reír y por agudizar en torno a la incultura e ignorancia de sus feligreses.

El rector de antes también tenía un vicario joven —éste que hay ahora; otros, anteriormente—; un vicario joven y delgado como todos los vicarios. La gente, entonces, no decía él cura joven y el cura viejo, como ahora. Decían él cura gordo y el cura flaco. Rara manera de distinguir o diferenciar. ¿Perspicacia? ¿Observación? Y poca diplomacia también, claro, naturalmente, desde luego. (Algunos, al cura flaco le decían el cura fino. ¡Je, je!)

Gracias al despacho parroquial, merced a él, hemos llegado a hacernos cargo, cierto cargo de por qué los empleados que hay en las ventanillas de los centros oficiales tienen, generalmente, tan mala sombra, tan mala baba, mostrándose desabridos con el público e incluso con mal genio y mal educados. Si los que frecuentan estas ventanillas son del calibre de la mayoría de los que frecuentan este despacho, se comprende.

Por lo regular se arman unos líos tremendos, éstos, los que frecuentan, los que visitan, los que acuden al despacho. Sufren las preguntas de rigor cual si se tratara de un interrogatorio de la policía.

—¿Qué edad tienes?, o tiene, según.

El cura, en esto de tratar de tú y de usted, no se rige demasiado por la edad o la pinta más o menos elegante del preguntado. Se rige por el instinto, espontáneamente, como si al que trata de tú fuera más hijo, más allegado que los otros; a los más infelices, tal vez sin darse cuenta, los quiere más.

—¿Cuándo naciste?

—Pues no lo sé, padre.

—¿No? ¿Cuándo cumples los años?

—El día tantos de tantos.

—¿Y no sabes cuándo naciste?

—De verdad que no, padre.

A veces sí que lo saben.

—¿Cuándo naciste?

—El siete.

—¿De qué mes?

—De abril.

Hay que sacarles las respuestas una a una, como con sacacorchos.

—¿En qué año?

—¡Huy, esto ya no lo sé!

—¿Cuántos años cumpliste este mes de abril?

—Veinticuatro, padre.

—Y no sabes el año que naciste. ¡Vaya, hombre, vaya!

—De verdad, padre, que no lo sé, en serio.

El padre ha sacado sus cuentas y dice:

—Pues naciste en el treinta y dos. ¿Te acordarás para otra vez?

—Sí, padre, ¡claro que me acordaré!

Pero no se acuerdan.

Existen despistados que saben su nombre, incluso el de sus padres, pero al de sus abuelos ya no llegan.

—Pues no preguntan *ná pa* casarse.

Cuando les exigen los papeles necesarios para tramitar él expediente matrimonial aún se extrañan más.

—La partida de bautismo legalizada; legalizada, ¿eh?

—¿Legítima?

—No, hombre; legalizada, le-ga-li-za-da.

—¿Y eso qué es, cómo hay que hacerlo?

—Muy sencillo. La partida tiene que pasar por el Obispado que le corresponde.

—¿Por qué no me la manda usted a pedir, padre? Uno no entiende de estas cosas.

—Está bien, trae.

Algún viejo que los acompaña siempre rezonga:

—En mis tiempos no pedían *ná*. Pagabas tres reales y ya estabas.

—¡Oh, en tus tiempos, abuelo! De entonces acá...

—Sí, sí, padre. Ha llovido mucho. Entonces un kilo de patatas valía diez céntimos.

Cuando el asunto del papeleo se complica y no acaba de llegar una partida de bautismo o fe de soltería o consentimiento paterno que falta, creen que los enredan y que las cosas no terminan de arreglarse porque no quieren.

—Padre, le daremos lo que sea, pero cásenos. Mire que los invitados ya están avisados para tal día; que no podemos retrasar la fecha. Esos papeles no importan, Si usted quiere lo puede hacer. Una hermana mía se casó y no necesitó ningún papel.

—¿Una hermana tuya? ¿Y se casó aquí?

—Sí, con usted, padre.

—Oye, conmigo no se casó.

Se azoran y se ríen.

—Bueno, los casó usted.

—¿Sí? Pues dile a tu hermana que se pase por aquí a verme. Me tiene intrigado eso de que se casara sin papeles...

—Sí, sí, padre. Lo puede creer. No vamos a mentirle porque sí.

—No, si yo no dudo de vosotros, pero hacerla venir.

Cambian el giro de la cosa, de la conversación...

—Bueno, padre, usted lo arreglará todo. Ya le daremos más de lo que valga. Una propina. Diez o veinte duros.

—¡Ca! Nada de eso. Poner un telegrama diciendo que urge la cosa. Con la partida o con lo que contesten se arreglará todo.

—Sí, pero nosotros no podemos perder una mañana de trabajo, la vida está muy cara.

—No seáis ridículos. ¿Para poner un telegrama vais a perder una mañana de trabajo? ¿Y en una mañana ganáis más de los diez o veinte duros que me queréis dar a mí para que os lo arregle?

—Pero es que...

—Nada, todo es la mar de sencillo. Yo os anoto el texto del telegrama y en Correos os ayudarán a hacerlo.

Han visto el cielo abierto y se van más que contentos. Pero en el fondo prosiguen creyendo que las cosas no se arreglan porque los demás, los que están arriba, los inmediatos superiores, no quieren. Esto es un arraigado mal español, mejor dicho, una arraigada creencia. ¡Y todo porque más de una vez no han ido desencaminados en esta suposición! ¡Pues vaya!

Cuando llega una pareja con excesiva prisa para casarse, con excesiva prisa por arreglarlo todo en ocho días, es que ella está embarazada, no falla. El cura no hace preguntas indiscretas y lo arregla todo lo mejor que puede. Pero algunas novias se presentan con la barriga enormemente hinchada. El novio lleva la voz cantante y ella se ríe a hurtadillas, un tanto ruborosa, pero poco.

—Padre, desocupa dentro de dos meses, ¿sabe?, y quisiéramos...

—Madre mía, y ¿cómo os habéis despertado tan tarde?

—Es que queremos que el hijo sea legal.

—Pero ¿cómo os acordáis ahora y no antes?

No saben qué decir. Bajan los ojos. Se ríen.

—Está bien, ya lo arreglaremos. ¿Cómo os llamáis? ¿Dónde habéis nacido? Traed tal papel y tal otro, etcétera, etcétera.

Si los acompañan los padres, éstos se hacen los escandalizados. Especialmente la madre de la novia.

—Es nuestra deshonra. ¡Luego de la educación que le hemos *dao*! Y más vigilada

no ha *podío* estar...

El cura dice:

—No la habrá vigilado tanto como usted asegura. A la vista está.

La madre llora.

—Sí, sí, padre. Que en mi familia toos estamos bien *casaos*.

El cura, aunque joven, ya no hace caso de todo esto. Está más que avezado a esta horrorosa costumbre murciana que tiene características de rito y que consiste en llevarse a la novia un tiempo antes del epitalamio.

Cierta tarde llegaron al despacho parroquial tres o cuatro mujeres de mediana edad o más que mediana. Reían constantemente entre ellas y bromeaban sobre algo que por lo visto les hacía mucha gracia. Cuando les llegó el turno y entraron en el despacho, dijeron, sin para de reír, que venían para preguntar sobre los papeles que hacía falta para casarse. El llamémosle secretario del cura preguntó por los novios. Ellas rieron más. Al fin habló una de las mujeres, una tuerta, con el pelo profundamente negro, pegado a la cabeza como un casco, como una peluca, la raya en medio, una raya blanca, con algo de caspa, y la color del rostro cetrina. Habló y dijo:

—El novio es hijo mío; la novia es hija de ésta.

Y señalaba a una gorda, a una gorda que le oscilaba el vientre al reír.

—Bueno, sí —otorgó el llamémosle secretario—. Pero deben venir ellos. Es mejor que vengan ellos.

Volvió a graznar la tuerta:

—Ellos deben de estar casándose en estos momentos.

El cura levantó los ojos hacia ella, desde su mesa.

La gorda aclaró:

—Los hemos dejao a los dos en mi casa, cerrados en un cuarto, la cama bien blanda.

Se echó a reír y mostró la llave.

—No podrán salir aunque quieran.

Reían todas alborozadas. Una susurró:

—No creo que se acuerden de salir.

La tuerta era la más desenfadada.

—Tenían algo de vergüenza, pero ya se les habrá *pasao*. Estaban medio *atontaos*. Hemos *tenío* que espabilarlos.

El cura tenía ganas de gritarles: ¡Bestias!, y algo más. No lo hizo. Intercedió:

—Por favor, no rían; márchense. Que vengan ellos, es mejor que vengan ellos de todos modos. ¡Hala, adiós!

Las mujeres se fueron sin dejar de reír. Debían de creerse unos ingenios tremendos.

—Con Dios, padre cura.

—Uste lo pase bien, señor San Jorge; y la compañía.

—Adiós, adiós. —Y salieron.

Algunos, cuando el asunto del papeleo no va tan aprisa como ellos quisieran; cuando surgen pegas y contradicciones y las cosas van camino de resolverse lentas, lo echan todo por la borda, que se dice. Con gesto malhumorado, con el tono de voz un tanto alto, para que se oiga, aseguran:

—Ya estoy harto de tanto ir y venir, de que me pidan tantos papeles. —Se dirigen al cura y al digámosle secretario—. Las cosas no se arreglan porque ustedes no quieren. Me den los papeles que me guardan. Me casaré por detrás de la iglesia. —Y añaden patéticos—: ¡Ustedes tendrán la culpa!

El cura no pierde la calma. Se sulfura un tanto, pero poco. El secretario, el llamémosle secretario, lo mira interrogante, al cura.

—Sí, sí, dale los papeles, todos, que se los lleve y que no vuelva más por aquí.

El cura es joven, lo hemos dicho tres o más veces, pero le ocurre lo que a los médicos: ha vivido demasiado, o, mejor dicho, estos barrios lo han enseñado a vivir. Tiene más experiencia que cincuenta obispos juntos.

Se encara con el joven petulante, con el joven novio petulante.

—Oye, guapo, tú —a estos tipos, para imponerse, es necesario tratarlos de tú—, tú te has creído que asustas al cura; tú te crees que con decir que te vas a casar por detrás de la iglesia el cura se va a echar a temblar y te va a implorar de rodillas: ¡Hijo mío, no hagas eso que es pecado! ¡No lo hagas y no te pongas así; no te enfades que el cura, en un momento, lo arreglará todo! Vas muy equivocado. No te arreglo las cosas porque no puedo; te falta un papel que tú no te molestas demasiado en apremiar para que te lo envíen, y sin él no hay nada que hacer.

—Es que yo ya he escrito tres veces y...

—Pues escribe otra y serán cuatro. Si no te envían el papel, que te digan por qué no te lo envían. Os creéis que diciendo que os casáis por detrás de la iglesia al cura se va a morir de espanto. Precisamente estoy en un barrio donde de cada cien, ochenta se casan así. ¡Hala, dale los papeles y que se vayan!

El novio baja los ojos, como si buscara algo, apabullado. La novia interviene:

—Bueno, padre, no se lo tome así. Es que éste —al decir éste le da un golpe al novio con el codo, con gesto de desprecio, acabándolo de anonadar—, es que éste no sabe presentarse en ningún sitio.

—¿Yo, yo?

—¡Sí, tú! ¡Y cállate de una vez! Diga, padre, que haremos lo que usted diga, pero usted podría escribir una carta en vez de nosotros; siempre le harán más caso.

El padre se suaviza. Le dice a su especie de secretario:

—Escríbeles tú mismo. —Luego a ellos—: Veréis como todo se arregla en poco

tiempo. Un poco de paciencia, ¿eh?

—Sí, sí, padre.

Se conforman, todo se arregla bien, y se casan como Dios manda, en la iglesia y no detrás.

El cura joven tiene más diplomacia que el viejo, lo que se dice más vista. Procura no escandalizarse por nada, seguir la corriente, colocar un aviso, bronca o advertencia en el momento preciso y echar una mano cuando se tercia. Tiene más experiencia en estos asuntos, pues anda más a revueltas con esta extraña clase de feligresía. El cura viejo lleva mucho menos tiempo en la parroquia; además es menos abordable; y tiene otro concepto de la moral, de la religión, de las cosas. Cuando el cura viejo ocupa por H o por B el lugar del cura joven en el despacho; de éste, las situaciones son más engorrosas, no caminan tan sobre ruedas, chirrían como si les faltara aceite.

En una de estas ocasiones en que el cura viejo ocupó el lugar del joven, llegó al despacho Diego Martínez Seravia alias *el Rojete*. Tenía —tiene— el pelo de zanahoria y la cara llena de pecas: se comprende que lo llamaran —llamen— así. El Rojete tenía un hijo de año y medio y otro en camino. Ahora quería casarse porque los puntos se habían subido. Antes, los puntos, ¡pchs!, no valía la pena. Ahora, con el veinticinco por ciento de aumento, sí. Cinco puntos de la mujer, uno del hijo, y otro del que iba a venir, siete, ¿no? ¿Valía o no valía? Le resultaba más que el jornal, conque... Así argumentaba siempre el Rojete y otros como él. La subida de puntos trajo consigo una ola de casamientos —de gente que vivían juntos, apareados, a la buena va, como Dios les daba a entender— de miedo. El Rojete había nacido en Jumilla (Murcia). Cuando la guerra, quemaron los archivos parroquiales de allí. Habían pedido su partida de bautismo y no llegaba ninguna contestación. De vez en cuando se pasaba por el despacho a preguntar.

—Es que mi mujer y yo ya estamos hartos de esperar. Además, ya podía hacer más de un mes que estuviese cobrando puntos...

El cura joven le aconsejaba un poco de paciencia. Necesitaban la partida o un papel del párroco de Jumilla diciendo que aquello estaba quemado. La palabra del Rojete no bastaba. Llevaban dos cartas escritas, si dentro de unos días no contestaban harían una declaración jurada.

—Sí, porque ya estamos hartos.

—Hombre, haberte espabilado antes.

—Bueno, bueno —mascullaba el Rojete, no muy de acuerdo con la reprimenda.

El cura viejo no era tan diplomático. Por eso, cuando dijo, como de costumbre, eso de que: Mi mujer y yo ya estam... cortó:

—¿Su mujer? ¿Qué mujer?

—¡Toma, la mía! —contestó el Rojete.

Al cura viejo le gustaba poner los puntos sobre las íes y las cosas en su sitio.

—Será su mujer cuando usted se case con ella; mientras tanto, no.

—¿No? ¡Bueno, pues no sé quién es el que se acuesta con ella!

El llamémosle secretario estaba sobre ascuas, no había para menos.

—Mosén, es que ya viven juntos.

—A pesar de eso. —El cura era terco—. Será su amante, su concubina, lo que sea; pero su mujer, no. Los ojos del Rojete, entre las pestañas rubias, entornados, observaban ladinamente.

—Conque mi mujer, no, ¿eh? ¿Pues de quién es el chaval que tenemos; quién le ha hecho el que ahora lleva en la barriga?

Aquello terminó como el rosario de la aurora. Un poco a gritos y sin ponerse nadie de acuerdo. Luego le decía el Rojete al cura joven, cuando lo casó:

—Es que parecía querer decir que yo no era el padre de mis hijos, sino otro.

—No, hombre, no. Quería decir que únicamente ahora sois marido y mujer delante de Dios y de la ley. Antes, no. La prueba es que no podías cobrar los puntos y ahora sí que podrás. ¿Te convences?

El Rojete rumió un instante, solamente un breve instante.

—Sí, sí, claro, así es.

Este argumento de los puntos era capaz de convencer al más pintado. ¡Vaya que sí!

Al Rojete, uno de sus hermanos, el mayor, le había sacado una canción. La cantaba todo el mundo.

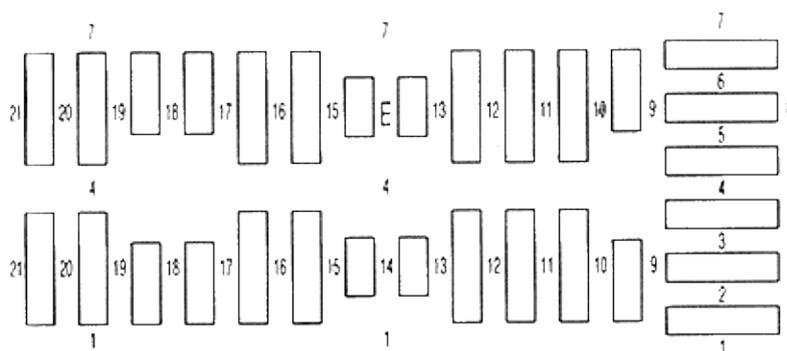
*Mi Rojete machuquete,  
no sé qué, no sé cuántos a un burro...*

Era una canción puerca, marrana. Desde luego.

## El Perchas y El Berbequí

Un día, o, precisando más, una tarde, el Perchas barrenó con un berbiquí el tabique que separaba su habitación del patio, miró por el agujero hecho, y, a su gusto y placer, cual si se hallara en un delicioso cuento de Las Mil y Una Noches observó un puñado de odaliscas desnudas, un puñado de retozonas odaliscas desnudas. Pero vayamos por partes.

La populosa barriada de las Casas Baratas o Eduardo Aunós, que suena mucho mejor, consta de veintiuna calles. Así (disimulen, por favor):



Medio aparrillada. Como un San Lorenzo del Escorial, pero menos. Antes estaban numeradas. Calle 1, calle 2 calle 3, calle 4, hasta 21. Sonaban a prisión o a Nueva York estos números. Ahora les han puesto nombres. Unos nombres catalanes, unos enrevesados nombres catalanes, más enrevesados aún para las estropajosas lenguas murcianas de sus moradores. Ahora los nombres son: calle Uldecona, calle Pinatell, calle Cisquer, calle Fontils, Rojals, Tragurá, Arnés, Aseó, Motáis, Riudoms, etcétera. Ellos, sus moradores, dicen: calle Urdecona, calle Pinatey, calle Sirqué, calle Pontís, Rochal, Traguirá, Arné, Asco, sin el acento, Motril, Sudón, etcétera. Algunas gitanas enturbian más las cosas. A la calle Tragurá la llaman: Trasgirá, desgrasiao, Trasgirá; ¿qué se ha creío er payo ejte? A la calle Uldecona, Urdecoña, ¡*cucha* por Dios! Y así sucesivamente.

La barriada, en total, con sus puertas y ventanas tan simétricas, tan iguales, semeja un queso de Gruyère, lleno de agujeros, o mejor aún un queso cualquiera donde diminutos ratoncillos han roído sus viviendas.

Ahora, con esto de la inmigración de todo el Sur hacia Cataluña, la barriada ha perdido su simetría. Ahora, con esto de la inmigración, se han amontonado en sus márgenes barracas y extrañas cobijas y la han hecho engordar. Un engorde que no le da aspecto saludable sino enfermizo. Un engorde de lacras, costras, úlceras y pústulas. Estas barracas se han reproducido y procreado como hongos, mas no como hongos bellos de cuentos de hadas sino como esos hongos viscosos, blancuzcos, venenosos que se superponen en los huecos de los árboles robándoles la savia y la

salud.

En estas calles interiores y simétricas los vecinos se conocen, tal vez demasiado, y viven bastante en común. En un paso están a la puerta de casa; en otro, en la de al lado. Las mujeres cosen y charlan en el portal de una un día y en el portal de otra, mañana. Se piden y se prestan —a regañadientes, según qué veces— cacharros y utensilios de cocina y un poquito de sal y un pellizco de pimentón. Ponen las radios a todo gas, a toda marcha, para poderlas oír desde al calle, mientras toman el sol o la sombra, depende. Y se despiojan unas a otras, las mujeres, y los hombres fuman, dándose tabaco unos a otros, parsimoniosamente, con cachaza. En resumidas cuentas: reina una camaradería, una igualdad, una especie de comunismo en el que parece ser todo de todos, un poco a lo torre de Babel, con ciertas disidencias de vez en cuando, con ciertas discrepancias que terminan a gritos y a trompadas si son hombres; a gritos y tirones de moño si son mujeres, y, en alguna ocasión, de tarde en tarde, para amenizar la cosa, a puñaladas.

El Perchas, en el patio de su casa, instaló una ducha. La cosa fue la mar de sencilla: empalmó una manga de goma, que nadie supo de dónde la había sacado, con el grifo del lavadero; en el otro extremo puso un bote agujereado, a manera de regadera, y la cosa resultó estupenda. Así lo dijo, a quien quiso oírlo, la foca de su mujer que, por unos días, se lavó y duchó tal vez demasiado si lo comparamos con antes, que no lo hacía nunca. Luego se cansó y ya no lo hizo más, pero siempre hablaba de su ducha; y el Perchas también, que se jactaba de su invento.

Al final, las vecinas, algunas, cayeron en la tentación de probar la ducha. La mujer del Perchas, espléndida, generosa, tan generosa como gorda, que ya es decir demasiado, las invitó a hacerlo. Conque fueron.

Eran estas vecinas la Josefa, la madre del Enrique; la Cándida, una solterita desvirgada; la Coca, hermana del Coco, por eso la llamaban así; y alguna otra casada o soltera, jovenzuelas ellas, tetudas y culonas ellas, de alivio o de cuidado —depende de cómo se mire— ellas.

La mujer del Perchas no se bañaba. Prefería estar en la sombra con otras vecinas, comadreando, dándose aire con un periódico.

El Perchas, desde su habitación, donde construía las perchas, oía el chorrear del agua, los saltos y gritos de ellas, las palmadas que se daban en las nalgas; y cuando aplicaba el oído al delgado tabique, oía cosas más singulares que lo ponían negro y lo derretían.

—Anda, que cuando tu *marío* te lo vea tan limpio...

—Se va a *espeazar*.

—No le pase lo que al mío, que se murió de tanto trajinar.

—Que habemos solteras, ¡*cudiao!*

—¡Valientes solteras! ¡Si estáis hartas!

—¿Hartas de qué?

—¡Anda, de qué! ¡De jarabe! De jarabe de...

Estos diálogos, agravados, los oía cada día el Perchas; hasta que una vez, sin pensárselo poco ni mucho, agarró el berbiquí y —tris-tras, tris-tras, tris-tras— hizo un agujero, colocó el ojo en él y vio —como en un maravilloso cuento de Las Mil y Una Noches, ya ha sido dicho— unas odaliscas, si no preciosas y esculturales, sí retozonas y bullangueras, chapoteando, echándose agua unas a otras, mostrando bien sus intimidades, diciéndose procacidades.

Lo malo fue que la hija más pequeña del Perchas entró en aquel momento en el cuarto. Inmediatamente volvió a la calle.

—Mama, mira el papa.

La mujer del Perchas, a regañadientes, movió su enorme mole de carne y entró en la casa. Cuando vio a su marido tan aplicado, que no se había dado cuenta ni de ella, no se lo pensó dos veces. Agarró una percha y le aplicó también con ella en la cabeza. Luego vinieron los gritos. Después las explicaciones. Pero el Perchas estaba acoquinado, amedrentado, empequeñecido.

—La culpa es tuya, por haberlas hecho venir a ducharse.

—Conque sí, ¿eh?, ¡golfo!

Y arremetió de nuevo contra él.

Las odaliscas, que habían acudido al oír el escándalo, a medio vestir, con el pelo chorreando, le ayudaban a la mujer del Perchas.

[—¡Cabronazo!

—¡Capao!

—¡Cuando se entere mi *marío* te mata!

¡Vamos a hacerle la vaca!

Se la hicieron. Lo sacaron a la calle, lo tumbaron en el suelo, le abrieron la bragueta, le sacaron las inmundicias fuera y le echaron tierra en ellas, agua, aceite; alguien escupió.

El Perchas forcejeaba, intentaba defenderse, pero como si nada. Su mujer decía:

—¡Matarlo de una vez!

La Josefa:

—¡Vamos a cortársela!

Otra:

—¡Si no tiene!]<sup>[1]</sup>

Y venga, *metío* va, *metío* viene, plis, plas, lo dejaron como loco.

Los chiquillos aullaban y saltaban alrededor. Algunos perros ladraban, ante el tumulto, sin saber bien por qué. Debían de pensar que aquella gente eran unos animales. Uno de los perros estaba sarnoso y tenía una pupa grande en el lomo. Las moscas se paraban en ella. Caía el sol a chorros. Etcétera.

## El dispensario

No nos referimos al Dispensario Municipal, en el que asistieron al Juan y al Pedro —dieciocho y dieciséis años, respectivamente—, las víctimas del Juan de Dios y de su hijo el rengo, y en el que asisten a los que se abren la cabeza en las peleas, o a los que sufren accidente, no, no nos referimos a él, y que es un dispensario de turno, de guardia, siempre abierto, a todas horas, de día y de noche, pues, filosófico, sabe que la maldad humana en todo momento está dispuesta, y las desgracias, que nunca vienen solas, también, no, no nos referimos a él, y en el que, si la cosa es gorda, de allí al Hospital Clínico, con una ambulancia, y si es más gorda aún, al avío, la autopsia y al Campo Santo, no, no nos referimos a él. (Punto y aparte y descanso, ¡uf!)

Nos referimos al Dispensario Parroquial de Nuestra Señora de Port, que está enclavado en el mismo edificio de la iglesia, en su ala izquierda, junto a los colegios, separado por unos tabiques, a modo de compartimientos estancos, y en el que visitan tres veces por semana, martes, jueves y sábados, a todo Dios y de gorra. La visita sólo son dos pesetas. Dos pesetas, en los tiempos que corremos, no son nada. Hace más de quince años que funciona y la tarifa no ha subido, y eso que todos sabemos que la vida está cara y que de entonces acá las cosas han aumentado tres o cuatro veces más. Son dos pesetas, la visita, pero al que no puede, a los pobres de solemnidad, nada. Para atestiguar esta, pobreza no hace falta ningún papel; sólo hay que decirlo: yo no puedo; y ya está. Pero algunos abusan de esta benevolencia. Claro que, luego, el conserje les dice:

—No podéis pagar dos pesetas y ayer estabais en el cine, que yo os vi, y en preferencia.

—Usted no debía de estar muy lejos, desde luego.

—El suficiente para veros, por más que os hacíais los despistados.

A pesar de esto, no pagan.

El conserje es el tío Pedro, el padre del Francisco Candel, mi elemento un poco brusco, con un corazón como una casa, un personaje de novela. Le tiene mucho cariño al Dispensario y lo defiende como cosa suya.

—¿Vosotras —siempre son las mujeres las más alborotadoras—; vosotros os creéis que el médico se chupa las dos pesetas que dais? ¡Si a él no le hace falta vuestro cochino dinero! ¡Si con lo que dais no hay ni para comprar el alcohol que se gasta!

Y es que muchos se creen que el médico, como que pagan —dos pesetas son dos pesetas—, está obligado a ellos, a todas sus impertinencias, a todas sus exigencias.

—Yo pago y tengo derecho, ¿no es eso?

—¡Si con lo que vosotros dais no hay ni para alcohol! ¡Si las facturas de la

farmacia cada mes suben más de quince mil pesetas!

Verdad es. Con estas dos pesetas se paga el alcohol, el algodón, el gasto de la electricidad, la mensualidad del señor Pedro, alguna otra cosa más. Algún mes sobra algo. Trescientas, quinientas pesetas, mil de tarde en tarde. Las medicinas son de gratis. Las facturas de las tres o cuatro farmacias del distrito suben de cuatro mil pesetas para arriba cada una y cada mes. El Dispensario es de las Conferencias de San Vicente de Paúl; o en un principio estuvo bajo esa advocación. Las Conferencias, en aquel tiempo, debían de dar algo, a fin de intentar ayudar a sostenerlo, pero no había para nada. El doctor, ahora, de su bolsillo, y de una manera heroica, Dios sabrá cómo, trampea y tira adelante. Visita a gente gorda, les expone el caso, busca protectores; organiza un sorteo en combinación con la Organización Nacional de Ciegos; los laboratorios le dan muestras gratuitas; las enfermeras son chicas de casa bien que lo hacen un poco por *sport*, otro poco por caridad y otro poco por dormir bien cada noche, con la conciencia tranquila; algunos médicos especialistas que visitan entre semana, lo hacen de gratis, por él, por el doctor del Dispensario, por su cara, porque él se les ha pedido, por caridad también, claro, como las chicas enfermeras, y porque por lo general los médicos son así. Pero todo esto no acaba de ser suficiente.

Estamos en unos barrios fabriles. Unos barrios que antaño fueron verdes, como otro valle literario, con campos y más campos, todo muy poético, y hoy han sido invadidos por fábricas, chimeneas y más chimeneas, llenándolo todo de polvillo negro, de detritus, de ríos de ácidos que han suplantado a los cristalinos de antes. Son unos barrios ricos y pobres al mismo tiempo, unos barrios que ofrecen el contraste disparatado. Los dueños de las industrias —o los gerentes y directores de las sociedades anónimas—, los orondos dueños —en literatura los burgueses siempre son orondos; en la realidad, también— son hombres honrados, honrados padres de familia que van de la fábrica a casa y de casa a la fábrica y los domingos a misa, ni más ni menos que cualquier trabajador. Pero ellos van en *haigas* y no se dan cuenta, no se percatan de que el mundo donde están enclavadas sus fábricas no es como el mundo donde están enclavadas sus casas. —Diagonal, Sarriá, Gracia, San Gervasio, Bonanova, Pedralbes—. El doctor del humilde Dispensario los ha visitado, ha expuesto la situación y ellos se han hecho cargo. Al año le dan quinientas pesetas; alguno, creyendo que da el no va más, mil; otros, nada. Parece mentira que en estos barrios —los verdaderamente ricos de la ciudad, los que producen la riqueza— las instituciones están por los suelos. En fin.

De este Dispensario de Port, mucha gente se ha querido ocupar. Periodistas, literatos. Saldría un sensacional reportaje, unas curiosas fotografías. La cosa se presta, es pintoresca, dicen. Pero todo, siempre ha quedado en agua de cerrajas. Del Arco iba a hacerle una interviú al doctor; el cura joven le había pedido a Néstor Luján

que escribiera algo en Destino. Y así, otros. Se tiene la manía de que las cosas, en los periódicos, conmueven. Hay quien cree que a raíz de eso los donativos hubieran llovido. Nos parece que no. Hay mucho Kubala, mucha Sofía Loren, mucho Chamaco haciendo malgastar miles de litros de tinta, acorchando demasiadas conciencias para que nadie repare en estas cosas. Pero si se hubiera hecho, todos hubiéramos quedado más tranquilos, con la tranquilidad por lo menos de la cosa realizada. En fin, otra vez, y así hasta ciento.

El doctor, el médico del Dispensario, es un santo —otros dicen un ángel—. Como todos los santos, él se niega a admitirlo, esto. Si uno se fija bien, se le ven las alas en la espalda o una aureola en torno de la cabeza. Poesía, diréis. ¡Bueno! (Este ¡bueno! es despectivo, con un encogimiento de hombros; si no lo creéis, peor para vosotros.)

El doctor, el médico del Dispensario, es un hombre que, con el pensamiento puesto en Dios, no se percata de nada de lo que ocurre a su alrededor: de si Chipre, de si Polonia, de si lo de Suez; de si la novela tiene que ser consecuente aparte de explicativa; de si la última promoción en el campo de las letras; de si el campo del Barcelona será grande como un estadio. No se percata de nada exceptuando a la enfermedad y al dolor y su remedio. Es un hombre que no conoce el descanso ni las vacaciones. Desde la mañana hasta la noche, enfermo tras enfermo. Los de su clientela particular y los del Dispensario. Los días que no tiene dispensario aquí, visita en otro similar a éste, en la Barceloneta, donde le pidieron si quería hacerlo por caridad. En los tres lustros y pico que lleva en el Dispensario no se ha permitido jamás el lujo de unas vacaciones ni de estar enfermo siquiera. En los meses de enero y febrero, cuando las epidemias de gripe, él, que también la coge, como cualquier hijo de madre, visita sin parar, con treinta y nueve de fiebre.

—Algunos de los que visito están mejor que yo.

A todas las horas del día y de la noche tiene el coche dispuesto para cualquier llamada.

—Hay quien me ha avisado a las tres de la madrugada y después solamente era un simple dolor de cabeza que con una triste aspirina se le hubiera pasado.

Sube a lo alto de la montaña de Montjuïc, donde el coche no llega, con lluvia, por el barro, con frío, con calor. Se mete en cuevas, en barracas, en la suciedad, en la miseria; se llena de piojos, a veces. De continuo se le ve por aquí. Incluso los domingos y las fiestas se deja caer por casa de algún enfermo que no tiene a nadie y sabe que se aburre. No va en plan de visita de médico. Va a hacerle compañía, a estarse un rato con él. El cura le ha dicho muchas veces:

—Usted tiene que hacerse una casa aquí. Usted pertenece más a estos barrios que a Barcelona.

Ya se la haría, ya. Pero no puede dejar su clientela de pago, su clientela rica, su

clientela de la que ya algunos lo han plantado porque iguales deferencias tiene para el pobre que para el adinerado, su clientela que le permite subsistir y poder ir empujando este Dispensario que es su obsesión, su sueño dorado.

Su sueño dorado es que el Dispensario se convierta en Hospital. Un hospital con varias camas donde alojar estos enfermos que a veces se desespera porque no siempre puede ingresarlos en el Clínico, en San Pablo o en un sanatorio.

Esto del Hospital es algo así como irrealizable. Todos lo consideran un imposible. Él, no. Aparte de los gastos de construirlo, hay los gastos de subsistir, de tirar adelante, le arguyen. Él piensa que si Dios, hizo un mundo también puede hacer un hospital. ¡Ay esos caballos blancos que montan una revista para lucimiento de una primera *vedette* y que cuando la revista se hunde no les queda nada en las manos, qué oportunidad se están perdiendo! ¡Sí, ay!

Él empezó hace más de quince años sin nada. Con cuatro paredes escuetas y una litografía de San Vicente de Paúl. Ahora las cuatro paredes se han ampliado, hay dos camillas, armarios llenos de medicamentos, enfermeras que ponen inyecciones, algunos especialistas en días señalados y un aparato de rayos X que compró a plazos y que aún está pagando. Su sueño sobre el Hospital no es tan descabellado como parece, no.

Al Dispensario concurre la misma gente que al despacho parroquial, esa gente dura de entendederas que llegan a exasperar al más cristiano.

La enfermera llena la ficha médica. ¿Cómo se llama? ¿Cuántos años tiene? Esto de los años es peor que una pregunta de trigonometría a un estudiante de medicina. Raro es quien la contesta bien y como es debido. Vieja hay que asegura que tiene treinta. El tío o señor Pedro le pone las manos en los hombros.

—¿Treinta? Y setenta también.

—Bueno, pues que ponga setenta. Yo, esto, no lo sé muy bien. —Intenta hacer una gracia—. Yo era muy pequeña cuando nací y no me acuerdo. ¡Ji, ji!

El interrogatorio de la enfermera continúa; un interrogatorio de tercer grado para el paciente.

—¿Cuántos hijos tiene?

Por estos benditos lugares hay mujer que ha parido quince, veinte o más mastuerzos. Ahora se reportan, han aprendido el truco, dicen, y tienen solamente ocho o diez.

Sin ir más lejos, esta mañana llegó una mujer de sesenta años, fresca y gorda, que había tenido trece hijos, trece. ¿Hay quién dé más?

—¿Sabe que está usted muy hermosa, muy bien conservada, para los años y los hijos que tiene?

—¡Ay, señorita! Que el criar envejece y el parir embellece, ¿no lo sabía usted? Aunque yo, los trece me los he criado a pecho.

—¿Y a qué edad tuvo usted el primero?

—¡Ay, señorita! Que me faltaban tres meses para los catorce cuando me escapé con el novio.

La conciencia blanda de la señorita sufre un conato de escándalo.

—¿Así está usted sin casar?

—¡Ay, no, señorita! Que me casé en cuanto quedé encinta, que *pa* mí que quedé la primera vez que estuve con él.

El interrogatorio de tercer grado prosigue:

—¿Le viven todos los hijos?

—Cuasi todos, señorita.

—Dígame los que le viven y los que se le han muerto; si eran varones o hembras.

Aquí, para contestar, otro lío. Primero fue un chico; no, que fuera una chica. No, que la chica, etc.

—¿Los tuvo bien?

La interrogada, ahora, es una gitana que lleva un churumbelillo al brazo y otro cogido a las faldas, vestido con un pantaloncito tejano y sucio como un cochinito. Tiene diecinueve años, la gitana.

—Éste lo tuve en la orilla del río. Yo solica. Estaba lavando, y, de pronto, ¡plas!

—¿Y ese otro?

El del pantaloncillo tejano lo tuvo a los dieciséis años e igual. Solica, y, de pronto, ¡plas!

Una primeriza que ha dado a luz en la clínica y le dieron tres o cuatro puntos, rezonga:

—¡Leñe! Así da gusto parir.

Sigamos con el interrogatorio tipo tercer grado. La enfermera pregunta:

—¿Vive su padre?

—No, señorita.

—¿De qué murió?

—¡Ahí va! De una sudadera, señorita.

—Eso qué es.

—¡Pues eso! Una angustia, señorita.

—Si no se explica mejor no la entiendo.

—Le dio un sofoco, señorita. ¿No sabe usted lo que es un sofoco, señorita?

—Yo, no.

—Pues... un soponcio, eso, un soponcio, señorita.

La señorita pone una cruz y un interrogante. Ya se aclarará el doctor con ella.

A lo que parece, todos los antepasados de estas personas han muerto del mismo mal: de una sudadera, de una angustia, de un sofoco, de un ahogo, de un soponcio o de un pronto, que todos estos ambiguos nombres son lo mismo para ellas, vienen a

significar lo mismo, aun cuando encierren un hipotético ataque de asma o de corazón, o una bronquitis aguda o una pulmonía doble, o un fulminante síncope<sup>[2]</sup>.

Cuando la señorita les pregunta todo eso de cómo se llaman, los años que tienen, dónde nacieron, los hijos que han tenido, de qué murieron los padres, qué enfermedades han tenido, etcétera, a todos se les ocurre la misma extraordinaria idea:

—¡Pues no preguntan *ná* tampoco! ¡Ni que te fueran a encarcelar!

Son unas gentes que, como el artista, como el aristócrata, como el rico, como el burgués, como todo quisque o gusano se creen ejes del mundo. ¿Y por qué no? ¿Qué más tienen los otros que ellos no tengan? ¿No nos hemos de morir todos igual? Se creen eje sin serlo y sin reflexionarlo. Verbigracia:

El que se ha visitado más de una vez tiene la ficha hecha. La señorita enfermera le pregunta, para buscarla:

—¿Cómo se llama usted?

—Si a mí ya me han visitado muchas veces, señorita.

—Bueno, pero ¿cómo se llama?

—¡Huy, si a mí el doctor me conoce más, señorita...!

—Es igual; dígame su nombre.

—Si yo estoy guardada en ese cajón, señorita; si usted, señorita, me ha *sacado* infinidad de veces de ahí dentro.

Si los señoritas se solidificaran, iban a haber señoritas para dar y para vender; por estos terrenos, dinero no habrá, pero educación, ya lo ven, a patadas. De todos modos, la señorita no se impresiona demasiado.

—¿Quiere decirme de una vez cómo se llama y no andarse con tantos rodeos?

—No se ponga así, señorita, que yo siempre vengo y siempre me encuentran.

Desde luego, no tienen remedio.

Cuando por teléfono llaman al doctor, para una visita a domicilio, hacen igual.

—Soy yo, doctor, Fulanita.

—Bien, dame la dirección de tu casa.

—Si soy yo. ¿Es que no se acuerda? Si ayer estuve en el consultorio y usted me vio. ¿Se acuerda que me dolía el vientre?

—Está bien; la dirección.

—Pero si usted me conoce de sobras.

—Pero no sé dónde vives, ¡caray!

—¿Que no? Pues más de una vez ha *estao* en casa. Cuando mi otro niño tuvo el sarampión...

Son así. Hay que extraerles las cosas como con un sacacorchos, que no va bien: a pedazos, a trocitos, como se puede. Ni por un instante se les ocurre pensar que el médico, de tipos como ellos, tan anodinos, cincuenta o cien cada día que visita. Prosiguen creyéndose únicos; por eso terminan diciendo:

—Vivo en las barracas de tal sitio. Usted preguntó por mí que aquí todo el mundo me conoce.

Va. Pregunta y nadie sabe nada, nadie conoce a dicha señora. Para matarse. Investiga como un detective y por fin la encuentra.

—¿No dices que todo el mundo te conoce?

—Sí.

—Pues a mí nadie ha sabido darme razón.

—¡Ay!, porque no habrá preguntado aquí o allí. —Se dirige a uno de los circunstantes—. ¿Verdad que tú me conoces de sobras?

El cura joven, mosén Jorge Lloveras Espriu, piensa que este poner uno de su parte el doble de lo que ponen ellos, es lo que acaba de idiotizarlos del todo. El doctor ya no piensa nada, o si, que si hay suerte y paciencia, en el cielo nos veremos.

Al doctor, un día, le quitaron la cartera. Como hacía calor había dejado la americana colgada detrás de la puerta del cuarto de reconocimiento. Mientras miraba a alguien por el aparato de rayos, otro paciente se la limpió.

—Pedro, me han quitado la cartera. Esto ya pasa de castaño oscuro.

El tío Pedro, el señor Pedro, el conserje, como se quiera, es un psicólogo de barrio. De un vistazo cala a la gente.

—Ya sé quien ha sido. Una que vive en las barracas de Jesús y María, seguro.

—Por lo menos que me devuelva la documentación del coche y la de médico. El dinero, si tanta falta le hace, que se lo quede.

Van. Jesús y María es un barrio de barracas junto a la capilla de este mismo nombre, al pie del cementerio del Sudoeste, pegado a Casa Antúnez. La mujer está atribulada; azorada, asustada.

—Yo no he sido, doctor; yo no he sido.

Pero se nota de sobras que ha sido ella. Si fuera inocente se mostraría encolerizada, insultaría, denegaría vivamente: ¡Yo ladrona!, ¡yo ladrona!

El doctor quiere hacerle comprender que sólo necesita la documentación, que se quede con el dinero, que se quede con la cartera, si quiere.

—Yo no he sido, doctor; yo no he sido. ¡Se lo juro!

La Comisaría está allí mismo, a cuatro pasos. El señor Pedro se impacienta.

—¡Me cago en la leche! Vamos a dar parte ahora mismo a la policía.

El doctor no quiere.

—No, Pedro, déjelo; es igual.

Se marcha sin el dinero y sin la documentación.

La gente es ingrata. A veces, al pronto, casi siempre, son agradecidos. Pero a la larga, no. Muchos ni al pronto.

La incultura y la ignorancia es lo que acaba de arreglar las cosas.

Cuando a las mujeres las hace desnudarse para reconocerlas —algunas, no todas,

las más sinvergüenzas por lo general, las que tienen una reputación más negra y una conducta más equivocada— casi siempre ponen el grito en el cielo.

—¡Ay!, yo no me desnudo delante de ningún hombre.

—Déjese de tonterías, señora.

La ausculta, y cuando sale:

—Este médico es un tocón, un aprovechao; ¡pues no me ha hecho poner en viso!

Es una mujer que va más sucia que el palo de un gallinero y que es más fea que pegarle a un padre. Entran ganas de gritarle:

—¡Señora, si el doctor le ha puesto la mano encima, aunque haya sido con mala intención, como usted dice, es un santo, pues se necesita estómago y caridad para tocarla a usted!

La gente no es agradecida. Tal vez no se ha filosofado demasiado sobre esto de que la caridad y los favores ofenden.

El doctor, aparte de visitar de gratis, y de dar las medicinas, le da cinco duros al muy necesitado, y a otros les paga el alquiler de la casa, y a otros les paga la papeleta de la Casa de Empeños, y a éste le da un par de alpargatas, y al otro una manta.

Ellos, los necesitados, se gastan el dinero del alquiler de la casa en cualquier otra cosa, y el de la papeleta de la Casa de Empeños, también, y se venden las recetas o las cambian por colonia o por jabón, o por menos dinero del que vale el medicamento, con lo que el farmacéutico hace negocio y ellos también.

El doctor, a veces, manda al señor Pedro, para que sea él quien saque el colchón que tienen en la Casa de Empeños, o para que les pague el alquiler de la vivienda. Pero aun así.

La gente es muy desagradecida, o tienen muy poca conciencia, que viene a ser lo mismo. Y es que los favores, aunque no se quiera, siempre son una humillación.

Viene una mujer llorando —siempre son las mujeres; los hombres no tienen tanta cara—; llorando y diciendo que a su hijo le han recetado en el Seguro la estreptomina, un gramo cada día en dos veces. Cada pinchazo son cuatro pesetas; al día, ocho; a la semana, cincuenta y seis. Ella no puede llevar ese gasto. El doctor le da el dinero. Luego piensa: ¡Caray!, ese practicante también lleva caro. Le pregunta a la mujer: ¿Qué practicante es? El de las Casas Baratas, dice ésta.

El doctor envía al señor Pedro a que se entere de esto. El practicante dice que él no lleva cuatro pesetas por inyección, que lleva dos; que a esa mujer no le cobra nada; que a los enfermos que el doctor visita de gratis, él hace igual.

Cuando la mujer vuelve en busca de otras cincuenta y seis pesetas, el doctor le dice el cuento que tiene. Ella se excusa. Ella no sabía que el practicante no le iba a cobrar nada. Ella guardaba el dinero para el sábado pagarle, por si acaso. Ella... ¿Y por qué vienes a por más dinero? ¿Y ése que guardas? Es que la vida está muy mal, es que... es que... El doctor le da otros diez duros. ¡Los últimos!, asegura.

El señor Pedro le dice:

—Usted es tonto, doctor; a usted todo el mundo le engaña.

—¿Y qué le vamos a hacer, Pedro, y qué le vamos a hacer?

La gente no es lo que se dice muy agradecida. La gente piensa: él tiene y yo no, ¡a ver! El doctor les da leche en polvo, de la que trajeron los americanos. Muchos se la venden a gente que padece del estómago y esta clase de leche les va bien. Negocio redondo.

La gente, de agradecida no tiene nada la verdad. Y eso que cuando lea dan la cosa se ponen empalagosas con tanto: ¡Gracias, doctor, gracias! Queriendo besarle la mano. Pero es que ser pobre, aparte de ser una mala papeleta, no es para hacer arrodillarse a nadie delante de uno, no hace arrodillarse a nadie delante de uno. Y eso que si el Evangelio, que si somos hermanos, que si patatín, que si patatán. ¡Ya, ya!

Los dos o tres coros de Clavé que hay en el distrito quisieron organizar —y lo organizaron— un homenaje al doctor del Dispensario. Fueron con pancartas y trompetas por las calles, recogiendo. Organizaron una velada teatral en el Cine Casas. No se recogió mucho. El cine no se llenó hasta los topes, como era de suponer. Pero cuando vino Antonio Amaya a unas *varietés* hubo bofetadas por verle, y el cine, el local, reventaba. Y por las Fiestas Mayores de hace unos años, los de la calle 21 antes, ahora calle Sovelles, se gastaron un puñado de miles de pesetas, todo por ser más que los de las otras calles, y trajeron dos orquestas de lo mejor: la Picos Pardos y la Típica Cubana.

La gente no es muy agradecida, no. Si quisiéramos estaríamos dos o tres días contando. El hambre aguza el ingenio. Un día es un día. Todo lo que puedas disfrutar, por delante que te lo llevas. Quien no llora, no mama. Pedid y se os dará. Por el hilo se saca el ovillo. Dos días también si quisiéramos estaríamos con los refranes o dichos. Como lo oyen. ¡Vaya! ¡Sí!

La multitud que se visita en el Dispensario Parroquial es abigarrada y heterogénea, dos calificativos rancios y poco ingeniosos, pero que aún se usan en literatura. Desde la vieja miserable y harapienta cargada de años y roña hasta la señora aburguesada que tiene un establecimiento en el barrio, se pasa por una gama infinita de tipos. Mujerucas sucias, desgredadas, con dos o tres críos —uno en brazos y los otros retozando alrededor de ella—; muchachos desharrapados, rotos, pringosos, que vienen solos —sus madres están haciendo faenas— a ponerse una inyección de cal y vitamina; jovencitas acicaladas lo mejor que Dios les da a entender y que equivale a pintarrajearse igual que si fueran peponas; mujeres limpias y arregladas —pocas— que tienen Seguro de Enfermedad, pero que vienen allí porque allí no es necesario tanto papeleo como en el Seguro.

—Sí, porque a veces, cuando has terminado de arreglar los papeles ya te has

muerto. (O ya te has curado, que viene a ser lo mismo. Lo que ocurre es que es mucho mejor pagar dos pesetas y aviarse ligero); algunos hombres —también pocos — avergonzados de estar metidos en medio de tanta mujer, alborotadoras todas ellas como cien terremotos; algún viejecillo encogido, sin afeitado, con un pie en la tumba y otro aquí, que en los escalones de la entrada toma golosamente el sol; etcétera.

Permanecen sentados en bancos de madera, y los que no caben en ellos se amuelan y permanecen de pie, ¡qué remedio si no!

Arman una algarabía enorme. Se pelean entre sí, discuten desaforadamente. Se gritan con el señor Pedro. Se cuelan. Protestan. Y la que le han hecho daño al ponerle una inyección sale despotricando, sin preocuparse de si la oyen o no.

—¡Vaya unas enfermeras! ¡La tía ñiclis, que es más fina que un fideo!

La señora aburguesada protesta de la miseria y suciedad de los demás.

—¡Como si aquello no fuera un dispensario de pobres! —refunfuñan éstos, los demás.

—Que se vaya a un consultorio particular si no está conforme; que se vaya a un consultorio para ricos...

Los ricos: la señora aburguesada, la señora del comercio, alguna payesa, alguna distinguida de quiero y no puedo también, dicen que ellas no lo hacen por las dos pesetas, sino porque le tienen fe al médico que ellas, después de visitarse, bien le dan cinco duros o diez, para el sostenimiento del Dispensario. Y lo pavonean orondas.

—¡Bah, bah! —comenta algún malentendido. Lo que ocurre es que los otros médicos, los de no se contentan con cinco duros, sino que tienes darles veinte o cuarenta. Sí, que yo una vez fui a uno y me clavaron, vaya si me clavaron, ya lo creo que me clavaron...

Discuten largo rato sobre esto, mientras aguardan. El caso es pasar el rato. ¿No?

Si el doctor, el médico este del Dispensario Parroquial, se dedica un día a la literatura, como tantos colegas suyos han hecho, plantando éste provechoso campo de la Medicina, más provechoso, mil veces más provechoso que el de la literatura — importa más sanar a un hombre que distraerlo—, va a tener muchas cosas que contar.

Contará cómo una mujer entra como loca en el Dispensario, con un chiquitín en brazos.

—¡Mi hijo, mi hijo! ¡Que he llegado a casa y me lo he encontrado muerto!

—A ver; extiéndalo aquí.

Extienden al chiquillo y el chiquillo se despereza, se restriega los ojos con el puñito cerrado.

—Pero si este chiquillo no tiene nada; pero si este chiquillo estaba dormido.

—Pues si yo lo he visto con los ojos cerrados, y lo había dejado jugando.

—¡Vaya, mujer, vaya, y otra vez fíjese más en las cosas!

Contará cómo llega otra, con otro crío arrebujado en una manta bien tapado.

—Señor Pedro, déjeme pasar, que lo tengo a cuarenta de fiebre.

—Pasa, mujer, pasa. Si es así...

Y luego el doctor:

—Este crío no tiene fiebre.

—Es que tengo que hacer la comida, ¿sabe, doctor?, para cuando venga mi marido, y como no me dejaban pasar...

—¿Y por poco lo ahogas con la manta, con el calor que hace? ¡Ahora te quedas para la última!

Contará cómo algunas le vienen a pedir que las haga abortar.

—Pero, hija, eso no está bien, eso es pecado.

—Sí, pero mi marido dice que si tengo otro chaval me mata.

Contará cómo los golfillos de la calle, en tanto él está visitando, le desinflan las ruedas del coche y luego se ve negro para poder marchar a casa.

Contará cómo la mayoría de días empieza la visita a las once de la mañana y termina a las cuatro de la tarde.

Contará cómo quiso ingresar al tío Serrallo, un viejo ya muy enfermo, al que la familia maldito el caso que le hacían, en el Clínico, porque allí estaría bien, y cómo porque lo quisieron duchar, pues iba un poco sucio, se escapó, y lo tuvo de nuevo siempre allí en el Dispensario, cada día, quejándose, hecho un pedigüeño, sin saber qué hacer ni qué decirle, pues lo que necesitaba era hospitalizarse y nada más.

—Pero, hombre, mira que escaparse del hospital porque lo iban a poner un poco decente...

—Sí, tiene usted razón, doctor. Soy un canalla. Le he hecho un feo a usted. Pero usted tiene que perdonarme, usted tiene que ayudarme.

Contará cómo duelen esas calamidades que a todo médico le toca presenciar. Cánceres localizados, manchas de pulmón descubiertas, úlceras reconocidas: descubrimientos que no llenan de alegría como las minas de oro y de diamantes, desde luego.

Contará cómo es ese profundo desaliento que invade al médico que visita a pobres, al médico de suburbio, al médico que receta reposos que no se pueden hacer, alimentos que no se pueden comprar, días de montaña y de campo de los que hay que prescindir, dietas que no se pueden seguir, climas que no se puede ir a tomar.

Contará... no las mil y una contará, sino las mil y una, y dos, y tres. Como lo oís. ¡Seguro!

## El Tío Serralto, de cómo murió

El tío Serralto vino a Barcelona cuando la Dictadura de Primo de Rivera, cuando tanta gente pedían para trabajar en la Exposición. Vino con su mujer y con tres hijos. Los otros cuatro los tuvo aquí. Fue de los primeros que inauguró las Casas Baratas, Grupo E. Aunós. Los hijos se hicieron mozos y la mujer, como si ya no la necesitaran, murió, de un ataque del corazón, estando gorda y hermosa y sin sufrir poco ni demasiado. ¡Ay, que la vida es así!

Los hijos —tres hembras y cuatro varones, no nos habíamos acordado de decirlo — casaron jóvenes y se desperdigaron por aquellos mismos barrios. Ninguno se fue a vivir a Barcelona, que así se denomina aquí al centro de la ciudad o en cuanto se llega a la Plaza de España, igual que si aquí viviéramos en la China o en la estratosfera, o poco menos. Ninguno fue a vivir a Barcelona, decíamos. Uno se fue a vivir a Cantunis o Casa Antúnez, otro a Port, otra a Plus Ultra o Pont de los Gossos, otro a la Colonia Santiveri, otro a la Colonia Bausili, otro a la Colonia Canti, y, el último que se casó, una chica, la pequeña, se quedó en las Casas Baratas. El tío Serralto se quedó a vivir con esta hija. Él trabajaba, en la construcción; le daba la semanada a la hija, la hija lo arreglaba y él estaba contento y feliz. Siempre hablaba de sus siete hijos con mucho orgullo, por lo trabajadores y honrados que le habían salido, a pesar de vivir en aquel barrio de maleantes, decía; y de cómo los había hecho subir, procurando que no les faltara nada, a pesar de la pobreza. Estaba muy orgulloso de sus siete hijos. — ¡Ay, si vuestra madre viviera!— e incluso establecía símiles o parangones o mejor aún coincidencias o casualidades. Siete hijos tenía, siete, y siete eran los barrios de aquel distrito y cada uno de estos hijos había ido a parar a cada uno de estos barrios. ¡Je, je! ¡Ay, si vuestra madre viviera!

(Ahora los barrios se han multiplicado, y otros, como la Colonia Canti, medio han desaparecido. Ahora hay dos o tres barrios más: las viviendas de la SEAT; los Bloques de la Policía, junto al Polvorín; los Bloques del pasaje Clos, detrás de la Fábrica de la CAPA. El populacho ha bautizado a algunos de estos nuevos barrios. Les ha soplado una especie de musa cinematográfica y a los Bloques de la Policía, orientados hacia Poniente y encaramados en un desmonte, los llaman la Ciudad Desnuda. A otros bloques de paisanos, pegados a éstos, pintados de un color ocre vivo, la Ciudad Amarilla. A los que hay detrás de la CAPA, escondidos entre irnos montículos, Ciudad Oculta. A un grupo de barracas —ahora ya desaparecidas— que nacieron al principio del Paseo del Puerto Franco, junto a la Gran Vía, pegadas a las casillas de Consumos, las llamaron Ciudad Fronteriza. —¡Dallas, pam, pam!, decían los más exaltados—. El tío Serralto no acabó de enterarse nunca de estos nuevos barrios. Para él fueron, continuaron siendo siete, como sus hijos. ¡Ay, si vuestra madre viviera!

Cuando el tío Serralto cumplió sesenta y cinco años y le dieron el retiro y empezó a darle a su hija los veinte duros al mes, de la jubilación, en vez de los treinta o cuarenta que le había estado dando cada semana, ésta empezó a torcer el morro y a decir que entre siete hermanos que eran sólo ella arrimaba el lomo para mantener al padre. Llamó al resto de los hermanos a conciliábulo y después de sus más y sus menos, ¡que tú bien lo has querido tener cuando traía buena semanada!, ¡claro, como que se creían que con aquello se regalaba ella, si lo que se comía valía el doble de lo que le daba!, sus más y sus menos, pues, acordaron tenerlo un mes cada uno. ¡Ay, si vuestra madre viviera!

El tío Serralto, de esta manera, entró en esa fase de la vida por la que casi todos los padres de los pobres pasan, esa especie de éxodo que consiste en un mes aquí y otro allá, riñendo con las nueras, oyendo las reconvenciones de los hijos, soportando y queriendo a los nietecillos. Cada final de mes recogía sus bártulos, por lo general lo que llevaba puesto, la petaca y el estuche de las gafas que le dieron las de las Conferencias, además, y a casa del hijo de turno. Todos los sueños para el día de mañana cifrados en los hijos, esta gran equivocación de los padres, se estaban derruyendo. ¡Cómo cambiaban los tiempos! ¡Ay, si vuestra madre viviera!

El tío Serralto se tornó huraño, amargado, pedigüeño, quejumbroso. ¡Claro, como que ya no sirvo para nada! ¡Claro, como que ya no traigo la semanada a casa! ¡Claro, como que no...! Contaba sus penas a los amigos de tomar el sol, viejos como él, con el mismo problema por lo general, creyendo cada cual que su caso era el peor. Ni para tabaco me dan. ¡Si no fuera por mi yerno Tal —siempre existe un yerno dadivoso— que me da una cajetilla de vez en cuando! ¡Ay, si la madre de ellos viviera!

Los hijos comentaban, hablaban de lo raro que se tornaba padre, de cómo vuelve la vejez a los hombres, de que más vale morirse que llegar a viejo, de que padre estaba cargado de manías, de que quién lo ha visto y quién lo ve. ¡Ay, si la madre viviera!

El tío Serralto, entretanto, iba viviendo sólo para él, para sus males, para sus miserias, para su pequeño mundo de colillas y perras en el pañuelo. ¡Ay, si vuestra madre...

El tío Serralto se fue dejando, tornando un descuidado, iba sin afeitarse, medio no se lavaba, vestía desaliñado. Las nueras y las hijas, que se las daban de pulidas y limpias, se escandalizaban. ¡No puedo con este hombre, no puedo! ¡A mí que me gusta todo tan limpio y él ya lo veis! ¿Qué le cuesta lavarse como es debido? ¿Es que el agua va escasa, es que vale tanto una pastilla de jabón? ¡Ay, si la madre viviera!

Recogía colillas, para fumar; pedía limosna cuando creía que no lo veían. La paga de la vejez se la quedaba el hijo con el que le tocaba pasar el mes. ¡Él, que siempre había llevado veinte duros en la cartera por lo que pudiera ocurrir! ¡Ay, si vuestra

madre viviera!

—¡Es que padre es nuestra deshonra! Porque lo que yo digo: ¿Es que no come todo lo que quiere, todo lo que le da la gana? ¿Es que le hace falta algo? Tiene una cama para dormir y un plato siempre en la mesa... Se le da un duro para tabaco de vez en cuando. ¿No sé qué más quiere? ¡Ay, si madre viviera! ¡No lo iba a conocer!

Cuando el tío Serralto empezó a encontrarse mal, un dolorcillo en la paletilla derecha que no le dejaba respirar, fue al Dispensario para que lo vieran. Le habían dicho que había un doctor que tal y cual y por dos pesetas que la visita valía... Además, el Pedro, como que lo conocía no le cobraba.

El doctor lo miró por rayos, le dio unas inyecciones y unas pastillas y le dijo que volviera por allí de vez en cuando.

El dolor se le fue pasando, pero en cuanto dejó de medicarse, éste volvió. Tornó de nuevo al Dispensario, y como viera que el doctor, aparte de más medicamentos, le daba también cinco duros, menudeó sus visitas más de lo que el doctor le recomendara.

El doctor, al final, quiso ingresarlo en el Clínico. No creía que pudiera hacerse nada, se decía. Un cáncer, a esa edad... Pero siempre estaría mejo atendido.

El tío Serralto se escapó del Hospital. ¡Ya sé que le he hecho un feo, doctor, pero no lo he podido remediar! ¡Ha sido un pronto, doctor! Y eso que mejor que con mis hijos en cualquier sitio, doctor, pues para como me tratan, con el despego que me tienen... ¡Pero no lo he podido remediar, doctor! ¡Aquellas salas tan grandes, doctor, y aquellos hombres con bata blanca, doctor! ¡Ya sé que le he hecho un feo, doctor! ¡Ha sido un pronto, doctor! ¡Y eso que mejor que con mis hijos, en cualquier parte, doct...

Siempre que el tío Serralto iba al Dispensario soltaba el mismo rollo. El doctor le daba cinco duros, unas inyecciones y lo miraba con cara conmisericordiosa. Abreviando. En uno de esos cambios mensuales de casa a casa de los hijos, capote. Estas cosas son así Más o menos bien y, de pronto, quién te ha visito y quién te ve. En cinco días se enflaqueció una barbaridad, en otros cinco no se pudo levantar de la cama, en quince llegó a las últimas. Aquel mes estaba en casa del hijo que tenía en Port. La nuera estaba negra: ¿Pero qué leche le pasa? Me duele aquí, me duele acá. Lo que pasa es que usted no se hace un ánimo; usted tiene que levantarse; ahí en la cama se morirá, la cama come mucho.

El tío Serralto ya se hubiera querido levantar, ya. Pero ni al water podía ir. Eso de tener que limpiar los orines y lo otro, a la nuera la sacaba de quicio. Se quejaba al marido. Tu padre es un marrano. Además, yo no soy su hija, yo no tengo ninguna obligación. El hijo era un calzonazos. Al mismo tiempo era un cachazas. Espera a que se acabe el mes; lo llevaremos a *ca* mi hermana, que le toca a ella. ¡Si mi madre viviera!

El tío Serralto no pensaba que se moría. Pensaba que lo mataban los hijos, nada más. El sólo tenía eso: malos tratos. Soñaba con hospitales de salas grandes y hombres con batas blancas. Soñaba con asilos de Beneficencia, con blusones azules de ancianos asilados. Soñaba con la Antonia, con la que tan bien se había llevado siempre, desde que se casaron, que tan bien se lo hacía todo. ¡Ay, si su mujer viviera!

Cuando se acabó el mes, quisieron que fuera a casa de la otra hija. Lo vestirían y, poquito a poco... ¡Total era un paseo hasta las Casas Baratas! Lo que él tenía era mucho miedo. Sí, sí, miedo... Lo que no podía era moverse. Bueno. Lo vestirían y lo llevarían cogido del brazo. Sí, sí, del brazo, Como no lo llevaran al hombro...

La nuera tuvo una idea luminosa. ¿Por qué no le pedían el carro al *càmalic*, que era tan amigo de ellos? Así nadie se enteraría, como si lo llevaban andando o en brazos. Además, que incluso era mejor para él, más descansado.

Al tío Serralto le hizo el efecto de que lo amortajaban, cuando lo vistieron. Lo colocaron echado en el carro, cara al cielo, con los pies para delante, lo mismo que a un muerto, ni más ni menos. El día estaba brumoso, triste, húmedo. Todo aquello, le afectaba un poco. La mujer decía, le había dicho: El mismo derecho tienen tus hermanos a cuidarlo que tú. A él, todo aquello, le producía bascas tratarlo. El padre se tenía que haber muerto cuando la madre. A fin de tranquilizar la conciencia, le dio un duro a su padre. Para tabaco. El tío Serralto no lo pudo coger. Se lo tuvieron que meter en el bolsillo del chaleco.

Cuando llegaron a las Casas Baratas el diálogo fue sobrio. Te traigo al padre. ¿Dónde está? Ahí afuera, en un carro. ¿Y cómo? Sí, se ha puesto enfermo; a los pocos días de estar en casa; se ve que ya venía malo de casa del otro hermano. ¡Ah!, pues yo no lo quiero así. ¿Cómo? Que yo no lo quiero así. Pues a ti te toca. ¡Yo lo di bueno y sano y ahora me lo devolvéis así: yo así no lo quiero!

El tío Serralto, en el carro, inmóvil, con los ojos muy abiertos, oía las últimas palabras, que las decían en la calle. Yo os lo di bueno y sano. Era su hija pequeña, la que más había querido. Cuando lo trajeron a casa, ya me lo trajeron así; a los pocos días se tuvo que meter en cama. Era su hijo, al que también había querido. Pues haberte fijado. Era su hija de nuevo, la que más había querido. Para otra vez ya lo sabré; no, si ahora ya lo veo, si ahora todos los hermanos esquivaréis el bulto. Volvía a ser su hijo, al que también había querido. Anochecía. Caían algunas gotas.

El hijo volvió al carro y se fue a la Colonia Bausili. El otro hermano tampoco lo quería. La cuñada se puso furiosa. A ellos no les tocaba aquel mes ni al otro, sino al otro. Lo llevó al de la Colonia Santiveri, al que se lo endosara a él. Aquél protestó también. Él lo había tenido el mes que le había correspondido. Lo que ocurría era que la hermana, la de las Casas Baratas, tenía el corazón como una piedra. Siempre había sido igual. Ya dé pequeña se le veía la mala índole. Y eso que a fin de cuentas era la que más tenía que agradecerle al padre, que cuando estaba bueno y ganaba bien que

no le dolía tenerlo. No, si la madre siempre decía de ella que era una borde.

El tío Serralto, en el carro, cerraba los ojos, para que las chispas de agua no le cayeran en ellos. No pensaba nada, o casi nada. Toda su vida no desfilaba por él. Deseaba estar en algún sitio que fuera más cómodo que aquel carro. Los viejos del Asilo, los domingos salían de paseo, se metían en cualquier tasca, bebían, fumaban colillas, contaban sus glorias pasadas.

Otra vez con el carro, dando tumbos, a Casa Antúnez, donde vivía otra hermana. Aunque era una llovizna fina la que caía, el hijo se compadeció y le echó su americana por encima. Por el adoquinado el traqueteo era horroroso. Cuando llegaron a Casa Antúnez, el tío Serralto iba cara abajo en vez de ir cara arriba. Yo no tenía nada y estos hijos me están matando, pensaba.

La otra hermana puso el grito en el cielo. ¿Cómo era qué la de las Casa Baratas no lo quería tener? A ella también le habían traído el padre medio malucho. El padre, desde que lo jubilaron, siempre había estado medio malucho, Subió en el carro con él. Pasaron por la Colonia Santiveri, a buscar al otro hermano. Luego fueron a la Colonia Canti, que era un barrio que estaba cerca de la Estación MZA, entre campos, a por otra hermana; aquello había que arreglarlo aquella misma noche, y antes de que apretara más la lluvia. La hija de Casa Antúnez, que tenía buen corazón, eso decía ella, colocó la cabeza del tío Serralto en sus rodillas. Al tío Serralto ya todo le daba igual. Discutían entre ellos. Al hermano de la Colonia Bausili, aunque era junto a las Casas Baratas, no quisieron pasar a buscarlo. Éste no arreglará nada, había dicho la de Casa Antúnez; ése es un Juan Lanás. Al de Plus Ultra le mandaron recado con el marido de la de Casa Antúnez. Que fuera a avisarle y en las Casa Baratas se encontrarían.

Ya en las Casa Baratas, hubo asamblea o concilio. El tío Serralto quedó solo en el carro. Los hermanos discutieron. Todos querían tener la razón. Todos eran buenos. Todos habían hecho por el padre más que nadie. Se sacaron los trapos a relucir. Se insultaron. Se apaciguaron. Se volvieron a insultar. Algunos vecinos se arremolinaron. Empezó a llover. Entonces quisieron bajar al tío Serralto del carro, para que no se mojara. A mi casa no lo metéis, decía el de las Casas Baratas. Entonces un vecino dijo: lo metéis en la mía; a esto no hay derecho. En suya se mete usted, le dijo la de las Casas Baratas que usted mucho hablar, pero bien ha echado a su hijo a la calle. Mi hijo era un golfo, por eso lo eché, contestó el vecino. Se discutieron también con el vecino. La lluvia seguía cayendo imperturbable y tenaz. Pero al tío Serralto ya todo le daba igual: la lluvia, los gritos, la casa de su hija, el cobijarse en ella o no. Cuando subieron al carro, para entrarlo provisionalmente en casa de la hija, el tío Serralto estaba muerto. Había muerto de cara a las estrellas una noche que no las había. Había muerto, no del corazón y sin sufrir poco ni demasiado, pero si con el corazón encogido, pequeñito como una punta de alfiler. Había

muerto... Como los perros había muerto, ¡eso es! Entonces, las hijas, se pusieron a llorar desconsoladamente, a grandes gritos, histéricas perdidas. Los hijos se pusieron circunspectos y graves. Todos querían disputarse el honor del entierro pues todos, previsores, lo mismo da cinco que seis, tenían apuntado al padre en el Ocaso o en la Mallorquina. Le compraron una enorme corona con cintas en las que decía: En recuerdo de sus queridos hijos; Y le hicieron un entierro muy bonito, pues no querían quedar mal delante de la gente.

## Los motivos

La traperera, la madre del que apuñaló el Juan de Dios, tenía un negocio de esto, de trapería. El negocio de trapero es un negocio que se da bastante en estos barrios, No tanto como en los andurriales de Hospitalet y en Can Picha y Can Cullons, donde todo son traperos y basureros, pero en fin. Debido a esa catalanización del castellano o castellanización del catalán, que las dos cosas pueden ser, que está invadiendo a Barcelona, a los traperos los llaman *trapaires* y a los basureros, *escombraires*. Que el idioma es una cosa viva que se acomoda y tal, es algo que ya lo diremos más adelante, si a mano viene, y sí no viene, también.

El oficio de trapero o *trapaire* es un oficio un tanto romántico, como el de vagabundo; eso de ir en un carrillo, dale que te pego a un gong, con un Marco Aurelio de los prados uncido a él, conociendo gentes y sus intimidades, es algo muy tentador para un novelista. Es un poco sucio y un poco marrano ése oficio, eso sí que es verdad, pero también lo es el de mecánico y el de fundidor y el de planchista, y no tiene tantas compensaciones. Además, ser trapero es ser un poco bolsista, jugar un poco a la Bolsa, pues los precios suben y bajan continuamente, y en ello hay riesgo y emoción. Hoy compras una partida de hierro robado a tanto; luego resulta que ha bajado a cuanto y te jorobas. Y que, como cuenta el Andresin, uno que empezó con un saco, cogiendo papeles, y ahora tiene carro, burro y un corral con tres o cuatro cerdos junto a su barraca: a pesar de ir tan sucio y tan tirado, no creas, siempre encuentras algún plan; siempre te llaman desde algún piso para venderte un mueble usado o una percha y te sale la dueña en viso, en ropa de estar por casa, y se arma la gorda. El Francisco Candel, durante un tiempo, estuvo tentado de meterse a trapero, pero alguien se lo quitó de la cabeza.

La madre del chico que apuñaló el Juan de Dios, tenía carro y burro, pero no iba por las calles comprando. Ella hacía el negocio un poco al por mayor. A ella le vendían otros traperos y el vecindario. Ella lo almacenaba en el patio de su casa y allí hacía la tría: trapo a un lado, papeles a otro; viejo en un montón, menos viejo en otro; cristal aquí, hierro allí, huesos acá, plomo allá. Luego, bien enfardado, lo cargaba en el carro y lo llevaba a un almacenista, a uno de esos magnates de los desperdicios.

Sus dos hijos, el Juan y el Pedro, dieciocho y dieciséis años respectivamente, casi no le ayudaban en el negocio. Su madre no quería. Ellos trabajaban de otra cosa, mecánico y ebanista, parece, pues aquello de la trapería, según ella, no era oficio ni era nada.

Para ayudarle en esto de la trapería —así ella podía estar por las cosas de casa—, para triar, enfardar, cargar el carro, etcétera, había alquilado al hijo del. Juan de Dios, el rengo, el que le explotó el puchero de petardos en la cadera, el del faratute, que aunque muy listo, muy listo, no era, para estas cosas sí que servía.

Por esas misteriosas y complicadas cosas o razones que se dan en los barrios en que todo el vecindario se conoce, a la traperera, la madre de la víctima del Juan de Dios, todo el mundo la tenía por una mujer de pelias, de cuartos. Eso de tener negocio, por pequeño que éste sea, siempre es así. Todo el mundo cree que tienes el oro y el moro. (El moro tal vez sí, pero ¿el oro?) Y por más que se intente demostrar lo contrario, no hay quien se lo crea.

El Juan de Dios tenía un puesto de verduras y de frutas. De él también se decía que tenía tanto y cuanto. Pero él, que estaba convencido de que no tenía tanto y cuanto, creía que la traperera, la madre del que luego fue su víctima, sí (que tenía tanto y cuanto, se entiende).

El Juan de Dios, a quien preocupaba un poco la suerte —la suerte y el porvenir, claro— de su hijo el rengo, por lo poco espabilado que éste era, pensó que lo mejor que podía hacer era casarse con la traperera. ¿En fin de cuentas no era viuda? ¡Entonces! El rengo tenía veinte años, la traperera cincuenta o más. El Juan de Dios, discurriendo o planeando, [era como el ejército español: no reconocía obstáculos.]<sup>[3]</sup>

Se lo dijo a su hijo:

—Tú, lo que podías hacer, era casarte con tu patrona, que tiene muchos cuartos.

—Sí, pero cómo.

—¡Toma! Pues conquístala, como yo hice con tu madre.

El rengo no entendía.

—Sí, hombre, sí. Tienes que saber camelarla. Primero tanteas el terreno. Luego vendrá lo demás.

El rengo se fue ilusionado con esto de casarse con la viuda. Ya se veía dueño del negocio y de los cuartos. Ya se veía dueño del carro y del burro. Ya se veía con la cartera llena de billetes en la mano. Ya se veía con dos hijos, uno de dieciocho y otro de dieciséis años, respectivamente. O sea: veía la meta, pero no veía cómo llegar a ella, cómo alcanzarla.

—Sí, hombre, sí. Tú no tienes más que atreverte.

Mas el rengo no se atrevía. Alguna puntada, alguna insinuación sí que la soltaba.

—Usted, doña, ¿no ha pensado en casarse alguna vez?

—Usted aún está de buen ver.

—Usted, si quisiera, aún podría hacer algo.

La viuda no calaba las insinuaciones, no caía, la viuda pensaba: Este tío está cada vez más tonto. Pero, qué se le va a hacer. Allá él.

El Juan de Dios cada día estaba más obcecará la cosa.

—Cómo va el asunto, hijo, cómo va.

—Mal, padre, mal.

—Es que tú eres tonto, ¡leche!

Y luego:

—Si yo no estuviera casado; si tu madre no viviera,...

Como que la cosa no adelantaba, el Juan de Dios terminó dándole el consejo final a su hijo; ese consejo que se guarda para cuando ya no hay nada que hacer; ese consejo que se quema como el último cartucho en las situaciones desesperadas, si sale, sale, y si no, también; ese consejo que uno ejecuta liándose la manta a la cabeza, que se dice; ese consejo del cual luego siempre tienes que arrepentirte.

—Lo que tienes que hacer es forzar a esa mujer, ya lo sabes. Cierras la puerta con llave y la violas. Entonces no le va a quedar otro remedio que casarse para acallar el escándalo. ¿Entiendes?

¡Ya lo creo que entendió! Aquella misma mañana lo hizo. Cerró la puerta con llave y se fue para la viuda. Esta se quedó extrañada.

—Oye, ¿qué haces?

El rengo no contestó, sino que fue y la abrazó. La mujer se lo sacó de encima y echó a correr. El rengo, renqueando, detrás. Daban vueltas alrededor de la mesa del comedor. El rengo, al contacto del cuerpo amondongado de la viuda, se había puesto frito, negro. Se le salían los ojos y estiraba los brazos. Ahora ya no pensaba en casarse, ahora sólo pensaba en poseerla, en gozarla. El negocio, los cuartos, el carro, ya no le interesaban. Sólo pensaba en lo otro.

La mujer salió al patio.

—¡Vecinos! ¡Vecinos!

Los vecinos empezaron a aporrear la puerta, para ver lo que pasaba. El rengo se fue calmando, tuvo que abrir la puerta, y mientras la mujer daba explicaciones, él escurrió el bulto.

Ya tarde llegaron los hijos del trabajo, el Juan y el Pedro, dieciocho y dieciséis años respectivamente. La madre les puso la cena y no les dijo nada de lo sucedido. Los hombres siempre buscan complicaciones queriendo arreglar las cosas y ella no quería que llegase la sangre al río.

—Mamá, a ti te pasa algo —le decían ellos.

—No, si no me pasa *ná*.

—Sí, a ti te pasa algo.

La viuda, la pobre mujer, al fin se echó a llorar.

—¿Qué te pasa, mamá?

De su boca no salía ninguna explicación, palabras vagas, todo lo más. Lo hacía por lo de la sangre, lo del río, para que ésta no llegara a éste. Ella tenía sus presentimientos. Pero entonces entró una vecina y contó lo sucedido. La gente, por mucha cara de lástima que ponga contando las cosas, siempre goza dando las malas noticias. La vecina remachaba el clavo.

—¡El sinvergüenza ese, que es como su padre!

Los hijos dijeron:

—Ya lo arreglaremos. Ya le enseñaremos a ése.

Y siguieron cenando.

La madre aconsejaba:

—Vosotros no hagáis nada...

Ya anocheado fueron a buscar al rengo. Les dijeron que estaba en el bar del Cosque. Fueron y estaba allí.

—Oye, tú, ¿qué ha pasado hoy con nuestra madre?

—¡Ay, y yo qué! ¡Ay, y yo qué!

—¡Si, tú!

—¡Ay, yo qué, ay!

El rengo no era muy explicativo ni tampoco muy locuaz, desde luego.

—Sal de ahí, de esa mesa, y verás cómo te rompemos la cara.

—¡Claro! Dos contra uno ya podréis.

—No. Uno a uno. Después del uno, el otro.

Fueron hacia el Paseo del Puerto Franco. La noche estaba cálida. Era una de esas noches de plenilunio que enerva a los humanos. En las paradas de melones, pepinos los más de ellos, en la paja del suelo, se echaban los dueños de los puestos a pasar la noche y, de paso, vigilar. Algunos vecinos sacaban colchones y preparaban la cama en las aceras. De la calle Tortosa, antes calle 4, pasaron a la calle Pontils, antes calle 15, y doblaron por la calle Ulldecona, antes calle 7. Al llegar a la calle Pinatell, antes calle 16, ya había sido avisado de sobras el Juan de Dios.

—A tu hijo le van a pegar.

Y tuvo lugar lo de la puñalada. El Enrique, el Redondo y su compadre el Rubio, que estaban tomando la fresca, y que habían acudido a apaciguar los ánimos y a separarlos, no supieron, no tuvieron tiempo de llegar al quite, no aprovecharon.

Y la sangre, ¡la sangre! ¡Cuánta se derramó, señores, sí!

## Los Vázquez

Eran tres hermanos, una hermana, el padre y la madre. Dos de los hermanos y el padre murieron en la cárcel. El otro hermano murió en Francia. Lo encontraron en un camino con una bala en un pulmón.

La hermana creemos que se casó. La madre, ahora, es vieja, gorda, y tiene las piernas hinchadas, con varices. Por las mañanas se coloca junto a la puerta de la panadería, enfrente de la casa del Candel, sentada en una silla baja, y vende tiras de números. A su lado descansa lo que sortea o rifa: un juego de cama, una mantelería, ropa de señora. Algunas la llaman la Rifaora.

Tiene una manera especial de vender los números. Todo el rato repite la misma cantinela: Los últimos que me quedan, los últimos que me quedan... A veces aguza el ingenio y suelta algo más ameno y convincente. Si es un pollo, pavo o cosa comestible, grita: ¡Rifo la alegría del estómago! Con lo que rifando, por las tardes se va al cine.

Muchas mujeres le compran, por lástima; porque les caiga lo que sortea, también, claro, pero más por lástima. Dicen: ¡Pobre! Sin marido, los tres hijos muertos... Desde que saben que va tanto al cine muchas ya no le compran. Mi marido trabaja toda semana y sólo vamos al cine una vez, dicen. No tienen mucha razón, porque cada uno, con su dinero hace lo que le da la gana. Verdad es que ellas cumplen esa teoría y por eso no le compran.

Su marido y sus tres hijos eran unos rateros; Su marido llevaba un aparato en un lado del vientre y hacía las necesidades por allí. El hijo mayor trabajaba de albañil en la cárcel, para conmutar parte de la pena. Cada año le valía por dos. Un día se cayó del andamio y se le conmutó la pena por completo, pues se mató.

Otro de los hermanos no se dejaba coger por la policía ni en broma. Tenía manía escapatoria. La policía estaba negra. Una vez que le echaron el guante se les fue de las manos. Otra, se fugó de la cárcel.

Cuando hicieron el cuartel de la Guardia Civil junto a las Casas Baratas, el cabo dijo:

—De éste me encargo yo.

Fue a casa de los Vázquez y lo detuvo.

—¡Hala, *p'álante!* ¡Y a ver si te escapas!

No habían doblado la esquina cuando el Vázquez salió corriendo y se perdió por los campos.

Pasados unos días, el cabo de la Guardia Civil supo que el Vázquez había vuelto a su casa. Fue a buscarlo de nuevo, pero esta vez se llevó el naranjero.

—No te pongo las esposas ni nada. Quiero ver si eres tan guapo como la otra vez. Anda, escápate si quieres.

Aún no había terminado de hablar cuando el Vázquez salió de estampía. El cabo le soltó una ráfaga de naranjero casi a boca de jarro. Le alcanzó, por la espalda, en los pulmones, pero el Vázquez no se detuvo. Dobló la calle 4, ahora calle Tortosa, y se quedó apoyado en la pared, junto al bar del Cosque. Estaba blanco y echaba sangre por la boca y por la espalda. Por la pared encalada en que se apoyaba, bajaba un reguero de ella.

El Paquirri, el Enrique, el José, el Manolo, otros, que estaban sentados en el bar, se levantaron asombrados y hasta asustados. Indecisos, no sabían qué hacer. Si ir a él o no ir. No hicieron nada. El cabo de la Guardia Civil, con el naranjero en ristre, cruzó ciego buscando al Vázquez y no lo vio, pero la madre de éste, que venía de no sabemos dónde y que le habían avisado, cuando lo vio, se arrojó llorando encima de él.

—¡Hijo mío, hijo mío!

A los gritos, el cabo se volvió. Cogió al Vázquez del brazo y quiso hacerlo andar, pero éste se cayó al suelo. Llamaron a una ambulancia y se lo llevaron al Clínico. Como que estaba muñéndose, le hicieron la cura de urgencia y lo dejaron en una cama, sin guardias ni vigilancia alguna, esperando para llevarlo al depósito. Entonces huyó.

Luego dijeron que había muerto en Francia, con una bala en las costillas, esto ya ha sido contado.

El otro hermano era rubio, alto, fornido, un mocetón. Tenía las espaldas cuadradas y era tartamudo. Más que tartamudear se atascaba.

—Yo-yo-yo-yo, yo no tengo miedo a nadie.

Había un policía secreta que se la tenía jurada. Parecía que había hecho una promesa de esas que se hacen en la hora de la muerte y que son las más sagradas. Este policía era gallego y se llamaba o le llamaban Buc.

El Buc, una noche, se presentó en el bar en que el Vázquez estaba jugándose los cuartos al burro. Sacó la pistola y dijo:

—Ya te tengo, Vázquez. Date preso.

El Vázquez le soltó tal zambombazo a la pistola que se la mandó una hora lejos.

En otra ocasión, el Buc, terco y obsesionado, sigilosamente, cogió al Vázquez descuidado, por la espalda. Le puso los brazos alrededor.

—Ya eres mío, Vázquez.

El Vázquez se agachó, echó la mano hacia atrás y le hizo dar una vuelta de campana. Luego le quitó la pistola y le apuntó con ella.

—Pues-pues-pues, pues yo ahora podía matarte.

Le arrojó la pistola despectivamente y se fue.

El Buc pidió ayuda a otros policías amigos suyos: el Morales, el Rodríguez, el Sánchez. Entre los cuatro se vieron negros para sujetarle. Ya en la Comisaría, le

pegaron tal paliza que, según el Morales, las porras se descosieron por la costura que tienen.

El Vázquez, a los pocos días, iba por la calle tan campante, como si en vez de porras le hubieran pasado plumas de cisne por las costillas.

Más adelante se vio complicado en un atraco mano armada que hubo en Sans, en una camisería. Según tenemos entendido murió en la cárcel de pulmonía. No lo sabemos bien.

## El boicot

El Juan de Dios tenía una parada de verduras y frutas situada en los finales de la calle Tortosa, antes calle 4. Con el cuchillo de cortar los plátanos, de separar los plátanos del tronco, fue con el que pinchó al hijo de la trapera. El hecho suscitó la indignación general.

—Si tuviéramos vergüenza no pondríamos más los pies en su parada.

Algunos decían, que la mujer —la mujer del Juan de Dios, claro— no tenía la culpa de que él fuera así; ni los hijos tampoco.

—Es verdad. No hay que hacer pagar a justos por pecadores.

Algunas mujeres, al otro día, fueron a comprar, y otras, no.

—Mi marido dice que como compre *maguer* sean cinco céntimos de azafrán, me tunde.

El Juan de Dios, cuando la guerra, había sido patrullero. En aquella época se había cargado a unos cuantos. Se los había cargado porque sí, por las buenas, un poco por latrocinio y otro poco porque te gustaba, porque matar a un semejante no tiene mucha más importancia que matar a un conejo. Después de la guerra, en la montaña de Montjuich, se había cargado a un hombre, por una discusión que tuvieron. De todos modos, esto último nunca se pudo poner muy en claro, y, el Juan de Dios, ni con unos meses de cárcel pagó. El Juan de Dios era de armas tomar, la gente lo decía.

—Este Juan de Dios es de armas tomar.

—Lo extraño es que después de los que mató cuando la guerra, ahora, con éstos, no le haya pasado *ná*.

Desde luego, sí que era extraño.

—¡Mira, suerte que tiene uno!

—¡A ver, si no!

Al Juan de Dios, por todas estas cosas, nadie le tenía mucha simpatía. Lo de los hijos de la trapera acabó de arreglar esto de la poca simpatía. De todos modos, muchos creían que su mujer y sus hijos no tenían culpa de que él fuera así (sus hijos, excluyendo el rengo, claro).

—¡Ése, lo que pasa es que es un *desgraciao*!

—¡Sí, *desgraciao*!

Todos pensaban que la mujer reconocería la culpa del marido y abominaría de él; y pensando esto, recreándose en esto, miraban con simpatía a la pobre mujer. ¡Pero, sí, sí!

—¡Mi marido es inocente; mi marido no hizo otra cosa que defenderse; mi marido era un buen padre y salió en defensa de su hijo! ¡Lo que ocurre es qué a mi marido se le tiene mucha envidia; eso es lo que ocurre! ¡Si mi marido hablase, a más de cuatro se les iba a caer el pelo!

El día del entierro de la víctima del Juan de Dios todos los comerciantes de las Casas Baratas, a la hora del sepelio, en señal de duelo, cerraron sus puertas, incluso los bares. Sólo la mujer del Juan de Dios estaba en su puesto de verduras y de frutas, desafiante y como si no hubiera ocurrido nada. El vecindario se amotinó y le volcó la parada. Todos los tomates por el suelo, todos los melocotones, todas las alubias. La mujer del Juan de Dios clamaba pidiendo justicia, pero lo que todas las mujeres decían:

—Que dé gracias de que no la arrastremos del moño, ¡eso!

A raíz de esto, la mujer del Juan de Dios perdió la parroquia que tenía y tuvo que quitar la parada. Alguna intentó, contra la corriente general, seguir comprando.

—A fin de cuentas conmigo no se han metido para nada, a mí no me han hecho nada, a mí...

—Si les compras es porque eres como ellos.

Y le aconsejaron que cambiara de tienda si no quería verse arañada, descalabrada y pisoteada. Conque siguió tan piadoso consejo, ¡cómo no!

La mujer del Juan de Dios no se arredró ante el carácter de hostilidad general que tomaba la situación y dijo que se gastaría todos los ahorros que tenía con tal de sacar a su marido de la cárcel y darle en las narices, con esto, a más de uno y a más de dos.

La hija mayor del Juan de Dios, una jabata que o estaba juntada con un hombre y no estaba casada, o estaba casada y estaba separada del marido, un lío o taco así, iba diciendo por ahí que ella lo tenía de oro —¡de oro, sí, señor!, y se golpeaba en salva sea la parte— para sacar a su padre de la cárcel. Malas lenguas decían que si el alcalde y un abogado, ¿eh?; un abogado de los más famosos de Barcelona, desde luego. Otras —lenguas, se entiende—, escandalizadas, decían:

—¡Marrandanga! ¡Pendón! ¿Habrás visto?

—¡De oro, sí, señor! ¿Ocurre algo?

A la mujer y familia del Juan de Dios no los lincharon, no los empalaron, no los bañaron en alquitrán y los llenaron de plumas, como a los negros en el Missouri, porque contra viento y marea, contra se diga lo que se diga, contra eso dé que África empieza en los Pirineos, aún somos civilizados, ¡rediós!

## El Gata

El Gata era un tipo que vivía, media semana con la querida y media semana con la mujer. En casa de la querida dormía los viernes, los sábados y los domingos; en casa de la mujer, los lunes, los martes, los miércoles y los jueves. En casa de la mujer estaba un día más para compensar el domingo que, por ser día de fiesta, vale por dos.

La mujer no estaba muy conforme con esta arbitrariedad del Gata; la querida, sí. Las queridas, con tal de pisotear los fueros de las verdaderas mujeres, están dispuestas a todo. La mujer del Gata no estaba conforme con estas cosas, pero los jueves le preparaba a su marido la camisa muy bien planchada, la muda bien limpia, el traje también, los zapatos ídem. Lo hacía para que la otra viera que llevaba a su marido como los chorros del oro, para que se empapara de esto. La otra, la querida, hacía igual: devolvía al Gata, pasados sus tres días, pulcro como un pelícano, siempre que los pelícanos sean pulcros, claro, para que la mujer viera que con ella no le fallaba a él nada, para que se empapara de esto también.

El Gata, para sus vicios, para sus pequeños gastos, se quedaba ciento cincuenta pesetas de lo que cobraba a la semana; el resto lo repartía entre la querida y la mujer: la mitad para cada una. El resto eran cien pesetas, cien pesetas mondas y lirondas como los huesos de una calavera.

Tanto la querida del Gata como la mujer, pregonaban que con aquellos diez duros no tenían ni para empezar, que ellas —cada una de lo suyo— lo mantenían por completo. Individualmente creían, cada una para su capote, que el Gata entregaba todas sus perras a la otra. La mujer a la querida, la querida a la mujer. El Gata no se preocupaba de estas opiniones o creencias. Daba por sentado que ambas debían estar a su disposición y esto ni se razonaba ni se discutía.

La querida rezongaba y murmuraba porque la mujer se quedaba los puntos. La mujer decía que, claro, para eso tenía tres hijos y la ley estaba de su parte. La querida creía que la mujer, con los puntos, tenía para comprar el oro y el moro. En realidad no tenía ni para comprar alpargatas a los chicos, que rompían dos pares por semana, dos pares cada uno, desde luego.

El Gata era un tipo alto, delgado, tísico. Tenía el pelo largo, estirado: cuando se lo peinaba pulcramente parecía que se lo hubieran planchado y que le hubieran dado betún, tanto le relucía. Tenía la boca en constante mueca sardónica, y, cuando sonreía, enseñaba dos o tres dientes de oro que le favorecían mucho. El Gata era un cínico; tenía, además, un sentido del humor extraño y dislocado. Una vez contó el siguiente chiste:

—Un hombre y una mujer estaban haciendo cola en un sitio que había mucha gente. Eran marido y mujer y él era muy chiquitillo y ella muy gorda: parecía un Sansón. De pronto se oyó un grito dentro de la casa y todo el mucho echó a correr. El

hombre y la mujer dijeron: qué bien; ahora seremos los primeros. Entraron y al hombre lo hicieron sentar en un sillón. Abra la boca, le dijeron. El hombre la abrió y le sacaron un diente. Era la casa de un dentista.

Los que le escuchaban dijeron:

—¿Ya está?

—Sí, ya está —contestó el Gata—. ¿No lo habéis entendido? Ellos pensaban que es que repartían algo y resulto que era un dentista. ¡Jo, jo! Es el chiste más gracioso que he oído.

El Paquirri dijo:

—¿Sabes qué?

—Qué.

—Que tienes menos gracia que una gallina meando.

Cuando enterraron al padre del Ramonet, el Gata fue al entierro. Mientras caminaban hacia el nicho, el Gata iba soltando sus humoradas al oído de quien lo quería oír.

—Aquí sí que tenemos todos piso seguro ¡jo, jo!

—Si todos los que hay aquí enterrados se levantaran, los vivos nos teníamos que morir a la fuerza. ¡Jo, jo! Menuda somanta nos pegaban.

Cuando metieron al padre del Ramonet en el nicho, la gente hizo eco a sus filosofadas y las fue exteriorizando lo mejor que pudo.

—¡Tanto padecer para venir a parar en esto!

—¡No somos nada!

—¡Éste es el camino que todos hemos de seguir!

—¡Nadie se libra de ello!

—¡Más tarde o más temprano, todos hemos de pasar por el tubo!

El tío Pipa endosó la sentencia final:

—Todos hemos de acabar *comíos* por los gusanos.

El tío Pipa era un hombre viejo que cobraba ya el retiro. Durante el día tomaba el sol y recogía colillas para la pipa. Desde que no trabajaba había engordado, de tanto no hacer nada, se ve. Tenía los ojos encarnados, irritados, siempre llorosos. Iba pelado al cero, la cabeza llena de trasquilones; claro que con la gorra se disimulaban. Cuando dijo esto de los gusanos, el Gata le puso la mano en los trasquilones.

—Tío Pipa, ¿sabe una cosa?

—¿Qué cosa es ésa? Tú siempre sabes muchas cosas, Gata.

—Que está usted muy gordo; que cuando usted se muera los gusanos van a tener pasto para rato. ¡Jo, jo! Lo menos van a tener racionamiento para un año.

Al tío Pipa esto no le hizo nada de gracia. Era ya muy viejo y cualquier día le pasaría lo que al padre del Ramonet.

—¡Jo, jo! ¿Sabes que eres muy mierda, Gata?

El Gata, debido a su enfermedad, se pasaba mucho tiempo sin trabajar. Cuando se le acababa el del Seguro, trabajaba una temporada, para así volver a tener derecho a él. Siempre iba muy bien vestido, con el traje nuevo, y se pasaba largas horas en el bar. Los amigos le decían:

—Oye, Gata, ¿sabes que eso de ser tísico es una ganga?

—Bueno, bueno, mejor preferiría estar trabajando que no así.

Muchos le daban la razón y lo compadecían, pero otros no.

—Menos cuento, Gata, menos cuento.

Al principio de estar enfermo estuvo muy grave, a las puertas de la muerte, que se dice. Entonces, aunque ya estaba liado con la querida, no iba a dormir a casa de ésta. Su mujer aún no había transigido. Estuvo tan mal que llegó un momento que entró en la agonía.

La querida recibió una carta del Gata, una carta patética. Le decía que antes de morir quería verla, que viniera aquella tarde que no estaría su mujer.

La querida, bien emperifollada, fue. Encontró al Gata, claro, pero también se encontró a su mujer junto a él y a la cuñada. Se armó una riña feroz. A la querida la arañaron, le tiraron del pelo, le mordieron, la arrastraron. Ella gritaba que tenía derecho a ver al hombre que amaba antes de que se muriera, que él la había llamado.

—¡Es mi hombre, es mi hombre! —rugía.

La mujer y la cuñada le daban zarpazos. El Gata, agonizante, miraba la escena sin comprender nada de todo aquello.

Fuera, en la puerta, la Josefa y otras vecinas gozaban lo suyo presenciando la riña y la leña que le daban a la querindanga.

La carta la había escrito la Josefa junto con las vecinas. Era una idea maquiavélica que había surtido efecto. Ahora estaban saboreando el fruto de su ingenio.

## La Josefa y El Bota. Las bromas de la Josefa. La Josefa y la Sieta

La Josefa, la madre del Enrique, no había leído a Maquiavelo ni sabía nada de la vida de este buen hombre ni que había existido siquiera. Sin embargo, sus pensamientos, sus bromas, sus ideas eran maquiavélicas. He aquí cómo la doctrina, la enseñanza, la influencia y no sabemos cuántas cosas más, se transmiten a las personas a través de la Historia sin que éstas lo sospechen ni sepan nada de estas zarandajas. Claro que el maquiavelismo, lo mismo que el sadismo y el masoquismo, existieron siempre; sólo cuando unos hombres tuvieron estos vicios, defectos o virtudes, según se quiera o se mire, tan extremadamente estereotipados, se pudo dar nombre a estas raigambres del alma o del espíritu. ¡Ejem!

La Josefa, cuando el Bota salió de la cárcel, le jugó una de puño.

El Bota era un tipo quincenario, eso es; que se pasaba quince días en la cárcel y quince en libertad. Cuando lo soltaban volvía a hacer otra, lo volvían a encerrar y en paz. Antes le propinaban una paliza. Pero parece que a esto ya estaba acostumbrado.

El Bota tenía una pinta mezcla de chimpancé, oso, cerdo, jabalí y gorila, cual si hubieran agitado desesperadamente todos estos ingredientes en una coctelera y luego los hubieran servido. Era achaparrado, nervudo, peludo, los brazos largos, la frente estrecha, el pelo apelmazado, los dientes sucios, con fuertes colmillos, la barba cerrada, negra, sin afeitarse casi nunca, la voz gutural. Había que verlo cuando se colgaba del autobús porque iba lleno, encaramado como un mono en un trapecio, en una de las ventanas. Había que verlo cuando por las Fiestas Mayores boxeaba con el Michurella. Había que verlo cuando buceaba en la mar buscando mejillones. ¡Había que verlo!

A su madre le decían la Bilbaina, sin acento en la *i*; a su padre, el Maño; a su hermano, el Tato; a su hermana no sabemos cómo le decían. Su padre y su madre eran honrados a carta cabal. El Bota era el reverso de ellos. El Tato terminó en un manicomio. La hermana murió tuberculosa.

El padre tenía un huerto. Cuando salía del trabajo laboraba este pedazo de huerto. En el verano vendía lo que recogía en él. Llenaba un carretón con ello y se iba a vocear por las calles de las Casas Baratas.

—¡*Minchetas* tiernas! ¡Llevo unas *minchetas* que se chupa uno los dedos! ¡Ayyyy, qué *minchetas* llevo! —El Maño, a las habichuelas tiernas, en lugar de llamarlas *monchetas*, las llamaba *minchetas*. El por qué era algo así como la Santísima Trinidad: un misterio. Los maños tienen eso: que son muy atascados—. ¡*Minchetas*, ayyyy qué *minchetas*!

La gente le compraba.

Era de Tarazona. Cuando llegó el Obispo de Barcelona dijo:

—A *esti* lo conozco yo. Hemos cogido *moñigos* juntos siendo chicos.

Y se fue al Palacio Episcopal a verle.

En el Palacio Episcopal no le querían dejar entrar a ver a su amigo el Obispo, pero él dijo que no se marchaba sin saludarlo. Cuando el señor Obispo supo que aquel terco era el Maño, hijo del tío Tal y de la tía Cual, lo hizo pasar inmediatamente y lo abrazó. Le dijo que le pidiera lo que quisiera. El Maño no era ambicioso. El Maño sólo pidió que le metiera la chica en un sanatorio, que la *pobretica* estaba muy mal. El señor Obispo lo hizo así.

La chica murió al medio año de haber ingresado en el sanatorio. El Maño murió poco tiempo después. La Bilbaina, con el marido muerto, la hija también muerta, un hijo en el manicomio y el otro hecho un golfo, deambulaba siempre por las calles, alelada, sonriendo. Decían que estaba tonta. Indudablemente había para estarlo.

El Bota tenía algunas pequeñas debilidades. Una de ellas era el cantar tangos. Era lo que más le gustaba. En las verbenas y fiestas, cuando se hacía baile con orquesta por las calles, lo cogían, lo amorraban al micrófono y le pedían que cantara. El Bota no se hacía de rogar. Cogía el micrófono con las dos manos, como el que agarra un trabuco, y con la cabeza baja se liaba a cantar. Lo hacía muy mal. Pero era capaz de tirarse toda la noche, duro que te pego, tango tras tango. La gente lo abucheaba, le silbaba, se reía. Él creía que eran aplausos y el éxito se le subía a la cabeza. Había que arrancarlo del micrófono a la fuerza.

El Bota robó en una casucha que había junto al puente de la vía del tren antes de llegar a la Torre del Cañet. Vivía allí un matrimonio con dos hijas. En aquel momento no había nadie allí. Se llevó todo lo que pudo, que era muy poca cosa. Cuando la dueña de la casucha vio su hogar desvalijado lloraba y decía:

—¡Ay, que me han robado toda la ropa!

Toda la ropa consistía en una manta y en una chaqueta de su marido. Claro que si no tenía más, la pobre mujer tenía razón.

La pobre, mujer se fue al Barrio Chino, a ver si recuperaba algo. Allí vio a alguien con su americana al brazo, probando de venderla. En cuanto el vendedor la vio, se dio a la fuga.

La pobre y buena mujer dio parte a la Comisaría. En la Comisaría le dijeron:

—¿Cómo era el individuo ese que llevaba la chaqueta?

—Era así y asá.

—¡Atiza! —dijeron los guardias—; ése es el Bota.

El comisario dijo:

—Señora, si quiere lo detenemos. Pero ése salio ayer de la cárcel.

—Yo lo que quiero es mi chaqueta y mi manta. Por lo menos la chaqueta.

—Eso es difícil que lo pueda recuperar.

—Pues entonces que lo metan para toda la vida en la cárcel.

—Señora, por una chaqueta y una manta sólo puede estar quince días detenido y pegarle una paliza.

—Pues que se la peguen.

Se la pegaron y el Bota porfió que él no sabía nada de esa chaqueta ni de esa manta. Lo tuvieron tres días detenido y lo echaron fuera. ¡Qué se le iba a hacer! El Bota era de los que no tenían remedio.

Otro día, en la playa, en las rocas de la Chimenea Rota, cogiendo *musclos* (mejillones), uno de los *musclaires*, al ir a vestirse, echó de menos la cartera. Empezó a gimotear:

—Me han robado la cartera. Y con veinte duros que llevaba. ¡Veinte duros! ¡Veinte duros! ¡Toda la semanada! ¡Veinte duros!

El Bota, al fin, se cabreó:

—Menos cuento, amigo. ¿Qué es eso de veinte duros? Sólo llevabas diez.

—¡Ah! ¿Conque has sido tú? El Bota le dio una especie de lección.

—Toma, no me gustan los hombres embusteros.

—Y le devolvió olímpicamente la cartera.

Una de las veces que salió de la cárcel, de cumplir su quincena, la Josefa lo cogió por su cuenta. Se lo llevó junto a su casa, ya anochecido.

—Oye, Bota, ¿ya has salido de la cárcel?

—Sí, Josefa.

—¿Cuánto tiempo has estado?

—Esta vez un poco más de quince días, casi veinte.

—¡Y a que todos estos días están sin probar mujer, seguro!

—Ni que lo digas, Josefa.

—Debes de estar negro.

—¡Bueno, Josefa!

—Y no debes tener perras para ir con ninguna, ¿verdad?

—Estoy a dos velas, Josefa.

—Oye, no me llames tanto Josefa. Pareces tonto.

—Es... que, Josefa...

—¿Qué harías si pillaras a una mujer, Bota?

—Brrrr, me la comía.

—¿No te gustaría aunque fuera yo?

—Josefa... Josefa.

La Josefa tenía cincuenta años. Era viuda, seca, vestida de negro. Cuando se reía, la cara se le llenaba de arrugas. Era muy jacarandosa. El Bota ya había perdido el mundo de vista.

—Pues si tú quieres, Bota, por mí no hay más que hablar.

—¿De veras, Josefa? ¿Cuánto me vas a cobrar?

—Nada, hijo, nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Dónde, Josefa, adónde vamos?

—Déjame que entre a ponerme un suéter y nos iremos al campo que hay detrás de la fábrica.

Cuando la Josefa se entró para dentro de la casa, al Bota se le iban las manos detrás de ella. Quedó así, en esa actitud suplicante. Desde arriba del tejado le cayó un cubo de agua que lo dejó empapado. Un vecino, subido en él, en combinación con la Josefa, lo había hecho.

Las bromas de la Josefa eran así.

El Bota ni reaccionó. Lloraba.

\*\*\*

La Josefa no dejaba de hacer lo que hacen los escritores, que se pasan el día rumiando argumentos y situaciones para sus novelas. Ella, lo que ideaba, eran bromas pesadas.

A la Pinocha se le había ido el marido por unos días a Cartagena. Una noche, la Josefa, le dijo al Sardineta:

—Sardineta, ve y dile a la Pinocha que su marido viene por el Paseo con una maleta llena de cosas y que no puede con ella, que vaya a ayudarle.

El Sardineta llamó en la casa de la Pinocha.

—¡Pinocha!

—¿Qué?

—Dice la Josefa que tu marido viene por el Paseo con una maleta llena de cosas, que vayas a ayudarle que no puede con ella.

La Pinocha salió a medio vestir. Se hacía pedazos corriendo hacia la carretera o paseo en busca de la maleta llena de cosas. La Josefa se tronchaba.

La Josefa, a veces, las bromas, las improvisaba sobre la marcha. Un día hubo una pelea en la calle. La gente se arremolinó. Ante el tumulto, la gente preguntaba y se adhería. La gente atrae a la gente, como el imán.

El Gringue, cuando oyó el jaleo, quiso aproximarse, a ver que pasaba. Encontró a la Josefa.

—Josefa, ¿qué ha pasado?

—¡Ay!, ¿no lo sabes, Gringue?

—No.

—¿Será posible? ¡Pues tu mujer; tu mujer que la han enganchado con otro haciendo la cosa!

El Gringue se metió por medio del gentío, agarró a su mujer que estaba curioseando, como las demás, y se lió a darle guantadas. La pobre mujer no sabía a santo de qué eran aquellos tortazos. Lloraba.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

—¡Qué pasa, qué pasa! Conque con otro, ¿eh? ¡Ya te daré yo!

Y, ¡pim, pam, pim, pam!, la dejó como loca, de tanto metido.

A la Josefa, luego de estas bromas y otras; le iban con reclamaciones. Era muy fresca. Nunca se inmutaba, ni chillaba, ni peleaba. Como sabía la vida y milagros de todos, les sacaba los trapicos a relucir y los hacía callar.

La Josefa, las noches de verano, se iba con el Flamenco, el padre del Paquirri, por las calles de las Casas Baratas, mirando por todas las ventanas, cual un nuevo Diablo Cojuelo, y se enteraba de todo. En esas primeras horas de la noche y del reposo, es cuando las pasiones andan desatadas, y ella, mentalmente, tomaba nota de lo que veía. Había visto a la mujer de uno con el marido de otra. A unos novios. A unos hermanos. A un cuñado con una cuñada. Aberraciones matrimoniales. Etcétera. Luego tenía a todo el mundo en un puño. ¡Vaya!

\*\*\*

Cuando la Santa Misión, la Josefa le dejó un abrigo largo y negro al Lerele, para que se vistiera de cura, y le hizo que se pusiera un cuello blanco. Entonces se fue a buscar a la Sieta, una vieja que no veía mucho.

—Sieta, métete en la cama, como si estuvieras enferma, que va a venir el padre misionero y te va a dar veinte duros. ¡Anda, date prisa!

La Sieta se metió en la cama vestida y todo. La nuera le dijo:

—De los veinte duros que le den, diez para usted y diez para mí, ¿eh? Si no, me chivo y digo que es mentira, que usted no está enferma, que lo que tiene es mucho cuento.

—Bueno, Franquista, bueno. Diez duros para cada una: no te pongas así.

El Lerele parecía un cura de verdad.

—¿Qué le pasa, señora, qué le pasa?

La Sieta le besaba la mano sin parar.

—¡Ay, padre, ay, padre, que me encuentro muy mal, que me encuentro muy mal!

—¡Bueno, bueno, señora, no se apure, no se apure, que Dios lo remedia, todo!

—Sí, padre, sí, padre; Dios es muy bueno. Yo le rezo mucho.

Y venga a besuquearle la mano.

El Lerele, de pronto, tuvo una idea criminal.

—Óigame, señora, ¿y qué hay de ese cochino que me dicen que se ha vendido usted?

Efectivamente, la Sieta, por aquellos días, se había vendido un cerdo y le habían dado sus buenos duros.

—¡Ay, padre, qué a usted lo han engañao! ¡Ay, padre, malas lenguas que me quieren perder! ¡Ay, padre, que yo le rezo mucho a Dios!

El Lerele le dio a la Sieta un papel blanco que decía: Vale por veinte duros.

—Tenga, señora. Con este bono, en la tienda de aquí al lado, le darán a usted cien pesetas.

Cuando el Lerele se marchó, la Frasquita, la nuera, le dijo:

—Vaya usted en seguida a que le den el dinero y ya lo sabe: diez duros para usted y los otros diez para mí.

La Sieta, ahora que ya se veía con el dinero en la mano y sin el peligro de que descubrieran que no estaba enferma, le dijo que no.

—Estos veinte duros son para mí.

Fue a la tienda que le dijera el falso padre misionero, y que era la misma tienda del Lerele. El Lerele cogió el bono y le dijo:

—Sieta, a ti te han enredado. Esto es un papel cualquiera. A mí nadie me ha dicho que te tengo que dar veinte duros.

La Sieta, aunque medio ciega, era perspicaz. Sólo dijo:

—¡La mandarra de la Josefa ha sido, seguro!

## El Michurella

Michurella era una contracción de media oreja en catalán: *mitja orella*. Que el lenguaje es una cosa viva, maleable, adaptable, susceptible, que se estira y que se encoge, es algo que en estos barrios se demuestra cada año sin necesidad de echar mano a discursos, congresos, tesis, diccionarios, académicos y otras leches y ascos.

El Michurella era nieto de un virrey de Filipinas. La Carmela, su madre, así lo decía. Ella estaba emparentada con marqueses, *condeses* y *duqueses*. También lo decía ella. Tenía sangre azul. Los vecinos, con esa credulidad y ansias de maravillas de la gente sencilla, los miraban, a la madre y al hijo, con bastante admiración, pero con respeto, no mucho. Eso de la sangre azul, emociona, desde luego, pero dicho sea de paso, está bastante pasado de moda. Como dice la gente: mucho título y mucha mandanga, pero si no hay dinero como si no.

La Carmela, la madre del Michurella, tenía una paga del Estado, por eso del marquesado o del virreinato. Era una paga tan exigua que no alcanzaba para nada. Muchos decían que alguno de los que manejaba el cotarro se debía de quedar con los cuartos. La Carmela, la madre del Michurella, también lo creía así, pero no sabía qué hacer para poner remedio.

—Yo que tú —le decían algunos, o algunas, que en esto de los consejos todo el mundo mete baza—; yo que tú movía el cielo y la tierra y más de uno se la iba a cargar.

La Carmela, la madre del Michurella, era de la misma opinión; mas esto de mover el cielo y la tierra es algo que se dice, y cuando quieres poner manos a la obra, te encuentras con eso: que ¿cómo se mueve?

La Carmela, por lo que ella contaba, había sido de armas tomar. Su abuelo el virrey la tenía muy mimada y le daba todos los gustos. Le había regalado una pistola. Un día, vestida de amazona, la presentó al rey de España, Alfonso XII o XIII, la Carmela no lo sabía bien. El rey de España —q.e.p.d. o q.s.g.h., en esto la Carmela no se repetía jamás— le dijo que para qué llevaba la pistola; ella contestó que llevaba la pistola para matar a cualquier atrevido. La Carmela era así. Además trataba de tú al rey. ¡Viva la juerga!

La Carmela había tenido coches, caballos, y había tirado el dinero a manos llenas, cuando salía de paseo, a todos los pobres que encontraba. Había sido muy guapa. Ahora, por más que la mirabas, no veías vestigios de esa belleza por ninguna parte. Tenía un rostro marchito, lleno de arrugas; el belfo caído; los ojillos de china, con grandes bolsas; el pelo revuelto, las greñas por la cara; las piernas secas, torcidas; las medias caídas. Una verdadera ruina. Pero la gente aseguraba que había sido hermosísima, que estaba así por el vicio, por la mucha cocaína que había tomado, y porque había ido con los hombres que había querido. Que un hombre le gustaba,

¡zas!, como Cleopatra.

Ahora, la Carmela, una ruina ya, vivía de esos gloriosos recuerdos y de la cantidad de novelas Pueyo que le alquilaba al librero de viejo de Port, un librero muy altruista que había empezado con Palacio Valdés, Pereda, Alarcón, Ricardo León y había acabado con Coyote, Rodeo, Pantera, Pueyo, Pimpinela y otros engendros de cinco pesetas, alquiladas seis reales.

A la Carmela le gustaban las novelas de marqueses, las novelas en las que salía la alta aristocracia; pero, como ella decía, todo aquello era mentira. Ella había conocido a mucha gente de esa, y no, no, a ella no la enredaban. Y compraba otra novela con protagonistas de esa alcurnia, a ver qué tal.

Sabiendo los antecedentes de la Carmela, su afición y poco reparo a toda clase de hombres, ya no te cabía la menor duda de que el Michurella era producto de algún cuerno de su marido, de algún cruce habido entre ella y algún palafrenero de su palacio.

El Michurella era achaparrado, bronco, áspero, agorilado, feo, tonto como su madre o un poco más. En realidad, no le faltaba media oreja, ni una cuarta parte tampoco. Le faltaba una chispita de nada en el pabellón de la oreja izquierda. Siendo niño, su madre, con unas tijeras, cortándole el pelo, se le llevó esa miajilla de nada por delante.

El Michurella había nacido para comer, dormir, beber y procrear. A esto del procrear le tenía mucha afición. Ya de chiquillo, en cuanto ganaba un real a la rayeta, salía arreando y se lo daba a la Juanita, una chiquilla viciosa de la calle, para que lo dejara acostarse con ella. Además de comer, dormir, beber y procrear, también trabajaba, pero esto no por gusto, sino porque no quedaba otro remedio. También tenía afición a chorizar alguna cosa: así se ahorra de trabajar algún tiempo. Dicho sea en honor de la verdad y a fin de hacer justicia, a esto del choriceo no le tenía demasiada devoción. Algunas tundas de la poli, y algunas guantadas de los sargentos en la mili, le quitaron, a Dios gracias, y para bien de él y de la humanidad, la inclinación. (El Michurella, en la mili, dejando a un lado lo de las guantadas, llegó a cabo. ¡Qué os creíais!)

Cuando el Michurella se casó, porque se casó, se formalizó o quiso formalizarse del todo, y pensó vivir —bastante arrastrado por cierto— sólo para su mujer y para lo que viniera.

Se casó, de ello hace poco, con una gallega que tenía facha —y bigote— de sargento bizarro de la Guardia Civil. La susodicha gallega había venido de allá de su pueblo, como tanta otra gente, a ver si en Barcelona las cosas estaban mejor que por aquellas tierras. Por lo visto lo estaban y se quedó. Estaba de realquilada en casa del Michurella. Una tía del Michurella pensó que su sobrino mejor partido no a encontrar. Y propuso el asunto. A la gallega, para mejor convencerla, le dijo que si no aceptaba

la sacaba de realquilada. La gallega aceptó. En fin de cuentas, para lo que ella esperaba ya del amor, ya estaba bien aquel príncipe tronado.

Cuando iban al despacho parroquial a arreglar los papeles para el casamiento, era mondar. El Michurella se quedaba en un rincón, cabizbajo, sin saber qué decir, confuso y avergonzado. Ella le atizaba algún pescozón y lo hacía salir del rincón.

—¿Han visto ustedes qué tío más inútil? No sabe presentarse en ningún sitio. Suerte mía, si no... ¡Y además, mira que es feo el tío éste!

La gallega también era fea; pero no sabía el refrán ese de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Eso de feo lo repetía muy a menudo.

—Si no fuera por las eventualidades y por su tía que se ha empeñado... ¡Porque mira que de verdad es feo!

Y un día, un poco mosca, también en el despacho, al cura y a su digámosle secretario:

—Como se me meta en la cabeza aún le voy a decir a su tía que se case ella con él, que a mí no me venga con cuentos...

Pero no fue así y se casaron, un domingo por la mañana, a las siete. Ella llevaba un vestido nuevo y él una chaqueta azul de esas de verano. Al casamiento vino la Filomena, la flaca, que era beata, machorra y casamentera, y alguna otra vecina que quería ver aquel milagro.

Al Michurella le pasaba lo que al Bota, que como no tenía muchas luces todo el mundo le tomaba el pelo. Pero era una tomadura de pelo suave, disimulada, no menos sarcástico por eso; una tomadura de pelo con cuidado, porque si se daban cuenta de que se reían de ellos eran bastante brutos.

Al Michurella y al Bota, por las Fiestas Mayores, siempre los hacían subir a un tablado, especie de ring improvisado, y los hacían verse las caras. No se concebía Fiesta Mayor sin este espectáculo. El Michurella y el Bota, a fuerza de palo va y palo viene, se habían llegado a creer unos consagrados, unos ases de la lucha libre. Como que no conocían el tongo y otras artimañas se atizaban cada palizón de miedo. Nunca ganaba ninguno de los dos, pues siempre acababan ambos derrengados.

El público la gozaba.

—¡Hale, Bota!

—¡Zúmbale, Michu!

Ellos daban vueltas y más vueltas, estudiándose, como los profesionales, convencidos de su papel, con las manos extendidas, para engarbarse.

—¡Cáscale ya!

—¡Venga, no miraros más!

Se lanzaban como tigres uno contra el otro. Se mordían, se arañaban, se pateaban. Terminaban muertos. Entonces los sostenían a los dos, les levantaban los brazos a los dos, y la gente aplaudía a rabiar a los dos. Estos aplausos compensaban la sangre, el

sudor, los jadeos, las magulladuras, el acabamiento. Estos aplausos eran la borrachera que el público sañudo les ofrendaba para que estuviesen siempre dispuestos a matarse. El público siempre ha sido así: muy vivo, pero muy bestia.

El Michurella, y terminamos, se llamaba, para que nadie dude de su alcurnia a pesar de su aspecto de rufián y su cara de palafrenero, se llamaba —¡pónganse en pie, señores!—: DON DIEGO DE VARGAS Y DE OROZCO, con mayúsculas; así constaba en la puerta de la iglesia cuando las amonestaciones. Muchos, entonces, se pasmaron y decían:

—¡Toma, pues debe de ser verdad todo eso que cuenta su madre!

## El Torégano y El Picau. El Zoco, además

El Torégano era de la bofia, de la secreta. Estaba en la Comisaría de Casa Antúnez. Agarraba cada trompa de miedo. Incluso las agarraba estando de servicio. Había quien aseguraba que ya no las agarraba, que lo que ocurría era que no las soltaba; que las empalmaba una detrás de otra. ¡Adivina qué habría de cierto en esto!

El Torégano tenía hecha una como especie de promesa. Se había propuesto limpiar de golfos y maleantes las Casas Baratas. Esto era como querer secar el mar con un cesto. Imposible.

A los de las Casas Baratas, el Torégano, además de llamarlos golfos y maleantes, los llamaba rojillos indecentes, o asquerosos, depende, que en esto de indecentes o asquerosos nunca estuvo de acuerdo.

Se paseaba —el Torégano, claro— por los distintos caminos, vericuetos, carreteras o encrucijadas del contorno, o del distrito, lo mismo da. Se paseaba de noche, cierto, cuanto todos los gatos son pardos y los hijos de vecino también. Y a todo el que encontraba le decía:

—Oiga, ¿adónde va usted?

—A tal sitio.

—¿De dónde viene?

—De tal otro.

—¿Y no sabe usted que cuando se pasa por delante de una autoridad hay que decir buenas noches? Porque yo soy una autoridad. —Levantaba la solapa y enseñaba la chapa.

El otro decía:

—Buenas noches.

—¡Más fuerte, leñe, que no le oigo!

—¡Buenas noches!

—Eso mismo. A ver, ¿dónde vive?

—En tal sitio.

—La documentación.

Examinada ésta lo dejaba marchar. Antes le hacía decir: «¡Arriba España!».

Si el detenido decía que vivía en las Casas Baratas, lo llevaba debajo de un farol —con una cerilla, como para la documentación, no bastaba—; lo llevaba debajo de un farol, le levantaba la jeta y lo observaba fijamente.

—Sí, te conozco. Eres fulano. —El Torégano tan pronto trataba de tú como de usted.

A veces no lo conocía.

—¿Tú de las Casas Baratas? ¿Tú de las Casas Baratas? Mira que yo me sé de memoria las caras de todos los que viven allí y a ti no te recuerdo,...

—Es que trabajo todo el día, ¿sabe? Yo soy de los que van de su casa al trabajo y del trabajo a casa. Yo no me meto con nadie.

—Bueno, bueno, así me gusta. ¡Hala, largo! ¡Arriba España!

—¡Arriba España! —decía el otro, y respiraba aliviado.

Cuando el Torégano iba acompañado de alguna pareja de la Policía Armada, éstos, los policías, se ponían nerviosos. Pensaban: Como va a la vela es capaz de hacer una barbaridad.

Al Catalá, uno que ahora es bombero, lo detuvo una noche en que venía de la academia, a la que asistía luego de su trabajo. El Catalá llevaba una chaqueta de cuero, iba sin afeitarse, llevaba las manos en los bolsillos. Parecía un comunista de esos que salen en las películas españolas y americanas.

—Oiga, ¿no sabe usted que cuando se pasa por delante de una autoridad hay que decir buenas noches? Porque yo soy una autoridad. —Levantó la solapa, el Torégano, enseñó la chapa.

—Buenas noches.

—Más fuerte, ¡leñe!, que no le oigo.

—¡Buenas noches!

—Eso mismo. A ver, ¿de dónde viene?

—De la academia.

—¿De qué?

—De estudiar...

—¿Dónde vive?

—En las Casas Baratas.

Lo llevó junto a un farol.

—¿Tú de las Casas Baratas? —Igual trataba de tú que de usted el Torégano, decíamos—. ¿Tú de las Casas Baratas? Mira que yo me sé de memoria las caras de tod...

—Es que yo trabajo todo el día, ¿sabe? Yo soy de los que van de su casa al trabajo y del trabaj...

El Torégano se había fijado en que el Catalá no sacaba las manos de los bolsillos.

—Oiga, cuando hable con una autoridad, porque yo soy una autoridad —vuelta a enseñar la chapa—, haga el favor de sacarse las manos de los bolsillos, porque quién me dice a mí que usted no lleva una bomba de mano en el bolsillo, y antes de que usted me la tire, yo...

Había sacado el pistolón y con el cañón golpeaba el pecho del Catalá igual que si le golpeara con el dedo índice.

—... antes que usted me la tire, yo...

Aquella noche, el Torégano iba más trompeta que nunca. El Catalá estaba tan pasmado que no atinaba a sacar las manos de los bolsillos. La pareja de guardias que

acompañaban al Torégano se apartaron de allí. Pensaban: Tal como va a la vela es capaz de hacer un disparate.

—... y antes de que usted me la tire, yo, ya sabe...

Continuaba señalándole el pecho con el cañón de la pistola, golpeándole en él, como quien lo hace amistosamente con el dedo índice. Poco a poco se fue calmando y guardó el artefacto.

—Hala, ya te puedes ir. ¡Arriba España!

Sólo entonces el Catalá sacó una mano del bolsillo y saludó. Su voz era un hilo.

—a r r i b a e s p a ñ a.

Al Torégano siempre le pasaban cosas. Una noche... Veréis.

En las Casas Baratas, las mujeres cuelgan la ropa que lavan, para que se seque, entre los escasos árboles que hay en la calle 4 y calle 7 (Tortosa y Ulldecona); en los escasos árboles que las hordas vandálicas de sus hijos no han arrasado. Estos árboles son acacias. Pero esto, el que lo sean, no tiene importancia.

Cuelgan la ropa en cuerdas y alambres que entre tronco y tronco de estas acacias atan. Contra un alambre de estos tropezó el Torégano una noche en que, como de costumbre, la había agarrado. Dio con el cuello, con la nuez, en el alambre. Si hubiera ido a gran velocidad, en una moto, por ejemplo, se hubiera cercenado la cabeza, rebanado el pescuezo. Así no le pasó nada. Pero empezó a gritar:

—¡La madre que tal! ¡Asesinos, asesinos! ¡Puercos! ¡Me habéis querido matar! ¡Me han tendido una trampa! ¡A mí! ¡Socorro, socorro!

Sacó la pistola y disparó un cargador al aire. Durante muchos días contó a sus camaradas de cuerpo la trampa que le habían tendido. Sus amigos se reían. Él juraba que exterminaría a todos los rojillos de las Casas Baratas.

Con el tiempo trasladaron al Torégano. Lo llevaron a Mallorca, contaron. Allí, una noche, armó gresca en una taberna y se lo cargaron, contaron también.

El Torégano, en el fondo, no era una mala persona.

El Picao fue —llegó a ser, es— la segunda edición, corregida y aumentada, del Torégano; más aumentada que corregida, desde luego, claro, cierto, eso. El Picao, ya lo decía su nombre —bueno, su nombre; su mote—, tenía la cara como si le hubieran pasado por ella un rodillo de esos que emplean para grabar el *portland* de las aceras cuando éste aún está fresco. El tener el rostro así, con hoyitos, picado de la viruela, le hacía tener la cara de vinagre, que se dice. En el Picao, el rostro sí que era el espejo del alma, pues tenía muy mala leche, todos lo decían.

No era de la bofia, el Picao; era de la Guardia Urbana, de la brigadilla, de esos que van por las plazas y mercados y persiguen a las que venden ajos y limones —¡a peseta la pila!— y a las que venden tabaco, a las matuteras y estraperlistas, en fin; de esos que llevan gorra de plato y porra y no son tan simpáticos como los del casco

blanco, los de tráfico. El Picao, además, llevaba pistola; decían que era el único de la Guardia Urbana de Barcelona que llevaba pistola. La llevaba por si las moscas, pues se la tenían jurada. ¡Valiente pájaro debía de ser!

El Picao era un celoso cumplidor de su deber. Habrá urbano que verá a un viejo vendiendo piedras —¡piedras; cuatro una peseta!— de mechero, y hará la vista gorda. El Picao, no. Él, aunque no fuera de servicio, lo detenía. Él era así. El deber ante todo. Al mismo tiempo le daba gusto al corazón. ¡Vaya!

Siempre iba con la camioneta; de este modo detenía, no a uno, sino a diez que se presentaran. En la camioneta metía el género y vendedores.

A veces iba de paisano, para efectuar mejor las redadas. Pero su cara apollada no se le despintaba a nadie.

Cuando iba de paisano llevaba una corbatilla negra. El Picao, de paisano, tenía muy poca presencia, parecía muy poca cosa. Cuando iba de paisano llevaba la pistola en el bolsillo de atrás, por si acaso. El Picao no se confiaba nunca.

Apioló a una vendedora de tomates, el Picao. La vendedora de tomates se quedó descuajeringada. Con aquel cajón de tomates que el Picao le soplabá, se iba la cena de sus hijos. Cuatro, estos. La vendedora de tomates apeló a los buenos sentimientos del Pico y lo trató lo más finamente posible.

—Señor Picao...

—¡Señor mierda! —contestó éste.

Al Picao, esto de Picao no le sentaba lo que se dice ni así de bien.

—A la camioneta con ella —dijo.

La llevaron a Misiones y la pelaron al rape. El Picao, en un tarde, limpió Barcelona de vendedoras de claveles, vendedoras ambulantes que no pagan impuestos, vendedoras matuteras que por una peseta —¡a peseta el pomo, a peseta; qué frescos y qué lozanos!— te dan el doble de claveles que cualquier floristería, el doble, ya lo creo. Llenaron la camioneta de claveles, tantos, que se les caían por el suelo. Los llevaron, los claveles, al Asilo de Port. Las monjitas del Asilo no sabían qué hacer con tanto clavel. Llenaron la capillita.

—¡Qué hermosura! ¡Qué bien huelen!

El Picao sonreía beatíficamente; Dios, no.

Había tanto clavel, tanto, claveles rojos, claveles blancos, claveles pintados, claveles chinos, claveles carmesí, claveles, tanto clavel, tanto, que mandaron unos pozales llenos a la Parroquia, para que las hermanas del cura colmaran todos los altares, todos.

Hubo claveles para las mesas de las oficinas y de las escuelas del Asilo, y para la casa del conserje, y para tirarlos, y para que él Picao llevara un ramo a su mujer, y hasta para los cerdos, si los cerdos hubieran comido claveles.

El cura joven, el señor vicario, mosén Jorge Lloveras Espriu, decía:

—¿Será posible que hombres así tengan mujer, hijos, casa, hogar? ¿Será posible?

Era. Pero el Picao se peleaba con su mujer y la tundía a palos. Esto, el cura, a lo mejor, no lo sabía; a lo mejor. Y se acordaba —el cura— de las vendedoras, y de sus hijos, y de sus maridos que, probablemente —no sería nada del otro mundo—, se bebían el jornal y por eso ellas vendían. En fin... ¿Será posible?

Otro día, el Picao, empezó por una punta de la carretera del Port, que es muy larga, y terminó por la otra. La redada no fue tan espléndida como él se imaginara. Una vieja que vendía lechugas, un viejo que vendía pirulines —¡al rico pirulín de La Habana, que se come sin gana!—, una mujer que vendía pimientos y berenjenas, otra que vendía no sabemos qué, otra... Pocos, en total. Metían el género en la camioneta y, a los propietarios del género, el Picao les hacía marchar.

—Por favor, señor, que me he gastao *too* lo que tenía en comprar esta mañana una caja en el Borne...

El Picao los empujaba.

—¡Hala, hala! ¡No *venirme* con historias!

Pero la de los pimientos y berenjenas no se quería largar.

—Que me ha *costao* mi dinero, que...

Como que se ponía más pesada que las otras, el Picao la metió en la camioneta.

—¡A Misiones con ella! ¡Que la purguen y que la pelen!

—¡No, eso no! ¡Me callaré! ¡Pero eso no! ¡No!

—¡Nada, nada! ¡A Misiones!

La hija de la vendedora de pimientos y berenjenas, que se enteró de lo que le pasaba a su madre, salió y se enganchó, se lió a forcejear con la camioneta, queriendo abrir la puerta de atrás, para que bajara su madre. A la hija de la vendedora de pimientos y berenjenas le daban como unos prontos, como unos arranques de locura decía la gente. Entonces chillaba y era capaz de cometa: una barbaridad.

Como la parte trasera no se abría, se abalanzó sobre el Picao, gritando:

—¡Aaaayyyyy...!

Un grito gutural y extraño.

El Picao, ni corto ni perezoso, le cascó con la porra y la abatió contra el suelo como a un bolo. Unos hombres que desde el bar del Remendó presenciaban la cosa, reaccionaron indignados, y se lanzaron contra el Picao, o hicieron el gesto de lanzarse, el ademán. El Picao sacó la pistola.

—¡Si alguno es hombre, que se arrime!

Nadie lo fue, ¡cualquiera! La camioneta arrancó y la hija de la vendedora de pimientos se quedó en el suelo, pataleando, gritando, con el pelo suelto, echando espumarajos por la boca. El Picao era así.

Cuando salió la orden de que las tiendas de comestibles no podían prolongar el establecimiento de puertas afuera, esto es, acumular sacos y muestras en las aceras, el

Picao se frotó las manos. Con la camioneta y sus secuaces se lió a recorrer calles. Verían.

Claro que vieron. Vieron que todo el mundo había hecho caso de la orden y no se notaba rastro de paradas o puestos en las aceras, de puertas para afuera. No se desanimó el Picao. El que busca, halla. Y halló.

Sin avisar, sin nada, sin decir ojos negros tienes, sin decir oste ni moste, empezaron a incautarse del género. El Picao daba prisa a sus hombres.

—¡Hala, hala!

Éstos, sus hombres —¡hala, hala!—, metían sacos en la camioneta, y cajas; todo lo que encontraban.

—¡Hala, hala!

Lo que el Picao encontró también fue un estacazo que le zumbó el tendero con el palo de bajar la puerta de hierro. El tendero, que cuando vio su género trasladándose tan bonitamente al camión, como por arte de birlibirloque, salió hecho un basilisco, que es en lo que se convierten los que se sulfuran. Salió con el palo de la puerta en ristre y lo primero que vio fue a aquel hombrecillo roído por la viruela, con su corbatilla negra —iba de paisano—, y con muy poca pinta de autoridad competente.

—¡Hala, hala!

Le cascó, ¡vaya si le cascó!, sin pararse a pensarlo dos veces. La cabeza, al Picao, le hizo: ¡chac!, como un melón cuando se raja. El Picao vio luces y todo eso, y quedó sin conocimiento, lo perdió. Cuando volvió en sí, llevaba la cabeza vendada, igual que el hombre invisible, y no sabemos si siete gafas debajo de las vendas. El Picao se palpaba el melón, las vendas que lo envolvían.

—¡Cómo ha sido esto, cómo ha sido!

Cuando le contaron el caso, no estaba muy conforme.

—Y ese hombre, ¿dónde está?

—Enchiquerao; bajo llave.

—Yo quiero verlo.

Hasta que no vio al triste tendero tras las rejas, no se sintió reconfortado, como nuevo, como si no llevara gafas ni vendas ni nada en la cabeza.

—¡Hala, hala!

\*\*\*

A raíz de haber prohibido en el Barrio Chino y en los alrededores de Atarazanas la venta ambulante durante los domingos, sus vendedores sentaron sus reales en las Casas Baratas, barrio sin ley, o donde no alcanzaba la ley, si no esto no se explica. Sentaron sus reales a todo lo largo de la calle Tortosa, antes calle 4; de la calle Sovelles, antes calle 21, y a la entrada de esta barriada, en el Camino del Prat

Vermell. Así:



En las Casas Baratas siempre se hizo mercado los domingos, pero no como ahora, no con tanta intensidad y densidad como a raíz de haberlo prohibido en el Barrio Chino y Atarazanas. Ahora es algo así como el Rastro en Madrid, pero menos, según unos; un poco más, tal vez, según otros. La gente le llama el Mercadillo, a esa ristra de puestos y paradas; el Francisco Candel, poeta, escritor, visionario, soñador, loco, todo eso que se dice, le llama el Zoco, no sabemos bien por qué.

Entrando en las Casas Baratas por la parte de la parada del autobús —los domingos, claro—, empieza el Mercadillo, el Zoco, que dice el Francisco Candel. Hay una vieja tumbada, una vieja haraposa llena de bubas y roña, la abuela del Picaor; una vieja a quien los años y la miseria han puesto los ojos blancos, descolorido el iris, ciegos. ¡Que Santa Lucía les conserve la vista!, salmodia, como los ciegos de romance, y la gente le echa calderilla o no le echa, según. Aún vienen otros mendigos, aún. Un joven con una pata de palo; un viejo con un bracito como un hilo, rodeado de vendas y del que muchos dicen si es postizo; un tullido que tiene un periódico en el suelo, para la calderilla. El personal socorre al primero que se le pone a tiro; a los otros, por lo general, no. Dando a uno creen que han cumplido. Dar a todos es una lata y un despilfarro. Por eso los que más pescan son los de las puntas, los de los extremos. Y los domingos madrugan, a cual más, para coger los sitios más estratégicos. ¡A ver si no!

En el Zoco hay de todo. Uno piensa: ¿A ver lo que no hay? Y lo que piensa lo encuentra al instante. No falla. Uno dice: A ver si hay cerdos, por ejemplo. Y ve a una gitana con dos lechoncillos en los brazos —igual que si llevara dos churumbeles— inmediatamente.

Los puestos son heterodoxos, por decirlo de alguna manera, o, dicho de otro modo, anárquicos. Se encuentran en el suelo, sobre papeles de periódicos, junto a los charcos en invierno, entre el polvo en verano; en los hoyos de los árboles, en la especie de zócalos en que antaño hubo árboles y ahora hay basura y cabezas de pescado todo lo más; en mesas; en tenderetes; metiendo la mano en las mercancías todo el público; pisoteando las paradas que hay por el suelo; etcétera. Hay un vocerío, un runrún de colmena. Los precios que se vocean siempre son redondos: ¡A duro el kilo! ¡A peseta la docena! ¡A real, a real! ¡A pela, a pela!

Venden gafas. Un cajón de gafas. El suelo está lleno de gafas. Con montura de concha, con montura de carey, con montura de latón, con montura de metal, con

montura de alambre. Gafas para toda clase de dioptrías. Los clientes se las colocan y prueban a ver si ven o no ven. Miran, las letras en el periódico. Como que son para la vista cansada, ¡qué más da!

Igual que las gafas, hay quien se prueba una chaqueta que adivina a quién perteneció. O unos zapatos.

Hay vendedores de helados. Y de pastas. Pastas de crema y de nata. Una crema seca, ya resquebrajada; una nata a la que se adhiere el polvo de la calle. Dos pastas, una peseta. Hay moscas y avispas. El dueño ya no se cuida de espantarlas con el mosquero.

Se vende de todo, de todo. Arreos de burro, cadenas de bicicleta, gramófonos, herramientas, sábanas, papel de cartas, platos, cazuelas, nuevo y viejo, más viejo que nuevo, claro.

Se arreglan relojes.

En la parte de abajo están los comestibles. Medio a revueltas con unos puestos de ropa. Olivas, pescado, naranjas, conejo, salchichas, alcachofas, coles. Se huele bien allí, un poco a podrido, un poco a diablos, pero se huele bien.

—Bien mal, querrás decir. Ni el retrete de casa, que por lo menos puedes tirar de la cadena.

Los charlatanes recomiendan sus específicos.

—Que usted sufre de seborrea, que tiene caspa, que tien...

El charlatán tiene el pelo como una mujer. Lleva un peine clavado en él. Un peine que se lo pasa continuamente por el cabello largo y sedoso.

—Miren yo. Observen. Cada mañana unas gotas y...

El charlatán tiene el pelo como una mujer. Tal como están las modas ahora, más largo que una mujer. Además tiene unas fotografías descoloridas de calvos antes de aplicarse la loción; de hombres con cabellera después de aplicarse la loción. Fotografías como ochocentistas, rancias, con el charlatán y su pelambreira y sus frascos maravillosos y recortes de periódicos pegados en las fotos, dando fe de estos milagros. La gente, aun viendo tanta propaganda, no pica. Algún primo de tarde en tarde. Esto de la calvicie, el enmendarla, está muy desprestigiado. ¡Vaya que sí! El charlatán se cansa, se sienta, se acaricia la larga cabellera, riñe a los chavales que se le amontonan, que se le echan encima, riñe al suyo, que se hurga la nariz y quiere irse a jugar.

Cerca hay una charlatana. Una mujer ajamonada, medio rubia, con un vestido azul. Vende hierbas. Curativas ellas.

—Señoras y caballeros, si es mentira lo que digo, llámenme embustera. Usted, señora, está cosiendo, se le cae el dedal al suelo, se agacha para cogerlo, fíjense en cómo lo hago yo, si es mentira llámenme embustera, se agacha para cogerlo, se levanta, ¡huy!, los riñones, le cuesta levantarse, es verdad o es mentira...

La gente dice que sí, con la cabeza. La mujer tiene gracia. Imita bien los gestos.

—Fíjense bien, a ver si no les ha pasado esto más de una vez. Usted, señora, va a la cocina a buscar algo, si es mentira lo que digo, llámenme embustera, va a la cocina a buscar algo, y, cuando llega, ya no se acuerda a qué ha ido allí. ¿Es verdad o es mentira?

La gente dice que sí con la cabeza.

—No les molesto más hablando, ustedes tienen sus obligaciones y yo las mías. Terminó, señoras y señores, pero antes quiero decirles una cosa. Un caballero, entre el público, ha dicho: ¡Huy, eso de las hierbas; yo no creo en las hierbas! Fíjense bien en lo que les voy a decir, si no es verdad llámenme embustera. Un perro come, se harta, se indigesta, le duele el vientre, tiene necesidad de purgarse. ¿Qué hace? Va al campo y come hierba. ¿Qué hierba? Grama. Que es una hierba que contiene sustancias que obran en él como un vomitivo. La Naturaleza es sabia. ¿Es verdad o es mentira?

La gente dice que sí con la cabeza.

—Hierbas para el dolor de riñones, para el dolor de cabeza, para fortalecer la memoria, para...

La gente compra. Esta charlatana conoce la psicología del público, sus pequeños problemas cotidianos.

Cuando ha terminado de vender, unas mujeres le hablan de sus chicos, que han perdido la gana de comer. Se interesa por ellos. Les adivina detalles de la desgana de los chicos. Les da otras hierbas. Cocidas así, cocidas asá. Tres vasitos a tales horas y a tales otras. Las mujeres aprenden bien la fórmula, la receta, los pormenores. El pueblo, por instinto, cree en las hierbas, en la Naturaleza, más que en los médicos y en sus medicinas. La charlatana, esto, lo sabe. La charlatana también sabe que sus hierbas puede que no curen, pero lo que se dice mal, tampoco harán. La charlatana...

Un hombre con gorra vende goma para bragas. Un hombre que habla en catalán, con alguna palabra castellana por medio. Hace la propaganda de la goma, lo elástica que ésta es. Abre los brazos en cruz. De punta a punta de mano, un metro. Corta la goma. A peseta el metro. Mide otra vez. Otro metro. Otro metro por aquí. Otro. Las señoras compran.

—*Si la goma no es dóna, baixar-se les calces és una llauna.*

Hace los gestos, estirándose, contorsionándose. Todos ríen.

—*Amb aquesta classe de goma, veuen...*

Se la arrolla alrededor de la cintura. La ensancha, como si se quitara las bragas fácilmente.

—*¿Veuen? En un momentet abaix i poden fotre tranquilamente una pixarada com una casa...*

La gente ríe. ¡Jo, jo! La gente se parte. Un metro. Otro. La gente compra. Éste

también conoce la psicología del público.

Una mujer, debajo de un paraguas, por el sol, claro, su enorme humanidad en una raquílica silla de tijera, visita críos. Les pone una pipeta en la mano, a los críos, una pipeta con líquido rojo. Al calor de la mano el líquido se dilata y asciende por el tubo de cristal.

—Este niño tiene la presión de la sangre alta.

La madre está espantada.

—¡Si come todo lo que quiere!

—Déle estos polvos. Una cucharadita en un vaso de agua antes de cada comida. El domingo que viene me lo trae.

La madre le da un duro a la curandera y promete volver a la semana siguiente.

—Si el chiquillo se pusiera peor, tráigamelo a casa. Sí, yo visito cada día. Es aquí cerca. En la calle tal, número tantos. Ahí en la Plaza de España, detrás mismo del Matadero. Es fácil. Pregunte. Todos los de la calle me conocen.

Un hombre vende globos. Otro, rifa enormes ristras de caramelos, ristras que le cuelgan del cuello como guirnaldas hawaianas, a peseta la carta. Se fríen churros al aire libre. Hay un tiro al blanco, un tiovivo. Además de mercado, aquello parece una feria.

En una de las plazuelas, alrededor de la fuente estropeada, hay todo de zapatos, como un campo de melones.

La gente se prueba los zapatos. Y en los puestos de ropa usada, chaqueta y pantalones, al aire libre, sin pudor.

Se venden sábanas, y conejo que se mata allí mismo.

El Mercadillo o Zoco es una Babel.

—¡Siempre toca, siempre toca, si no un zapato una bota!

Es a peseta, la tirada en la ruleta. Siempre toca. Perder por, lo menos. O una peladilla que no vale un real. A lo máximo un puro, que el ruletero dice que vale seis pesetas. ¡Bueno!

En otra ruleta, a los colores, el público se juega los cuartos. Encarnado, amarillo, verde y azul. La dueña de la ruleta, una tía imperturbable como una esfinge, recoge el dinero del amarillo, del encarnado y del azul, y paga al verde. O recoge el amarillo, el encarnado y el verde, y paga al azul. Según. Ella nunca pierde. Con una pluma de gallina unta de aceite el eje de la ruleta, para que vaya fina.

Hay diversos modos de jugarse el dinero. Para todos los gustos. Con las perinolas numeradas como dados. Hay número menores —2, 3, 4, 5, 6— y mayores —8, 9, 10, 11, 12—. Que sale en una perinola un cuatro y en la otra un cinco, nueve en total, ganan los número mayores. Paga el dueño de la timba con lo que se apostó en los números pequeños, o viceversa, según. Hay un número 7, individual, para el que quiera jugar sólo a este número, nada de mayores o menores. Si sale se paga doble.

Pero al 7 pelado nadie pone. Los que más juegan son los chiquillos, especialmente gitanillos. Son los que se engolosinan más, los más audaces. Algunos hacen de gancho.

Hay diversos modos de jugarse el dinero. Con las perinolas, con las ruletas, a las tres cartas, con tres cáscaras de nuez.

Se arreglan, al aire libre, radios, fogones de petróleo, bolígrafos, relojes, máquinas de coser.

—¡Siempre toca, si no un zapato una bota!

—¡A pela, a pela!

—¡A real, a real!

—¡Al rico pirulín de La Habana, que se come sin gana!

—¡A duro el kilo, a duro!

—¡Medias y calcetines de *nailon*! Meten un cepillo de púas en el calcetín o media y rascan arriba y abajo: no se rompe. ¿Lo ven? Igual que un faquir. ¡Ris, ras! No se rompe. La gente se pasma. La gente pica. La gente compra. La gente siempre pica y siempre compra. Alguien intenta disuadir a los compradores.

—¡Cuento! Se te hacen carreras a los dos días.

—Porque a usted le deben de sudar los pies.

—Otra cosa me suda. ¡El tío éste!

La gente sigue comprando. La gente cree en las gangas. La gente necesita creer en las gangas.

Aquello es un hervidero, un hormiguero, un avispero, un mundo.

El Picao cayó en este hervidero, en este hormiguero, en este avispero, en este mundo, y este hervidero, este hormiguero, este avispero, este mundo, hirvió, mordió, picó, zumbó, zarandeó, tundió, enloqueció.

En los primeros tiempos del Mercadillo —¡a aquello no había derecho, vender los domingos cuando todos los comercios cerraban!—, en los primeros tiempos, digo, decimos, pues, enviaron a ciertos elementos de la brigadilla, a algunos. Pero sí, sí, ya, ya... No había nada que hacer. En cuanto los veían aparecer se corría la voz: ¡Agua, agua! ¡La bofia, la bofia! Y aquello era Troya. Puestos y tenderetes patas arriba, géneros por el suelo, gritos, corridas. Los habitantes de las Casas Baratas se solidarizaban con los vendedores y les ayudaban a meter las mercancías en los pasillos de sus propias casas. En un santiamén desaparecía todo, y sólo quedaban los puestos mondos y lirondos. Los brigadillas corrían de un lado a otro. Tenían que soltar a éste para coger a aquél, y, al final, todo se les iba de las manos. En vista de estos éxitos se decidió enviar al Picao. Si el Picao no lo arreglaba, no lo arreglaba ni Dios. Y el Picao no lo arregló. ¡Qué lo habla de arreglar! A quien por poco lo arreglan es a él.

Se presentó, el Picao, con la camioneta, de paisano, con la pistola, con sus secuaces. La gente no decía: ¡Agua, agua!, ni ¡La bofia, la bofia! Decían: ¡El Picao, el Picao! Y empezaron a meter el género en los pasillos de las casas cercanas.

El Picao no se precipitaba ni perdía la serenidad. No quería abarcarlo todo de una vez. Sabía que mucho género se le escaparía de las manos, peso también mucho género iría a parar a la camioneta, La tenía que atiborrar. Los secuaces cargaban que era un gusto.

—¡Al camión, al camión!

El Picao, al que se resistía, porrazo que te crió. Iban avanzando con la camioneta. Había que llenarla. Avanzaban lentamente. Algunos puestos aparecían ya pelados, desalojados. Entonces se metieron en las casas. Agarraban fardos. Forcejeaban. Pegaban. Cargaban. Volvía a avanzar la camioneta. El Picao iba colgado del estribo, junto a la portezuela. Se oyeron algunos insultos:

—¡Ladrón!

—¡Cornudo!

El Picao sonreía. ¡A mí con ésas!

—¡Hijo de tal!

—¡Hijo de cual!

El Picao no se inmutaba. Los secuaces, tampoco. Empezaron a llover piedras, no sabían de dónde. El Picao sacó la pistola.

—¡La madre que tal!

—¡La madre que cual!

Un ladrillo partió el cristal delantero, el parabrisas; el chófer perdió la dirección y se metió contra la pared. El Picao apuntaba a unos y a otros con la pistola. Con un troncho de plátano le dieron en las costillas. Rugió enfurecido y saltó hacia el lugar de dónde creía que había partido el tronchazo. Otro troncho. Este de berza. En la cara. Ahora era el Picao quien maldecía:

—¡La madre que sus!

Los secuaces y él corrían de un lado a otro, com locos, repartiendo estopa, alejándose de la camioneta. La gente se abalanzaba a recuperar su género.

Cuando el Picao y sus hombres, hartos de correr, volvieron a la camioneta, ésta estaba vacía, pelada.

El Picao estaba negro. Con la camioneta estropeada nada podían hacer. Telefonaron y vinieron a remolcarla. Juró que eso y lo de más allá. Casi lloraba. La gente decía:

—¡Que se pudra, que se pudra! ¡Mía que leche!

Por el Mercado o Zoco no volvió más.

(Es San Juan, ahora, cuando estamos escribiendo esto, la víspera, la verbena, y los

chavales del barrio están amontonando leña y paja, para prenderla dentro de unos momentos, luego a la noche. Será un hermoso fuego. En lo alto de la pira han colocado un muñeco con una sahariana, con una gorra de plato y con un letrero. El letrero es un poema, una doctrina, una reivindicación, una...

---

SE HADMITE LEÑA PA QUEMAR AL PICAIO

---

El vecindario da leña, para quemar al Picao. ¡A ver, si no! Si pudieran lo quemarían vivo. Conque...)

## **El Ceja, El Tiara, El Cagando, El Picha, El Siete, El Marcelino, El Gorra, El Sangre, El Sarria, El Pelagatos, El Yiti, el..., el... etc. etc. etcétera**

El Ceja era un mote al que no se le veía la punta. El Ceja Blanca, en cambio, ya estaba mejor, era un mote completo; completo y perfecto. Pero es que los pobres, los humildes, los miserables, los ex hombres, escatiman, a veces, las palabras, del mismo modo que escatiman, a veces también, el dinero. Decir el Ceja Blanca era un lío. Decir el Ceja, estaba mejor. Y todos sabían que decir el Ceja era lo mismo que decir el Ceja Blanca. ¿Entendido? No mucho, nos parece.

El Ceja era un tipo asanchopanzado que tenía una ceja blanca, una ceja la mar de rara, una ceja que era lo que más destacaba en él, en lo que primero te fijabas, pero por más que te fijabas, luego, de memoria, sin él delante, no sabías decir qué ceja era la blanca, si la derecha o la izquierda. Y es que lo esencial era una ceja blanca; lo secundario que fuera la derecha o la izquierda. ¿Entendido? No mucho tampoco, nos parece.

Algunos, en vez del Ceja, le llamaban el Cejas, con una ese más, pues sonaba mejor, era mucho más eufónico o consecuente, por decirlo de alguna manera. Pero su verdadero mote, respetando la etimología, lo genuino y lo auténtico, era el Ceja, pues blanca sólo tenía una ceja y no las dos, y de ahí le venía el apodo, que de haberlas tenido normales, o las dos blancas, que también es normalidad, no hubiera ocurrido nada. ¿Entendido? Menos que nunca, me parece, nos parece. Pero prosigamos.

El Ceja era vendedor ambulante. Vendía naranjas, mandarinas, plátanos, melocotones, lo del tiempo. Tenía mucho dinero, decía la gente, pero él lo negaba. Era un avaro. Ser avaro le venía de herencia, de familia que se dice. Su madre, una vieja cochambrosa, iba a pedir limosna. Cuando murió encontraron que tenía un baúl lleno de cuartos. Merced a esto, parte de la fortuna del Ceja le venía también de herencia o de familia, que se dice.

Era tan avaro el Ceja que se indignaba cuando su mujer hacía guisado o potaje, como dicen los murcianos. Se indignaba porque en el guisado y en el potaje entraban patatas, arroz, judías, garbanzos, carne.

—Mujer —le decía—, un día podías guisar el arroz, y otro las patatas, y otro las judías. Así tendríamos para más tiempo.

Su mujer se lo quedaba mirando, mirando, y aunque no decía nada, se le transparentaba esta sentencia: ¡Qué bruto es el tío este!

El Ceja tenía dos hijos, dos hijos ruines ellos, con boina, abrigo largo y macuto; dos hijos que le hacían de cabreros por los terraplenes de la vía y las márgenes de la montaña, con una punta de cabras que sólo se alimentaban de cardos borriqueros y palas de chumbera. El pequeño rebaño de cabras era del Ceja, pero algunas cabras,

no; algunas cabras las llevaba a pupilaje, como si dijéramos. Le daban un duro por cabra y por día, y sus hijos las cuidaban, y si alguien quería que a su cabra la cogiera el macho, el Ceja le cobraba tres pesetas, ni más ni menos, sin que valieran regateos y sin consideraciones de ninguna clase, ¡a ver!

La Josefa, la madre del Enrique, le dio su cabra al Ceja, para que la tuviera a pupilaje, digámoslo así. El macho del Ceja cogió a la cabra de la Josefa, sin que ésta hubiera dado permiso para ello. La cabra murió poco tiempo después, de un atracón de cardos recalentados. La Josefa dijo que había muerto a causa de que le había ido mal el embarazo.

El Ceja, un día en que se acordó, fue a casa de la Josefa, a reclamar las tres pesetas de haber cogido el macho a la cabra.

—¿Tres pesetas, tres pesetas? —dijo la Josefa—. Sepas que mi cabra se murió porque la cogió tu macho, de resultas de ello. Además, el macho la cogió porque quiso, que yo no lo dije que la cogiera. Ademán, voy a hacer que me pagues la cabra. ¡Ya te arreglaré yo a ti!

El Ceja cogió miedo.

—Bueno, bueno, Josefa, no te pongas así —dijo. Y se fue.

\*\*\*

Nadie sabía que la tiara es esa mitra, o gorro —seamos vulgares—, con que se toca el Papa la cabeza; ese gorro fenomenal, alto y convexo, que tiene tres especies de coronas almenadas como tres castillos. Nadie lo sabía, ni el mismo Tiara, que tenía una cabeza como ídem, igual de gorda. Quien le puso este mote debió de ser algún malintencionado intelectual o persona que había leído un poco. Muchos le decían:

—Tiara, ¿por qué te llaman así?

—Pues, chico, no lo sé —contestaba. Y por que no lo sabía, no se enfadaba poco ni demasiado a causa del mote.

El Tiara tenía una cabeza gorda, gordísima, fenomenal, como una tiara, ya lo hemos dicho; tenía además, un hermano chorizo y otro carterista; y una hermana que hacía de pajillera en la Tierra Negra. Tiara, sin embargo, era honrado por casualidad o tal vez por equivocación, aunque muchos aseguraban que lo era porque no le quedaba otro remedio. Al igual que el malvado Carabel, quiso y no pudo. Seguir el camino recto le traía menos complicaciones que seguir el tortuoso, y por eso trabajaba y tenía un pequeño empleo de no sabemos qué, en el que no le iba del todo mal, ni del todo bien tampoco, pero sí más bien que mal, ¡claro!, si no a qué proseguir en el asunto; ¿es verdad o es mentira?

El Tiara era uno de esos hombres que celebran más el día del cumpleaños que el día del santo.

—El día del cumpleaños se celebra el día que vino uno al mundo, el día que nuestra madre nos parió, ¿no? El día del santo no se celebra *ná*. —¿Lo han entendido, señores?— Porque a uno le ponen el nombre que quieren —seguía convincente, el Tiara—, pero no nace cuando quiere. ¿No?

En realidad, el Tiara no sabía muy bien su nombre. En el civil era Luis y en la iglesia Juan. Para arreglar una vez no sabemos qué documentos tuvo un lío tremendo.

El Tiara, el día de su cumpleaños, se colocaba bien temprano en la puerta de su casa e invitaba a todo Dios que pasaba por allí, quisiera o no quisiera, a beber. La convidada duraba desde las cinco hasta las siete y media de la mañana, en que salía arreando para el trabajo, pues entraba a las ocho. Algún año en que no fue a trabajar en semejante día, la convidada duró hasta las diez, hora en que se agotaron las reservas. La convidada consistía en anís o en coñac, a elegir. Tenía una botella de cada: anís y coñac a granel, no embotellado, claro; anís y coñac que quemaba al pasar por el gaznate, especialmente el coñac; anís y coñac que el Tiara servía a todo bicho viviente, quisiera o no quisiera, en la misma copa o vaso, sin lavarlo, ya que todos somos hermanos y nadie tiene que tener asco de nadie, ¡qué diablos!

\*\*\*

El Cagando murió de una apuesta. El Cagando tenía un burro y un carro, un carro con toldo y todo, y por las mañanas iba al Borne a por género. Un día tuvo que hacer una necesidad, y como le pillara en mal sitio, en el centro de la ciudad, sin lugar adecuado donde hacerlo, la hizo dentro del carro.

Cuando llegó a casa le dijo a su mujer:

—Mujer, limpia eso del carro. —Y le contó lo acaecido.

A su mujer le hizo mucha gracia eso, lo acaecido, y lo contó a las vecinas. Las vecinas lo contaron a sus maridos, sus maridos a los amigos, y ya todo quisque, sin apenas notarlo ni darse cuenta, se encontraron llamando al Cagando, que entonces no se llamaba así y tenía un nombre, el Cagando.

El Cagando, cuando la guerra, vendía buñuelos, buñuelos de bacalao nos parece. Los buñuelos los hacía él y le salían muy sucios, muy pringosos, muy churretosos, pero como había hambre la gente no se fijaba en estas menudencias. El Cagando ponía los buñuelos en una bandeja de hojalata, y pregonaba por las esquinas, con un vozarrón enorme:

—¿No queréis almorzaaarr,...

Y el que quería almorzar le compraba.

El Cagando murió de una apuesta.

Un año, por las Fiestas Mayores de la calle Tortosa, antes calle 4, le dijeron, alguien, unos amigos probablemente:

—Cagando, a que no te bebas una botella de coñac marca, de un trago.

—¿Que no; qué os apostáis?

—Lo que quieras.

—¿La pagáis vosotros, la botella?

—Claro.

El Cagando cogió la botella —Álvaro Domecq de marca— y —tris, tras, tris, tras— se la echó al colete de un trago.

Aquella misma noche, ya en la cama, empezó a decir que se abrasaba, que se abrasaba, que le pusieran hielo encima de la barriga, ¡que se abrasaba!, ¡que se abrasaba!, ¡que le pusieran hielo...!

Y la diñó.

Lo mismo, similar, idéntico, le ocurrió a un fulano cojo en las Fiestas de Cantunis o Casa Antúnez. A este cojo, bebedor de fama y empedernido, le hizo la apuesta el Mataburras, basurero rico criador de cerdos, tipo chulo, rumboso y postinero.

—Cojo, te pago una botella de coñac marca si te la bebas de un trago; si no te la bebas la pagas tú.

¡Mi madre!, qué le dijeron al Cojo.

Agarró la botella —Álvaro Domecq también— y —tris, tras, tris, tras, también— de un trago toda.

Por la noche, ídem. ¡Que me abraso, que me abraso!, ¡hielo, hielo!, ¡que me abraso, que me abraso!, ¡hielo, hielo!

Al Mataburras, ahora, le llaman el Matacojos.

\*\*\*

El Picha era un tío más feo que el trasero de un mandril. Tenía un montón de fulanas, y su mujer siempre andaba a la greña —así se pasaba el día— con todas las mujeres vecinas que se le comían el marido, decía.

El Picha debía de ser un maestro, algo excepcional en el Arte de Ovidio; la prueba estaba en que las mujeres de su calle lo llamaban, entre ellas, mimosas y pasmosamente, lo llamaban, ¡agarraros!, el Picha de Oro.

\*\*\*

El Siete, el hijo de la Sieta, tenía cara de topo. Tenía unos ojillos *chuchurríos*, igual que su madre; unos ojillos comidos por la tracoma y que parecían dos puñaladas en un tomate; unos ojillos con los que, según decía el Paquirri, veía menos que un pescado por el culo, tan miopes eran.

Cada sábado, cuando venía del trabajo —al mediodía; hacía semana inglesa—, su

mujer, la Frasquita, le preparaba la muda, la camisa, la corbata, el traje marrón, para que se aviara. El Siete se lavaba bien, se peinaba con cuidado los cuatro pelos en guerrilla que le quedaban, le daba a su mujer la mitad de la semanada y, con la otra mitad, se iba por ahí de bureo.

El Siete veía poco, pero sólo por el olor presentía a una mujer aunque ésta pasara por la otra esquina; y únicamente por mediación del olfato sabía si la que cruzaba era guapa o fea. Cuando una *gachí* —así las llamaba él— pasaba por su lado, la venteaba, con el hocico estirado, percibiendo sus efluvios, con más cara de topo que nunca, y le decía:

—¡Adiós, tía guapa!

Para el Siete, todas las mujeres con carnes abundantes eran guapas. La gente decía que tenía los ojillos así, *chuchurríos*, de tanto ir con fulanas. ¡Adivina! ¡A lo mejor, sí!

La Frasquita, según decir de las vecinas, era una mártir. Ella siempre en casa con los críos, y el marido ya lo veis. A veces, con las criaturas y alguna mujer de la calle, que la inducía, se iba al cine o de paseo, pero esto ocurría poco. Un año, por la verbena de San Juan, el Siete se fue de farra, a ver si encontraba algún plan. A la Frasquita le dijeron las vecinas:

—Vente con nosotras a la Exposición. ¡Anda y no seas tonta!

La Frasquita agarró los críos y se fue con las vecinas a los Jardines, del Parque de Montjuich. Los Jardines estaban que crujían, que estallaban, que reventaban: de parejas, de fuegos artificiales, de fuentes luminosas, de borrachos, de gorros de papel. La Frasquita y las vecinas se sentaron en un banco. El Siete, que había encontrado rasca, se fue a sentar en este mismo banco —¡también es casualidad!— con su plan y su cuento. La Frasquita y las vecinas dijeron:

—¡Vaya pachorra, en las mismas narices!

En realidad no era pachorra; en realidad era que el Siete no las había reconocido: el olfato lo tenía demasiado ocupado, lo mismo que las manos.

—¡Vaya pachorra —dijeron las vecinas—, en tus mismas narices! —Y se liaron a tirarle del moño a la fulana, que no sabía a santo de qué venía aquello. El Siete, aunque atónito, atónito, al ver las cosas malparadas, se las *jopó* de allí.

El Siete se metió a taxista, pero como no veía mucho no ganaba para multas.

\*\*\*

El Marcelino era un personaje que si lo llegan a tropezar Dostoievski o Baroja, lo cazan, no se escapa, seguro. A estos dos fulanos —fulanos genios, claro— necesitaría para su retrato el Marcelino. Esto a la vista está, no puede ser. Buenas son las tortas a falta de pan. Adelante, pues.

El Marcelino sólo veía de un ojo, y aún, de éste, poco. Éste, el ojo que veía, era negro; el otro azul, diáfano, claro. Cuando el Marcelino te miraba, el ojo vidente te penetraba, queriendo escapar de la órbita, igual que si fuera un tentáculo o periscopio. Enarcaba las cejas para ello, y fruncía la frente, y el entrecejo, tanta fuerza y obsesión ponía en ello. El otro ojo, el azul y cristalino, entretanto, proseguía tranquilo e indiferente en su cuenca, cual si a él no le fuera ni le viniera nada. El Marcelino, además, ostentaba un peinado a la raya, un peinado infantil con mi remolino rebelde en la coronilla. La nariz la tenía puntiaguda, aguzada; era una de esas narices de las que te hacen imaginar, sin saber por qué, que en el invierno siempre llevarán la moquita colgando.

El Marcelino estaba casado —bueno, casado; juntado— con la Rosalía, una chica que había sido muy guapa, a pesar de tener los ojillos con la tracoma, y que aún lo era bastante (guapa, se entiende).

La Rosalía había estado casada con uno que no sabemos cómo le decían, uno que murió cuando la guerra, de fusilamiento; uno que unos días antes de casarse se la llevó, a la Rosalía, como es costumbre en las Casas Baratas. La Rosalía lloraba el día en que este uno se la llevó tirando del brazo. La Rosalía lloraba como si la mataran, mientras se dejaba arrastrar, y su madre, la Valenciana, gritaba:

—*¡Mala filia, mala filia...!*

A los pocos días la Rosalía y el uno se casaron como Dios manda, conque no sabemos a qué santo movieron tal jaleo e hicieron tal escena; claro que las costumbres son las costumbres.

Ahora, el Marcelino y la Rosalía también hubieran querido casarse como Dios manda, mas esto era imposible, pues la Rosalía no tenía papeles con que acreditar su viudedad, ni testigos que vieran caer a su marido, ni siquiera sabía bien en qué cárcel o lugar había sido éste fusilado.

A su marido le tocó luchar en zona roja, y no sabemos qué es lo que hizo, qué delito cometió, debió de cometer, pero el caso es que se lo cargaron los mismos rojos. Ahora, el Marcelino y la Rosalía no se podían casar, porque, como el mismo Marcelino le decía, tú ni eres viuda ni eres *ná*. La Rosalía había tenido dos chiquillos con el uno. Con el Marcelino, tres. Total, cinco. El no poderse casar les llevaba de cabeza, pues el día en que el Marcelino encontrase un trabajo fijo no podría cobrar puntos; y que las cosas bien hechas siempre están bien hechas, aducían además.

El Marcelino, en invierno, llevaba unos pantalones bombachos, unos zapatones, una camisa de franela y un tabardo; en verano no llevaba nada, lo que se dice nada. Sólo los calzoncillos. Así, de esta guisa, se paseaba por la calle Pinatell, arriba y abajo.

El Marcelino no era muy social ni muy hablador. Le gustaba la vida contemplativa. Comía en cuclillas sobre la cocina, lentamente, cachazudamente, con

la radio al lado, una radio de cinco lámparas estupenda, una radio que era lo único bueno de toda la casa, una radio con la que siempre estaba liado, haciendo girar los mandos, dándole a la onda corta y a la extracorta, buscando Radio Moscú.

El Marcelino y la Rosalía dormían en una cama que no tenía somier, sólo los cuatro palos y las barandas. Echaban la borra en el suelo y una manta encima. El somier lo habían empeñado. La cama, así, era una especie de marco o adorno. Faltaba uno de los largueros, que el Marcelino quemó un año para encender el brasero.

El Marcelino tenía un triciclo. Con él, en tanto encontraba un trabajo fijo, se dedicaba a vender ajos, al por mayor, así lo creía él. Iba al Borne y compraba un montón de ristras. Luego las vendía por las fondas y hoteles. Los ajos que se soltaban de las ristras y quedaban sueltos, los vendía la Rosalía en la plaza o mercado, a escondidas de los urbanos, a peseta el montoncito de dientes o ajos.

El Marcelino, a veces, en el triciclo, llevaba a la Rosalía, oronda y satisfecha, a la Plaza de España, y así ahorraba los cuartos del autobús.

Como no veía mucho, el Marcelino conducía despacio y con cuidado; aun así, en ocasiones atropellaba a alguien y se armaba la de Dios.

En las Casas Baratas o Grupo E. Aunós, a temporadas, a cortas temporadas, hacen, hacían clase de noche para adultos, para enseñarles a leer y a escribir, que buena falta les hacía. El Marcelino siempre iba, pues quería aprender de números, ya que si él supiera de números, decía, otro gallo le cantara.

Estas clases nocturnas unas veces las hacían los de las Conferencias, otras los de alguna Congregación, otras el mismo Ayuntamiento, según, hasta que se cansaban y lo dejaban estar, pues siempre empezaban siendo muchos alumnos y terminaban siendo tres o cuatro o ninguno. Las clases se daban en la misma escuela del Ayuntamiento, en la misma escuela que de día servía para los mismos hijos de aquellos analfabetos, en la Escuela de San Raimundo de Penyafort, que se llama; pero esto, el que se llame así, nadie lo sabe ni le interesa.

Uno de los maestros que pasó por una de estas breves y eufóricas temporadas de instrucción nocturna fue un señor o individuo alto, de cabello estirado, cara caballuna, llamado señor Solá, muy presumido él, y que se paseaba de un lado a otro de la clase, con los dedos pulgares en las sisas del chaleco, abombando su escaso y deficiente pecho. Trataba a los alumnos despectivamente, de cualquier manera. Cuando se dirigía al Marcelino le decía:

—A ver, ese tuerto, ¿cuáles son las vocales?

El Guinea, el hermano del Marcelino, decía:

—Señor maestro, tuerto por desgracia.

—De acuerdo, hombre, de acuerdo —condescendía el señor Solá—, pero que me diga las vocales.

El Marcelino se las decía.

El Guinea era muy vago; presumía de entendido y todo lo quería saber. También era muy entrometido. Cuando el Juan de Dios se cargó al hijo de la trapera, él no presencié la cosa, pero como andaba por allí cerca fue a la Comisaría y se ofreció como testigo. Él era un hombre que sacaba la cara por todo el mundo, conque más por su hermano.

—Tuerto por desgracia, ¿eh?, señor maestro.

—Está bien, hombre, está bien, por desgracia, sí, señor —contestaba cínicamente el señor Solá.

Sólo por oír al Guinea, el señor Solá preguntaba siempre al Marcelino:

—A ver, ese tuerto, que se levante.

El señor Solá, alguna vez, trajo a alguno de sus amigos de la ciudad para que observara esta pintoresca escena.

—Tuerto por desgracia, señor maestro...

El señor Solá le hacía una seña a su amigo, como diciendo: ¿Te das cuenta? Y el amigo se daba cuenta.

El Marcelino dejó de ir pronto a la escuela, no porque le molestara el que le llamaran tuerto —él no tenía complejos—, sino porque le molestaba el que siempre le preguntaran a él, que si no era lo que se dice el más burro de la clase, tampoco era el más sabio o espabilado, ¡caramba!

Finalizando: el Marcelino se juntaba mucho con el Perchas y el José, los dos sabios de la calle, pero él era el que hablaba menos. Sólo escuchaba. Precisamente el libro de Vargas Vila que leían el Perchas y el José era del Marcelino. Este libro se llamaba *Verbo de Admonición*. Era un libro de profecías y maldiciones políticas ya pasadas de moda, un libro un tanto apocalíptico y enrevesado, pero al Perchas, al José y al Marcelino les gustaba y lo ponderaban mucho. ¡El mundo es así y el que lo quiera cambiar está listo!

\*\*\*

El Gorra fue un tío que, cuando le hicieron el juicio —por lo militar, nada menos—, hizo reír a toda la concurrencia, los jueces entre ellos. Lo juzgaron con quince o veinte más, componentes todos de una banda de atracadores. Al que le salió menos fueron treinta años de cárcel. A la mayoría, el Gorra entre ellos, dos o tres penas de muerte, a pesar de que con una tenían bastante. Todo, fue porque hablan asaltado varios comercios, matado a la hija del dueño de uno de éstos, y a una vieja y a un niño en la fuga. ¡Casi nada! En el juicio —por lo militar, nada menos— se desarrolló una escena escalofriante. El comerciante, padre de la víctima, fue diciendo: éste me sujetó a mí; éste estaba en la puerta, vigilando; éste mató a mi hija, y así sucesivamente. Cuando el tribunal fue preguntando: fulano, ¿tiene algo que alegar en

su defensa?, nadie alegó nada, reconociendo todos su culpa. El único que reclamó o alegó algo fue uno de la calle 7, Uldecona ahora, que dijo que su madre era viuda y no tenía a nadie que la mantuviera, únicamente a él, y le salieron treinta años y un día, ni más ni menos. Sólo reclamó o alegó éste; éste y el Gorra, aunque al Gorra no le sirvió de nada. El Gorra fue y dijo: Yo sí que tengo que alegar: La bomba de mano que me encontraron en el bolsillo yo no sé quién me la había puesto allí.

A río revuelto, ganancia de pescadores. El avispa que se aligeró de la bomba en el bolsillo del Gorra debió de razonar así. Si no, no se explica.

\*\*\*

El Sangre era un tío que a las buenas era muy bueno, pero a las malas... Por eso le decían el Sangre, porque se cegaba. Era pequeñillo, de poca presencia, pero tenía más fuerza que Popeye. Se quitaba la camisa y la camiseta y enseñaba un tórax lleno de protuberancias, de pelotas de carne duras como piedras, de músculos de acero, que decía él.

\*\*\*

El Sarria tenía una boca que pegaba un mordisco a un cacho de cartón y lo dejaba hecho una visera. En un principio lo llamaban el Boca Sarria. Luego, andando el tiempo, abreviando, abreviando, se quedó en el Sarria.

\*\*\*

El Pelagatos era un elemento que los domingos jugaba al fútbol, pues pertenecía al equipo de la Iberiana. Este momento en que él jugaba al fútbol, era el único instante en que los payeses de las cercanías gozaban de cierta tranquilidad. Fuera de ese rato vivían con el alma en un hilo, pues siempre les estaba robando lo que podía.

El Carrasco, el director de la orquesta de la Bota, se puso un tricornio de guardia civil, y, con una escoba a modo de fusil, llamó a la puerta del Pelagatos. Cuando el Pelagatos miró por el ojo de la cerradura y vio el tricornio, salió al patio, se encaramó a lo alto del tejado, y todo el día estuvo corriendo por lo alto de las tejas como un desesperado, haciendo las tejas mixtos. Los vecinos, penando por sus tejas, le decían: ¡Bájate de ahí, que ha sido el Carrasco! Pero él no se lo quería creer.

\*\*\*

El Yiti...

\*\*\*

El...

\*\*\*

El...

\*\*\*

Etc.

\*\*\*

Etc.

\*\*\*

Etcétera.

## El hígado por la boca

El Paco el Trapero iba por la calle Ulldecona, antes calle 7, golpeando su gong. ¡Clong, clong, clong!

—¡El *trapaireeee*! ¡Compro trapos viejos, botellas, papeles, alpargatas! ¡El *trapaireeee*!

¡Clong, clong, clong! Metía un ruido de mil diablos.

El Paco el Trapero era un tío linfático. Sentado en el carro parecía que iba sentado en un trono. La barriga, en esta postura, se le hacía gorda como a un buda. Con una varilla de hierro golpeaba el gong. El gong también era de hierro y colgaba de un lado del carro. En la parte de atrás, en una esquina, llevaba un palitroque enhiesto del que pendían unas sucias y viejas corbatas que revoloteaban al viento. Estas corbatas eran como su escudo o su emblema, la bandera de la profesión.

El Paco el Trapero, por no sabemos cuántos kilos de papel, te daba un orinal. O bien una docena de platos. O una fuente de loza. Dependía de los kilos, de las avenencias y de las alzas y bajas de los precios. También daba dinero, si lo preferías. El kilo de papel, tres reales. Seis, el trapo. A real las botellas; las de champaña a peseta. A tres duros el kilo de cobre. A dos el de metal. Según. Pesaba la mercancía con una romana. Una romana que hacía trampa; a su favor, claro.

El Paco Trapero iba por la calle Ulldecona o 7. Era marzo y hacía sol, buen sol, desde luego. Las vecinas lo tomaban. Llevaban críos en los brazos y los masturbaban. Así les da gusto y se duermen, decían, Otras se despiojaban, entre ellas. Los piojos los mataban en la acera con la uña. ¡Chac! Las más hacendosas cosían. Pocas. Todas comadreaban.

A la derecha de la calle Ulldecona si se va para el Paseo del Puerto Franco, a la izquierda si se viene de él, están las barracas de los gitanos. Antes, en esa margen, había huertos, y se veían los campos y la vía del tren, y los trenes con su humo, como de juguete, recortándose en el horizonte. Ahora todo el mundo ha edificado ahí. Los gitanos, sus casuchas; otros, un bar; otros, unas viviendas modositas; otros, unos pisos nuevos; el Gallardo, su Siete de Bastos. En lo que fueron campos de un payés llamado Carmelo, hay un abollado campo de fútbol y el cuartel de la Guardia Civil.

Las casuchas o barracas de los gitanos están ya cerca del Paseo del Puerto Franco, frente por frente de las calles 18, 19 y 20 (Forets, Riudoms, Tragurá).

Estos gitanos tal vez fueron nómadas alguna vez. Ahora son sedentarios. Sus barracas son de piedra y de barro, blanqueadas, tan bajas, que dentro de ellas no se puede estar de pie; tan pequeñas, que duermen hacinados. Guisan al aire libre, y comen todos en la misma olla, en cuclillas, formando corro, ahora metes la cuchara tú y ahora la meto yo. Los churumbeles pululan desnudos y descalzos, barrigones y pringosos. Un burro está atado al tronco de una acacia; por pesebre tiene la tapa de un

baúl llena de hierba. Los gitanos viejos llevan grandes bigotes; los gitanos jóvenes, largas patillas y el pelo muy negro, muy reluciente, muy ondulado... Las gitanas llevan refajos y sayas, y van muy marranas.

El Francisco Candel dice, cuando algún amigo de Barcelona, de la ciudad, va por allí, o viene por aquí, según se mire, dice, señalando, cicerone y pedante, dice:

—Éstas son las Cuevas del Sacromonte, de Granada.

Yo no sé, nosotros no sabemos por qué el Francisco Candel dice esto, si él no ha estado nunca en Granada, ni sabe de qué va esto de las Cuevas del Sacromonte, y ni siquiera sabe seguro, seguro, si están en Granada. Habla por hablar. Por intuición. Si vale, vale; si no, también. Pavería y ganas de hacerse el interesante.

El Paco el Trapero, cascándole al gong, duro que te pego, ¡clong, clong!, voceando: ¡Compro trapos, botellas, alpargatas! ¡El *trapaireee!*, parecía un terremoto. La mañana estaba buena. La calle, llena de baches. ¡Clong, clong! ¡El *trapaireee...*!

Inesperadamente un gitanillo salió de la calle 20 corriendo. Venía de comprar. Su madre lo había mandado a casa del tío Miserias a por no sabemos cuánto de liviano. Llevaba el papelón, que goteaba sangre, abrazado, como si fuera un juguete; un papelón que hacía más bulto que él.

Salió comiendo, sin mirar ni a un lado ni a otro, pues su madre le había dicho: Niño, no te tardes; y, frente al carro del Paco el Trapero, cayó cuan largo era, que no era mucho, poco más que un comino. Al caer, el papelón se *esclafó* como un huevo, y allá fue el liviano por el suelo, embadurnándose de polvo, y el rostro del gitanillo sobre el liviano, cual si se lo quisiera comer, crudo y todo. La jaca del Paco el Trapero dio un respingo. El Paco el Trapero gritó: ¡Soooo! La jaca se encabritó. Las comadres se levantaron, arremolinándose, apiñándose, sacudiendo el sol de sus ropas. Otras vecinas salieron a las puertas de sus casas. Los chiquillos corrieron. Se alzó un coro de lamentos, un clamor de gritos.

—¡Lo ha matado, lo ha matado!

—¡Ha echado el hígado por la boca!

—¡Cuánta sangre, cuánta!

—¡Tiene la *asaúra* fuera!

El Paco el Trapero saltó del carro y echó a correr, enloquecido de pánico. Como era gordo no corría demasiado. Unos gitanos salieron detrás de él. Lo alcanzaron y empezaron a pegarle.

—¡Criminal! ¡Verdugo! ¡*Malage!*

El Paco el Trapero se llevaba las manos a la cabeza.

—¡Yo no he sido, yo no he sido! ¡Yo no tengo la culpa! —gimoteaba.

Unas gitanas rompían los platos y orinales del carro. La gitana madre se mesaba los cabellos.

—¡Todo su higadico por la boca! ¡Todo!

El churumbel había ido alzando del suelo, sacudiéndose el polvo poco a poco, limpiándose la sangre que el liviano le había dejado en la cara. La gitana madre lo abrazó.

—¡Ay, qué susto me has dado, ladrón!

Lo abrazó y luego empezó a darle cachetes. Unas mujeres avisaron a los gitanos que le estaban sacudiendo al trapero:

—No pegarle más, que no ha *sío ná*,...

Cuando el Paco el Trapero vio la destroza que le habían hecho en su carro se puso a gritar:

—Esto, ahora, ¿quién me lo paga?

Chillaba, cada vez más fuerte, porque veía que tenía razón.

—¿Quién me lo paga? ¡A ver!

Alguien le dijo:

—Si usted hubiera visto a su hijo con el hígado fuera, ¡qué!

Entonces el Paco el Trapero se fue calmando, apaciguando. Confesó, reconoció que sí, que si él hubiera visto a su hijo con el hígado por la boca, hubiese armado la de Dios. Eso.

## Los gitanos

Los gitanos son unos brutos. Los gitanos son unos bárbaros. Los gitanos son la caraba.

*Los gitanos son muy feos,  
pero tienen mucha gracia  
pa comerse los fideos.*

Sí, a los gitanos, parece que lo que les salva es eso de la gracia, eso de lo *salaos* y *resalaos* que son. Todo el mundo lo dice:

—¡*Miá* que son *salaos* los gitanos, tú!

A la izquierda de la calle 7, ahora calle Uldecona, a poco trecho del Paseo del Puerto Franco (tal como hemos dicho antes), están las barracas de los gitanos, unas barracas de piedra y barro en lugar de argamasa, todas pintadas de blanco (también lo acabamos de decir). Son gitanos sedentarios (dicho también). Hace años llegaron unos cuantos allí con un carro, sentaron sus reales y ya no se marcharon (esto no ha sido contado). Viven amontonados con sus perros, con sus burros, con sus caballos (tampoco contado ha sido). Forman como una especie de tribu (tampoco). El rey de la tribu es el Antonio (etcétera), uno que no es gitano, pero lo parece; uno que lleva un sombrero negro, un bigote enorme y una pelliza rusa. Está casado con la Iguagua, una hermana de la Pretensiosa, mujer del tío Negro. El tío Negro hace unos años, estaba durmiendo debajo de un puente con un nieto suyo y con el burro, cuando vino el río y se los llevó. Él se salvó de milagro, pero el nietecillo y el burro perecieron. Desde entonces está que no vale un real. Le dan unos tembleques por todas las manos y por todo el cuerpo que parece que esté bailando continuamente el garrotín. Además, la Pretensiosa, de vez en cuando, le casca.

Hay quien dice que el Antonio no es el rey de la tribu, que el rey es el Carromato, uno que no vive con ellos, uno que ha vivido siempre en la calle Conesa, antes calle 9, y que está casado con una que no es gitana. Por lo menos dicen que cuando hay una pelea entre ellos, sólo se calman o apaciguan cuando aparece el Carromato.

En esto de las peleas, los gitanos son de miedo. Los de las Casas Baratas procuran meterse lo menos posible con ellos, por mor de evitarse complicaciones, disgustos y alguna puñalada. Dicen que son cobardes, pero que son muy rencorosos, que no olvidan jamás, y, que tarde o temprano, te la hacen pagar.

El Nene, un gitano diminuto que tiene treinta años y parece que tenga quince, le pegó un navajazo a un chalán en el bar de La Pansa, en la Plaza de España, donde cada martes se reúnen para tratar de sus ventas, todo porque se burló de su estatura en serio, pues el Nene, cuando le sacan burla en plan de broma, no se enfada jamás, porque él, a las buenas, todo, pero a las malas, ni hablar. Es como la Iguagua, que a las buenas, a las buenas, le sacan hasta la cera de los oídos, pero si no, ¡bueno!

Son tan rencorosos que el año pasado, no, el otro, tampoco, el otro, nos parece, en el bar del Juan mataron unos gitanos a otros gitanos. Desde Murcia habían venido siguiéndolos, por no sabemos qué ofensa o agravio. Era un matrimonio, los gitanos que huían. Al hombre lo cosieron; a la mujer, de una certera cuchillada, le abrieron el vientre y le salió todo el mondongo fuera. Cuando se ciegan no piensan que luego intervendrá la justicia y que irán a la cárcel y todo eso.

Son cobardes, y siempre procuran pelearse en grupo, como los gallegos, y si te pegas con uno de ellos, estás listo, tendrás que pegarte después con toda la tribu, desde el más viejo hasta el último churumbel.

El único que se metió con ellos y salió ileso y bien, fue el padre del Enrique (q.e.p.d.), hace de esto unos diez años. El padre del Enrique se discutió con el Antonio, el rey de los gitanos, por una baza de más o de menos en una partida de naipes que estaban haciendo. Entonces, el Antonio se metió, de boca, con el padre del Enrique:

—Tu mujer es una tal y una cual; tu mujer aquí, tu mujer allá.

—A mi mujer no la mientas.

Y le, sopló una *yema* —¡flap!—, como dice el Paquirri, dejándole un ojo a la *viruta*. El Antonio se fue a buscar al tío Negro, que entonces estaba muy fuerte, y aún no tenía el tembleque ese que tiene ahora. El padre del Enrique, con el tío Negro, no tuvo ni para empezar; le arreó también. El Antonio y el tío Negro se retiraron en busca de refuerzos. Al padre del Enrique lo convencieron para que se fuera a su casa, para que no se quedara allí, donde lo vendrían a buscar y sería hombre muerto. La madre del Enrique y las mujeres de la calle, lloraban, pues sabían que con aquello se la había jugado. El padre del Enrique se sacó a las mujeres de encima.

—Dejadme. Si me quedo en casa me vendrán a buscar y me cazarán como a un conejo.

Cogió un cuchillo de los que tenía para cortar el pescado y se lo colocó atravesado en el cinto. Las mujeres intentaron detenerle.

—A la primera que intente sujetarme, le atizo.

Salió a la calle dispuesto a todo. Se encaminó al bar del Juan, donde le dijeron que se habían reunido todos los gitanos en conciliábulo, preparándose para venir a buscarlo. El padre del Enrique se presentó en el bar blandiendo aquel cuchillo que abultaba tanto como él. Había una expectación, por parte de todos, tremenda. Los gitanos, al verle, fueron ensanchándose, abriendo el corro. El padre del Enrique procuraba que nadie se le colocara detrás. Los provocó.

—Cuando queráis. A mí me vais a matar. Pero tres o cuatro me los llevo por delante.

El Carromato, que había acudido en seguida al enterarse del tumulto, dijo:

—Bueno, Enrique, no sé por qué te pones así.

El Antonio y el Negro dijeron:

—A fin de cuentas, has sido tú el primero que nos has pegado.

La Iguagua y la Pretensiosa empezaron a decirle:

—Enriquico, no seas así, ¡caramba! Y Enriquico por aquí, Enriquico por allá, lo fueron apaciguando, le palmearon la espalda, se hicieron muy amigos y estuvieron bebiendo hasta muy tarde para celebrar la reconciliación.

Los gitanos, menos de trabajar, viven de todo. Se dedican al chalaneo. Venden y compran burros, caballos, jacas; los remiendan y componen; a los burros les ponen alfileres en las largas orejas para que no se les caigan, es de suponer, tal como asegura Juan Ramón Jiménez. Las gitanas venden ropas, retales, y dicen la buenaventura. Y la mayoría se dedican a hacer de traperos. Algunos venden relojes, cortes de traje, estilográficas. Una minoría son limpiabotas.

Como que no son muy delicados para comer, la manutención resulta cosa fácil para ellos. Siempre se dan banquetes de carne, carne muerta, desde luego, pero ¿y qué? Un pollo ahogado en un río, lo cogen. Un lechoncillo, también. Los descuartizan y los ponen a secar. Luego los guisan. ¿Que los payeses tiran un cerdo porque ha muerto de una manera rara?, pues ellos lo aprovechan. ¿Qué una gallina se muere del moquillo y nadie la quiere porque da reparo?, pues ellos también dan buena cuenta de ella. Cuando el río Llobregat llegó hasta las Casas Baratas y a muchos payeses se les ahogaron cerdos y vacas, los gitanos celebraron unas orgías y comilonas que ni en las Bodas de Camacho. Cuando se quemó el corral de cabras del tío Perico, ellos dieron buena cuenta de las que no pudieron escapar y se achicharraron allí dentro. Incluso se ahorraron de guisarlas. En fin de cuentas, ¿no dicen que la porquería engorda?

El Paquirri y el Francisco Candel, una mañana en que iban a trabajar, vieran un saco solitario y abandonado en la parada del autobús. Estaba apoyado en el poste que señalaba el principio y fin de parada.

—Oye, Paco —dijo él Paquirri—, parece un hombre muerto.

Le dio una patada y el saco se derrumbó como un bolo. Lo abrieron. Había un cerdo. No tenía señal de herida por ninguna parte.

—Debe de haber muerto de enfermedad.

—¿Vamos a llevárselo a los gitanos?

—Vamos.

El saco pesaba como el hierro. Pero el Paquirri tenía mucha fuerza.

Llegaron a las barracas. Habla un burro blanco, seco y alto, con mataduras y sangre cuajada, atado a una raquílica acacia. Un churumbel sucio lo hostigaba porque sí, y una gitana le gritaba:

—¡Deja *er* burro quieto!

Dos gitanillas hacían saltar una rana. El Candel pensaba que probablemente

moriría en las manos de las chiquillas. El Candel seguía pensando que del dolor de los animales es culpable, la mayoría de veces, el hombre. El hombre que fue el único merecedor del castigo. La lógica se derrumbaba. Cuando el Candel se dedicaba a hilar, estaba perdido.

Los gitanos, a la vista del cerdo, empezaron a saltar alborozados. El churumbel dejó el burro tranquilo y se arrimó. Su madre también. Y lo mismo las gitanillas de la rana.

¿Cómo experimentarían el terror los animales?, seguía el Candel.

El Paquirri decía:

—Estaba abandonado en la parada del autobús. ¿Si lo queréis?

Yo he visto el dolor en los ojos de un perro abandonado y la desesperación en los de un gato acorralado; y los gorriones, cuando les roban sus hijos, pían angustiados. Al Candel, al Francisco Candel, claro, en según qué ocasiones, los pensamientos le sallan medio rimados.

Los gitanos ya lo creo que querían el cerdo. Se deshacían en alabanzas. Ahora mismo lo descuartizaban y lo guisaban.

En este dolor no corporal, que aún no es del cuerpo, filosofaba el Candel, que cuando quería era así de divagador, hay un atisbo de conciencia.

Los gitanos querían que el Paquirri y el Candel se quedaran a comer cerdo con ellos.

—No; que tenemos que ir a trabajar. Contao y con eso ya llegaremos tarde.

—¡Cucha!, os pagamos el jornal que perdáis y os quedáis aquí con nosotros.

Los gitanos no admiten desprecios. Se tuvieron que quedar.

Fumaron, bebieron y finalmente comieron. Mientras mordisqueaban un pedazo de magra, con bastante reparo, pensaban, el Paquirri y el Candel: Mira que si el cerdo tuviera la triquinosis; mira que si hubiera muerto del mal de pie.

—Oye, Paquirri, ¿qué es eso del mal de pie?

—No sé, pero si es un mal capaz de matar a un cerdo, imagínate a una persona. Es un mal que sale en las pezuñas.

—Sí, ya sé. Me parece que se llama glosopeda esa enfermedad. Pero no es contagiosa ni mata.

—¿Quieres decir que no?

—¡Vamos! Eso me parece a mí.

El Paquirri y el Candel intentaban pensar en que a lo mejor el cerdo era de alguien que lo había dejado un momento en la parada del autobús mientras, había ido a algún recado, a hacer una necesidad, tal vez, y que al volver se había llevado el gran chasco al ver que el cerdo había volado. Pero no presentaba señal de herida. A lo mejor lo habían matado de un mazazo; de conmoción cerebral.

El Paquirri y el Candel sólo mordisquearon unos pedazos. Los gitanos se *atiparon*

de lo lindo.

—Mira que si tuviera la glosopeda esa que tú dices.

—Mira que si agarramos la triquinosis...

Ante la posibilidad de agarrarla, al Paquirri se le revolviéron las tripas.

—¡*Ondima*. Paco, no digas eso!

## Sangre de virgen

Las cosas, por monstruosas que sean, son para explicarlas. Para comentarlas, a veces, también. Pero el comentario es la lógica o el corolario de la explicación. Y, en ocasiones, huelga. Conque vayamos por partes. Primero una; y luego, si llega, otra. ¡Adelante con los faroles, pues!

Que los hechos y sucesos ocurran en la época y lugar que les corresponde, no es para levantar a nadie de sus asientos; es lo razonable. Que la higuera dé higos en enero y la palmera se yerga en el Polo, ya es otra cosa; es lo antinatural. Que costumbres bárbaras y arcaicas estén en vigor hoy en día, es lo que no se comprende. Que ritos moros y musulmanes se celebren en nuestras ciudades, subleva. Que personas con tan poco coco y tantos prejuicios desfilen por nuestras narices, cabrea. Pero estamos con los comentarios y primero son las explicaciones. Además, que los gitanos, muy *salaos* y muy graciosos, pero lo que se dice personas-personas, adivina si lo son. Conque no sabemos por qué nos ponemos así.

Estamos en el siglo xx, seis años mediado ha; estamos en las Casas Baratas de Casa Antúnez, Grupo E. Aunós, distrito II, y, pese a quien le pese, en Barcelona, ciudad condal, noble y señora, de cortesía archivo —¡ejem!, aclaremos la voz—, y lo que se va a narrar, dejando a un lado estos grandilocuentes comentarios que deben ir detrás de las explicaciones si acaso debieran ir, ocurre en ella, en Barcelona, ciudad condal, noble y señora de cort... etcétera, etcétera, etcétera.

Damos fe de ellos, de estos hechos, porque los hemos visto; los hemos visto con estos ojos pecadores que han de ser comidos por la tierra, y con la mano en alto juramos y rejuramos decir la verdad, solamente la verdad y nada más que la verdad, que las novelas, aunque mentira parezca, también sirven para eso.

Estamos hablando de los gitanos —parece que ya se ha dicho, o, por lo menos, insinuado—, refiriéndonos a ellos de nuevo, y queremos traer a colación sus casamientos, la desfloración de sus vírgenes en sus casamientos, la desfloración cruenta y bárbara de sus vírgenes de cancionero flamenco.

Los gitanos, que bautizan a sus críos, que los acristianan, que los pasan por las aguas, como a los huevos, no se casan, en cambio, por la Iglesia, la mayoría, sino que se casan según ellos, según su rito, rompiendo un plato o una olla.

Tiran un plato o una olla, más una olla que un plato, al aire, y, ¡catacrac!, casamiento hecho.

[A la novia la dejan a solas con una vieja de la tribu a la que llaman la comadrona y ésta, con un pañuelo, le rasga el himen, ¡catacrac!, también. La operación es brusca, sin la lubricación o suavidad que pudiera poner el contacto amoroso del macho. La novia da un grito doloroso, angustioso, y la comadrona sale con el pañuelo ensangrentado a la calle y lo muestra a todos, a todos, a los de la tribu y al vecindario

y a la chiquillería que siempre se reúne en torno a estos acontecimientos.

—¡Es virgen, es virgen!

Todo el mundo grita alborozado.

—¡Es virgen, es virgen!

Se abrazan unos a otros, celebrando la nueva, la mar de contentos, y cuando sale la novia, blanca, sudorosa, angustiada, medio desmayada, la suben a hombros, la coronan de flores, cantan y le arrojan peladillas y caramelos a tutiplén, sin parar, como si en aquella fecha hubieran asaltado todas las confiterías de Barcelona y las hubieran dejado peladas. La chiquillería se revuelca por el polvo, a la caza del confite, y la goza en grande.

(Si la novia no hubiera sido virgen o lo que es lo mismo, si el pañuelo no se hubiese teñido de sangre, no hubiera habido boda. La hubieran devuelto a sus padres y en paz. Pero estos casos no los hemos presenciado nunca. Ser gitana y ser honrada parece que es una misma cosa.)

En las Casas Baratas, los críos, la mayoría, a los cinco años, ya fornican. Otros están hartos de ver a sus padres en la cama, haciendo la cosa, pues duermen con ellos, en la misma habitación, en esta misma cama. (La casa es pequeña; los hijos, muchos; el mundo, así.) Juegan, los críos, a padres y a madres, con una naturalidad que espanta; y unas chiquillas son comadronas y otras la madre encinta, con una almohada o trapos debajo del vestido, para simularlo. Que los niños viene de París saben que es un cuento como una casa. La cigüeña, un pájaro que desconocen. Un hombre y una mujer sólo se juntan para pasarlo bien. Etc.

Pero de algunas cosas aún no están en el intríngulis. Cuando ven la sangre de la virgen gitana en el pañuelo, preguntan:

—Eso, ¿qué es?

La madre se sale por la tangente.

—Pues eso, que es virgen.

—¿Y qué es ser virgen?

La madre tiene una idea luminosa.

—Pues que no había hecho nunca cosas feas.

La niña, que —a su manera, claro— aún es ingenua, suelta:

—¡Anda! Yo no podré ser nunca virgen.

La madre le pega una bofetada.

—¡Deslenguada! ¡Ya te *endongaré* yo! ¡Ya se lo diré a tu padre a la noche cuando venga!

Y aquella noche, luego de la paliza del padre —a los hijos hay que saber educarlos, ¡caray!—, volverán a refocilarse ante los ojos atónitos de la niña que sólo tiene siete años y ya hace muchos que dejó de ser inmaculada.

Para los gitanos, que muchas cosas no tienen importancia —el robo y la puñalada

entre ellas—, otras son sagradas y equivalen a una deshonra: un beso, una mirada, un furtivo contacto.<sup>[4]</sup>]

La Pirula era una gitana de veintisiete años, amarilla, flaca, garrilarga, encelada. No tenía novio ni le salía. Pero ganas no le faltaban.

El Cuclillas era un gitanillo de quince años que bailaba muy bien el zapateado y que hablaba, sin que nadie lo supiera, con una chiquilla de trece años de la calle 21 bis, una calle nueva que está paralela a la calle Sovelles, ante 21 a secas; una chiquilla que no era gitana, que era paya, y con la que soñaba casarse algún día, no por medio de la olla o del plato, sino como los cristianos, y marcharse lejos con ella. El Cuclillas, además, tenía los ojos azules; algunos decían, bueno, dejemos estar lo que decían.

El Cuclillas, cada día, con la hoz, con la *corbella* que decimos en Cataluña, iba a coger hierba por los ribazos. La Pirula, muchas veces, lo acompañaba. Llevaban un saco enorme cada uno y procuraban llenarlo. Se arrodillaban en algún terraplén, sobre la grama, y, ¡ris, ras!, ¡ris, ras!, degollaban la hierba jugosa y fresca, y las enredaderas con campanillas, y esas plantas que muchos llaman cerrajones y que debe de ser la hierba cana.

—*Cudiao* no te cortes los dátiles con la *corbella*, Cuclillas, *cudiao*.

—*Cudiao* no te los cortes tú. Pirula, *cudiao*. ¡Ja, ja!

El Cuclillas siempre reía. La Pirula lo miraba amorosa, arrobada.

¡Ris, ras!, ¡ris, ras!, las *corbellas* cantaban.

—¡*Cudiao* que la hierba es verde, *cudiao*! ¿Por qué será verde, Pirula?

—¡Y yo qué sé, niño, y yo qué sé!

Pasaban las nubes, como borregos de lana, como curas con roquete.

—¡*Cudiao* que las nubes son blancas, *cudiao*! ¿Por qué serán las nubes blancas, Pirula?

—¡Y yo qué sé, niño, y yo qué sé!

Pasaba el tren, largo y cadencioso.

—¡*Cudiao* que es largo ese tren, *cudiao*! ¿Adónde irá ese tren, Pirula, adónde irá?

—¡Y yo qué sé, niño, y yo qué sé!

La Pirula lo miraba embelesada. El Cuclillas reía; el Cuclillas siempre reía.

—¡*Cudiao* que es largo, *cudiao*!

El Cuclillas acabó de llenar los sacos con alfalfa de un bancal vecino.

—*Cudiao* no te agarre el guri, Cuclillas, *cudiao*.

Ya los sacos llenos, las *corbellas* u hoces descansaban. Una abubilla, una *puput*, que se dice por aquí, se posó sobre los rieles del tren. ¡Pu-put! ¡Pu-put!

—Mira, una *puput*, Pirula.

El Cuclillas le tiró una piedra. No le dio.

—Oye, Pirula, ¿es verdad que las *puputs* hacen los nidos de mierda?

—¡Y yo qué sé, niño, y yo qué sé!

—¡Tú no *diquelas ná*, Pirula, lo que se dice *ná*!

La Pirula lo miraba amorosa.

—¿Es verdad que por eso *jieden* tan mal?

—¡Y yo qué sé, niño, y yo qué sé!

La Pirula lo miraba arrobada.

—Oye, Cuclillas.

—Qué.

—Dame un beso, anda, ¿quieres?

—¿De hermano?

—Si.

El Cuclillas le dio un beso en la mejilla. La Pirula salió gritando:

—¡Me ha besado! ¡Me ha besado!

Los casaron. Igual que si el Cuclillas hubiera intentado forzarla, deshonrarla. ¡Dios sabe qué! Los casaron rompiendo la olla. Con el rito del pañuelo.

—¡Es virgen! ¡Es virgen!

Con la lluvia de peladillas.

—¡Es virgen! ¡Es virgen!

—Mamá, ¿y eso qué es?

¡Flap!, bofetada.

—¡La deslenguada ésta! ¡Habrás visto!

—¡Es virgen! ¡Es virgen!

Los chiquillos por el suelo, pescando caramelos y algún pisotón en los dedos.

—¡Es virgen! ¡Es virgen!

La Pirula, más blanca, más amarilla que nunca, no estaba angustiada; sonreía, era feliz.

—¡Es virgen! ¡Es virgen!

La Pirula, a raíz del casamiento, se puso muy bien, se puso muy maja, se le mejoró la color, que antes la tenía quebrada.

—¡Es virgen! ¡Es virgen!

El Cuclillas, no. El Cuclillas que era tan risueño —¡ja, ja!—, ya no volvió a reír. Siempre andaba taciturno, amarillo y estropeado.

—¡Es virgen! ¡Es virgen!

Debía de pensar en la chiquilla de los trece años, con la cual hablaba sin que nadie lo supiera, con la que andando el tiempo se hubiera casado sin romper ningún plato ni ninguna olla, sin que nadie hubiera mirado si era virgen o no, y que lo hubiera sido sólo para él; con la chiquilla que no era gitana, que era paya, como dicen

ellos; con la chiquilla que vivía en la calle 21 bis, junto a la calle Sovelles, antes 21 a secas.

—¡Es virgen! ¡Es virgen!

¡Ay, Señor!

## El padre del Enrique (q.e.p.d.) y El Tónico

El padre del Enrique (q.e.p.d.) los tenía como un toro. Por lo menos, cuando la riña de los gitanos, lo había demostrado. Y en otras ocasiones, también.

El padre del Enrique era pescatero. Pescatero parece ser que es una degeneración de la palabra castellana pescadero y de la catalana *peixater*; un término medio, podríamos decir. Pero esto no lo sabemos bien. Que el lenguaje es una cosa viva y etcétera, es algo que ya lo hemos dicho, sin que a mano viniera, por lo menos, con ésta, tres veces. Esto sí que lo sabemos bien.

El padre del Enrique era pescatero. Tenía un carro y una jaca. Cada mañana iba a la subasta del pescado, cargaba, y a vender se ha dicho. Recorría todas las calles de las Casas Baratas.

—¡Jurel, jurel! ¡*Barat, barat!* ¡Auuuuu, que *bellugaaaaa!*

Mucha gente compraba al fiado, al *fiao*. A éstos los apuntaba en una libretica. Luego, el domingo, su mujer, la Josefa, la madre del Enrique, iba de casa en casa, de puerta en puerta, con la libretica en la mano.

—Tanto me debes; me debes tanto.

Pagaban, al otro día volvían a empeñarse, al otro domingo volvían a pagar, volvían a empeñarse, volvían a pagar. Esto sí que era el verdadero cuento de nunca acabar, y no el otro, el que te cuentan. Algunas decían:

—Este domingo no me va bien. Ya te pagaré el que viene.

—¿Que no te va bien, y cobraste ayer sábado?

—Bueno, chica; cada una se sabe sus cosas.

La Josefa exigía y, por lo general, tanto si le pagaban como si no le pagaban, perdía el cliente, por exigir. Claro que para tener clientes así... El padre del Enrique corría todas las Casas Baratas con su jaca, su carro, sus cajas de pescado, su libretica y sus balanzas, que eran dos platos atados con cordeles. A veces llegaba hasta Port. A Cantunis nunca iba. En Cantunis había otro pescatero: el Tónico. Cantunis, Casa Antúnez, era otra zona comercial, algo así como otras aguas jurisdiccionales.

El Tónico también tenía un carro y una jaca, y una libretica y unas balanzas. También iba cada mañana a la subasta del pescado. Luego ya se sabía: por esas calles de Dios a gritar hasta perder la voz.

—¡Boga, boga! ¡Jurel, jurel! ¡*Barat, barat!* ¡Auuuuu, que *bellugaaaaa!*

Al Tónico, eso de las zonas comerciales o aguas jurisdiccionales, le tenía sin cuidado, se las pasaba por allí. Él iba por las Casas Baratas, por el Port, por donde le daba la gana. El Tónico era cuadrado, fornido, con los brazos arremangados: el típico matón de barrio.

En las Casas Baratas y en el Port habían dos o tres pescateros más. Aunque se invadían el campo comercial unos a otros, nadie decía nada. Eso de: el negocio es el

negocio, ellos también lo sabían. Con quien estaban indignados era con el Tónico, que no les dejaba poner los pies en Cantunis, teniendo acaparada toda la parroquia de aquel barrio, y, encima, venía a los barrios de ellos, como si tal cosa, a hacerles la competencia. El padre del Enrique dijo un día que aquello lo arreglaba él.

—Esto lo arreglo yo. ¡Veréis!

Cogió su carro, su jaca, que era blanca —esto de que era blanca no lo habíamos dicho; los pequeños detalles o pinceladas, en literatura, de vez en cuando, conviene no olvidarlos—, cogió su libretica y sus balanzas, y arreando, que es gerundio, para Cantunis.

Por las calles de Cantunis chillaba más fuerte que por las de las Casas Baratas, para que el Tónico se enterara.

—¡Aaaaauuuuuuuuuuu, que *belluuugaaaaaaa*...!

Eso del ¡au, que *belluga*!, el padre del Enrique no sabía muy bien lo que quería decir; pero como todos los pescateros lo gritaban... En su tierra, en Cartagena, gritaban de otra manera:

—¡Pescaílla, pescaílla! ¡Fresca y vivaaa!

Acomodarse a las costumbres de los lugares en que a veces uno va a parar llevado por esos misteriosos designios de Dios y por esos diversos sesgos o derroteros que en la vida las circunstancias obligan a tomar, aparte de que es señal de cortesía y educación —el acomodarse, claro—, es también signo de saber vivir y de apercebirse para prosperar. Esto, el padre del Enrique puede que lo supiera sin el complicado artilugio de estas filosofadas y laberintos; puede que lo supiera por intuición, que es algo así como por las buenas. Más, a lo que íbamos.

El padre del Enrique no sólo voceó por las calles de Cantunis, sino que tuvo la cachaza de ponerse a vender pescado en la puerta del Tónico, o sea, en las mismas narices.

El Tónico salió como una tromba, pero el padre del Enrique le *endiñó* un *cate* que, tal como salió, entró; de rebote, como una pelota. El Tónico era fornido, pero el padre del Enrique tenía unos puños que eran como mallos de herrero.

La Comisaría estaba allí cerca, y, ante el barullo que se formó, la policía llegó en seguida. Se los llevaron inmediatamente, les tomaron los nombres y declaración y cada uno para su casa, como si allí no hubiera pasado nada.

El día del juicio les pusieron veinte duros de multa a cada uno. El Tónico estaba en un apuro, pues no sabía que las cosas iban a terminar así, pagando los dos, y no llevaba dinero encima. El padre del Enrique le dijo:

—Si quieres, te los puedo dejar.

—Hombre, Enrique, si me haces ese favor...

El padre del Enrique se los dejó.

—Mañana mismo te los devuelvo.

—Nada, hombre; cuando tú quieras.

El Tónico acabó portándose muy bien con el padre del Enrique y queriéndolo como a un hermano. Cuando el padre del Enrique estaba en las últimas fue cada día a verlo. Cuando murió, lo que no hicieron los otros pescateros lo hizo él. Cogió al hijo menor del padre del Enrique, que fue quien se puso al frente del negocio, y lo enseñó a ir a la subasta, y a saber comprar y a elegir, y a todo.

Aún ahora, cuando ve al Enrique y al Mario, a los dos hijos del Enrique, se le saltan las lágrimas y dice:

—Vuestro padre sí que era un hombre; con él se podía ir a todos los sitios.

## El gitano Canastero, la deshonra los testigos fidedignos

Al empezar el despacho parroquial habían venido una retahíla de gitanos a bautizar a un churumbel. Era martes, y los martes los bautizos eran gratis. Los gitanos, esto, lo sabían. Habían tomado los nombres, las señas.

—¿Dónde nació?

—Debajo de un puente, padre.

—¡Tenéis cada cosa! ¿De qué puente? ¿Del de Marina?

—No. Un puente de un pueblo. Mataró, me parece. ¿No fue Mataró, tú?

El preguntado dice que no.

—Fue en Martorel, padre.

—A ver si nos aclaramos. Están un rato discutiendo entre todos y al final se aclaran: fue en Papiol.

El cura está escamado.

—¿Es la primera vez que lo bautizáis?

—¡Cucha, qué cosas tiene usted, padre! ¡Claro que es la primera vez que lo bautizamos!

—Bueno, yo ya sé por qué lo pregunto. Mosén Jorge Lloveras sabe por qué lo pregunta, Mosén Jorge Lloveras Espriu sabe que los gitanos nacen aquí, es un decir, y mañana se van allá, también es otro decir. Los gitanos son trashumantes errantes; el diccionario lo dice. (A lo menos estos gitanos, sí, pues no son de los que están afincados en las Casas Baratas. El cura no los conoce.) Como nacen en ese hipotético aquí, pues los bautizan aquí, claro. Cuando llegan allá, si necesitan, por H o por B, una partida de bautismo, los vuelven a bautizar allá. Esto es más cómodo que tener que pedir la partida al lugar donde fueron bautizados por primera vez y que ya no se acuerdan dónde es. Siguiendo este método hay gitano que lo bautizan tres y cuatro veces. Ya sabe por qué lo pregunta mosén Jorge Lloveras Espriu. Además, el churumbel tiene dos años.

—¿Seguro que es la primera vez?

—¡Qué *desconfiao* que es usted, padre!

—¡Bueno, bueno! Allá vosotros.

Pasan a la iglesia. El cura va a la sacristía a buscar el roquete y la estola, y un cirio. Los gitanos se sientan en el suelo, lo golpean con las manos, y algunos bailan. Parecen una tribu de cafres. Cuando el padre vuelve de la sacristía se levantan y hacen el serio.

—A ver si *us* estáis quietos —dice uno que se las da de más formal que los otros. Y hace un guiño al padre. Al padre, mosén Lloveras de nombre, le hacen mucha gracia los gitanos. Y eso que como puedan te quitan la cartera.

Una gitana lleva un churumbel a horcajadas en una de las caderas, igual que si

llevara una cántara de agua. Lleva el escote abierto por completo, y se le ve la canal de los senos, una canal trágica, de mujer que ha parido demasiado. La gitana habla y gesticula, mueve los brazos. El churumbel, agarrado como un mono, no se inmuta. De vez en cuando mete la mano en el escote y saca una teta larga y seca como un calcetín lleno de arena, uno de esos calcetines que dicen que si te dan con él, te matan, pero que no te hacen daño; una teta que se la lleva a la boca tirando hacia arriba. Da dos o tres chupadas y la vuelve a dejar. La teta queda colgando. La gitana ni se ha dado cuenta.

—A ver, los padrinos —dice el mosén.

La padrina no ha venido. Una gitana joven y sucia, con una cara de pícara que no puede con ella, la representa.

—Pero aunque ésta hace de padrina, la padrina es la otra, ¿verdad, padre? Los nombres son los de la otra, ¿verdad, padre? Porque yo quisiera que conste la otra como padrina, ¿eh, padre?

—Sí, hombre, sí —dice el cura.

El que ha hablado parece el jefe de la *colla* o cuadrilla. Es un gitano viejo, mellado, con un bigote como un cepillo.

Terminado el bautizo los gitanos se van. Se van armando gran alboroto. Cantan y se jalean entre ellos. De debajo de las chaquetas han sacado botellas de aguardiente y beben sin parar.

Al cabo de un rato vuelve al despacho el gitano capitán de la *colla*, el viejo mellado.

—*Cuche*, padre. A mitad de camino nos hemos encontrao con la padrina, que venía para el bautizo.

—¿Sí? ¡Mira qué bien!

—*Cuche*, padre, lo que ocurre es que ella no ha visto el bautizo.

—Claro, como que no estaba. Pero es lo mismo. La otra sólo la ha representado; la padrina es ella.

El gitano no hace más que darle vueltas a la boina, una boina mugrienta que, por respeto, lleva en las manos. Está nervioso. El gitano se conoce que quiere decir algo.

—*Cuche*, padre.

—Qué.

—Pues, pues, pues que la padrina dice que le hubiera gustado ver el bautizo.

—Lo siento, hijo, pero yo no sé qué decirte. El bautizo está ya hecho.

—Sí, pero a ella le hubiera gustado verlo, ser la padrina como es debido, ver cómo lo acristianaban, cómo le echaban las aguas...

—Sí, sí, todo lo que quieras. Mas ya lo ves. Yo no tengo la culpa.

—Claro, claro.

El gitano no se va. El gitano piensa que los curas lo pueden todo; que, si quieren,

todo lo pueden arreglar. Le da vueltas a la boina, el gitano. Al final, tímidamente, pregunta:

—Padre, ¿por qué no lo bautizamos otra vez?

El padre se lo mira sorprendido.

—Pero, hombre de Dios...

El gitano no le deja continuar.

—Es que si no consigue ver el bautizo le va a dar algo, padre; ya lo verá.

—¿Que le va a dar algo? Pero ¿por qué?

—Es que está en estado, padre, y usted ya sabe lo que son estas cosas.

—No, yo no sé lo que son estas cosas.

—Bueno, quiero decir, pues eso: que le va a dar algo. Un soponcio, o puede malparir, o la criatura nacer con un deseo.

—Pero es que esto ya no tiene arreglo —categoriza el cura.

—Sí, sí que lo tiene. Bautizarlo de nuevo. A usted no le cuesta *ná*.

—Pero esto no puede ser.

—Sí que puede ser, padre. Si usted quiere, sí que puede ser, padre. Mire que, si no, le va a dar algo. Yo la conozco muy bien y sé que le va a dar algo. Se va a morir del disgusto. Y no es solamente por ella, padre; es por la criaturica que lleva dentro. Ya ve usted, padre, ese angelito, ¿qué culpa tiene? Hágalo por el que tiene que venir.

El cura sabe que el gitano no se va a marchar, que se va a estar toda la tarde, toda la noche suplicando, dando murga. Se levanta y dice.

—Va, traed al crío. Haremos como que lo bautizamos de nuevo. El gitano le besa las manos.

—Gracias, padre. Es usted muy bueno. Mándeme lo que quiera.

Vuelven a la iglesia y el cura, al churumbel, se limita a echarle unas gotas de agua mojando la mano en la pila del agua bendita. Un simulacro nada más.

—Hala, ya está.

Todos están muy contentos. La madrina llora. Los demás vuelven a beber de las botellas de aguardiente, a darle lametazos.

El gitano capitán de la *colla*, vuelve a estar en el despacho, con la boina en la mano, en señal de respeto. Parece que ya dijimos que está mellado y que lleva un bigote como un cepillo.

—*Cuche*, padre, quiero hablar con usted un momento.

—¿Qué ocurre?, ¿qué pasa ahora?

—Nada, que le estoy muy agradecido y yo...

—Bueno, hombre, no te preocupes.

—Es que yo, yo quisiera... *Cuche*, padre, ¿es usted casado?

—Pero, hombre, qué barbaridades dices. ¿No sabes tú que los curas no se casan?

—¡Qué lástima, padre! Yo que le hubiera regalado una canastilla a su mujer. Una

canastilla de varillas de caña muy maja. Una canastilla hecha por mí, para que tuviera un recuerdo mío, porque yo le estoy muy agradecido. Una canastilla para que metiera los hilos de coser y las agujas.

—Pues lo siento, pero no estoy casado.

El gitano está compungido de verdad, está desmoralizado. No sabe cómo demostrarle al cura que lo quiere, que le está agradecido. Se mete la mano en la americana y saca una pluma estilográfica.

—Tenga, padre.

El padre no la quiere coger. Seguro que es robada. Pero aunque no lo fuera.

El gitano está más compungido todavía, si puede ser. Entonces saca un puro.

—Tenga, *pa* que se lo fume. Los curas fuman, ¿verdad?

—Sí, pero es igual. Gracias de todos modos.

El gitano ya no sabe qué hacer. Está desolado.

—Usted no quiere a los gitanos, padre, y los gitanos somos buena gente.

—Ya lo sé que sois buenos, ¿y quién ha dicho que no os quiero?

—Como que no coge el puro...

—Bueno, trae. Me lo fumaré a tu salud.

El gitano está que no cabe en sí de gozo. Sonríe, con la amplia boca sin dientes. Hace reverencias. Camina de espaldas. Choca con el cristal de la puerta y casi lo rompe. Se pone la boina.

—Adiós, padre, adiós.

\*\*\*

Aquella tarde, por esos misterios y raros designios de Dios, estaban en suerte — como las buenas rachas en la ruleta— los gitanos.

A poco de marcharse los gitanos del bautizo, había llegado una gitana, una gitana ya de edad. Era de las Casas Baratas, de las barracas que hay en lindes, tocando a la calle 7, calle Uldecona.

Venía a buscar una partida de bautismo para un hijo suyo que tenía veintitrés años.

—Mire que eso —había dicho el cura joven, mosén Lloveras— debe de estar en el Obispado. Aquí se quemaron todos los papeles cuando la guerra.

—No, no —dijo la gitana—. Que mi hijo está bautizado aquí, luego de la guerra. Mi hijo ya tenía ocho años cuando lo pasamos por las aguas.

—Bueno, si es así, sí. —Y le dijo al digámosle secretario—: Toma nota y que venga a buscarla mañana.

La gitana se volvió zalamera, para el cura, muy zalamera; las gitanas, cuando quieren, saben ser hasta demasiado zalameras.

—¡*Cuche*, monseñor! —En esto de los tratamientos, los gitanos no se quedan ni cortos ni perezosos. Es lo que ellos dicen: Si otra cosa no, educación sí—. ¡*Cuche*, monseñor! ¿Y no me la puede dar para hoy? Ande, que usted es muy bueno.

Al cura no le hacen mella las tretas de la gitana. Está ya demasiado acostumbrado. Es gato viejo; en cierto modo, claro.

—No. Aquí las partidas se dan de un día para otro.

—Ande, *bonico*, no sea usted así.

—Nada, nada, ni hablar.

La gitana está preocupada.

—Pero es que yo para mañana por la tarde ya no la necesito. Yo la necesito para mañana por la mañana.

El Cura interroga:

—A ver, veamos. ¿Para qué necesita usted la partida?

—Es que mi hijo la tiene que presentar mañana precisamente en el sitio que va ir a trabajar.

El cura está maravillado.

—¿Cómo dice?

—Pues eso, que a mi hijo se la piden para entrar a trabajar.

—Vaya, ésta sí que es buena. Es la primera vez que oigo esto de que un gitano va a ir a trabajar.

El cura se ríe. La gitana, también. El digámosle secretario, ídem.

—Pues como lo oye, padre: *pa* trabajar. No se ría, que bastante pena tenemos *toos*.

La gitana se explica:

—Nosotros no queríamos. Y basta ha habido sus más y sus menos con la tribu. Pero mi hijo, que es *mu* formal, lo dijo. Dijo: Lo siento, pero tal como se está poniendo la vida, no me queda más remedio que deshonorar a la familia y buscarme donde trabajar. Nosotros no queremos, no estamos *mu* de acuerdo todavía, no nos hace gracia semejante afrenta. —Suspira—. Pero el tesoro de mis entrañas tiene razón. La vida está *mu* cara, padre, y cada día está peor. A este paso todos los gitanos vamos a tener que ponernos a trabajar.

El cura dice que sí, que sí, que la vida está muy cara, cada día peor, y le dice al digámosle secretario que bueno, que le busque la partida en seguida, que la haga y que se la dé, que qué se la va a hacer, que estas cosas a fin de cuentas, no se ven cada día.

Se la hacen, se la dan, y la gitana se marcha haciendo reverencias.

\*\*\*

Había sido divertido el despacho aquella tarde, distraído. Descansado también; otros días, no; otros días era agotador. Incluso había podido adelantar el rezo, e irse a la cama antes. Pero, acostumbrado a *sonochar*, se hallaba desvelado. Aquella gente eran la monda. Él los apreciaba, aunque a veces había para pegarles. Tanta incultura, tanta ignorancia, tanta indiferencia ante esta su propia incultura e ignorancia, sublevaba, ponía frito. Cuando en ocasiones tocaba estos temas, los discutían, el Candel, el Paco, decía que eran unos mierdas. Mosén Lloveras, mentalmente, si no siempre, muchas veces, decía palabras no muy finas y soltaba alguno que otro taco. Desde que estaba en aquella parroquia comprendía muy bien a los curas castrenses. Las cosas, al final, se pegan.

Cuando contara a sus conocidos de Barcelona lo del bautizo del gitano, y la canastilla que le querían regalar para su mujer, y la deshonra del otro porque tenía que empezar a trabajar, se iban a reír. Incluso lo iban a envidia a él, que estaba mezclado con estos tipos y veía, presenciaba estas escenas tan pintorescas. El pintoresquismo es pernicioso; él lo abominaba; el pintoresquismo todo lo disculpa, todo lo disimula, y hasta lo engrandece... El pintoresquismo es una superficie, una cáscara, en la que todos se detienen, y ahí estaba lo malo. El pintoresquismo es la madre de las instituciones benéficas, de las damas de las Conferencias, de las señoritas catequistas, Mosén Lloveras hilaba muy sutil. Pero es que aquello no era hacer caridad, ¡leche! Dar la ropa vieja, dar lo que no te dolía, hacer de aquello una diversión, necesitar que hubieran miserables para así pasarlo mejor, era algo que él no acababa de digerir. Era joven y aún no tenía la conciencia rodada, limada, pulida por las aguas: acomodada. Aún no dormía y le cantaba en el pecho. ¡Bueno! El padre Lloveras, a veces, casi siempre, era un exaltado. ¡Mejor!

La conciencia es algo muy elástico. Quien dijo esto sabía lo que se pescaba. Los Mandamientos son diez y fáciles de guardar. Sabes a qué atenerte. Con decir no, asunto arreglado. Pero a veces...

Aquella tarde había llegado la mujer del Juan de Dios.

—Padre, quiero hablar con usted.

—Dígame, dígame.

La mujer había mirado a un lado y a otro, sin atreverse a hablar. En el despacho había otras personas, las que estaba atendiendo el digámosle secretario. Mosén Lloveras había comprendido.

—Venga.

Habían pasado a la sala de al lado, una sala con un ping-pong. La mujer le había dicho:

—Pronto le hacen el juicio a mi marido. El abogado me ha pedido un papel de buena conducta hecho por usted.

—¿Hecho por mí?

—Sí. El señor alcalde ya me ha hecho uno; ahora me hace falta el de usted.

—¡Pero si yo no conozco a su marido! Sólo sé que está acusado de asesinato.

—Mi marido es honrado. Mi marido no ha matado a nadie. Él no hizo otra cosa que defenderse.

—Bueno, bueno; pero yo no puedo hacérselo.

—¡Oh!, señor San Jorge —gimió la mujer—. Usted busca la perdición de mi casa.

Aquello le había hecho pensar. Él no tenía derecho a ser la perdición de una casa. Tampoco podía abogar por un criminal. El alcalde había sido menos remilgado que él. Lo había hecho. Tal vez lo había hecho por sacarse aquella pedigüña de encima. Comodidad seguramente. Malas lenguas decían que la hija del Juan de Dios y el alcalde, ¿eh? Sea como fuere, había cumplido, lo había hecho, no estaba indeciso como en aquellos momentos él.

—Oiga, ¿por qué no le dice al señor rector que se lo haga?

—No me lo querrá hacer.

—¿Y eso?

—Dirá que no me conoce. Él lleva poco tiempo en la Parroquia. No es como usted o el cura gordo, el que se fue, con tantos años aquí. Me dirá que traiga dos testigos que me conozcan a mí, y que si esto y que si lo otro, y aún no me lo hará.

El cura había tenido una idea luminosa.

—Traiga dos testigos que conozcan a su marido y yo le extenderé el certificado.

—En seguida se los traigo —había dicho la mujer. Y había salido a buscarlos.

—Dos testigos que no sean parientes, ¿eh? —había remachado el cura.

—Sí, sí. Dos testigos que no sean parientes —había contestado la mujer.

No podía decir que un criminal era una buena persona, ni que aquel criminal había observado una conducta intachable, allí en su demarcación parroquial. Esto era faltar a la verdad. Tampoco podía consentir que por su culpa aquel criminal, un hombre al fin y al cabo, purgase más de lo necesario. Él no era justicia inexorable. Él era, procuraba serlo, amor y perdón. ¡Bueno, ya se estaba engolando, pensó; como las damas de las Conferencias! Se mordió la lengua. A la mujer no le había dado una gran solución. Dos testigos que conocieran al Juan de Dios y que dijeran que era buena persona, no los iba a encontrar. Esto era imposible.

Pero no lo fue. La mujer llegó poco rato después con los dos testigos. Dos viejos. Uno alcoholizado y otro lelo.

—Aquí le traigo a los dos testigos.

El cura los miró.

—¿Ustedes conocen al Juan de Dios?

—Síííí, noosotroos lo conocemos —dijo el alcoholizado, que hablaba a golpes y con los dientes apretados. El lelo no dijo nada.

—¿Y hace mucho que lo conocen?

—Síííí, ya lo creoooo.

El lelo ni pío.

—¿Y ustedes aseguran que siempre ha observado una conducta intachable?

—Sieeempre. El Juan de Dioooooos es amigo mío, Lo-lo que es dél, eees también míoooo. El Juan de Dioooooosss...

Se perdió dando explicaciones con esa pesadez propia del borracho. Las cuatro copas que debía de haberles pagado la mujer del Juan de Dios estaban haciendo su efecto.

El lelo sólo dijo:

—Sí.

—Sí, qué.

—Eso, que sí.

—¿Que es buena persona?

—Mmmnnnn...

La costilla del Juan de Dios decía:

—Es que es un poco *apagao*.

—Ya lo veo —dijo el cura—. Ya los ha sabido buscar usted bien. En fin.

Les pidió los nombres y las direcciones. Dijo que se los guardaba por si ocurriera algo y luego le venían con reclamaciones. Lo decía a fin de amedrentarlos, pero ellos ni se dieron cuenta. El alcoholizado volvió a sus peroratas de borracho, unas peroratas bravuconas y medio ininteligibles. Que en él tenía otro amigo, que las personas decentes son para ayudarse —paaara ayuudarse, paaadre—; que si alguien le intentaba hacer algo —faaaaltarle el respeto a uuusted, paaadre—, primero tendría que pasar por encima de su cadáver —de mi caaadáver, paaaadre—; que tendría mucho gusto en convidarse con él —con uuuusted, paaadre; inviiitááándolo yoooo, paaadre—, porque él era un hombre que atraque no iba a misa su fe la tenía, ya que a veces es más honrado quien no va a misa que el que va, pues muchos, lo que quieren, es figurar —sííí, fiiiigurar, paaadre—, y Dios lo tiene en cuenta todo —tooooo, paaadre—. El cura aguantó el rollo sin pestañear. El lelo ni se enteró.

Luego, el cura, había extendido el certificado. Ante el infrascrito coadjutor fulano de tal, de la parroquia de tal, comparecen dos testigos fidedignos —¡je, vaya par de fidedignos!— los cuales aseguran, etcétera.

Verdaderamente, pensaba mosén Jorge Lloveras Espriu mientras el sueño le invadía, había querido ser muy ecuánime y no lo había sido. No habla quitado ni puesto rey. No le había hecho ningún especial favor a la mujer del Juan de Dios. La conciencia es muy elástica. Muy estrecha o muy ancha, depende de cómo se mire. Ahora incluso le remordía un poco aquella especie de pantomima. El papel aquel no le iba a servir de nada. El abogado le había pedido un certificado en el que el cura

dijera que su marido era una buena persona, había observado una buena conducta hasta el día de autos. Eso de autos, dicho por la mujer, cuando lo explicaba, tenía gracia. Él le extendía uno en el que afirmaba que testigos fidedignos decían,... Eso era tan elástico como la conciencia. Eso era sacudirse las moscas de encima. Los abogados y jueces dirían: Cuando tienen que echar mano a testigos, ¡valiente pájaro debe de ser el procesado! Desde luego, aquel certificado era papel mojado. Nada. Todo plegado pela con cinco. A mosén Lloveras, aparte de los tacos, también se le pegaban las traducciones infames de los refranes locales. El gitano de la canasta sí que había sido bárbaro. Creer que los curas se casan. Y lo decía de buena fe el muy indino. Y el de la deshonra...

¡Plaf! Se durmió.

## Las juergas

Las juergas son una necesidad. Las juergas son un hábito. Las juergas son un fausto acontecimiento. Las juergas son una celebración.

—Esto hay que celebrarlo; ¡vamos a corremos una juerga!

Las juergas son el no va más y luego son el no va menos. Las juergas, en proyecto, son la felicidad; en acción, la caraba; en pretérito, la desilusión y el dolor de cabeza.

Las juergas tienen su auge en las verbenas: San Juan, San Pedro, San Jaime. En los Santos Patronales. En las Fiestas Mayores. En Nochebuena, en Navidad, en Nochevieja, en Año Nuevo. En el santo de uno, en el cumpleaños. En las bodas, en los bautizos. Casi siempre.

Por aquí, por estos barrios de Dios y del diablo, se juerguea continuamente; pretextos no faltan. Los sábados es uno de los días más juerguísticos que hay. Con la mitad de la semanada que los hombres entregan a la consorcia, mejor dicho, con la mitad que no entregan y que se quedan para sus vicios, recorren todas las tascas, todos los bares. Como al otro día es domingo y no hay que levantarse temprano, se sienten felices. Ya de madrugada gamberrean a grito pelado por las calles. Al pie de cualquier ventana, por lo general de la que hay algún niño enfermo o alguien que la está diñando siempre tiene este acierto cantan aquello de:

*Yo soy mejicanoooooo  
y orgullo no tengooooo,  
palabra de macho:  
no soy un rajaaaaoooooooooooo*

La canción no la saben muy bien, pero da lo mismo.

(—Tú, lo que eres, un borracho. Y lo que no tienes es vergüenza.

—¿Yoooo?

—Sí, tú.)

O aquello otro de:

*¡Qué bonita qu'es mi niña,  
qué bonita cuando duerme!  
Se parece a un amapola  
entre los trigales verdes.*

Todo esto con gran acompañamiento de palmas, jaleándose mutuamente. Todas las juergas del pobre toman un cariz de flamenco que asusta por la de palmadas y berridos que llegan a dar.

Las juergas y el vino, que vienen a ser lo mismo, son veleidosos, como las malas mujeres, y lo que primero fueron abrazos, luego son vomitonas y peleas. Pero no

siempre. En ocasiones, los juerguistas, luego de palmearse, jalearse, abrazarse, se van a dormir a la cama tranquilamente.

Muchas veces, aquí, se reúnen en casa de alguien, para celebrar el santo de éste o de aquél, o el cumpleaños, o que le ha venido un hijo del servicio. El santo, el cumpleaños, el hijo, han caído entre semana, se ha licenciado entre semana, en un día de cada día. Como que entre semana se trabaja, pues se aguarda el domingo, ¡a ver qué vida!

El dueño de la casa paga la bebida. Moscatel, anís y coñac. El coñac es de marca. El anís y el moscatel es de a granel, de a tanto el litro. Cuando el coñac marca se acaba, lo traen también de a granel. De todos modos, la gente no distingue demasiado entre marca y granel. Cuando se llevan cuatro copas en el cuerpo aún se distingue menos.

Cantan. Bailan. Pican de manos. La radio va a todo gas. La casa es estrecha. Se agitan. Por las habitaciones, por el comedor, a lo largo del pasillo. Siempre hay el gracioso de turno que lleva la voz cantante, el gracioso que se cree que sin él no hay fiesta posible, el gracioso que cree que sin él no hay animación.

Bailan y se agarran. Las mujeres de unos con los otros. Hay confianza. Disimuladamente se ponen la mano por donde pueden. Hay confianza.

—Huy, si nosotros nos llevamos como hermanos. ¿Es verdad o es mentira?

—Sí, es verdad.

—Yo, a la mujer de éste, como si fuera mi madre. ¿Es verdad o es mentira?

—Sí, es verdad.

—Aunque le pegue un cachete en él culo, como si fuera mi hermana. Es que nos tenemos mucha confianza. ¿Es verdad o es mentira?

—Sí, es verdad.

Todos son paisanos. Son de Cuevas, de Cartagena, de Mazarrón, de Murcia, de Albacete, de Almería, de Córdoba, de Granada; pero son paisanos. Por lo menos todos sienten el flamenco.

—Es que como el flamenco no hay *ná*.

—Pepe Blanco, Juanito Valderrama, Antonio Molina.

—A mí que me den el Pinto.

—¡Hay que ver qué garganta tiene Antonio Molina, pero qué garganta!

—A mí que me den el Pinto, el Pinto y el Príncipe Gitano.

—Y Manolo Caracol, ¿qué?

—Hombre, Manolo Caracol es ya muy viejo, a mí que me den el Pinto, el Pinto; el Pinto y el Príncipe Gitano.

—Hombre, a mí me parece que Manolo Caracol... ¿Y Antonio Amaya, qué?

—¡Bah, ése es de los de la cáscara amarga! Nada, nada, lo que te digo. A mí que me den el Pinto, el Pinto; el Pinto y el Príncipe Gitano.

En las juergas todo el mundo echa su cuarto a espadas en lo que al canto y baile se refiere. Unos lo hacen mal y otros, peor. Pero no se nota. Y siempre hay alguno que goza, que tiene fama de que lo hace insuperable.

—Si tú te dedicaras al teatro, ¡bueno, si tú te dedicaras al teatro!

El insuperable se encoge de hombros. Demasiado sabe él que si se dedicara al teatro...

—Porque eso del cante es que yo lo siento, ¡hay que ver cómo lo siento!

Y se lleva la mano al corazón.

Hay una copla que por aquí se canta mucho; es el principio de las que luego vendrán. Es aquella de los gitanos.

*Los gitanos son muy feos  
pero tienen mucha gracia  
pa comerse los fideos.*

El que canta se encoge como un garabato, se retuerce como mi gusano, mientras palmea, con ritmo, las manos en alto, y golpea el suelo con los pies, también con ritmo.

El terceto este, tal como ellos lo cantan, medio se convierte en una décima, por mor de las repeticiones, claro, y si en una décima no, en siete líneas, por lo menos, sí. Nos gustaría saber solfa, y que el lector la entendiera —pues, si no, ¡de qué iba a servir!—, para que así, con al solfa, hubiera una idea clara de lo que es esta copla que no es —que no debe ser, suponemos— ni bulería, ni granaína, ni soleá, ni fandango, chufla, tiento, mariana, polo, seguidilla, nada de toda esa retahíla que endilga Manuel Machado en *La Lola se va a Los Puertos*, nada de todo eso, y que, a lo máximo que debe de llegar, también es suposición, es a coplilla irrisoria y *desangelá*.

Repiten la primera línea cuatro veces, acentuando. Así:

*Los gí-tanos son muy fé-os  
los gí-tanos son muy fé-os*

(Pausa.)

*los gí-tanos son muy fé-os  
los gí-tanos son muy fé-os*

(Pausa. Luego:)

*pero tienen mucha grá-cia  
pero tienen mucha grá-cia*

(Pausa brevísima.)

*pa comerse los fideos.*

Después, al ritmo, compás y música de este engendro, improvisan otras. Por estos

terrenos, la gente es muy propensa a la improvisación, están en muy buenas relaciones con las musas. Claro que las musas no se esmeran y soplan lo que pueden.

Ejemplos:

*Nos gusta mucho el anís,  
la coñac y el moscatel  
y también el pipermin.*

Va otra, un cuarteto, que también se adapta:

*El amor y la armonía  
reinan en este lugar;  
el que se encuentre a disgusto  
ya se puede retirar.*

Y así, hasta ciento.

Cuando licenciaron al Enrique, su madre, la Josefa, aguardó a que llegara el domingo y lo celebró. La casa se llenó de gente. Por comer y beber de gorra la humanidad pierde el culo.

El dueño de la situación, digámoslo así, el que llevaba la voz cantante, era un tío lejano —o cercano, no lo sabemos bien— del Paquirri; un tipo esmirriado, con unas gafas gruesas y enormes, a lo Papini; un individuo que, allí donde lo veías, sabía mucho de leer y escribir. El Candel había ido al licenciamiento, a la celebración del licenciamiento, y el Paquirri se lo presentó a su tío.

—Aquí, tío, un amigo que es escritor.

Se estrecharon las manos, muy finos.

—Tanto gusto.

—El gusto es mío.

El tío del Paquirri se puso a hablar con el Candel de literatura, porque a él le gustaba mucho leer.

—Yo siempre estoy leyendo; si no una cosa, otra. Desde luego, no leía ni Coyote, ni Rodeo, ni FBI ni SS Leía a Pedro Mata.

—¿Usted ha leído a Pedro Mata?

El Candel no había leído a Pedro Mata, pero dijo que sí.

—¿Qué me dice usted de *Un Grito en la Noche*?

No sabía qué decirle, el Candel.

—Y *Las Personas Decentes*, ¿qué?

Tampoco sabía qué decirle, el Candel.

—¡Vaya manera de meterse con la sociedad!, ¿eh?

—Sí, vaya manera de meterse, es verdad.

El tío del Paquirri empezó a cantar y a contorsionarse. Empezó por lo de los gitanos, por su fealdad y su gracia ingiriendo fideos, y en seguida se lanzó en alas de

la improvisación.

—Éste sí que es de espanto inventándose canciones.

Verdaderamente era de espanto.

*En casa de la Josefa  
hay alegría y unión.*

*En casa de la Josefa  
hay alegría y unión.*

*Porque ha venío su hijo  
Porque ha venío su hijo*

*de cumplir su obligación,*

Para matarlo, desde luego.

*Señora doña Josefa  
no ponga usted mala cara  
que su hijo se merece  
que su hijo se merece  
la casa por la ventana.*

Para pisotearle el privilegiado cerebro.

*Porque ha venío el Enrique  
aquí nos hemos juntao  
agradeciendo el convite.*

El tío del Paquirri, de vez en cuando, se volvía para el Candel.

—Usted se está aburriendo.

—¡No, qué va!

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿No quiere cantarse nada?

El Candel sonreía, como los conejos. En menudo aprieto lo metían. Bastante trabajo tenía con picar de manos siguiendo el compás, como los demás, sin equivocarse, y como si estuviera embelesado, embelesado y emocionado con todo aquello.

—Si no sé.

—Va, hombre, no tenga vergüenza.

—Si no es vergüenza.

Y se ponía encarnado, porque todo el mundo lo miraba.

Menos mal qué el tío del Paquirri ya la había emprendido otra vez con las

improvisaciones, talmente como si le hubieran dado cuerda.

*Es nuestra amiga Josefa  
mujer muy considerada,  
y yo le doy un abrazo,  
y yo le doy un abrazo,  
y aquí no ha pasado nada.*

Le da el abrazo. Todos aplauden. La Josefa se siente eje de la situación. También improvisa.

*Yo me siento muy honrá  
de que estéis toos en mi casa  
y poderos convidar.*

Aplauden de nuevo. El tío del Paquirri vuelve a coger el hilo de las improvisaciones.

Una:

*Brindemos por el Enrique  
y la señora Josefa;  
bebamos con armonía  
de lo que hay en esta mesa,*

Otra:

*Una vieja subió al cielo  
a pedirle a Dios un duro,  
y San Pedro, que la oyó,  
la mandó a comprar carburo*

Otra:

*Del pino sale la piña  
y de la piña, el piñón;  
y de este grupo de amigos  
nuestra felicitación.*

Otra:

*Que todos dentro de un año  
nos volvamos a encontrar  
con armonía y salud,  
con armonía y salud,  
y con buena voluntad.*

Esto de la armonía es una palabra que al tío del Paquirri le gusta. Algunas de las

improvisaciones no son del todo improvisaciones, son un poco plagio. Eso de la buena voluntad es algo que al tío del Paquirri le gusta tanto o casi tanto como la armonía. El Paquirri, por fin, le dice:

—Bueno, tío, ¡ya está bien! Que tú, cuando te pones, pierdes el mundo de vista.

—¡Pero, Paquirri; si aquí, a la concurrencia, esto les agrada!

El tío del Paquirri es muy mirado hablando. El Paquirri, no. El Paquirri es de aquéllos: las cosas claras y el chocolate espeso.

—Bueno, eso de que les gusta vamos a dejarlo estar.

El Paquirri pone la radio, busca unos bailables, agarra una chica y se lía a dar vueltas con ella. Todos lo imitan. Están tan estrechos y apretados que bailan sin moverse del sitio, únicamente con movimiento de rotación. El movimiento de traslación, si no se ponen todos de acuerdo para avanzar a compás, como si no, no hay nada que hacer. El tío del Paquirri, sudoroso, para consolarse, empieza a darle tientos al coñac y al moscatel. Hasta que medio se entrompa. Entonces vuelve a sus improvisaciones. Cuando está mareado dice que le salen mejor. Muchos, como que bebida y galletas ya no quedan, empiezan a retirarse. El tío del Paquirri, que es un fanfarrias, y cuando se entona, más, dice que de allí no se va nadie. Que él paga otra botella de coñac.

—¡De coñac marca, coñac marca! ¡Anda, Paquirri, ve a buscarla! Que sea Terry. ¡Terry!, que es el coñac mejor.

El Paquirri va, y, por el mismo precio, trae dos litros de coñac a granel, con dos botellas que le dejan en el bar.

—Así hay para más rato.

Y sigue la juerga, el bailoteo, las palmas, las improvisaciones. ¡A ver!

## Misa del gallo. Las Albadas

Habían estado cinco semanas ensayando. La cosa les salía medianamente bien. Pero ellos se creían maestros y fueron a ver al cura.

—Mire, padre cura...

Era el Sanronro quien llevaba la voz cantante en esta especie de embajada o comisión. El Sonronro, un medio gitano sin profesión, tratante en burros viejos todo lo más en algunas, escasas ocasiones.

—Mire, padre cura. Nosotros *vamos venío* porque quisiéramos cantarle a la Virgen y al Niño en la Misa del Gallo.

—Bueno, hijos, como queráis. Pero ¿qué es lo que vais a cantar?

—Esto.

Mostraba el gitano —bueno, gitano: medio—; mostraba un papel doblado. Los otros callaban compungidos, con caras de buenos chicos que no han roto nunca un triste plato.

—Lo ha escrito éste, el Limpia.

Éste, el Limpia, era un tipo amedrentado, seco, un tanto raído por la viruela, de profesión: limpiabotas sin syndicar o de matute, lo mismo da. Tenía la boina en las manos, una boina apolillada, como su cara, y bajaba los ojos tímidamente, disculpándose.

—No están muy bien, mosén.

El señor rector leía ya el papel, un papel rayado, a lápiz y a conciencia, con unas letras toscas, disparatadas, cual escritas por un párvulo.

—Aún escribiré más, pues *tié* mucho talento. Lo que pasa es que como es *probe naide* le ha *dao* la mano, que si no,... Trabaja de limpiabotas, fíjese, padre cura, de limpiabotas con tanto talento, con más talento que Napoleón... Si tuviera tanto dinero como talento... Pero es que a los hijos de los *probes* nunca se les puede dar carrera. Por eso, *adespués*, hay más burros con letras que sin ellas. Y claro, es lo que uno dice. Porque, ¡mecachis!, qué clase de mundo es éste...

El cura atajó:

—Bien, bien. Con tal de que no digáis ninguna animalada.

—¡Qué vamos a decir, padre cura! Ahí, en el papel, sólo hay tres coplas como muestra, pues la música siempre es igual.

El Limpia, los ojos en la boina, como el que le busca un secreto, se atrevió a decir:

—Las otras que escriba serán mejores.

—Él las escribe y yo las canto —aclaró el Sanronro—. Desde luego son unas coplas superiores, canela en rama, pues Dios le ayuda cuando las escribe. Dice que allá en su pueblo el cura siempre lo felicitaba.

—Sí, siempre.

—Bueno, hombre, pues a ver si te felicito yo. Pero *cuidado* con lo que dices, no vayáis a atentar contra el dogma.

—No padre cura, de eso ni hablar. Semos *probes* pero bien *acristianaos*.

—Como que aquí hay una copla que dice:

*En el portal de Belén  
hay una piedra redonda  
donde Cristo puso el pie  
cuando subió pa la gloria...*

El Limpia estaba azorado por completo.

—Ya sé que a lo mejor no era redonda sino cuadrada, mosén. Pero así cae mejor.

—¡Qué redonda ni cuadrada! De ninguna de las maneras. Cristo subió a los cielos, pero no en el Portal de Belén.

—Si quiere, padre, la quitamos —dijo el medio gitano, muy formal.

—No, no, dejadla. Pero procurar no decir cosas más gordas.

—No, padre cura, no. Palabra.

Se fueron

La noche de Nochebuena, en la Misa del Gallo, cuando la Adoración, rompieron a cantar. Se habían agrupado a un lado del altar en tanto los fieles desfilaban sin parar besando al Niñito que sostenía amorosamente el señor rector, el padre cura.

Llevaban guitarras, zambombas, hierrecillos, tapaderas de puchero, alguna cacerola. El Sanronro, con una vara en la mano, de director, hacía ademanes para indicar que gritaran más o menos. Cuando cantaba los solos se desgañitaba. El coro rugía:

*Cuando subió pa la gloria  
¡Ay qué Niño tan hermoso!;  
Que a todos causa alegría  
su Nacimiento glorioso.*

El estribillo era pegadizo y toda la gente lo cantaba. Estaban hartos de oírlos ensayar y lo habían aprendido. El Sanronro siseaba para hacer callar a los que no eran del coro. Se hallaba emocionado. Emocionado y saturado de inspiración. A veces cantaba cosas que no le había dado el Limpia apuntadas, cosas que se sacaba él de la cabeza.

*Los pastores no son hombres,  
que son ángeles del cielo.  
Y van diciendo a la gente*

*que ha nacido el Rey del cielo*

El cura, con el Niñito en las manos, se revolvió inquieto. El Sanronro sonreía eufórico, crecido de estatura, iluminado como un santo. Le faltaban dos dientes. Pero el señor rector no estaba por estos detalles. Con tal de que no soltara mayores herejías. El coro relinchaba:

*¡Ay qué Niño tan hermoso!*

El rector no se daba mucha cuenta. Mira que decir que los pastores no eran hombres. ¡Valiente frescura!

*Que a todos causa alegría  
su Nacimiento glorioso.*

Calló el coro y la muchedumbre y se aminoró el ruido de guitarras, zambombas y cacharros. El Sanronro soltó otro engendro del Limpia:

*Purísima Concepción  
más hermosa que ninguna:  
que a los pies tienes el sol  
y a las espaldas la luna.*

Lo que nos faltaba, pensó el cura. Y dando un respingo golpeó con los piecitos del Niño los dientes de alguien que besaba en aquel momento. ¡Lo que nos faltaba, Señor! Que la Purísima lleve la luna en las espaldas. Cada día se aprenden de nuevas, catalanizó.

*Y a las espaldas la luna*

Bramaba el gentío.

*¡Ay qué Niño tan hermoso...!*

El Sanronro no cabía en el pellejo. El Limpia, tampoco. Tenían los rostros serenos, dulcificados.

*Virgen, si quieres parir,  
pues prepara los pañales,  
y la corona de espinas,  
y los tres clavos mortales.*

Al cura lo invadía el desasosiego.

El medio gitano movía las manazas, acompasando el ritmo de la muchedumbre.

*Y los tres clavos mortales.  
¡Ay qué Niño tan hermoso...!*

El Niño Jesús sonreía.

La gente seguía besando.

\*\*\*

En la Noche Santa todo quisque siente una alegría tremenda. Y cada uno la exterioriza como puede. Un año, durante la Misa del Gallo, se llevaron las bombillas que había encima de los confesionarios y otro arrancaron la puerta de la iglesia.

El medio gitano Sanronro, una vez terminada la misa, díjole a sus energúmenos:  
—Lo hemos *jacío* muy bien. El padre cura lo ha dicho.

Y se fueron con la música a otra parte, a recorrer el vecindario, pues esa noche no se duerme.

*Esta noche es Nochebuena  
y no es noche de dormir;  
ha parido la estanquera  
un burrucho con nariz.*

Y catacric, catacrac, chin, chin, pam, para, ris, ris ras, ras, ris, ris, ras, ras, toda la gente detrás de ellos manos con zambombas, otros con tapaderas de aluminio. El estruendo es horroroso. Van de casa en casa de los vecinos, y en todas beben, moscatel y aguardiente, sobre todo. Todos cantan al unísono. Los villancicos salen a la vez de treinta, cuarenta, cincuenta, cien gargantas.

*En el Portal de Belén  
hay un tío haciendo botas;  
se le escapó la cuchilla  
y se cortó las pelotas.*

Los villancicos, lo que se dice piadosos, piadosos, desde luego, no lo son; ahora que muy sacrilegos, muy sacrilegos, tampoco.

*En el Portal de Belén  
hay un tío cachirulo  
que tiene las uñas negras  
de tanto rascarse el culo.*

*En el Portal de Belén  
hay un tío haciendo gachas;  
y a poco que se descuidan  
mete mano a las muchachas.*

Y así sucesivamente hasta agotar el repertorio de lo que es capaz de hacer un tío en el Portal de Belén la noche de Nochebuena.

Después, una comadre sentimental canta aquello de:

*Madre, a la puerta hay un niño  
más hermoso qu'un sol bello  
y dice que tiene frío  
porque viene casi en cueros.  
Pos dile que entre;  
se calentará;  
porque en esta tierra  
ya no hay carriá.  
Entra el Niño y se calienta,  
y, estándose calentando,  
le pregunta la patrona:  
¿Daónde eres tú, mi encanto?  
Mi padre, en el cielo,  
mi madre, también,  
yo bajo a este mundo  
para padecer.*

La gente llora. La comadre dice que allá en su tierra, en Cuevas de Vera, lo cantaba muy bien, pues entonces tenía muy buena voz.

Al amanecer, todo el mundo —quien más, quien menos— está bastante borracho, casi nadie se tiene de pie. Al amanecer hace frío. En la Nochebuena no hace nunca frío, o nadie lo nota, que viene a ser lo mismo. Al amanecer, sí que se nota. Algunos llevan tanto alcohol encima, que tampoco se dan demasiada cuenta de esto. Empiezan a retirarse a sus casas, con sus zambombas, con sus tapaderas. Algunos se quedan tendidos en las bocacalles y duermen allí la trompa.

El Sanronro le dijo a su murga:

—Mañana iremos a cantar las albas.

—Y eso, Sanronro, ¿qué es?

—Míá que eres tonto, Limpia; pues eso, las albas. Iremos de puerta en puerta y nos darán los aguinaldos.

Fueron. Nada más recorrían los bares y los comercios. El medio gitano Sanronro improvisaba sobre la marcha. Le había echado el cartel por el suelo al Limpia. El limpia se preguntaba para qué servía ya él.

En la puerta del tío Práxedes, un viejo indiano casado con una cubana, que tenía una tienda de ultramarinos, el Sanronro se arrancó:

*Señor Práxedes, le pido  
con amor y compunción  
que nos dé usted diez pesetas*

*por cantarle esta canción.*

Como se ve, la petición no podía ser más modesta El coro regio el estribillo:

*Por cantarle esta canción.  
¡Ay qué Niño tan hermoso!  
Que a todos causa alegría  
su Nacimiento glorioso.*

El tío Práxedes les dio cinco duros. El Sanronro cantó las gracias o despedida.

*Que viva usted mucho años  
para bien de su familia.  
Nosotros que lo veamos  
en su santa compañía.*

*En su santa compañía.  
¡qué Niño tan hermoso!, etc.*

El Sanronro no era una lumbrera improvisando, pero sus satélites estaban entusiasmados.

—¿Sabes, Sanronro, que eres un tío?

—¿Sabes, Sanronro, que te lo llevabas muy *amagao*?

—¡Leche, Sanronro, qué grande eres!

El Limpia torcía el morro. El Sanronro sonreía modestamente; sin embargo, estaba convencido de su talento. Frente al bar de La Luna soltó este engendro:

*El dueño de La Lunita  
tiene vinos abundantes,  
nosotros le suplicamos  
que nos remoje el gaznate*

El coro —ras, ras y patatín, patatán, dale que té pego a las bandurrias y panderetas— se derretía emocionado:

*Que nos remoje el gaznaateeeee, etc.*

Les dieron de beber todo lo que quisieron. Salieron de La Luna eufóricos y embalados. Aquello era Jauja, pensaban.

—*Miá* que eres grande, Sanronro.

—Más bonitas que las del Limpia.

El Sanronro llevaba la musa caliente. Frente a otro establecimiento se arrancó por lo que sigue:

*Hoy los pobres cantaores  
viven de su beneficio.*

*Tal vez el año que viene  
estarán en el Hospicio.*

Les dieron cinco duros más. La cohorte se hacía cruces.

—¡Joer, Sanronro, joer!

Y más de uno le contaba a más de otro, de la multitud que los seguía pasmada y embobada:

—Pues no crea, que todo eso se lo inventa.

—¿Quiere usted decir?

—Como se lo digo. Que me muera ahora mismo si no es verdad.

*Ojalá qu'el Dios del cielo  
y la Virgen soberana  
le enternezcan la conciencia  
y pringuemos la marrana.*

*Señor Fulano de Tal,  
tiene usté mu grande el alma.  
si la miden con un metro  
es más grande qu'una sábana.*

*Nosotros nada pedimos  
con enfado y con maldad;  
nosotros lo que admitimos  
es la buena voluntad*

El Sanronro, a veces, se repetía. La inspiración tiene sus límites.

*Señor Fulano, te pido  
con amor y compunción  
que nos dé usted lo que quiera  
por cantarle esta canción.*

Los del coro eran quienes menos se estrujaban el magín. Ellos siempre lo mismo.

*Por cantarle esta canción.  
¡Ay qué Niño tan hermoso!  
Que a todos causa alegríaaaaaaaaaaaaa  
su Nacimiento glorioso.*

La alegría era ondulante, resonante, retumbante, emocionante.

En donde la pifiaron fue en casa de la Fielata. La Fielata tenía una tienda o colmado en la calle 20 antes, ahora calle Tragurá. La Fielata era una de las pocas personas de las Casas Baratas que no consentía que nadie la llamara por el mote. El

Sanronro, esto, no lo debía de saber; si no, no se explica. A la Fielata la llamaban la Fielata porque la pillaron dentro de una casilla de consumos trajinando con el consumero, con el fielato. De ahí el mote. Perspicacia. El Sanronro no debía saber nada de todo esto, pues el trajín con el consumero hacía muchos años que había ocurrido, al principio de estar casada.

El Sanronro cantó:

*Que le prospere el negocio  
y nosotros lo veamos,  
que es usted buena persona y  
a todos tiende la mano.*

*Y a todos tiende la manoooo, etc.*

La Fielata era una mujer ajamonada, rumbosa, espléndida. La copla le gustó. Fué y les dio veinte duros. El Sanronro puso los ojos en blanco. Al Limpia se le pasó el enfado. Había que apretarse las tuercas del cerebro y cantar una acción de gracias de aupa, se dijo el Sanronro. ¡Iban a verlo!

*Le doy las gracias, señora,  
en nombre mío y del coro.  
Quédese con dios, Fielata,  
adiós, maceta de oro.*

El coro, enternecido, sólo cantó:

*Adiós, maceta de oro*

Nada más, sin ningún etc. La Fielata salió hecha un basilisco y arremetió contra el Sanronro.

—¡Mis veinte duros, venga, mis veinte duros!

—Pero ¿qué le pasa, señora?

—¿Que qué me pasa? ¡Venga mis veinte duros, gitano!

Les quitó el dinero y, empujón va, empujón viene, el coro y su director tuviéronse que ir con la música a otra parte.

—Pero es que tú, Sanronro, tienes unas cosas... ¿No sabes que su marido la pilló con un *burot*?

—¡Y yo qué sabía, hijos, y yo qué sabía!

—Pues mira, veinte duros que nos hemos perdió —dijo el Limpia, que además de haberle vuelto el enfado era un hombre que discurría mucho.

## El Cine Casas cerca de la ciudad

En la demarcación parroquial de Ntra. Sra. de Port (30 000 almas) sólo hay dos cines. Uno, en Port; el otro, en las Casas Baratas. Ahora están construyendo, edificando uno al lado de las viviendas de la SEAT, estos pequeños rascacielos brotados como por ensalmo, como por arte de birlibirloque junto al Paseo del Puerto Franco. Pero éste tiene para tiempo.

El Cine de Port se llama Cine Casas. El de las Casas Baratas no tiene nombre. O sí. Cine Nuevo, si no recordamos mal. Está donde estuvo el célebre Siete de Bastos, el baile que inauguró el Gallardo para hacerle la competencia a La Bota. Al poco tiempo tuvo que cerrarlo y poner el cine, un cine bastante pequeño. La gente, al cine Casas, lo llaman el Cine del Port; al cine del Gallardo lo llaman el Cine de las Casas Baratas. La cuestión es distinguir. Ellos se entienden; nosotros, nos parece que también.

El cine de Port, el cine Casas, es grande, pero siempre se llena, demasiado, y a mucha gente le toca permanecer de pie.

Tiene una preferencia y una general, claro, naturalmente, como todos los cines, pero la general del cine Casas está abajo y la preferencia, arriba. El que está abajo siempre está a disposición del que está arriba —es ley de siglos—: de sus colillas, de sus escupitajos, de sus bromas, de sus impertinencias ¿comprendido? La general del Cine Casas vale cinco pelias; la preferencia, seis. Los miércoles y jueves cuatro y cinco. En el cine Casas sólo hacen cine los sábados y domingos y los miércoles y jueves. Los días de fiesta, también; y las vísperas de estos días, O sea, que según como venga alguna fiesta, hacen cine casi toda la semana. Como para no quejarse.

En el cine Casas está prohibido fumar. En la pantalla, entre programa y programa, surge este letrero, y lo dice. Pero el público fuma. Y escupe. ¡Bueno!

Tiene un ventilador, el cine Casas, claro, para el verano. Mete tanto ruido que no deja oír el sonoro.

En el cine Casas, los anuncios, dicen: Próximo estreno. Pero siempre hacen repases, digámoslo así.

El público come avellanas, como los monos, y cacahuetes, y pipas; bebe gaseosa también; algunos se llevan la cena y ven la película tres veces, especialmente en el invierno, pues en el cine están calientes y en casa, no. El suelo está lleno de cáscaras, que crujen al pisarlas, crís, cras, crís, cras, apagando también el sonoro. Los críos se mean y los orines se deslizan por el suelo, como tímidos riachuelos. Algunos se cagan y pringan el asiento y al que viene a ocuparlo después, que al notar que se ha untado, grita, vocifera, y arma la de Dios es Cristo, que dicen en Madrid.

Las parejas de novios se magrean, se besan, y hacen cosas feas, ni más ni menos que en cualquier otro cine.

En el verano, muchos se quedan en camiseta, y otros con el tórax descubierto, desnudos de la cintura para arriba. Depende de la educación y del calor.

La gente, en el cine Casas, guarda el asiento al amigo, al pariente, al conocido que vendrá después. El amigo, el pariente, el conocido, cuando entra en el local, como está oscuro y no ve, grita:

—¡Pepe! ¿Dónde estás?

El otro, el Pepe, o el Perico, quien sea, ruge:

—¡Aquíííí! ¡Coooooorree, que te guardo el sitiooo!

Esta clase de relinchos tampoco dejan oír el sonoro. Muchos sisean, para hacer callar, y aún se oye menos.

De todos modos, la gente, en el cine Casas, el público, su público, parece que no necesita mucho esto del sonoro, pues entienden la película igual, y ríen, y lloran, y gritan cuando sale el bandido, y aplauden cuando sale el chico, como en el extranjero dicen que hacen en los trozos buenos. Y se explican la película entre ellos.

—Mira, ahora lo atan.

—Mira, ahora la besa.

—Mira, ahora lo *empaitan*.

Como si uno fuera ciego y el otro, no.

Llegan a identificarse de tal modo con la película que, cuando se besan, en las escenas amorosas, gritan procacidades —¡hala, hala!—, y cuando hay peleas, se sacuden entre ellos, hasta que tienen que encender las luces, a ver qué pasa.

En el cine Casas hacen muchas películas de flamenco, pues gustan mucho a la gente. *Lola la Piconera*, *Carmen la de Triana*, *Un Caballero Andaluz*, *El Sueño de Andalucía*. Cuando hicieron *Pena*, *Penita*, *Pena*, hubo tantas colas, tal amontonamiento, tal pelotera, que tuvo que acudir la policía repartiendo estopa. Cuando hicieron *María de la O*, la gente bailaba el zapateado por los pasillos de las butacas. Cuando hicieron *La Gitanilla*, la gente cantaba:

*Van los gitanos,  
leré, leré.  
¡Ay, sí; ay, no!, etc.*

Y golpeaban en las butacas, y picaban de manos, y sacudían los pies, pero con ritmo. Cuand...

Entre el cine Casas y el infierno, a escoger, te quedas con el infierno. Es más tranquilo. ¡Vaya!

\*\*\*

Le gustaba el cine. Mucho. Pero en España, los curas no iban al cine. Estaba mal

visto el ir. Mosén Jorge Lloveras Espriu iba, a veces, al de los catequistas. El domingo había ido al Casas, a ver *Cerca de la Ciudad*, por Adolfo Marsillach. Una película muy buena, le habían dicho. Salía un cura.

Alguna que otra vez, también había ido. Pero pocas. A ver *Peppino y Violeta*, a ver *La Ley del Silencio*, a ver *Balarrasa*, a ver alguna otra que ahora no recordaba. Iba con el Enrique, con el Paquirri, con el Paco —el Candel—, con algún otro. Solo, le daba reparo ir. No por nada. Pero uno es blanco de todas las miradas. La gente te asaetea. Luego se hablan al oído. El cura, el cura, dicen, deben decir. Así se lo suponía.

Con el Paquirri y el Enrique y el Paco, o algún otro, hablando con ellos, esto, los cuchicheos, las miradas, quedaban relegados, inadvertidos. No se daba cuenta de ello, de todo ello, o podía hacer como que no se daba cuenta. Idem con la pareja de novios que había perdido el mundo de vista tres filas más adelante. Tres cuartos de lo mismo con algún taco o procacidad que circula por el ambiente.

Este domingo pasado había ido solo. No había encontrado al Enrique, ni al Paquirri, ni al Paco Candel, o a algún otro, no los había visto por allí, por su despacho. Se había decidido a ir porque le habían dicho: Una película estupenda, sale un cura; algo así como usted. Mosén Lloveras había solucionado la cosa viendo la película desde el cuarto de máquinas, pues tenía mucha amistad con el empresario. Era como si hubiera visto la película desde fuera del cine.

La película le había gustado. Le había gustado y no le había gustado. Bueno, lo que le había gustado era más que lo que no le había gustado. Pesaba más el pro que el contra. ¿Entendido?

En la película salía un cura. Un cura que no llevaba gafas, pues no se había quemado las pestañas en el seminario. Lo destinaban a un suburbio, cerca de la ciudad. Como el de él. Bueno, como el de él, no. El suyo era más grande, cinco veces más grande. Los domingos siempre tenía cuatro bodas, cinco bodas, a veces, diez; una vez, cuando el aumento de puntos, doce. Eso por la mañana. Por la tarde, quince bautizos, veinte. Hacer la digestión en agradable sobremesa, tomar la siesta luego de la comida de los domingos, era imposible. Había que correr. En aquella Parroquia siempre había que correr. Los días de cada día, tres horas de despacho con un continuo chorro de gente que nunca se acababa. Por la mañana, misa, ir a ver enfermos, ir aquí, ir allá, este compromiso, aquella obligación, entierros, poner al día el papeleo parroquial, sin poder dedicarse a sus feligreses, a sus pobres, a sus trabajadores, a sus enfermos, al apostolado, en fin, que se dice, tanto como hubiera querido, tanto como hubiera deseado, tanto como el cura de la película se dedicaba. Aquella Parroquia necesitaba, no dos curas, sino diez. El Cine es una cosa; la Vida, otra. La mecánica y las obligaciones pueden más que el corazón y sus devociones. Por las noches cogía la cama como el hambriento una barra de pan. Pero la mayoría

de noches aún tenía el rezo pendiente, como ahora, y tenía que quedarse una hora más. El cura de la película nunca rezaba, las oraciones del breviario se entiende, claro.

Aquello del rezo debieran modificarlo. No era posible rezar tanto. En la Edad Media, en otras épocas, en los pueblos, el cura dispone de tiempo, le sobra el tiempo, no sabe qué hacer con tanto tiempo. En la ciudad, no; en el suburbio, menos. No hay tiempo de aburrirse, de que le asalten a uno las tentaciones. Y las obras son más oración que las palabras, pensaba.

Ahora estaba rezando, tarde ya, con el rezo muy atrasado, deseando terminar para irse a dormir, distrayéndose, pensando en la película, pensando en otras cosas.

El cura de la película había bebido en la taberna, con los miserables. Él, también. Pero no había puesto aquella cara. Nadie pone aquella cara. No hay licor que haga poner aquella cara. Ni la ginebra, ni el ron, ni la cazalla. Menos, la *barrecha*, que es lo que tomaban sus feligreses de las tabernas. Había fumado también con ellos. Invitando él, invitando ellos. Ideales, paquetilla, Bisonte, todo. A él le gustaba fumar. Era bueno. Atemperaba los nervios. Si no estuviera rezando, ahora lo haría. La gente, a veces, decía: Mira, el cura fumando, o bebiendo. Lo encontraban extraño, algunos, como el que fuera al cine. Su incultura les hacía tener un concepto muy amplio o muy estrecho, depende de por donde se mirara del cura. Lo confundían con un asceta. Incluso, los que abogaban por el cura, complicaban un poco la cosa. ¿Es que no es un hombre como todos?, decían. Lo mismo que haces tú puede hacerlo él. Y traían colación el asunto mujeres. Para matar esta clase de paladines.

Le había tomado cariño al barrio, a los barrios, al distrito. No quería marcharse de allí. No pensaba marcharse de allí. Había arreglado las cosas para que así fuera. Su vida, lejos del suburbio, no la compren; día. Ahora veía que, a lo mejor, tendría que hacerlo. El ambiente empezaba a serle hostil. Él había logrado durante cuatro, cinco, seis años, hacerse imprescindible al hombre de la calle, a la gente del barrio de todos los barrios, de los siete o diez barrios o quince que componían la Parroquia. Ahora temía que no fuera así, y que dejaran de quererle, y que incluso su sola presencia llegara a serles insoportable.

Aquella tarde había venido él Candel a verle.

—Mosén Jorge, ¿qué ha ocurrido en el juicio del Juan de Dios?

—No sé. ¿Por qué?

—Dicen que usted ha declarado en favor de él.

—¿Yo? Ni siquiera he ido al juicio. Me han enviado una citación, pero no he comparecido. Prefiero pagar la multa.

—Pero usted hizo un papel certificando la buena conducta del Juan de Dios.

—Yo no hice tal papel. Yo certifiqué que delante de mí comparecerían dos testigos y decían eso.

—Pues me hace el efecto de que el abogado defensor ha basado toda su defensa en ese papelucho.

—Bueno. Allá él. Yo estoy tranquilo.

—Pero es que no se trata de que usted tenga la conciencia tranquila o no. Se trata de que la gente lo sepa, esto. De que esos años que usted lleva de labor en estos barrios no queden sin fruto por culpa de un malentendido.

—¿Y qué voy a hacer?

—Algo.

Mosén Lloveras sigue rezando. No puede distraerse tanto. Tiene que acabar el rezo. Mañana tiene que levantarse temprano. Mañana la misa es a las seis. Es por un difunto y la familia entra pronto a trabajar.

—Esta mañana, en las Casas Baratas, se han metido con usted, le han insultado, ¿verdad? —había continuado diciendo el Candel.

—No. ¿Quién te ha dicho eso?

—El Rubio.

No. No le habían insultado, ni se habían metido con él. Había ido a confesar a un enfermo, y a llevarle la comunión. Y había notado algo. Algo raro en el ambiente. No sabía el qué. Pero había notado algo. Esa especie de tensión o de electricidad que hay en los ambientes cuando las cosas no marchan bien y que un sexto sentido se encarga de registrar. Pero no se habían metido con él. Había saludado a unas mujeres que barrían sus aceras y éstas no le habían contestado. Nada más. Un chiquillo le había besado la mano y su madre le había dado un pescozón. Nada más. Unos hombres se habían vuelto de espaldas. Nada más. Pero no le habían insultado.

—¿Y le parece poco?

El Francisco Candel se había dado un garbeo por las Casas Baratas, aquella tarde, para pulsar el ambiente, para ver cómo estaban los ánimos.

Había entrado por la calle 7 o Ulldecona, seguido por la 8 o Albarca, luego por la calle 1 o Arnés, después por la 13 o Serrat, y por último por la calle 4 o Tortosa. Había grupos de gente. Se presentía que todos hablaban de lo mismo. Algunos tenían el periódico en las manos, pues la cosa había salido en los diarios, como una noticia judicial en la mayoría de ellos, como algo sensacional y truculento en la Soli y en el Caso. El nombre del vicario aparecía en algunas de las noticias.

En la calle Pinatell, el Francisco Candel se había detenido unos momentos. El José y el Perchas le habían dicho:

—¿Qué te parece tu amigo el cura?

Y le metían el diario por las narices.

—*Pa* que se fíe uno de los curas. Te parece que hay uno bueno y luego resulta que todos son iguales.

Al Francisco Candel le hubiera gustado pegarse con aquellos dos fulanos. Al

Perchas lo ganaba, seguro. Pero el José era un mocetón, muy bruto por cierto. Conque tragó bilis.

—A la procesión del Corpus —había añadido el José— no va a ir nadie. Ni van a levantar altares. Al que levante alguno se lo rompemos.

El cura volvía a dejar de rezar. Pensaba que el diablo todo lo odiaba. Cada año, la procesión del Corpus se hacía por un barrio distinto. El año pasado por Casa Antúnez; el de antes, por la Colonia Santiveri Port y Plus Ultra; este año tocaba por las Casas Baratas. Ya lo habían anunciado. El señor rector había hablado de traer más guardias a la procesión más de los que era costumbre traer. Esto no le convencía. Sin embargo, la procesión estaba ya encima. Faltaban cuatro días; no, cinco; no, no: cuatro. El domingo era. Y estábamos...

El señor rector se había atrevido a reconvenirle.

—Es usted muy joven. Le falta todavía experiencia.

Pero ¿es que medir las cosas con ecuanimidad y aceptarlas con todas sus consecuencias era signo de inexperiencia?

El Candel le había dicho:

—Tiene usted que hacer algo.

—¿El qué? No me voy a subir encima de un tablado y empezar a vociferar y a gritar que eso no es cierto, que yo hice lo que hice porque...

—Pues no sería mala ocasión para hacerlo. Es la Fiesta Mayor de la calle Tortosa y hay tablado, micrófono y altavoces.

Luego, el Candel, le había dicho:

—¿Usted no tiene un cuñado que es abogado?

—Sí.

—Pues hable con él.

Había hablado. Por teléfono. Poco antes de empezar el rezo.

Su cuñado era un poco guasón.

—En menudo lío te has metido.

—Pero ese abogado defensor no tiene derecho a difamarme.

—Uno tiene derecho a hacer lo que sea con tal de defender a su cliente.

—¡Pues vaya!

—¿Sabes si la víctima llevaba acusación privada?

No lo sé. Creo que sí.

—Pues ponte en contacto con ella.

Había buscado en el periódico quién llevaba la acusación privada. Era una mujer, una letrada. Había mirado en el listín su número de teléfono, Había llamado y no estaba. Mañana volvería a hacerlo. Esta idea lo tranquilizaba. Terminó de rezar. Se fue a dormir. Mañana había de levantarse a las seis. ¡Señor!, que todo acabara como en las películas: bien.

## El juicio

El Rubio había ido a ver al Francisco Candel, aquella mañana, parece.

—Oye, Paco; ¿sa-sa-sa-sabes que esta mañana, a mosén Jorge lo han insultado?

—¿En dónde? ¿Quieres decir?

—En-en-en-en las Casas Baratas.

El Rubio, al hablar, se entrebancaba, se trababa, se atascaba. Pero eso ocurría poco. Solamente cuando se ponía nervioso. Ahora, al transcribir este trozo, hemos exagerado, nos parece. Hay quien dice que no. El Enrique. En fin.

El Rubio tenía el pelo rojo. Algunos lo llamaban Pelo Panocha. Y tenía pecas. Y era chato. Y.

El Rubio, cuando el crimen, había sido testigo, con su compadre el Redondo, de todo, y habían prestado declaración entonces. (El Redondo no era mote, era apellido. Su padre —lo que son las cosas, y las casualidades— se llamaba Redondo Cuadrado. Esto lo metes en una novela y nadie se lo cree. Pero a lo que íbamos.) El Rubio y el Redondo habían prestado declaración entonces, cuando el crimen del Juan de Dios.

Ahora los habían llamado al juicio. Al Rubio, al Redondo y al Guinea. El Rubio estaba haciendo mili en Figueras. Había recibido la citación y había salido arreando. No le había dado tiempo a cambiarse de ropa y había asistido al juicio vestido de *caloyo*.

—Pues sí, esta mañana ha sido cuándo han insultado a mosén Jorge. Estuvo en las Casas Baratas, a ver a un enfermo, creo.

—No sé.

—Sí. Lo llamaron hijo de tal, ya me entiendes, ¿no?

—Pero ¿en su misma cara, así, como tú lo dices?

—A lo mejor él no lo oyó. Pero la gente, al hablar de él ahora, lo llaman de esta manera. La gente es muy borde.

—...

—Eso no se le dice a mi cura.

—Ni a nadie.

—Es verdad. Pero a un cura, menos.

El Rubio le cuenta al Candel lo del juicio.

—Créeme, Paco; yo estaba algo así como atontolado. Tú no sabes lo que impone esa gente, vestida de negro, con aquel gorro tan difícil.

—No, yo no lo sé.

—Y como hablan tan de prisa, casi que no los entiendes. A mí me dijo el defensor un tío gordo como un bocoy: A ver, usted, póngase en pie; mire a la derecha; ahora a la izquierda; ahora hacia delante. Hasta que me *atabaló*. Y luego empezó a preguntarme cosas, que yo no sabía cómo contestar, hasta que fue y me llamó

embustero. ¡A mí embustero! Y a todos, no creas.

—¡Pues vaya! ¿Y tú no le dijiste nada?

—¿Yo? ¿Qué le iba a decir? Si cuando se metió con nosotros, con los testigos, nos dejó para el arrastre... Dice, decía: ¡Pero vaya testigos que me han traído! ¿Ustedes creen que se puede hacer caso de lo que digan, de lo que aseguren estos sujetos? Mirarlos. Uno a quien nadie conoce por su nombre, sino por el mote. ¡Y qué mote! ¡El Guinea! ¿Qué debe querer decir esto del Guinea? Y con antecedentes penales, además. ¡Bueno! Otro, lo dijo por mi compadre, que es un sin trabajo, un vago, un maleante. Pero no creas, que mi compadre le contestó. Estoy sin trabajo porque no encuentro, que no crea que no busco, le dijo. Pero el abogado no le hizo caso, sino que fue y empezó a meterse conmigo. Dijo: Y por último me traen un soldado, un soldado tartajoso; ¡lo que nos faltaba! Me puse negro, Paco. Me entró un nerviosismo Yo-yo-yo-yo tartajoso. Cla-cla-cla-claro que tartaleo un poco. Pero sólo cua-cua-cua-cua cuando me pongo nervioso, co-co-co-cómo entonces. ¡Y un soldado! Pues porque estoy sirviendo a la Patria, ¿no? A más, que yo me pongo mi traje, el nuevo, aquel gris que me pongo los domingos, y soy tan hombre como él y como el primero, y me puedo presentar en todos los sitios, sin que nadie tenga que decirme nada. ¿No-no-no-no te parece?

—Claro, hombre, que me parece.

—A-a-a-a-a ver si no.

El juicio, por lo visto, había sido de abrigo, es decir, de aupa; entendámonos. Habían asistido a él las Casas Baratas en peso, las encolerizadas Casas Baratas en peso.

Cuando comparecieron el Juan de Dios y su hijo, el rengo, las Casas Baratas alborotaron, las Casas Baratas enloquecieron. El Juan de Dios y su hijo, el rengo, estaban como alelados, estaban como pasmados, estaban como atontados, como asustados estaban. Sólo sabían decir sí o no. ¿Conoce usted a...? Sí. ¿Estaba usted en...? No. ¿Jura decir la verdad y...? Sí. El abogado defensor era un cuco. Era gordo. Era falaz. Agitaba una hoja de papel en una mano. ¡Aquí están las pruebas, aquí! Era impresionante. Las Casas Baratas en peso lo miraban con recelo, como a un enemigo, como diciendo veremos con qué nos saldrá éste. ¡El tío borde! La acusación privada, una mujer, la que según el Rubio defendía al muerto, interrumpía: óigame, señor letrado, ¿podría usted aclararme tal punto? Las Casas Baratas estaban embelesadas. ¡Qué pico de oro, Dios! ¡Así se hablaba! ¡Y con qué gracia llevaba el birrete, así, un poquito ladeado! ¡Y la toga, con qué gracia! ¡Y qué guapa era! ¡Y qué entendida! ¡Cómo preguntaba! El abogado defensor, el gordo abogado defensor, agitaba el papel y aclaraba el punto. Mi defendido ha observado siempre una conducta intachable —lo decía por el Juan de Dios; al rengo lo tenía olvidado—; mi defendido ha observado siempre una conducta intachable, así lo atestigua este papel. Es una persona honrada,

así lo afirma este papel. Es más honorable y respetable que estos tres testigos que me han puesto aquí delante: un soldado tartajoso, un sin trabajo, un antecedentes penales; más honorable y respetable que los tres juntos) así lo dice este papel. La acusación privada, una mujer, lo interrumpió: Oiga, haga el favor de no insultar a los testigos de mi cliente, que ya está bien; antes una vez y ahora, otra. El abogado gordo y defensor seguía: Mí defendido —por el Juan de Dios; el rengo seguía olvidado— es la persona más decente de todas las Casas Baratas, así lo dice este papel. Las Casas Baratas en peso aquello no lo podían consentir; y se agitaban, y hablaban fuerte entre ellos, y se movían inquietos. ¡Ya estaba bien! El ujier, como en *María de la O*, decía: ¡Silencio en la Sala! El abogado defensor y gordo decía: Más honrado y honorable que estos tres testigos que me han traído. La acusación privada, una castiza mujer, decía: Señor letrado, cíñase a la cuestión de la cosa y no zahiera a los testigos por parte de mi cliente. Las Casas Baratas en peso decían: ¡Olé! ¡Qué labia! ¡Así se hablaba! El abogado gordo defensor decía: Así lo atestigua este papel. ¿Y quién firma este papel? El cura, nada menos que el cura de vuestra parroquia. ¿Y acaso un cura, un ministro de Dios, puede mentir? ¿Acaso no es más digno de crédito un cura, un ministro de Dios, que estos tres testigos: un soldado tartaja, un sin trabajo y un antecedentes penales? La acusación privada, que como mujer estaba muy bien, interrumpía de nuevo: Haga el favor de no insultar a los testigos por parte de mi cliente. El abogado gordo defensor volvía: ¡Un cura! ¡En este papel lo atestigua! ¿Acaso no es más digno de tenerse en cuenta lo que dice un cura que lo que... La Josefa, la madre del Enrique, gritó: ¡Eso es mentira! ¡Eso no lo ha dicho el cura! ¡Eso es mentira! ¡Eso no lo puede decir el cura! A la Josefa la sacaron de la sala. La Josefa, mientras la sacaban de la sala, no dejaba de gritar: ¡Eso es mentira! ¡Eso no es verdad! ¡Mentira! ¡Sí, mentira!, cada vez más fuerte. Algunas le decían: ¡Tú que sabes! ¡Que yo qué sé! ¡¡Mentira!! ¡¡¡Ment...!!! El abogado gordo defensor, agitando el papel, pedía, con la venia, al juez y al fiscal, la máxima benignidad para sus defendidos —volvía a acordarse del rengo—, la mínima pena para sus defendidos. Las Casas Baratas en peso estaban como desmoralizadas. ¡Habrás visto! La acusación privada, una mujer, y qué mujer, ¡olé!, pidió, con la venia, para los culpables, justicia, severa e inexorable justicia, la máxima pena. Las Casas Baratas en peso rugían de emoción. ¡Aquello era una mujer, una mujer que los tenía tan bien puestos como un tío; una mujer que los tenía cuadrados!

Ya el juicio acabado, las Casas Baratas en peso se esperaron en la puerta del Palacio de Justicia. Cuando el abogado gordo defensor, que estaba hecho un pájaro, salió, empezaron a abroncarlo.

—¡Ladrón!

—¡Hijo tal! (Sin preposición, que no hace puñetera falta.)

—¡Criminal!

—¡Verdugo!

—¿Cuántos cuartos te han *dao* para que hicieras lo que has hecho?

—¡Judas!

El abogado gordo defensor, que en la sala, durante el juicio, parecía un emperador, un general, un capitán de barco, un *melocomotodo*, allí era una pulga, una sucia colilla, un trapo de la cocina, un *yonohedichoná*. De un salto —un salto de rebeco joven y no de hombre elefante— se encaramó en el primer tranvía que pasó. ¡Cualquiera no!

Cuando la acusación privada, ¡vaya mujer!, salió, las Casas Baratas en peso gritaron:

—¡¡Viva!!

La madre de la víctima se abrazó llorando a la acusación privada. La acusación privada, muy solemne, dijo:

—Señora, no se preocupe que se hará justicia.

Luego dijo a las Casas Baratas en peso que, con su alborotar, lo que hacían era empeorar la situación. Las Casas Baratas en peso veían que tenía razón; pero no lo podían remediar.

---

Un lío o taco así le contó el Rubio al Francisco Candel aquella mañana.

—De-de-de-de verdad que sí, Paco; de-de-de-de verdad que sí.

—Bueno, hombre, bueno; no te pongas así, ¡leche!

\*\*\*

Al Paquirri y a su tío el Sisquín les había llegado fe: la citación para que se presentaran a juicio por aquel lío del Lorente, por aquello de las nueve gafas. El Sisquín se había ido a Madrid. Le había salido trabajo allí de yesero por unos días y allí se había ido. Al juicio tuvo que asistir el Paquirri solo. Para amortiguar su soledad lo acompañó su abuelo, que como era viejo no tenía que hacer, y que llevaba una cachava así de grande.

El Lorente, el de La Luna, siguiendo esos especiales consejos que siempre da la gente, se había hecho curar por un médico particular, en lugar de haber ido al Dispensario Municipal donde le hicieran la primera cura. Se había hecho poner la penicilina y no sabemos cuántas cosas más. Había ido amontonando receta tras receta y factura tras factura. Todo eso lo tenían que pagar el Paquirri y su tío, aseguraba, ¡ya verían! Las recetas y facturas subían ya por lo menos setecientas pesetas. Además parece ser que se buscó un abogado.

El juicio tuvo lugar en el juzgado número no sé cuántos —por lo menos éste es el número que siempre daba el Paquirri cuando explicaba el asunto de la calle Santa Ana.

En la sala donde los metieron había el juez y dos abogados. El fiscal debía ser el uno y el otro el defensor del Lorente, o ambos sendos defensores, o... esto jamás se lo acabó de aclarar el Paquirri. Allí, por lo que pudo ver, sólo llevaba el juez la voz cantante, que iba a hablar un abogado, el juez le decía: Usted se calla; que iba a hablar el otro, ídem. Aquellos dos abogados eran muy retóricos y al señor juez le cargaban. El señor juez, lo que quería, era acabar cuanto antes.

El Lorente, el de La Luna, llevaba en la mano el puñado de recetas y de facturas, por lo menos setecientas pesetas. Las agitaba. Parecía que se las iba a meter al señor juez por las narices. Al señor juez, aquello le molestaba.

—Oiga, ¿quiere guardarse esos papeles?

—Es lo que me he gastado en curas y medicinas.

—Bueno, pues se los guarda.

—Es lo que me tienen que indemnizar.

—Le he dicho que se los guarde.

Uno de los abogados, que por lo visto era el que defendía, el que daba la cara por el Lorente, dijo.

—Es que mi cliente...

—Haga el favor de callarse usted también, ¿quiere?

El abogado se tragó la lengua.

El juez preguntó al Paquirri:

—¿Es verdad que usted le debía a este individuo veinte pesetas?

—Sí, señor.

—¿Es verdad que no se las quería usted pagar?

—No, señor.

El juez preguntó entonces al Lorente:

—¿Se las pidió usted alguna vez y él se negó a pagárselas?

—No, señor.

Esto, según el Paquirri, fue lo que perdió al Lorente.

—Pues entonces, ¿de qué se quejaba usted?

Quiso contar lo del banquetazo o taburetazo. El Paquirri contó lo de la palabra sinvergüenza y lo de intentar querer pegarle con la silla. Los dos abogados quisieron hablar de nuevo, pero el juez no los dejó. Aquel juez no dejaba hablar a nadie.

—¿Usted tiene algún inconveniente en pagar ahora mismo las veinte pesetas que le adeudaba?

—Yo, no, señor —dijo el Paquirri.

—Pues se las paga.

El Paquirri no llevaba dinero encima, conque llamó a su abuelo.

—Abuelo, saque veinte pesetas.

—Espere —dijo el señor juez—. También tendrá que pagar cincuenta pesetas de indemnización, setenta de gastos de juicio, y diez de pólizas. ¡Adelante!

El abuelo echó mano a la cartera y sacó lo que le dijeron. Por ciento cincuenta pelas valía la pena haberle partido la cabeza al chulo aquel de La Luna. El de La Luna el Lorente, echaba espuma por la boca. ¿Quién le pagaba ahora aquellas facturas, aquellas recetas? Se aproximó a los que iban con él, a los que habían venido a acompañarle y habló y gesticuló con ellos.

Cuando bajaban las escaleras del juzgado el Paquirri pensó que a lo mejor, aquéllos, ahora, intentarían cascarle.

—Abuelo —le dijo a su abuelo—, ¿puede usted caminar sin la *cayata*?

—Sí, hijo; ¿por qué?

—Por nada. ¿Quiere dármele? Usted aligere y vaya delante. Doble a la derecha, para la Avenida Puerta del Ángel.

El Paquirri apretaba con toda su fuerza la garrota en una mano. Pensaba: Nada más que intenten decirme algo, el primer palo a la cabeza. ¡Total son treinta duros de multa!

Caminaba de prisa por eso, pues no las tenía todas. Pero cuando se volvió, vio que el Lorente, el de La Luna, y los suyos, habían tirado hacia la Rambla. ¡Amén!

## El Candel, aquella noche, no podía dormir

El Candel, aquella noche, no podía dormir. Se revolvía inquieto en la cama y en la oscuridad. Se colocaba del lado derecho, se colocaba del lado izquierdo, boca arriba, boca abajo, encendía la luz, la apagaba. Es el calor, se decía. Y se acordaba de mosén Lloveras sin parar, constantemente, y cuando dejaba de acordarse por un momento y luego volvía a hacerlo, el estómago se le constreñía, y notaba algo así como un bocado, como un mordisco en él, un mordisco de caballo con dentadura de perro. Es raro, pensaba. Otras veces, en ocasiones así, en circunstancias como ésta, en situaciones análogas, le daba un brinco el corazón, un vuelco, que se dice literariamente, algo así como un vahído. Ahora los vahídos los notaba en el estómago, le repercutían en él. No acababa de tranquilizarse, se sobresaltaba. Daba otra vuelta, otra, otra, y se le escapaba la misma muletilla o respiro: es el calor.

El pensamiento es sutil, y se desdobla y se escapa y se aleja y ramifica, como unas raíces, huyendo de ese tronco espeso que es el cerebro. Y llega un momento que no piensas en lo que pensabas, o que no piensas lo que querías pensar, o en lo que te obstinabas, e incluso llegas a estar ausente, fuera de órbita, fuera de tu yo, en un soporífero nirvana. Y cuando te recobras te sorprendes y quieres averiguar dónde estabas, por dónde iba el pensamiento esta lanzadera inagotable de los mortales. Y al no poderlo averiguar, imaginas que has estado como muerto, y tiembles ante el presentimiento de que ese desdoblamiento que se efectúa, ese yo que se escapa del otro yo, ambos yos, no sepan tornar a encontrarse o recuperarse. ¡Pero en menudo lío nos estamos metiendo!

El pensamiento, al Candel, por mucho que se extendiera, por mucho que se le ramificara, siempre volvía al mismo tema: mosén Lloveras. Se desasosegará, y lo achacaba a la calor. (El Candel, como buen ciudadano barcelonés, al calor, a veces, casi siempre, le decía la calor. Por aquí, debido a esta mezcolanza de catalán, murciano, gallego, andaluz, castellano, argot, caló, valenciano, se habla una jerga o jerigonza de la cual muy bien pudiera surgir —con el tiempo; quién sabe; peores cosas se han visto— una especie de esperanto, si no universal, por lo menos sí nacional.) Pero continuando. Cuando el Candel se acordaba de mosén Lloveras, ya se sabía: mordisco que te crió en el estómago, de primera impresión; después, una especie de desmadejamiento; después, una especie de atar cabos e hilos, una especie de querer reconstruir las cosas, una especie de *descrismarse* diciendo antes no era, ahora es, y podía no haber sido, una especie de querer buscar soluciones. Pero las soluciones, como en los calendarios de taco, siempre aguardan a mañana. El calor o la calor continuaba molestando, o haciendo creer que era él —o ella, depende—, este calor —o esta calor, depende—, quien molestaba, la base de todas las preocupaciones. Sigamos.

El Candel era muy dado a las reflexiones, o más que a las reflexiones, a hurgar en ellas, arañando, arañando, hasta que éstas, las reflexiones, se ponían que, bueno, no había por dónde cogerlas, como cuando uno se quema, que no hay quien lo toque.

Se decía, el Candel: mosén Lloveras debe de estar como yo, inquieto, desasosegado, pero él no por el calor, como *menda*, sino por el bollo de estos días. Y yo puedo sacudirme las manos, y decirme: a mí ni me va ni me viene, ni me viene ni me va. Pero él, no. Aunque quiera, no. Aunque lo desee, no; No puede hacer ni decir eso. Es la ventaja del dolor ajeno sobre el propio, A un ser de los que aprecias, de los que se mueven en ese círculo que son nuestras amistades, nuestros conocidos, nuestras relaciones; a un ser de éstos, pues, le ocurre algo, le sucede algo, y tú vas y te apuras y entristeces y dices: ¡pobre! Pero él no se saca su dolor de encima ni por un momento y tú, sí. La prueba es que a veces, a pesar de que el mundo se ha hundido para el otro, para ti, no, pues ríes cuando te olvidas de la cosa, y sin olvidarte también, y haces perfectamente la digestión, mientras que el otro a duras penas come, y, si eres casado, aquella noche, si a mano viene, cohabitas con la mujer, pues no es delito el hacerlo, claro, ni pecado, pero... Sólo uno es yo y los demás circunstancias, y por más que se poetice y se pretenda, nadie puede estar en nadie y compartir. Amén.

¡Ostras! (En ocasiones, soltando tacos, incluso tacos mentales, el Candel era muy fino, muy comedido, ya se ve.) ¡Ostras, qué calor! Junio, aquel año, sé las traía. Dio un par más de vueltas. Y una patada a las sábanas. Gentes que venían de las Fiestas de la calle Tortosa, de la parte de arriba de la calle Tortosa, pasaban cantando. El Candel los oía. Reían. Eran felices. Al otro día deberían levantarse temprano, para ir al trabajo. Pero en aquellos momentos, todo era bello. Encendió la luz. Se puso a leer. *Contrapunto*. Huxley. ¡Qué bien escribía aquel fulano! ¡Qué manera de analizar, de ramificarse, de complicar, de contraponer, de irse, de volver! Le entró sueño. Menos mal. Apagó la luz. Otra vez desvelado. El insomnio tiene eso. Quieres sacarle provecho y no puedes. Es un espejismo. Crees que podrás leer y te duermes. Crees que podrás dormir y te desvelas. Divagas, y te vas, y vuelves, y estás y no estás, y quieres estar y no puedes, y acabas tonto. Complicado el *Contrapunto*. Complicado lo de mosén Lloveras. Complicadas sus reflexiones. Complicada la calor, perdón, el calor. Complic... ¡Coño! (Esta vez el taco era redondo, bueno, puro; nada de sucedáneos.)<sup>[5]</sup> Dio un par más de vueltas, boca arriba, boca abajo, y siguió dándole al bombo de las preocupaciones; un bombo que, al igual que el de las tostadoras, si paras de darle se queda el contenido; y a diferencia de las tostadoras, por más que lo agitas también se quema, o por lo menos, se pudre, su contenido.

Le daba vueltas a la tostadera, agitaba la lanzadera, dejaba las raíces y volvía al tronco —qué de nombres y de metáforas—, rumiaba, pensaba, se cansaba se dolía.

Una vida de virtudes con una acción mala de final y pifiada, pringado la hemos,

que dicen en Santander; una vida de maldades y un arrepentimiento postrero, y todo se ha salvado. Así lo dice el Catecismo, Lo malo es que los hombres miden con el mismo rasero. O quieren medir. O lo que hacen, en realidad, es que no perdonan nunca, condenan siempre. En el primero de los casos y en el segundo. No sabía por qué pensaba todo esto. ¡Qué calor! Vuelta, patada a las sábanas. Luz. Oscuridad de nuevo. Lo mismo que su cerebro.

De desagradecidos está empedrado el infierno. Tal vez. El Candel no había estado nunca allí. Pero que el mundo estaba más que empedrado, saturado, como si fueran miasmas, sí.

Seis, ocho años, diez probablemente —no, diez no— llevaba mosén Lloveras en la Parroquia. Seis, ocho, diez años —no, diez hemos quedado que no— de un cartel estupendo, y ahora, por un malentendido, por una confusa interpretación, por una equivocada creencia, éste se le venía abajo. Y mosén Lloveras, con ese empecinamiento sublime de los honrados, sin mover un dedo para evitarlo.

—Para qué. Yo tengo la conciencia completamente tranquila.

—Pero es su prestigio y el de los de su clase el que está en juego.

—¡...!

Aquella tarde se había dado un garbeo, el Candel, por las Casas Baratas, y había observado un ambiente hostil. Corros, periódicos en las manos. Comentarios aquí y allá. Algunos se habían atrevido a abordarle.

—Tu amigo el cura.

Todos acataban el hecho, todos lo daban por cierto. Unos no queriendo, doliéndoles; otros, con fruición.

—No iremos a la procesión. —Era una pequeña venganza de cara a la entidad más que hacia el individuo.

Abrió la ventana de la habitación, el Candel. Con la ventana cerrada, calor; con la ventana abierta, fresco. No había término medio. Sucedió como con el insomnio. Se tapó con las sábanas.

El Candel se había discutido con una tía suya, que le había dicho que, a la corta o a la larga, todos los curas eran iguales.

—Pero ¿a usted, tía, los curas le han hecho algún mal?

—A mí, no. Pero a otros, sí.

Al Candel le dolían mucho estas cosas, o, más que dolerle, le cabreaban. Pasable que una vez reconocido el hecho, si cierto, lo condenaran. Lo que no era pasable, lo que no tenía justificación, era que nadie hubiera movido un dedo, que nadie hubiera dicho voy a ver qué hay de verdad en eso. No habían tenido agallas para haber formado una comisión y haber ido a ver al cura y haberle dicho:

—Mosén Lloveras, pasa esto. ¿Es cierto?

No, no habían sabido ir. En cambio, cuando los despedían de tal o cual lugar,

cuando les tiraban las barracas, cuando los metían en la cárcel, en seguida una comisión y a verlo, a pedirle que diera la cara por ellos. Sólo algunos, al principio, habían dudado, no se lo habían querido creer.

—Debe de haber sido el cura viejo.

—¡No, no! ¡Mosén Lloveras! ¡Mira el periódico!

Y en seguida habían aceptado la cosa, sin pararse en discernimientos.

Y por todos, por todos, había hecho algo mosén Lloveras.

A un limpiabotas que estaba enfermo del pecho y no podía darle al cepillo, le dio dinero para que se comprara un carro y un burro y pudiera hacer de trapero. A otro le había buscado un buen trabajo. A otro lo había metido en un sanatorio. A un anarquista ateo lo estuvo socorriendo durante una larga y penosa enfermedad, durante una tremenda agonía, sin ponerse pesado obligándole a que se confesara porque se iba a morir. Lo ayudaba, nada más. Ir con el cuento de su limosna, no podía coaccionarle. El hombre, por encima de todo, es libre.

Era un tipo humano, mosén Lloveras, pensaba el Candel, un tipo de los que honraban a su gremio. En realidad, curas buenos, curas exaltados, curas santos, curas místicos, curas virtuosos, hay muchos que no hay, pensaba, eran curas humanos. Recordaba los vicarios que en la Parroquia habían precedido a éste. Curas dinámicos. Curas que entraban en las tabernas. Curas que jugaban a la pelota con los chicos. Curas todo lo que se quiera. Pero curas que a la mínima, que era siempre, te decían: ¿Ya vas a misa? ¿Ya comulgas? ¿Ya confiesas? ¿Ya eres buen chico? Curas que eran muy buenos, muy buenos, pero que sólo por esto, por esta manera de ser, se les esquivaba solapadamente, se procuraba estar lo menos posible con ellos.

Mosén Lloveras, no. Mosén Lloveras hacía todo lo que pudieran hacer los otros: beber una copa en la taberna, fumarse un pitillo contigo, interesarse por tu trabajo, por tus problemas; pero no te molestaba con eso de si ibas o no ibas a misa o de si confesabas o no. Y esto, la verdad, se agradecía. Mosén Lloveras era de esos: haz bien y no mires a quién, que, en fin de cuentas, es la mejor doctrina, y, a la larga, la más convincente.

Su humanidad, la de mosén Lloveras se entiende, rayaba en lo inverosímil, seguía pensando el Candel. Él se inclinaba a los circunstantes para que los circunstantes no tuvieran que auparse hasta él. No basta con saber unas obligaciones, cumplirlas a rajatabla y quedarse tranquilo. Hay que darles un cariz de cordialidad, una dosis de comprensión.

Recordaba de una vez en que había ido con él a ver a una enferma. La confesó nada más. Al salir, él, el Candel le había dicho:

—Esa mujer no llega a mañana.

—Eso me parece a mí.

—¿Que no lleva los óleos?

—Sí. ¿Pues?

—Como que no la ha extremaunciado...

Mosén Lloveras se sonrió.

—Así tal vez no llegue a mañana, desde luego; pero si le llego a dar la extremaunción, tal vez no hubiera durado una hora. Y se hubiese angustiado y desesperado. Le he dicho que mañana le traeré la comunión. Vendré temprano. Entonces, a lo mejor, le ungiré los santos óleos. De todos modos, la he dejado bien preparada.

Caminaron un rato en silencio. Era enero, pero la noche no era fría. Claro que no era como la de ahora, como la de hoy, angustiosa.

—Debe ser complicado ir a ver a un enfermo cuando no te ha llamado él ni la familia, cuando sólo ha sido el doctor del Dispensario quien ha dicho; vaya a tal sitio que hay un enfermo grave.

—Sí, bastante complicado. El doctor del Dispensario lleva una obsesión con esto. Siempre te dice: vaya a tal sitio, vaya a tal otro. Y él, con esto, queda tranquilo, como diciendo: ya cumplí. Pero a veces no te deja dicho si es un hombre o una mujer el enfermo, si es viejo o joven, si durará aún muchos días o pocos, si la familia está conforme en que el cura vaya o no. Cualquiera detalle de éstos es interesante, te ayuda mucho. No es la primera vez que los familiares me han dado con la puerta en las narices, diciendo que no me habían llamado para nada. Y es que el cura, para un enfermo, es un pájaro de mal agüero. Se está muy acostumbrado a que enfermo que visita, enfermo que pringa. ¡Cualquiera quita ahora esta fama! Además, en parte, esta fama es cierta. El cura tendría que ser un verdadero amigo de todos los enfermos, tanto leves como graves. Estarían acostumbrados a su presencia y no habría tantos inconvenientes ni complicaciones.

Encendieron un cigarro. Cuando hace algo de frío da gusto fumar. Ahora no daba gusto. Echaron un pitillo, decíamos. Eran Ideales.

Los Ideales se apagaban continuamente. Hicieron esos comentarios que se acostumbra a hacer siempre que el tabaco es malo, o salen tronquitos, o se apaga. La Tabacalera y tal. El Candel se las dio de gracioso.

—Estos cigarros son como las hojas Iberia.

—¿Por qué?

—Cuestan menos porque duran más.

Mosén Lloveras se echó a reír.

—No creas, que en cerillas ya te cuestan un pico. —Luego prosiguió—: Yo ya soy un poco psicólogo en esto de los enfermos, un poco gato viejo. En seguida *cliso* la cosa y obro según las circunstancias.

—¿Qué le ha dicho a esta enferma de esta noche?

—Era una mujer devota. Tenía un cuadro la Virgen del Carmen en la cabecera de

la cama. Sobre la mesita un San José. Hablamos. Fue fácil, pidió que rezara por ella. Le dije que lo hiciera también. Entonces le insinué que la oración es más eficaz estando en gracia de Dios. Se confesó enseguida. Me ha pedido que vuelva. Mañana lo haré. En la misa pediré por ella. Le llevaré el Viático, por si aún vive. Casi nunca me encuentro con casos difíciles.

—...

—Yo confío mucho en la justicia de Dios. Hay quien confunde justicia con venganza, o con usura.

Callaron un momento, mientras seguían andando. Las conversaciones tienen eso, que de pronto se cortan, como la leche. Sólo que la leche no tiene arreglo y las conversaciones, sí. El Candel se echó a reír. No estentóreamente, sino para él.

—¿Se acuerda de aquella vez que le llevó usted la Comunión a un enfermo, en la montaña de Montjuich, cerca del Valero Grande, y que yo le acompañé?

—No recuerdo.

—Sí. Era una mujer también. Le mandó llamar una señorita de las Conferencias, una de las señoritas que visita pobres por aquellos barrios. Vinieron a buscarle con un coche, y subimos por la Exposición.

—Ya recuerdo. Era un topolino en el que casi no cabíamos. Al volver, por poco nos estrellamos frente al Pueblo Español, por culpa de aquel taxi, ¿no?

—Eso.

—Sí, sí, ya me acuerdo, ya.

—A mí aquello me causó mala impresión.

—¿El qué?

—Pues toda la ceremonia en sí. Llegamos y salieron un puñado de críos con velas encendidas. La dama aquella de las Conferencias estaba muy contenta. Había hecho una especie de altar en la mesita de noche. Usted confesó a la mujer, y luego empezó a rezar, y los críos y yo y la de las Conferencias, contestando amén, y contestando las avemarías y los padrenuestros. ¡La pobre enferma nos miraba con una cara de pasmo! Luego, al terminar, la señorita de las Conferencias estaba alegre y locuaz, como el que acaba de facturar un bulto en la estación y ya no tiene miedo de que se le extravíe. La enferma estaba alhelada. Yo creo que nada más pensaba: Rezan porque me voy a morir. Sus ojos abiertos y angustiados parecían que sólo preguntaban eso.

—Sí, yo también creo que sólo pensaba eso. Fue lo primero que me preguntó cuando llegué: Me muero, padre, ¿verdad? No supe qué decirle. La de las Conferencias ya la había convencido de que sí, de que se iba, y que a fin de cuentas lo mejor era morir como es debido. Un método un poco cruel, pero lo hemos heredado así. Realmente murió aquella misma noche.

—No tenemos derecho a agriar los últimos momentos de un moribundo.

—Más que no tener derecho, lo que hay que hacer es poner mucha caridad en

todo y procurar que por nada del mundo nos envuelva el manto ese del habituamiento y la costumbre. Las rutinas son perniciosas porque hieren sin que nos demos cuenta, sin que nos percatemos.

Sí, sí. Decididamente, mosén Lloveras era un cura humano, volvía el Candel. Pero su humanidad, ahora, de nada le había servido, continuaba rumiando. Sus cartas de recomendación a todos los que buscaban trabajo, los conociera o no; sus limosnas con la mano derecha procurando que no se enterara la izquierda; sus limosnas que eran como un regalo y no como una afrentosa caridad; sus limosnas que te hacían creer que el favor se lo hacías tú a él cogiéndolas y no él a ti; su visitar a los enfermos, como ángel esperanzador y no como pajarraco de mal agüero; su sacar la cara por todos, honrados y ya no tan honrados, de nada le estaba sirviendo. Todo eso como si no lo hubiera hecho. Todo su prestigio se desmoronaba. Y nadie había abierto la boca para decir qué hay de todo este jaleo del juicio, nadie había alzado un dedo. Aquello daba coraje. El Candel golpeaba la cabecera, y eso que la cabecera, culpa, no tenía ninguna.

Nadie había alzado un dedo. Muchos respiraban con fruición, como venteando. Los pudientes de Port, que miran un poco al desgaire a los de las Casas Baratas, que se creen más civilizados, que se creen más aristócratas, que cuando ven al cura no se quitas el sombrero porque no llevan, que si no, sí, tampoco habían dicho nada, tampoco habían rechistado. Como los cuervos, estaban a la expectativa.

Cerró la ventana. El fresco le helaba la espalda.

La Pepita, la maestra; la Maruja, la novia del Candel; el Pedro, el padre del Candel, y el Candel, habían estado hablando mocho rato de todo esto lo que se podía hacer. La Pepita, con una lógica: pedagógica, porque sí, decía:

—Se tendrá que marchar, ya lo veréis; se tendrá que marchar.

A la Maruja, que era muy propensa a las lágrimas, se le empañaban los ojos.

—Para que vayas haciendo favores a la gente... El señor Pedro, o Pedro a secas, que de las dos maneras lo llaman por aquí, estaba exaltado.

—¡Me cago en la leche! ¡Si oigo hablar a alguien al de mosén Jorge, lo *espeazo*!

La Pepita volvía:

—Yo me marchaba, sin contemplaciones. Esta gentuza no se merece otra cosa.

La Maruja:

—Yo sentiría mucho que se fuera.

Al Candel también le daba mucha rabia que se fuera, también lo iba a sentir mucho.

—¡Toma! ¡Todos lo íbamos a sentir! —La Pepita, cuando hablaba, gritaba, como si estuviera en la clase con las alumnas.

Le dio una patada a las sábanas. Se destapó. El calor de nuevo. Él también iba a sentir el que se fuera, si se iba, porque lo apreciaba, porque se había acostumbrado a

él, porque... El Candel, que hilaba fino y delgado, que era reconsagrado hasta para él mismo, se decía que también lo iba a sentir por la máquina de escribir que el cura le tenía prestada. ¿Cómo iba a pasar a limpio sus elucubraciones, sus engendros, si se marchaba? ¿Y por qué se tenía que marchar? Que prescindiera de la gente, que los enviara a todos a hacer gárgaras. Él a lo suyo y aquéllos a lo que quisieran. Pero un cura no un seglar. Tenía que darse cuenta de eso.

Además, seguía, que más favores tendrían que necesitar ellos de él, que él de ellos. Mosén Lloveras, de ellos, ninguno. En cambio, ellos, a la corta o a la larga... Cuando le fueran a pedir algo, no, y al avío.

Sí, sí... Mosén Lloveras era de los haz bien y no mires a quién. Mosén Lloveras era de los que leen el Evangelio, pero de esos locos que, además de leerlo, lo practican. Llevaba seis, ocho años allí. Él mismo había arreglado las cosas para que no lo sacaran de aquellos barrios, para que no se le acabaran los plazos esos de dos años con que parece que tasan a todos los vicarios en todas las parroquias. Le gustaban los trabajadores los pobres. Tenía vocación, aparte de cura, de trabajador, de pobre.

Como él decía que había dicho el *abbé* Godin, el fundador de la Misión de Francia, ese hombre que encontró la muerte la vigilia de su debut como obrero por culpa de un calentador eléctrico que le encendió la borra del colchón; como decía, pues, este santo varón: que seas obediente a nadie le va a parecer un gran mérito, pues todo él mundo lo es: los obreros con los burgueses y encargados, los soldados con la oficialidad, los alumnos con los profesores, los hijos con los padres. Que eres casto, no se lo van a creer demasiado; dirán que en eso, el cura es hombre, y todos los hombres hacen lo que pueden. En cambio, que eres pobre, si lo eres, nadie te lo va a negar. Y por eso él, mosén Lloveras, tenía miedo al dinero, a lo que más, y procuraba desprenderse de él en seguida, pues aquel dinero que era suyo no era suyo, sino que era de todos.

Verdaderamente, aquel cura era el colmo, pensaba el Candel. Todo lo daba, todo lo dejaba. El dinero, la máquina fotográfica, la pluma estilográfica, la máquina de escribir. (Tenía una bicicleta y se la dio a uno que siempre se la estaba pidiendo prestada; había llegado a la conclusión de que si el otro la hacía servir más que él, era porque la necesitaba más que él, seguro.)

A veces no tenías ni que pedirle las cosas; él adivinaba tu petición; y te las ofrecía.

Se puede ser dadivoso, pero incluso la generosidad tiene sus límites. Existen objetos que hasta el hombre más santo los considera sagrados y dice, eso no, todo menos eso, todo menos esta y aquella cosa. La pluma y la máquina de escribir, por ejemplo, que aseguran que son tan sagradas como la mujer y no se pueden prestar ni por equivocación, ya lo veáis: la máquina de escribir la tenía más tiempo él que él —

el Candel que mosén Lloveras—. Desde luego, si se iba, si se tenía que marchar, lo iba a fastidiar lo que se dice bien, bien. Era muy reconsagrado, el Candel, si.

Dio más vueltas en el lecho. ¡Qué egoísmo! ¡Dolerle que se fuera más que por otra cosa porque se le llevaría la máquina! Se insultó: ¡Eres un canalla!

Más vueltas, más patadas. ¡Y que hombres así sean derribados por la misma base que los sustentan...! Por la de la caridad, por la de la conciencia.

Había que hacer algo. Pero ¿qué? Vueltas de nuevo. Calor de nuevo. Patadas de nuevo. Fuera sábanas de nuevo. No abría la ventana a pesar de eso. No, que luego tendría que cerrarla...

Empezó a soñar. Las divagaciones tienen eso; las reflexiones, también; la desesperación, ídem. Cuando menos te lo piensas estás enfrascado en dulces sueños de soluciones irrealizables, en dulces sueños que son como las uvas que la zorra de la fábula no podía alcanzar.

El Candel se veía héroe, cascándose con todo Dios, defendiendo a mosén Lloveras a trompazo limpio, ganando a todo el mundo. La letra con sangre entra, y los convencimientos, el convencer a la gente, también, razonaba.

Se veía en el tablado de la orquesta, en la Fiesta Mayor de la calle Tortosa, imponiendo silencio a la multitud, y largándoles luego un discurso qué ni Dantón, de quien se dice que le bastaba una simple perorata a las multitudes para que éstas lo siguieran arrebatadas.

Se veía, luego del discurso, con toda la gente detrás, vitoreando a mosén Lloveras, hasta ir a buscarle para demostrarle su reconocimiento y su admiración.

Se veía en una procesión de Corpus tremenda, descomunal, desconocida, con más altares, con más adornos que nunca, como señal de desagravio, la gente mirándole a él, diciendo: éste nos sacó del engaño, éste nos aclaró todo, éste nos convenció, éste nos sacó del error. Se veía...

Finalmente los ensueños y figuraciones se convirtieron en sueño, más o menos inquieto o desinquieto, que es lo mismo, y se quedó como un leño. ¡Qué calor!

## La solución

Mosén Lloveras ha telefoneado a la acusación privada, una mujer, y le ha dicho quién es y lo que hay. La voz, al otro lado del hilo, es agradable. Probablemente su rostro debe ser como su voz; probablemente.

—En realidad, padre, estaba aguardando su llamada.

—¿Sí?

—Sí.

Por lo visto ella no había creído ni por un momento en esa declaración firmada por el cura del barrio que tanto esgrimiera su colega, sino que creía más bien en lo que acababa de decirle él. Lo citó para aquella tarde en su despacho.

El despacho era sobrio y elegante, con algo de coquetón. No sabías por qué, pero te decías que era el despacho de una mujer. Tal vez lo que sucedía era que como ya lo sabías... En fin.

El teléfono era blanco. La carpeta de sobre la mesa, de cuero repujado. En una mesita, junto a unos divanes, había flores y un cenicero. Entraba mucha luz. La acusación privada fumaba. Era una mujer agradable como su voz. Guapa, también. O quizás el pensar que era una letrada era lo que la hacía guapa. ¡Quién sabe!

Hablaban. Ella más. En los abogados ya se sabe. Hablar de profesión. Claro que los curas no se quedan en zaga.

El cura le había contado el asunto. La acusación privada no había dado demasiada importancia a la cosa.

—Yo creo que no van a servir de nada las argucias de defensor.

Por lo que ella calculaba, el Juan de Dios sacaría treinta años y un día. El hijo sería recluido en un manicomio. Treinta años y un día, por más indultos que surjan para un sexagenario es la muerte. Caso de que surgiera una sentencia más leve, apelarían al Supremo. La gente cree que las penas de muerte están a la orden del día; que una pena de muerte se da como el que da un pitillo, tan frescamente, tan tranquilamente. En la clase pobre esto se cree más. ¿No ha hecho? ¡Pues que lo pague! Y a los familiares de la víctima es difícil razonarles. Todos ellos van por la ley del Talión: ojo por ojo, diente por diente. Es complicado razonarles. Mi hijo está muerto y él está vivo; en la cárcel, pero vivo; treinta años, pero vivo. No se paran a pensar que, a veces, esto, esta cárcel y estos años, es peor que estar muerto. Ellos no entienden de leyes; a razonamientos tampoco atienden. Ella, la acusación privada, habla intentado explicar a la familia de la víctima que el Juan de Dios tenía varios atenuantes en su favor. Primero, que pasaba de los sesenta años; segundo, que se presentó a las autoridades, que no aguardó a que fueran a detenerle; tercero, que a pesar de lo que contaban de él, que si ya había matado a otro y que si había sido patrullero, sea como fuere, antecedentes penales no tenía; cuarto, que durante el

tiempo de su reclusión hasta el día del juicio, en la cárcel había observado una conducta intachable; y varias otras cosas más que obraban mucho en su descargo. Ella estaba segura de que le saldrían treinta años, y el hijo, al manicomio. Si salía menos, las cosas se arreglarían de otro modo. Ella no estaba dispuesta a dejarse pisotear. El cura estaba dispuesto a aportar su grano de arena en todo lo que hiciera falta, demostrando así su poca simpatía y su mucha repugnancia ante aquel crimen tremendo.

La acusación privada le había dicho que la familia de la víctima llegaría dentro de poco a su despacho —consultó su reloj—, y que ella tenía interés en que lo vieran con ella, para así demostrar más su inocencia, su poca participación en este lío. Algo así como para convencerles más cuando se les contara la cosa.

El cura estaba un poquito nerviosillo, un poquito nada más. Él era de los que creían que, hablando, las personas se entienden. Y no es lo mismo tener que razonar a tres o cuatro personas que a una multitud.

Cuando la familia de la víctima llega se quedan, más que sorprendidos, cohibidos. La acusación privada sonrío; se da cuenta de que ella es el poder moderador, eso, el poder moderador, por decirlo de algún modo. Se explica, y el cura también se explica. Le pidieron... no quiso... pero a que dos testigos, ante él, dijeran... a eso no se podía negar... La familia dice bueno, bueno. Sin comprender aún del todo. La verdad sea dicha, la madre nunca acabó de creer que el cura, ¿eh? Ella siempre creyó que allí había gato encerrado. La abuela, que es muy beata, está muy contenta de que aquello del cura no haya sido verdad.

La familia, lo que para entendernos hemos llamado así, los recién llegados al despacho de la letrada, son la madre de la víctima, la viuda, la traperera; la abuela de la víctima, o sea la madre de la madre; el hermano de la víctima, el Pedro, dieciséis —ahora ya diecisiete, cerca de dieciocho— años, respectivamente, el que recibió la puñalada en una pierna, cerca del bajo vientre, junto a la ingle, sin fatales consecuencias, un muchacho tímido, corto, rubio, confuso, angustiado, vergonzoso, y el Redondo, uno de los que estuvo en el ajo la noche de la cuchillada; el Redondo, que aunque no era de la familia, desde el día de autos como si lo fuera, pues ha acompañado a la madre a todos los sitios, ha corrido los pasos, que han sido necesarios, y ha dado la cara siempre que ha sido menester.

El Redondo es portuario, eventual, y la mitad de los días está sin trabajo. Suerte que se dedica algo, al contrabando, pero esto tampoco le ocupa demasiado. El Redondo se ha tomado mucho interés por todo lo relativo al caso. Muchos días come en casa la familia de la víctima, y a la madre de la víctima esto, no le duele, pues sabe que está sin trabajo y todo lo que por ellos ha hecho no tiene precio. Incluso, a veces, le pide que traiga a su mujer y a su crío de seis meses. El Redondo es un tío fornido, de rostro equino no exento o carente de belleza, un mozallón. Hoy, para acompañar a

la familia al despacho de la abogada, se ha puesto su traje color pasa, un traje que estrenó hace ya años, antes de casarse, y que le cae muy bien. Lleva una camisa roja. Esto de la camisa roja es muy significativo. El Redondo dice que él es comunista. Desde luego tiene un concepto muy raro del comunismo. El comunismo es igualdad. Ni ricos ni pobres. Todo el mundo trabajador. Nada de médicos ni de abogados ni de pintores ni de literatos. Todo el mundo un pico y una pala, o descargando en el muelle, que viene a ser lo mismo. El movimiento se demuestra andando. El trabajo, ídem. Luego, después de darle al pico y a la pala, que se dediquen a hacer de médicos y de abogados, y a escribir y a pintar. Pero primero que suden, que pringuen como los buenos. A veces transige y permite el relajamiento de esta teoría. Bien, bien, de acuerdo que haya médicos, y abogados, e ingenieros, y que se dediquen sólo a esto, sí, porque son necesarios —los escritores y pintores, no: éstos nada producen, éstos, lo que hacen, es pasar el tiempo—; de acuerdo, pues, en que haya médicos, y abogados —abogados que le digan luego que no trabaja, total porque es eventual; ¡como si él no se preocupara de buscar un trabajo fijo, como si él no fuera capaz de dar todo lo que pudiera con tal de encontrar un trabajo fijo!—, abogados, e ingenieros, y arquitectos, y que se dediquen sólo a eso, sí, a su ejercicio o profesión, nada más, de acuerdo, pero que ganen igual que un picapedrero, igual que un descargador, ¡qué narices!

—Hombre —le argumentaban—, pero es que si no ganan más que el que agarra un pico y una pala, nadie va a querer coger una de esas carreras que tantos calentamiento de cabeza dan y tanta responsabilidad y todo eso traen.

—Pues que no la cojan.

—Entonces el mundo no podría avanzar y tirar adelante.

—¿Que no? Ya tiraría, ya. No te preocupes que no nos moriríamos de hambre. Mientras los payeses plantaran coles y recogieran trigo, y...

—Pero entonces habría que vender lo que sembraran los payeses, y moler el trigo. Y si los sabios no inventaran máquinas y los ingenieros no las hicieran, yo no sé lo que pasaría.

—Bueno, yo ya me entiendo y sé lo que quiero decir.

Sí, es verdad. El Redondo se entiende y sabe lo que quiere decir. Muchas veces se muestra lleno de tolerancia y consiente que la gente de carrera gane un poco más — sólo un poco más— que el obrero, por lo visto a fin de que piquen, a fin de que haya un aliciente en quemarse las pestañas estudiando. Ahora, en lo que se muestra intolerante, es en que unos tengan coche y otros, no.

—Pero un médico bien tiene que tener coche, para cuando lo llaman a medianoche a ver un enfermo y éste está lejos.

El Redondo, al final, decide dejarle coche al médico, pero sólo al médico. El Redondo, como se puede apreciar, no es demasiado obstinado.

La madre de la víctima, ahora ya todo explicado, ya todo aclarado, quiere que el cura le diga quiénes fueron los dos testigos, los testigos fidedignos que prestaron declaración. Mosén Lloveras, esto, no lo puede decir, dice.

—Sí, sí. Yo tengo que saberlo —porfía la madre.

El cura vuelve a decir que no, a repetir que no. Aquello es como un secreto de confesión y él no lo puede violar. La madre se conforma con que se lo diga solamente para saberlo, que ella jura que no les dirá nada a ellos ni les llamará la atención, pero tiene ganas de conocer a esos bordes. Mosén Lloveras no cede un ápice. La letrada interviene y defiende al cura y hace una loa de su postura. Todos quedan convencidos. El Redondo, además, impresionado, pues ve que el cura es un tío con toda la barba. ¡Ojalá que todos los curas fueran así, leche!

La acusación privada, para acabar de redondear la cosa, para darle un cariz de trascendencia que termine de convencer, dice eso de que si el fallo no se resuelve tal como ella espera, entonces apelarán al Supremo de Madrid y saldrá a relucir la trapisonda del abogado defensor con el papel de los testigos haciéndolo pasar por lo que no era. Todos están conformes, dispuestos, y, en cierto modo, les parece que se aprestan, que se están preparando para una tremenda bicha, para una singular batalla. Esto de apelar al Supremo es cosa que conmociona, cosa que remueve, cosa que sugestionada. Durante rato se habla del Supremo. El Supremo aquí, el Supremo allá. Una divinidad de alas negras y terribles flota por el ambiente.

Mosén Lloveras, luego, después, le cuenta al Candel ésta entrevista, cómo ha ido.

—Por cierto que me he hecho muy amigo de ese Redondo, que es comunista, y que dice que es muy amigo tuvo. Conozco mucho al Paco, me ha dicho.

Sí, el Redondo y el Candel de chicos fueron vecinos y corrieron bastante juntos. Robaron fruta a los payeses, les *enrunaron* los ríos buscando regaliz, cogieron nidos, anduvieron con otros a pedrada y a puñada limpia. En fin, sí, muy amigos, bastante amigos, lo que se dice muy amigos, ¡eso!

—Dice que tiene ganas de echar una parrafada conmigo. Que a él los curas no le convencen, pero que le gustaría hablar conmigo, a ver quién convence a quién. Le he dicho que cuando quiera, que tendré mucho gusto en ello. Parecía que nos conocíamos de toda la vida, tú.

—En el fondo es muy buen chico —dice el Candel—, ya lo verá. Un poco obstinado en sus ideas, eso sí. Nunca da la razón a nadie. Pero ya se lo digo, en el fondo es un buen chico.

Para acabar de solucionar la cosa, para que la gente se enterara de la especie de inocencia del cura, lo mejor sería aprovechar que es la Fiesta Mayor de la calle Tortosa y decirlo por los micrófonos, piensa el Candel. La Pepita y la Maruja piensan igual.

—Sí. Pero ¿quién lo dice?

—Yo mismo.

—¿Tú?

El Candel se relaja un tanto.

—Bueno, o si no el director de la orquesta. Se lo damos en un papel escrito y ya está.

—¿Y qué tiene que decir ese papel?

—Pues lo que ha pasado, lo sucedido, ni más ni menos, y se añade que, para corroborar la cosa, puede preguntar a la familia de la víctima.

—Sí, eso esté bien. Redacta el texto tú mismo, ¿quieres?

—¿Yo?

—Sí; tú, para eso, te pintas solo. Tú eres escritor.

El cura se marcha dejándolo todo en manos del Candel; es tarde y está rendido. La maestra y la novia del Candel también se marchan.

El Candel empieza a redactar.

Señoras y señores, interrumpimos un momento nuestra actuación para, etc.

El Candel empieza a emborronar y a divagar. Uno de los muchos defectos que tiene el Candel es ése: que piensa en literatura, divaga en literatura, para él todo es literatura. Pero en el fondo, al igual que el Redondo, no deja de ser un buen chico.

El aviso, nota o texto, no queda muy cristiano, no queda muy católico, no queda muy literario.

... interrumpimos nuestra actuación para darles conocimiento de la siguiente nota que nos acaba de ser facilitada. El reverendo mosén Jorge Lloveras no tiene nada que ver con los cargos que se le han imputado a raíz del juicio del Juan de Dios. Todo ha sido producto de una falsa y malévola interpretación. (El Candel piensa que eso de malévola tiene mucha miga, encierra mucha doble intención.) La familia de la víctima facilitará toda clase de detalles sobre esta cuestión. (Interpretación y cuestión le dan ritmo y cariz a lo redactado, no cabe duda, sigue pensando el Candel.)

## **Las fiestas mayores. Estas tierras son un mantel. Conjunto Carrasco. Los programas. Las *Varietés***

Aquí, la Fiesta Mayor —la legítima, no las bastardas o sucedáneas— es en septiembre, el día 8, el día de la Natividad de la Virgen, día que aquí llamamos de la Virgen de Port.

(La Virgen de Port fue hallada en una cueva al pie de Montjuich, ignorándose detalles y circunstancias de este milagro. Dicha imagen fue consagrada el día 6 de agosto de 1496; qué de años ya, ¿verdad? La imagen actual no es la que se apareció. Aquélla se perdió cuando los jaleos del 36. Esta de ahora es muy joven. Tiene dieciséis años, pues fue bendecida y entronizada el 28 de junio de 1942. Por lo que cuenta el reverendo Jaime Armengol, presbítero, en su librito titulado *Notas Históricas del Culto a Santa María de Port de Barcelona*, esta Virgen gozó de mucha devoción en años y siglos anteriores, poseyendo trece mantos de seda de distintos colores, que llevaba en las principales festividades, y dos diademas de plata [una de ellas dorada], con sus correspondientes aureolas del mismo metal. Ésta de ahora no tiene nada, ni siquiera devoción. En la iglesia de Port hay varias vírgenes: una Virgen del Carmen, una Purísima, una Dolorosa, una Mare de Déu de Montserrat. La Virgen de Port preside desde el altar mayor a todas. Pero los fieles sólo ponen cirios a la Dolorosa, a la del Carmen y a la de Montserrat, especialmente a la del Carmen, que, como aquel que dice, es la patrona de casi toda la feligresía de estos andurriales; murcianos y cueveros en su mayoría. Pero ahora caemos en que copiar Historia no es hacer Novela, conque volvamos a lo de la Fiesta Mayor.)

La Fiesta Mayor es el 8 de septiembre, decíamos. Por la mañana se celebra un oficio solemne, con sermón, capilla clásica polifónica, asistencia de autoridades y toda la pesca. Por la tarde hay un Certamen. Literario en honor de Nuestra Señora de Port, algo así como una especie de Juegos Florales. Concurren a dicho Certamen toda una pléyade de pseudopoetas de la que Barcelona, como cualquier otra ciudad española, no se ha librado todavía ni se librará jamás. Son poetas de temas fijos. Tema Fe, tema Amor, tema Patria. Sacarlos de estos temas sería matarlos. Hay premios de mil pesetas y de quinientas, que cada año se llevan los mismos, según *vox populi*. El poco público indígena que asiste a esta fiesta de la Poesía, ya lo dice:

—¡*Ondia*, éste ya se lo llevó también el año pasado!

El mantenedor de la Fiesta, algún laureado poeta o culto periodista, habla siempre de la cultura, la cultura que es algo así como la piedra filosofal en estos barrios; la poesía, la oculta poesía que late en estos barrios —¡la poesía de la mierda!, que dicen los aborígenes de por aquí—; de los talentos escondidos que indudablemente hay por estos barrios, del afán de descubrirlos, y de otras sandeces más en torno a estos barrios que el exaltado mantenedor únicamente conoce de este día en que ha venido a

perorar aquí.

La Banda Municipal ameniza el acto tocando *Las Bodas de Luis Alonso*, que es la música clásica del pobre.

Hay un premio local, entre los diez o doce del Certamen; un premio local destinado —¡qué duda cabe!— a los talentos escondidos en el barrio; un premio local de doscientas irrisorias pesetas instituido por uno de los caciquillos del barrio, que así hace algo por el arte y la cultura, cree, ¡ay, Señor! El Candel se ha llevado algún año este premio. Un año porque se presentó él solo, y se lo llevó enterito, las doscientas del ala. Otro —en que se presentó con otro desgraciado—, porque partieron el premio, veinte duros para cada uno. Cierta vez en que se presentó un maestro del Asilo con una *Oda a Santiago Apóstol Patrón de España*, se lo dieron a dicho maestro. El Candel había presentado un *Romance Surrealista* que no había por donde agarrarlo. Los miembros del jurado, poetas todos ellos también, no sabemos si por la gracia o la desgracia de Dios, sienten una admiración tremenda por Zorrilla —¡que facilidad versificando!—, por Espronceda —¡qué fuego versificando!— por Campoamor —¡qué ironía versificando!—, y uno de ellos, el más audaz, por Rubén Darío —¡qué audacia versificando!— El Candel y el otro desgraciado, un par de desgraciados los dos, osaron presentarse a los premios de mil y quinientas. Presentaron unas poesías lorquianas y juanramonianas, creyendo, los muy indinos, que iban a pasmar al ilustre tribunal literario. Los del tribunal, a Lorca, a Juan Ramón Jiménez, a Machado, Antonio, una de dos, o no los conocían demasiado o no les tenían mucha devoción.

—Pero ¿qué cosas escriben estos muchachos?

El señor rector decía:

—Yo siempre se les digo: A mí, estas poesías, no me gustan nada. Mas ellos no me hacen caso.

En realidad, en los Juegos o Certamen Literario en honor de Nuestra Señora de Port, ocurre lo que en los demás concursos literarios de España, que con su pan se lo guisan y con su pan se lo comen. ¡Eso!

Esto que acabamos de referir, y una audición de sardanas, son, constituyen las Fiestas Religiosas, y van a cargo de la iglesia de Port. Las otras, las populares —que duran una semana y que consisten en esa especie de plaga de Egipto que son los discos solicitados, y en baile y otros festejos de exhibición y espectáculo, unos años en el entoldado y otros en la calle, sobre el adoquinado— van a cargo de la Comisión de Fiestas y de la cotización del vecindario. Las Comisiones de Fiestas suelen gozar de bastante poco prestigio. Cada año dicen, los de la Comisión: El último que nos metemos en estos belenes, pues el vecindario jura y rejura que cada miembro de la comisión se hace un traje a costa de lo que les sobra luego de los festejos, en tanto que ellos siempre aseguran que les toca poner cuartos de su bolsillo y para eso. El

último que se meten en aquellos trotes, prometen, porfían, sostienen. Y abandonan. Y al cabo de los años vuelven. Y tornan a abandonar.

Cuando la Comisión la forma gente de quiero y no puedo, caciquillos, comerciantes con ínfulas aristocráticas, pequeños burgueses que se llaman a sí mismos hombres de negocios, hacen entoldado, o *embalado* que —catalanizados— decimos por aquí. Los más miserables protestan de esto, del *embalado*, pues la entrada es cara, pero van alguna noche, la noche de las *varietés*, por lo general. Cuando los miembros de la Comisión son más plebeyos, no hacen entoldado. Hacen el baile al aire libre. Entonces, los quiero y no puedo refunfuñan, se dan de menos — ¡bailar en la tirada calle!—, pero también, alguna que otra noche, se acercan a dar un vistazo solamente, dicen, y bailan, ¡a ver, qué vida!

Hay años en que se dice que no se hace Fiesta, hasta que luego, ya en vísperas, se improvisa una comisión de festejos y, atropelladamente, se organiza la cosa. Y hay años que surgen algunas divergencias, y los del entoldado o *embalado* campan por una parte y los del baile en la calle por otra. Y la fiesta se parte y unos la celebran antes y otros después, o a la vez, pues en esto no hay muchos miramientos.

Eso de las Fiestas Mayores es una especie de locura contagiosa. Todos los barrios padecen de fiestamanía, e incluso todas las calles. No necesitan de Santo o Patrona para ello. Sólo dicen: Nuestra fiesta será de tal a tal día. Y por ello hay año que entre unas cosas y otras se celebran catorce o veinte fiestas mayores por estos andurriales, o sea, que fiesta tras fiesta, empalmamos todo el verano. Veréis; o verán:

\*\*\*

Estas tierras son un mantel, eran como una especie de verde mantel, con sus campos, con sus acequias, con sus caseríos. También aquí cabe la exclamación: ¡Qué verde era mi valle! Es verdad. Era verde. Ahora, en cambio, es sucio, polvoriento, amarillo, sobre todo, polvoriento; polvo por todas partes y a todas horas: en el cabello, en los zapatos, en las hojas de los árboles, en los muebles, en las lámparas. Al mantel le han nacido protuberancias: los barrios; y eczemas: las fábricas. Los barrios eran Port, Casa Antúnez, Casas Baratas, Plus Ultra (antes Pont dels Gossos), Colonia Cantí, Colonia Bausili, Colonia Santiveri, Pisos Piulachs, y algún otro. Ahora han brotado, como por ensalmo, las viviendas de la SEAT, de los empleados de la SEAT, esa factoría de coches que ha dado el hachazo definitivo a este paisaje, que lo ha acabado de romper y de invadir con sus fundiciones, talleres, viviendas, carreteras. Antes, poco ha, surgieron la Ciudad Oculta o Pasaje Clos, la Ciudad Amarilla y Ciudad Desnuda o Bloques del Polvorín y de la Policía, y Dallas-Ciudad Fronteriza (hace poco desaparecida).

Pero, bueno, igual que minutos antes estábamos haciendo Historia, ahora lo que

estamos haciendo es Geografía, y esto no vale. Nosotros, lo que pretendemos es danzarla con la Novela. Conque vaya la última descripción. Estos barrios son, poco más o menos, como una perdigonada en una sábana. Así (véase plano enfrente):

*Casa Antúnez*

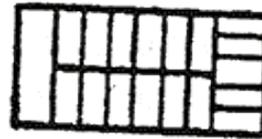


*Colonia Cantí*

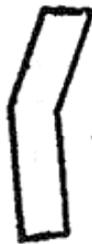


*Colonia Santiveri*

*Casas Baratas*

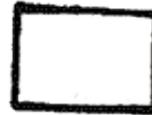


*Colonia Bausili*



*Port*

*Ciudad Oculta*



*Viviendas SEAT*



*Plus Ultra*

*Piulachs*



*Ciudad Amarilla*

*Ciudad Desnuda*

*Dallas-Ciudad Fronteriza (Desaparecida)*

(Más que perdigonadas, parecen remiendos, ¿no?) Prosigamos.

Con estos aumentos de barrios y, por ende, de población; con estos aumentos de mil en mil habitantes y no de cinco en cinco como aconsejarían las demografías o estadísticas y la relatividad, o el sentido común, como se quiera, no hemos prosperado demasiado. El dinero llama al dinero. La miseria llama a la miseria. Alguna chica guapa más sí que se ve, y algunos gamberros y chuletas, también, e incluso algunos quiero y no puedo que miran estos barrios como queriendo decir: Yo estaba acostumbrado a vivir en mejores lugares, aunque a lo mejor vivían en algún callejón del Barrio Chino o en alguna, barraca del Somorrostro o de la Barceloneta, vete a saber. Ahora bien, lo que se dice lumbreras-lumbreras, entre los recién llegados, ninguna fulge, no; en cambio, fenómenos y tontos, a aumentar la colección, por si fueran pocos los que ya había, alguno más ha venido. Hay un tonto qué cuando ríe aúlla como un lobo humano, igual; una chica que tiene los pies al revés y que cuando camina, si no fuera por el rostro, creerías que anda de espaldas; un infrahombre que sólo tiene una pierna, ésta corta y encorvada, que calza con una bota de agua, y que anda a gatas, con las manos, a tres patas, mientras una turba de chiquillos le sigue anhelante, jamás satisfecha su curiosidad; un... No hemos prosperado, no, se diga lo que se diga, es verdad. Las protuberancias y granos de este tapiz que fue huertas, marismas, prados, no son un símil poético o literario, no; son, continúan siendo, un virus purulento, una especie de análisis de esputos positivo, algo así como un certificado médico que diga que sí, que aquello no anda muy bien, que cada día anda peor. ¡Puaf! Verdad es que estos terrenos, cuando eran tan bonitos, no servían para nada, lo mismo que la poesía. ¡Puaf!, otra vez y así hasta ciento.

\*\*\*

Como ya hemos dejado dicho, sólo Port, en la Fiesta Mayor, incluye actos religiosos, hace colaborar en ella a la Santa Madre Iglesia. Los otros barrios, como que efectúan la fiesta sin Santo ni Patrón... Además, que aquí, de lo que se trata, es de divertirse.

Cada barrio celebra una fiesta mayor. Sólo las Casas Baratas celebran un puñado de ellas. Claro, como que tiene veintiuna calles... La más sonada es la de la calle Tortosa. Es tan larga esta calle, que a veces siempre, hacen dos fiestas mayores, o sea, una cada media calle.

La Fiesta Mayor de la parte de abajo la organiza una que le dicen la Ropera por eso, porque vende telas, ropas; una mujer frescachona y guapa, tiene el marido por Francia desde que se acabó la guerra. Una que tuvo un lío con un encargado de la Factoría de la SEAT y se marchó unos días fuera, diciendo que iba a veranear, y volvió más delgada, y no sabemos qué jaleo se armó. Una que añora sus tiempos de

casada y no tiene pelos en la lengua para decirlo.

—Ropera, ¿*aónde* se camina?

—A la Compañía de la Luz, que me han cobrado unos kilovatios de más y voy a ver si los reclamo.

—Huy, con esa gente no arreglarás *ná*. Esa gente, lo que hará, será joderte.

—Pues que lo hagan, que ganas no me faltan, que hace más de diez años que no lo pruebo.

La otra se ríe.

—Tienes una cosas, chica.

—Yo soy así, las cosas claras. ¿Qué quieres? Que sea como otras que lo desean y se lo callan. ¡No, hija, no! —Y, jacarandosa, menea el trasero alegremente.

La Ropera tiene gracia y talento para hacer amenas las fiestas mayores. Organiza cabalgatas en las que el Pincho se disfraza de indio, todo desnudo, con unas plumas y un taparrabos, con tatuajes blancos por el pecho y la cara, serio como un mochuelo por más que la gente lo señale y diga:

—¡Mira, el Pincho, el Pincho; el Pincho vestido de indio! ¡Ja, ja!

El Pincho, ceremonioso, lleva de la brida a un caballo que arrastra una tartana en la que va la Ropera, oronda como una reina, al frente de la Comisión de Festejos. También va el Flamenco, además, vestido de mujer, con un culo y unos enormes pechos de trapo. Y otros, también disfrazados de lo que Dios les da a entender.

La Ropera, que organiza las cosas bien, hace: un día —mejor dicho, una noche—, cine; otra, *varietés*; otra, concurso de cante; otra, flamenco. La última noche, una traca. En todas las Fiestas Mayores se hace esto, poco más o menos, nos parece. Pero nadie como la Ropera.

Las tracas gustan mucho. Las tracas encienden la sangre de ardores bélicos. A veces ocurre alguna desgracia. Alguien que recibe un cohete en un ojo, alguien a quien le explota un petardo en una mano.

Un año, en las Casas Baratas, se divirtieron la mar. Prepararon un trueno gordo, enorme. Entonces llamaron a un perro. Cuando éste se acercó a olisquear, hicieron estallar el trueno. Le voló todo el hocico. Los ojos le quedaron colgando. El perro, que tardó en morir, aullaba enloquecido y corría por medio de la gente, que lo tundían a patadas. Por aquí somos muy buenos españoles: la mala leche nunca nos falta.

A la Ropera, como homenaje, como admiración, como lo que sea, un año se decidió hacerle un regalo. No se les ocurrió comprarle otra cosa que un viso de seda y unos sostenes. El Carrasco, el director de la orquesta, a medio baile, y luego de unas palabras previas, le dio el paquete a la Ropera. La Ropera deslió el paquete y mostró el viso azul y los sostenes. La gente aplaudía a rabiar. Algunos pedían que se probara el viso.

—¡Que se lo pruebe, que se lo pruebe!

La Ropera hizo el ademán, así por encima, demostrando que le caía bien, sonriendo agradecida. La Ropera era una mujer que aún daba mucho gozo, que aún estaba de buen ver, que aún muchos hubieran hecho lo que hubieran podido con ella.

El Carrasco era el director de la orquesta que cada domingo actuaba en La Bota. A esta orquesta, el Carrasco la había bautizado con el original y dinámico nombre de Conjunto Carrasco. Como para caerse de espaldas. El Conjunto Carrasco estaba formado por un batería —el padre del Paquirri, el Flamenco—; un trompeta, que jadeaba más que soplaba; un saxofonista que también tocaba el acordeón; un violinista que casi siempre aporreaba de mala manera el piano, y paremos de contar. También tenía un vocalista, un albañil de Port, pero éste no actuaba todos los domingos porque a veces iba contratado con otras orquestas. Esto no tenía mucha importancia porque el Carrasco también cantaba, y si no muy bien, voluntad sí que tenía. El Carrasco, además de cantar y de dirigir, tocaba el piano. Lo tocaba muy bien mejor que nadie, de tal modo que, antes de formar orquesta, se le conocía por el Pianista. Tocaba el piano y, para amenizar, para armar barullo, la batería o parte de la batería: las maracas, los platillos, el bombo a veces. El Carrasco tocaba de oído. Muchos decían:

—Si este chico hubiese sabido solfa...

Por lo visto se había perdido un sinfín de oportunidades el Carrasco, debido a esto solamente. Se ve que esto de la solfa, en los músicos, es como la técnica en los novelistas: ¿qué es eso de a la buena va y lo que sea sonará? A lo que parece, al Carrasco, la Gran Casino no lo había querido de pianista sólo por ésta insignificancia, que si no...

—¿La Gran Casino?

—Sí, la Gran Casino. ¿Pasa algo?

El Carrasco decía que eso de la solfa eran *camamas*. Él tocaba como el primero y como el que más. Él se fue a ver la película *Tú Serás mi Marido*, y, cuando salió, se puso a tocar *En Forma* y *Chatanoga chu-chu* como si tal cosa. Cuando interpretaba *Mi Jaca*, al llegar a aquello de:

*Mi jaca,  
galopa y corta el viento  
cuando pasa por el Puerto  
camini...*

¡plan, plan!, con los pies daba estos dos golpes de gracia en el teclado. El público relinchaba de gusto. ¡Qué tío, qué tío! Por aquí no ocurre como en otros sitios en que decir tío o tía a una persona es un insulto; por aquí, esto, es una flor, un halago.

Al Carrasco lo alquilaron en un café de las Ramblas, para animador de la orquesta. El Carrasco cantaba e improvisaba. Hablaba del 48, el tranvía de Cantunis, y de los excrementos humanos, nombrándolos por su nombre. Todo esto siempre ha

tenido mucha gracia. A lo menos, en La Bota, sí. Allí no la tuvo y le hicieron darse el bote. Ésta fue otra de las oportunidades que se perdió el Carrasco.

—De todos modos eran unos *litris*. ¡Puaf! —Y escupía.

En un principio, el Conjunto Carrasco era muy solicitado. El Carrasco, que es un tío pequeñete, se creía grande. En todas las Fiestas Mayores contaban con él. Pero conforme el morbo de la grandeza hizo su aparición por estos barrios, lo fueron dando un poco de lado.

La calle 21, en un arranque de querer ser más que los demás, en menos de quince días reunió más de treinta mil pesetas entre el vecindario y trajo dos orquestas, dos, una para cada punta de calle: la Picos Pardos y la Típica Cubana. La calle 21 rompió el fuego y los demás empezaron a seguir el ejemplo. En Port también hicieron medio lo mismo: la Windsor y el Conjunto Carrasco. El Conjunto Carrasco, al lado de estas otras orquestas, quedaba un poco empequeñecido. Estas orquestas vestían impecables trajes verdes, o color granate, con solapas de seda. El Conjunto Carrasco llevaba chaquetas blancas. Lo blanco, ya se sabe, cualquier mancha la recoge y en cuatro días un asco. Además, la mujer del Carrasco, que era un poco astrosa, colgó la chaqueta blanca del Carrasco en el gallinero y ya no se acordó más de ella. La chaqueta cayó al suelo; las gallinas picotearon y se escagarrucieron encima de ella y cuando el Carrasco fue a por su chaqueta, no hubo manera de sacarle lustre. A raíz de esto, el Conjunto Carrasco se hizo unas chaquetas beige. Lo que pasaba era que estas chaquetas o americanas estaban tan bien que les servían para mudar, para ir a todos los sitios con ellas; así es que en pocos días dieron al traste con las americanas beige. Entonces, el Carrasco, que se las da de moderno, equipó a su conjunto con camisas mambos, que además de darles un carácter exótico les daban menos calor que las americanas.

Digan lo que digan, y a nuestro modesto entender, ninguna orquesta, ni la Picos Pardos, ni la Típica Cubana, ni la Windsor, ni las Puertas, ni Gallardo y sus Cubanolas, ni la Viance, como el Conjunto Carrasco, nadie. Las demás orquestas tocan muy bien, pero nada más. El Carrasco, aparte de tocar bien, subasta a mejores precios que nadie la *toya*, anima el ambiente, improvisa, se mete con todo el mundo, y una gracia especial, que el público no acaba de ver, cabalga sobre él. Total y aclarando: sólo la calle Tortosa —las Casas Baratas en resumen— parece ser que se le conserva fiel y lo llaman cada año para la Fiesta. Los otros parece que se dan de menos. Y es que los de las Casas Baratas serán lo que sean, pero como cursis es el barrio que menos, en tanto que los otros...

—Y con los favores que me deben, que siempre los he sacado de más de un apuro y de más de dos ¡La madre que tal!

El Carrasco, cuando empieza la Fiesta Mayor en la primera actuación, agarra el micrófono, así, de lado, acunándolo, como una madre a su hijo, y en suave balanceo



*para el Tucumán,  
que se va el vapor  
con su capitán.  
Que se va, que se va, que se va.  
Que se va, que se va, que se va...*

Y vuelve el Carrasco:

*Hoy, nuestro amigo Paquirri,  
ha estrenado un pantalón,  
y dice que lo ha ganadooooooooo...  
(Pausa maliciosa)  
haciendo de marinero.*

*Que se va el vapor  
para el Tucumán, etc.*

Así, de este modo, con facilidad, como los tocados por la gracia del genio, improvisa hasta ciento, con gran asombro de los circunstantes, que no saben de dónde se saca todo esto.

—¿De dónde sacará todo eso?

—¡De la cabeza, hombre, de la cabeza!, ¿no lo ves?

—¡Pues qué cabeza, Señor, qué cabeza! La gente cesa de bailar para oírle. Le van pidiendo que se meta con éste y con el otro. Alguno, en algún arranque de ingenio, sube al tablado, coge el micrófono, y le contesta con otra copla, pero él Carrasco le vuelve a replicar y lo vence. Después, siempre en verso, que dice la gente, le pide un *frigo* a la del puesto de *frigos*, luego churros para todos los músicos a la churrera, una tajada de sandía a la de los melones, y se hinchan a comer de gorra. El Carrasco, poco a poco, se va aureolando de una gloria y una fama tremenda que se le sube por el corazón, arriba, arriba, hasta producirle una dulce borrachera, una dulce y sabrosa borrachera que le hace considerarse infinitamente pagado, pagado completamente, más que de sobras pagado, dándosele, importándosele tres pitos las ocasiones que perdió por no saber solfa, y el que tenga que trabajar durante toda la semana de curtidor, porque con la orquesta no se gana lo suficiente, lo que se dice para nada.

\*\*\*

Los programas son una cosa necesaria en las Fiestas Mayores, algo que viste mucho. Una Fiesta Mayor sin programas impresos es como un teatro de Ópera sin trajes de etiqueta.

El supremo goce de las letras de molde emociona a tirios y troyanos, a todo Dios,

que se dice, aun cuando no se sea literato ni noble arte. Las reacciones humanas, que parecen muy complejas, en realidad no dejan de ser cosas de cada día.

Los programas de las Fiestas Mayores, por lo menos los programas de las de aquí, tienen esa gracia alada de los primitivos, esa gracia balbuceante, esa ingenuidad y a la pata la llana de la literatura provenzal y juglaresca, ese decir las cosas sin chispa de preocupaciones, como en las coplas y en las serranillas.

A modo de editorial, y en primer lugar, va un saludo de la Comisión de fiestas a todo el vecindario:

Henos de nuevo entre ustedes, después de un año de ausencia, lo cual que nos llena de satisfacción el poderles ofrecer nuestro modesto repertorio, para que la armonía y la unión reinen entre el vecindario, lo cual ya es bien sabido que es nuestro mayor deseo, pues así lo venimos realizando todos los años en pro de esta nuestra barriada...

Las comas, desde luego, no están tan bien puestas, y los lo cual te los encuentras línea sí, línea no. Al final, la firma: La Comisión.

—No os creáis, que aunque pone la Comisión, me lo he escrito yo solico, lo cual que me ha quedado muy bien, ¿no?

En las páginas centrales del programa viene la guía de festejos y la nota aclaratoria de que la Comisión se reserva el derecho de cambiar o alterar el orden de estas diversiones. En las páginas adyacentes los anuncios comerciales, que, en cierto modo, son él sostenimiento, lo que ayuda a cubrir una pequeña parte de los muchos gastos que esto de las fiestas acarrea, así lo dicen los de la Comisión.

El anuncio en el programa, más que publicidad, da tono, sabor, categoría, a quien lo hace; ver tu anuncio impreso es como ver tu primer libro publicado, ni más ni menos, ni menos ni más. Los anuncios, en su mayoría, indican especialidades: Panadería Pedro Mayoral, especialidad en pan de Viena. Novedades Isabel, especialidad en lanas y jerseys a medida. Bar La Luna, especialidad en patatas al horno, caracoles y habas. Bar Nuevo, especialidad en vinos y *michirones*.

Existe anuncio que queriendo ser rimbombante se queda en cacofónico y redundante:

Barbería Hermanos Portillo, especialidad en corte de pelo. Luis Navarro, empresa constructora de toda clase de trabajos de la construcción. María la Churrera, los mejores churros los hallará aquí.

En los programas de la calle Tortosa, el anuncio que se llevaba la palma era el del bar del Cosque. En él, en dicho anuncio, venía el Cosque retratado. La gente se reía.

—¡Mira, el Cosque!

El Cosque pesaba a la raya de veinte arrobas. En la fotografía se le veía con su enorme humanidad sobre una raquíca y endeble silla, desbordándose, saliéndose de

madre. El Cosque, que en un principio estaba cargado de manías —complejos— debido a su gordura, ahora le sacaba partido.

El Cosque estaba casado con una mujer también gorda. Una mujer no tan gorda como él, naturalmente, pues él era un fenómeno, pero que desde luego, tenía lo suyo. La gente decía:

—¡*Óndima!*, deben de romper el somier cada vez que ¿eh?

Los hijos del Cosque no eran gordos, eran normales. Claro que también él, de crío, era un niño regular, más bien grueso, pero nada más. Fue después cuando las glándulas tiroides le hicieron la faenita. La gente, aunque no hila tan sabiamente como para saber lo de las glándulas, intuía que, efectivamente, que aquello no era una cosa normal.

—Esa gordura es de enfermedad. Esa gordura no es natural. Esa gordura no tiene cura. Esa gordur...

El Cosque hacía una vida sedentaria, sin salir para nada del barrio. Tenerse que desplazar le representaba un enorme problema, un enorme y gravoso problema. Por lo general cogía un taxi. Por el lado que subía al taxi, éste se ladeaba peligrosamente, mientras el chófer lo miraba despavorido, como el que no las tiene todas consigo. ¡*Naturaca!*

Durante la Fiesta Mayor última, una de las geniales diversiones organizadas por la Ropera consistió en un partido de fútbol entre once mujeres gordas y once flacas. Las mujeres gordas eran casadas; las mujeres delgadas, solteras. Las gordas eran: la Vigilanta, la Churrera, la Benita, la María la Gorda, la Flaca, la Osa, la Vaca, la Encarna, la del Perchas, la Jabata y la Globo. Las delgadas: La Pita, la Asuncionica, la Encarnación, la Quila, la Meneos, la Finica, la Garabito, la Pabla, la Raimunda, la Rosenda y la Bastoncito. A las gordas les resbalaba la carne por todos los lugares; bolsas de carne mal puesta caían por todas partes. Las solteras, a su lado, no se veían. Parecían once ballenas combatiendo contra once fideos. El árbitro era el Cosque, que casi no podía correr, y que en lugar de silbato llevaba una trompeta de basurero. Ganaron las gordas. El Cosque hizo trampas a su favor. El Cosque, si se mira bien, no hizo otra cosa que defender los colores. El Cosque hizo el servicio militar en la Marina. Lo licenciaron pronto, para que no hundiera el barco, la gente lo decía; claro que la gente es muy guasona.

—Cada vez que subía al barco, éste se iba a pique.

Desde luego, y esto es verdad, cuando se desbordó el Llobregat, inundando toda esta explanada que llaman la Marina y llegando hasta las Casas Baratas, los bomberos, que se disponían a botar una chalupa a fin de salvar a una vieja que había quedado abandonada dentro de una casa, pidieron voluntarios para ello. Surgieron, espontánea y valerosamente, el Cosque y su padre. El cabo de bomberos, un bombero pequeñete, se los quedó mirando.

—Oigan, si ustedes suben en la barca, yo no sé quién más va a caber en ella.

El padre del Cosque era más gordo que su hijo... Cuando murió tuvieron que romper la jamba de la puerta, ensanchándola, para que pasara el ataúd. ¡Palabra!

\*\*\*

Las *varietés*, ya se sabe, todo el mundo lo dice:

—A mí, lo que me gusta, son unos buenos *varietés*. Lo que ocurre es que las *varietés* nunca son buenas. También lo dice todo el mundo:

—Cuatro arpeglaos, son los que salen en los *varietés*; cuatro muertos de hambre.

Con las *varietés* sucede lo que con el calor, que nunca sabes si son las *varietés* o los *varietés*: la calor o el calor. Igual.

Con las *varietés* también pasa que, si alguna vez, por casualidad, son buenas, mejor, pues te diviertes. Ahora, que si son malas, aún te diviertes más. Incomprensible.

Fiesta Mayor sin su noche de *varietés* o variedades —hablemos con propiedad— no se comprende. Y por eso, con buen tiempo o mal tiempo, en el entoldado o al aire libre, siempre se hacen:

Para hacer unas buenas *varietés* no se necesita demasiada cosa. Un pianista a quien todo el mundo llama maestro —¡música, maestro!—, por lo poco que le pagan debe ser; un *spiker* o animador sarasa o que se haga pasar por andaluz; unos cómicos que cuenten muchos chistes verdes; una frívola con menos voz que un canario desmayado, pero que enseñe las piernas a todo meter, y mucha cantidad de falsos gitanos bailando y cantando flamenco. Debe haber un número bueno y caro, que salve el espectáculo. Algún trío de esos que actúan en la radio, que eso de la radio impresiona mucho. Estos son los únicos que cobran fuerte. Los otros, como que medio hacen por afición... Por lo menos así lo dicen.

Sale un fulano que imita a Cantinflas muy mal. Sólo se le parece en los pantalones caídos y en el trozo de gabardina:

—*Manito, manito...*

No sabe decir otra cosa.

Se le cae el gorro y se lo pone.

—Se me cae el gorro, *manito...*

No sabe decir otra cosa.

El público empieza con los abucheos. El prosigue, cada vez peor.

—*Manito, manito*, se me cae el gorro.

La pita es tremenda, Uno no quiere mirar. La vergüenza que no sabemos si experimenta el actorcete, la siente arañar uno en la carne. Uno quisiera silbar y

divertirse silbando, como todos se divierten. Pero uno ha nacido así.

Sale, el animador, el jefe de las variedades. Es afeminado. Además tiene complejo de micrófono, o ínfulas, que según y cómo viene a ser lo mismo.

—Señoras, señores, señoritas, caballeros, respetable público, les ruego, les suplico, deseo, apelo a su magnánima benevolencia para con estos artistas que trabajan por afición nada más, por amor al arte, sin ningún beneficio, sólo porque...

La bronca es tremenda.

—¿Pues qué ocurre con el dinero que pagamos nosotros? ¿Se lo queda la Comisión?

La Comisión protesta:

—Nosotros le hemos pagado a ese tío para que traiga un buen elenco.

Se meten con el jefe de los *arreplegaos*.

—¡*Canco!*

—¡Ladrón!

—¡*Apio!*

—¡Ay, oy, uy!

Chillan, lo imitan, le sacan burla. El pobre hombre sonrío, hace reverencias, sigue hablando. Al final hace salir a la *vedette*, para que calme los ánimos. La *vedette* no calma nada. La *vedette* enciende más al respetable, aunque lo enciende de otro modo, de otra manera:

—¡Tía buena!

La *vedette* canta muy mal, pero se mueve más que un garbanzo en la boca de un viejo.

—¡Tía buena!

Nadie los saca de ahí. España es la primera nación del mundo echando piropos. Ya se ve.

La *vedette*, si es muy delgada, se contorsiona como una serpiente, marrana y lúbrica, haciendo rugir a los hombres. Si es gorda, enseña los muslos y el trasero y hace cantar a coro a todos con ella.

—Sí, si, sí, tres veces si...

Algunas mujeres casadas, celosillas comentan:

—Tiene bastante buena voz, pero está muy mal de tipo y es muy escandalosa.

Los bailarines o cantadores de flamencos todos son del ramo del agua, o lo parecen. Pantalones ceñiditos, blusitas de seda, onditas, besitos al público, posturitas.

—¡Ay, que me troncho!

Estos galeotes de tabladillo ya están acostumbrados a las broncas; deben de creer que este público es como el del jazz, en donde silbar es aplaudir, pues saludan, hacen reverencias y repiten el numerito como si tal cosa.

El animador, *spiker*, jefe de forzados, como se quiera, que ahora es andaluz,

andaluz de Reus probablemente, sonrío y cecea ante el micrófono.

—*Ceñoras y ceñores*, voy a interpretar para ustedes *Penas y Alegrías del Amor*, de Rafael de León.

Extiende una mano trágicamente hacia el público:

*Mira cómo ce me pone la piel  
cada vez que te recuerdo*

*por la garganta me zube  
un río de zangre fresca*

*que zoy un hombre casado  
y sin embargo te quiero*

(Algo así u otras sandeces por el estilo.)

La gente aplaude, la gente se las quiere entendida, a la gente les gusta la poesía o quiere que les guste. Los aplausos se le suben al pobre a la cabeza y recita *Un Duro al Año*, que como no sabe bien de quién es, de qué autor es, tan pronto se la endosa a Gabriel y Galán, como a García Lorca. Desde luego que a Gabriel y Galán y a Lorca no les hace lo que se dice un gran favor con este endosamiento, en cambio, a Ensenio Blasco, si bien se mira, sí, ya lo creo. Aún recita más el *spiker*, basta que el público deja de aplaudir tan fuerte y el improvisado rapsoda, empezando a sospechar que se está haciendo pesado, hace mutis.

Hay una pareja de falsos gitanos que bailan a lo clásico, el *spiker* o animador lo dice. Bailan la *Danza Ritual del Fuego*, de Falla. Él da unos desplantes que ni Chamaco cuando se queda sin muleta frente al toro. A ella, entre brazos en alto, castañuelas y volantes, no se la distingue muy bien. Taconean tan fuerte que ahogan los arpegios del piano. Taconean tan fuerte que el tablado se mueve peligrosamente. Taconean tan fuerte que sueñas con que les pusieran un cajón de huevos en los pies, a ver qué pasaba, o una carga de uvas, que sería más provechoso. El público ni sí ni no. Aquello estará tan bien como se quiera, pero ellos, lo que desean, es bullicio y jarana, jaleo. Los entendidos de siempre musitan al que está a su lado y a quien lo quiere oír:

—Esta pareja sale aquí y nadie les hace caso, pero si saliera en el Liceo todo el mundo se pondría de pie, aplaudiendo. ¡Las cosas son así!

En las *varietés* siempre hay números a destiempo, números que no son de *varietés*, números que no te explicas cómo se les ocurrió ponerlos: un tenor que canta un trozo de *Rigoletto* o de *la Bohème*; una pareja que baila jotas y sardanas; un rapsoda que recita las *Rimas*, de Bécquer, y *La Vida es Sueño*, de Calderón de la Barca; un tío que toca la armónica. El público, a veces, acoge con benevolencia estas anormalidades, incluso, a veces, con simpatía, hasta con éxito, alguna vez, pero la mayoría de veces, grita:

—¡Fuera, fuera!

El entendido se desespera:

—Esa gente no entiende; esta gente son el colmo.

—Oiga, sin faltar, ¡eh! El colmo será usted.

—¿Yooo?

—Sí, usted.

La pareja de cómicos —un hombre y una mujer en algunas ocasiones— dice cosas tan geniales como ésta:

—Tiene usted los ojos más negros que los sobacos de un mono.

El público se troncha:

—¡Jo, jo!

Se parte:

—¡Ju, ju!

Se monda:

—¡Ji, ji!

Se... Sí, eso, ¡se...!

Cuentas chiste, la pareja:

—Una mujer tenía una gallina que no le ponía. Una vecina le aconsejó: Compra unos huevos de plomo y se los pones, ¡verás! La mujer fue a la ferretería. El dueño de la ferretería era un hombre que tenía reuma y andaba completamente encorvada. La mujer le dijo: Oiga, ¿tiene usted huev...

Los chistes son del año de Maricastaña, más viejos que el ir a pie. Además, verdes. La gente, el público, el respetable, no lo nota, lo de viejos. Algunos, si.

—Huy, éste ya lo sé.

—Huy, éste es más antiguo que el mear.

—Huy, éste es aquel que...

Fríen al vecino.

Los chistes son cada vez más verdes. La gente relincha a gusto por estos pastos. Los chistes son más que verdes. Son puercos, repugnantes. ¡Jo, jo! Entre el público hay chiquillos que escuchan ávidamente, medio comprendiendo la cosa, medio no comprendiéndola. La censura, en un libro, no te dejará pasar una palabrota; un libro que no lee todo el mundo. En una película, corta un beso; una película que la estrenarán con el letrerito de no apta para menores, conque a qué tanto cuidado. Claro que luego, estas películas, en el cine Casas, son vistas por toda la chiquillería del barrio, cuanto más no aptas, mejor. De todos modos, los chistes y procacidades de las *varietés* son algo que pasa de castaño oscuro y nadie mete mano. Los tinglados sociales son así.

La pareja cómica, con un poco de vista, se lleva la palma, igual que la *vedette*, y alguno que otro cantante de flamenco que ha caído en gracia. Pero quienes cortan el

bacalao son el trío, el trío los Panchos, el trío Guadalajara, el trío Tropical, el trío los Xey, que actúan en la radio —eso viste mucho— que saben lo que se llevan entre manos y que actúan con rapidez, con gracia, sin hacerse pesados, no estorbándose el uno al otro junto al micro, no pisándose el terreno, cantando tangos, guarachas, pasodobles, incluso flamenco, teniendo que repetir cada actuación porque la gente se da cuenta de que allí no hay trampa ni engaño.

Terminada la velada, el público se desborda como un río turgente por todas las calles, camino de casa, mañana hay que madrugar. Llevan la euforia del espectáculo acabado de ver y todos se sienten émulos artistas, o capaces de emular a éstos, que viene a ser lo mismo. Cantan a grito pelado y van despertando a todos los que no quisieron ir a la fiesta, mañana hay que madrugar, y que dormían a eso que se dice siempre: a pierna suelta. Por aquí, eso que cada noche a las once dice Radio Nacional, de bajar el volumen del receptor, para no molestar al vecino, y eso que dicen los curas de amar al prójimo como a uno mismo, son *camamas*, boberías. Por aquí, al prójimo no se le desea que reviente, desde luego, pero si lo hace, peor para él. Algunos sí, algunos cantan fuerte, como energúmenos, pensando en el que ya duerme, pensando en la bilis que traga él que es así despertado. Y es que todos los grupos que vienen de las *varietés* pasan de tres personas: todos sabemos que el gamberrismo empieza a partir de tan —en este caso— fatídico número. Sí.

## En el que todo acaba bien, como en las películas

La abuela de la víctima corrió las casas de los vecinos, diciendo lo que había, diciendo que el cura no había hecho *ná*, nada. Estaba contenta y daba la nueva emocionada. Pedía que corrieran la noticia. Algunas vecinas se alegraban, las más; otras les daba igual, y otras decían:

—¡Bueno, bueno! Usted, como que le gusta ir a misa, se lo traga todo.

Que el cura dejara de ser culpable, por arte de birlibirloque, digámoslo así, era dejar muchos comentarios en el aire, muchas comidillas a medio probar, muchas hipótesis sin base, muchas afirmaciones por el suelo. Y esto les dolía. Era como eso que dicen ahora de que Shakespeare no era Shakespeare. Una desilusión por el estilo. Ni más ni menos.

Que una idea a la que ya te has hecho sea rebatida, es amolarte por completo. Entonces te encorajinas y eres capaz de los mayores disparates. Consúltese la Historia y véase lo que le hicieron a Miguel Servet y a Galileo aquellos que no quisieron apearse del burro. Pero sigamos.

Con su flamante y literario aviso, texto o nota, como se quiera, sobre lo que había acerca de mosén Jorge Lloveras, el Candel se fue a las Casas Baratas, Era la Fiesta Mayor de la calle Tortosa ahora, antes 4, pero de la parte de arriba, de la parte que no organiza la Ropera; de la parte que coge desde la calle 21 hasta la 15 y que es una fiesta que, comió la otra, se las trae.

La calle Tortosa es la calle más calle de todas las calles de las Casas Baratas. Es la calle central la calle más larga, la calle más ancha, la calle que tiene tres plazas, la calle que tiene más bares, la calle que tiene más comercios, y en la que se celebra el mercadillo o zoco los domingos, esto último ya lo sabemos.

La calle Tortosa estaba engalanada como una novia, más que una novia. Habla ristes de papelillos de colores de lado a lado, muy tupidos, formando un largo y hermoso túnel. Estaba iluminada, toda iluminada. Había una combinación de luces blancas, rojas y azules, y se apagaban unas y se encendían otras, y las luces parecía que corrían, como las que iluminan la fachada del cine Coliseum. Ningún año como aquél; la gente lo decía:

—Ningún año como éste.

Había tiros al blanco, caballitos que soltaban música por su cuenta, una música chirriante, como ejes mal engrasados. Había puestos de churros, puestos de *frigos*, puestos de melones y sandías, puestos de polos y helados. Había alegría, bullicio, ruido, jarana. Medio no se podía circular. Pasaban mozalbetes presumidos, con camisas negras; despechorrados, o en camiseta; con pantalones tejanos. Y muchachas con vestidos rojos, blancos, amarillos; con cintas de colores chillones en el pelo; con flores y rosas en el pecho. Reían, se gritaban unos a otros, se decían procacidades.

—¡Ay, quién te cogiera!

—Me parece que te ibas a quedar arrugada.

—¿Si? ¡Mmmmmmm...!

Pegaban una especie de mugido y salían detrás de ellas, las manos extendidas. Las muchachos los esquivaban, como el torero al toro. Mucha gente cenaba en la puerta de casa.

La orquesta aún no había dado comienzo a su actuación y sólo iban los discos solicitados. De Pepe para Pepa: *La Raspa*. A todas las chafarderas de la calle 20: *En la Cera de Enfrente*, A todos los *guripas* del bar del Cosque: *El Borracho*, Cada dedicatoria hacía reír al personal. El Mandanga dedica a su compadre *El Julepe*, para que lo baile encima del mostrador. ¡Qué bonita qu'es mi niña! Ja, ja, reían. Por mediación de las dedicatorias, aguzando el ingenio, se lanzaban pulla tras pulla. Una admiradora dedica al Paquirri: ¡*Qué poca palabra tienes!* El Paquirri dedica a una admiradora que no sabe quién es pero se lo piensa: *Como se quiere a una Madre*. Etcétera. La Tibidaba dedica a su marido: *Tú ya no soplas Jo, jo. Je, je*. La Tibidaba se cabreaba, pues ella no había encargado tal dedicatoria. Algún gracioso que había obrado por su cuenta; por su cuenta y riesgo, naturalmente.

El Candel se acerca a casa del Redondo. Sale su mujer. El Redondo no está.

—Está en casa de la trapera. Siempre anda metido allí.

El Candel se aproxima a casa de la trapera, que está en la calle 7. Desde allí, el bullicio de la fiesta queda un poco lejano.

Le da un poco de vergüenza al Candel entrar en casa de la trapera, pues no conoce a nadie de allí. A un chaval que pasa le dice:

—Oye, *nano*; entra ahí y dile al Redondo que el Paco lo llama, que salga un momento.

El Redondo sale.

—Anda, pasa, no te estés ahí.

El Candel dice que no, que sólo quiere decirle una cosa.

—Venga, entra. No tengas vergüenza.

Uno no sabe por qué la gente dice siempre eso de no tengas vergüenza en momentos tan inoportunos, de un modo que se entera todo el mundo, haciéndote azorar.

Entra el Candel, y el Redondo lo presenta:

—Aquí un señor amigo mío.

El Redondo, aunque comunista, tiene ínfulas de grandeza. Con esto de: un señor, piensa que deslumbra un poco a la concurrencia.

Al Candel le dan una silla para que se siente. El Redondo torna a la suya:

—Pues sí, yo creo que si se apela al Supremo, al Juan de Dios se le ha caído el pelo.

Siempre, en todos los círculos —el Redondo—, es el centro. Le gusta hablar. Le gusta que le tengan por un gran hombre. Le gusta hacer favores y después hablar de lo que ha hecho hasta la saciedad.

—Desde luego, yo tengo una amistad de mucha influencia y uno de estos días me acercaré a verla.

Están toda la familia de la víctima: la madre, la abuela y el hermano. También hay algunos vecinos. Y algún otro pariente.

—Es lo que yo le dije a la letrada: Usted tenía que haber sacado a relucir lo de que el Juan de Dios era patrullero y dio el paseíllo a más de dos y a más de tres.

El Candel, un momento que puede, le dice al Redondo que si pueden salir a dar una vuelta, que le quiere decir algo. Dice que sí, el Redondo, y salen, Al despedirse, el Redondo recalca que si algo ocurre, ya saben dónde está su casa.

El Candel le cuenta al Redondo lo del papelico, la idea de que lo den por los altavoces. El Redondo lee el papel y se muestra conforme.

—Por mí no hay inconveniente. Al contrario. Yo hago por mosén Jorge todo lo que sea necesario. Yo, estos días, las cosas claras, no podía tragar a mosén Jorge, porque pensaba que era verdad todo lo que el abogado dijo. Pero hoy me he convencido de que no tenía ninguna culpa, y yo le ayudo en todo lo que sea. Ya ves que yo no puedo tragar a los curas, las cosas claras, pero él es una buena persona y me merece todas las consideraciones. Además, que aunque sea cura, es un hombre como los demás. ¿Es verdad o es mentira?

—Sí, es verdad.

—Yo, las cosas claras. Tal como te lo digo a ti, se lo he dicho a él esta tarde. Yo no creo en Dios, yo soy ateo, yo no voy a misa, pero en mí tiene usted un amigo, para lo que mande servir. Y me ha dado la mano y yo se la he estrechado, sin besársela, porque eso son tonterías.

—De todos modos él no te la hubiera dejado besar. Hubiera bajado la mano, retirándola, si te hubiera visto hace el gesto. A él no le gusta que se la besen.

—Nada, nada. Yo soy así. Las cosas claras. Yo ya se lo he dicho a él. Y ya le he dicho que cuando quiera estoy dispuesto a echar una parrafada con él, a hablar con él de lo que sea, a discutir de lo que quiera, Porque cada uno tiene sus ideas, pero yo respeto las ideas de quien sea, siempre y cuando respeten las mías.

Al Redondo parece que le dan marcha. Habla en un tono entre jactancioso y dogmático, entre despectivo y humano, entre postura de hombre que está de vuelta de todo y hombre que aún va a convencer a los demás.

[—Yo, te lo digo sinceramente, no creo en los curas porque veo que todos son unos sinvergüenzas, que no trabajan y viven a costa del obrero, pero mosén Jorge es diferente, en esta sola tarde lo he podido comprobar.

El Candel se cree en la obligación de sacar un poco la cara por el desprestigiado

ramo sacerdotal.

—Hombre, yo creo que tú no puedes hablar mucho así, que tú no has tratado a muchos curas.

—¿Que no? Yo estuve en el Hospital Militar, con las monjas, y sé lo que son.

—Hombre, las monjas no son curas.

—Bueno, bueno. Viene a ser lo mismo. Además, el cura del Regimiento donde estuve sirviendo, siempre iba de paisano, para mejor poder ir con fulanas.

—Hombre, pero un cura no lo son todos.

—Nada, nada.

—Hombre...

—Que no me convences, que no.

—Homb...

—Te digo que no.

—Hom...

—No, no.

Mueve la cabeza como un péndulo.

—No, no...

—No.]<sup>[6]</sup>

El Candel vuelve a lo del papel, que es lo que interesa.

—Lo mejor es que vayamos a ver al Carrasco, el director de la orquesta. Que lo lea él. El tiene mucha labia.

El Candel dice que bueno y van a ver al Carrasco. Está al pie del tablado de la orquesta, ultimando detalles antes de dar comienzo a la actuación. El tablado está en una de las replacetas. El Carrasco lleva la camisa mambo, como todo el conjunto, menos el vocalista que lleva una blusa se seda azul, de mangas amplias. El vocalista es un albañil de Port, que ha cantado en bastantes *varietés*, y que tiene una foto, así vestido, con su firma, una foto que publica en todos los programas de fiestas donde actúa. El Flamenco, también con camisa mambo y con la boina hasta los ojos, sentado ante la batería como un cochero de casa regia en el pescante, está probando los cacharros o instrumentos. El Carrasco dice que leerá la nota luego, cerca de la media parte, que será cuando habrá más gente, y hará más efecto. El Carrasco aprecia mucho a mosén Lloveras porque cuando se casa algún amigo suyo y él va al casamiento, mosén Lloveras le permite que toque el armonio en honor de su amigo y no les cobra nada por ello. El Carrasco era uno de los que estaba convencido de que el cura no tenía nada que ver en todo aquello.

—Yo se lo he dicho a todo el que me ha querido oír. Eso no es verdad. Mosén Jorge no es capaz de hacer eso. Si lo sabré yo, que siempre que voy al casamiento de alguien me deja, etc.

El Redondo y el Candel, mientras aguardan la medía parte y a que den la nota, se

van al bar del Juan a tomarse una cerveza. En el bar, en una mesa solos, están el José y el Perchas, hablando como dos conspiradores. El José siempre está elucubrando cosas raras. Dice que sabe tanta ortografía como el Candel, a pesar de que éste escribe novelas. El José, a lo mejor, algún día, también escribe una novela. Aunque no; él mejor hace un guión de cine, que dice se paga más. El José tiene un hueco entre un colmillo y una muela, como si le faltara algún diente. Pero no le falta ninguno. Es de nacimiento.

—José, ¿cómo es que te falta un diente?

—Si no me falta ninguno. ¿Lo veis? Ninguno. Los tengo todos. Esto es de nacimiento.

El José le dice al Candel:

—Anda, tú que sabes tanto. ¿Cómo se escribe enseguida? ¿Junto o separado?

El Candel, así de golpe, las cosas no las sabe muy bien.

—Enseguida se escribe junto. Enseguida. Sí, junto claro.

—Pues no. Se escribe separado. En se-gui-da. —Recalca las sílabas, como si así demostrara más la separación de en y seguida.

—A mí me parece que no —dice el Candel.

—¿Té apuestas la convidada de los cuatro?

El Perchas desliza ladino:

—Ande, amigo, apuéstesela.

—¿Y por qué no se la apuesta usted?

—Porque a *muá* no se lo han preguntado, y porque yo le doy la razón al José.

El Candel no quiere complicaciones.

—Sí, tal vez se escribe separado. Yo, en este momento, no lo recuerdo bien. Aunque me parece que no.

El José se va a su casa a buscar una novela en la que ha marcado los «en seguida» con un lápiz rojo. Tiene razón. En seguida, se escribe separado.

—Si se llega a apostar usted la *convidá*...

Mientras el José ha ido a buscar la novela, el Redondo le ha dicho al Candel:

—Ese José es un pelma.

Al Redondo no le hace mucha gracia el José por eso, porque con él no se puede hablar mucho ni demasiado seguido. Constantemente interrumpe para llevarte la contraria.

La novela que ha traído el José es *Relato Inmoral*, de Wenceslao Fernández Flórez, y no tiene muchos «en seguidas».

—Este libro está muy bien.

El Candel se encoge de hombros.

—¿Sí? No lo he leído.

—Está publicado antes de la guerra. Ahora no lo dejarían publicar.

Toman la cerveza y el Redondo se lleva al Candel afuera, separándolo del José, a quien no puede tragar.

El Carrasco y su conjunto han empezado la actuación. El Carrasco, con el micrófono en los brazos, como una lánguida amante, lanza máximas creaciones, una tras otra: *En Forma, Mambo n.º 1, Rompiendo Cristales, Chatanoga*, La gente se contorsiona como poseídos por el demonio, como epilépticos. Levantan una polvareda enorme. Chocan entre ellos. Se pisan. La trompeta lanza sus notas agudas. ¡Ta-ta-rí, ta-ta-rííí!

—Hay que ver lo que es capaz de padecer la gente para divertirse —dice el Redondo.

—Si es la vida —dice el Candel, pues esto es lo que se dice siempre en estos casos.

Junto al tablado de la orquesta se ha formado un corro de curiosos. El Redondo y el Candel se acercan. Son el Serapio y su mujer la Serapia, que están bailando; El Conjunto Carrasco está interpretando un mambo de Pérez Prado. El gentío salta y baila a un ritmo espeluznante. El Serapio y la Serapia bailan jotas. Se las cantan ellos, sin que el estruendo del mambo los amilane y los haga desentonar. El Serapio es bajito, barrigudo, con un bigote blanco. Lleva los pantalones arremangados, como si fuera a regar.

—Serapio, ¿que vas a pasar el río?

Va en camiseta de manga corta y lleva faja. Parece un puchero con una gorra en lugar de tapadera. La Serapia parece una olla, con sayas negras y bigote negro. Llevan unas grandes castañuelas que *zurren* mientras bailan. ¡Clac-clac, clac-clac! Unas castañuelas que hacen más ruido que las maracas del Flamenco.

La orquesta prosigue con su ritmo y sus melodías. De pronto suena el clarín. ¡Ta-ra-rí-ta-ra-rííí...! ¡¡¡*Ball de rams*...!!! Muchos dicen:

—Suerte que yo este baile no lo he bailado.

—Yo ya me lo veía venir. En cuanto han empezado con un pasodoble me he dicho: ¡miau!, el ramo. ¡Si tengo una vista!

Algunos que han bailado, tampoco pagan el ramo. Ellos son unos carotas. Y presumen de esto.

Aquí en estos barrios no se privan de nada. Hacer el baile del farolillo, con las luces apagadas, cada pareja con su farolito de papel, mientras la orquesta carraspea un *Vals de las Velas* que deja bastante que desear; un vals cojo que se arrastra como los tangos, Las parejas se duermen y se dicen ternezas. Un grupo de gamberros grita:

—¡No *aprevecharsus*!

También hay el baile perfumado. Los de la Comisión se mueven por medio de las parejas rociando a todo el mundo con máquinas de *flit*.

Ya cerca de la media parte el Conjunto Carrasco ataca un popurrí. El Carrasco

mira al Redondo y al Candel, que están cerca del tablado, significativamente; como diciendo: ahora es cuando hay más gente, ahora está esto en sazón. Da un golpe seco con la batuta y corta el popurrí. Se agarra al micrófono.

—Señoras y caballeros, interrumpimos por un momento nuestra actuación para dar lectura a la siguiente nota que nos ha sido facilitada hace unos breves momentos. Se trata del padre mosén Jorge, a quien todos tan bien conocemos y que tanto ha hecho por estas barriadas.

El Carrasco se explica por su cuenta y hace más literatura que el Candel. El Carrasco es así, Al Carrasco siempre le ha gustado dar ambiente a las cosas. Hace un hermoso panegírico sobre mosén Lloveras. Cuando dice todo eso de que no tiene nada que ver con los cargos que se le han imputado, producto de una falsa y malévolamente interpretación (añade otros calificativos por su cuenta, pisándole el terreno al Candel), y de que la familia de la víctima facilitará toda clase de detalles, el gentío rompe a aplaudir y a gritar: ¡Viva, viva! La ovación es unánime, estruendosa. Al Candel se le pone la carne de gallina. Si mosén Lloveras hubiera estado presente, también se le hubiera puesto. Sus ocho años en la parroquia, su darse constantemente, no han sido hechos baldíos.

El Carrasco baja del tablado.

—¿Qué os ha parecido?

El Redondo y el Candel le golpean la espalda.

El Candel se va para su casa. Hay gente durmiendo en las aceras, a quienes parece que no molesta el ruido de la fiesta. En la calle 21, un matrimonio procrea, El Candel, gamberro, les grita:

—¡Hala, hala! ¡Al avió, al avió!

El hombre cesa en sus forcejeos y lo mira sorprendido, como diciendo: ¿Qué le pasa a éste? Luego vuelve a su tarea.

El Candel sigue para su casa. El ruido de la fiesta se debilita a sus espaldas. Quiere que esto —los vivas de la gente, la emoción del momento— le inspire una hermosa poesía.

Ristras de ángeles, por el cielo estrellado, van pulsando corazones.

Saca una libretita para anotarlos, pero el Paseo del Puerto Franco está tan oscuro que no se ve. Entonces lo va repitiendo mentalmente, mentalmente, mentalmente. Cuando llega a casa lo anota.

## La procesión

Estaba contento. No sabía por qué, pero lo estaba. Mejor dicho: sí que sabía por qué. Lo que ocurría es que estaba contento como cuando a veces no sabía por qué lo estaba (¡Vaya taco!)

Corría arriba y abajo, ordenando. No tan espesos. Más separados. Hay que cubrir terreno. Dar la sensación de longitud con poca gente. Las procesiones son así: al principio pocos y al final muchos. En las procesiones no ocurre como en los toros, que todo él mundo llega temprano.

Estaba contento. Al moverse arriba y abajo, sonreía a todo él mundo. Empujaba con suavidad, con delicadeza. De buena gana hubiera abrazado a todo al gentío.

La alegría era mucho más grande que el motivo. Todo había acabado bien. Como en las películas. La vida también tiene esas cosas.

Todos los años ordenaba la procesión. Los niños por aquí, las mujeres por allá, los hombres acullá. Los de la Primera Comunión —con sus trajes de novia, ellas; de marinos y almirantes; ellos— bien agrupados, bien uniformados. Los del coro que cantarán ahora. Etcétera. Este trabajo no le gustaba. Hubiera preferido ir con el clero, junto a la Custodia, entre las nubes del incienso, donde parece que se está al cabo de la cosa. Aquí, al principio, marcando el itinerario, era como ir en vanguardia y en descubierta. Claro que esto, en la guerra, debía de ser emocionante. Aquí, no.

Este año no se quejaba de esto. Estaba contento. No sabía por qué. Sí que lo sabía. El júbilo compensa.

La Banda de la Cruz Roja rasgaba el aire con sus trompetazos y redobles. Cuando la bendición, en los altares que jalonaban el trayecto, tocaban el Himno Nacional. Por debajo de los *leguis* se les veía, a algunos, zapatos encarnados en lugar de negros. Esto estropeaba el conjunto. De todos modos, aquellos músicos todos eran bajitos y feos, conque era igual. Ellos hacían verdad aquello de que el Arte está reñido con los guapos. Y él, además, estaba contento. El Paco le había dicho lo de los aplausos. Buen muchacho, el Paco.

El señor rector llevaba la Custodia. Sudaba. Hacía más bulto la Custodia que él. Tan pesado como poner orden, debía de ser esto, era esto. Él, un año, la había llevado. Claro que la carga era dulce, pues se ofrecían las molestias más directamente, ya que había una especie de tú a tú con Dios allí delante, a la altura misma de las narices.

El cielo estaba azul. El sol daba de plano en la Custodia. Brillaba. Las barras del palio, también. Iban por el Paseo del Puerto Franco, bajo un techado de acacias. Verde. Azul. Amarillo. Color. Se emocionaba. Como un pintor novato. Los portadores del palio hacían filigranas esquivando las ramas bajas.

El teniente de la Guardia Civil llevaba el pendón parroquial. Los guardias, arma

al hombro junto a la Custodia, llevaban los tricornios en la espalda, sujetos al cuello por el barbuquejo. Los tricornios iban adornados con escarapelas y galones dorados. Los tricornios son feos, son antiestéticos. Así lo eran menos, pensaba. En cuatro zancadas llegó a la cabeza de la procesión, que se había detenido. A los urbanos de a caballo, que llevaban casco emplumado, como los mariscales, les pidió unos pasos más. La Custodia, de otro modo, no acababa de llegar al altar de la Colonia Bausili.

Iban más guardias civiles que otros años. No muchos más, claro. Él no quería. El señor rector, sí. El teniente les había dicho que si les parecía bien pedía refuerzos a Barcelona y traía una compañía entera. El teniente era un exagerado. Un conspicuo servidor del clero. Tenía que mirar en el diccionario qué quería decir eso de conspicuo.

No eran necesarios; los guardias claro. Sólo los de para adorno, los para hacer bonito, los de solemnidad. Más podían haberlo sido. Aunque tampoco. La gente no se amotina. La gente está aborregada. Claro que también podían haberse mostrado indiferentes —la indiferencia es peor que la sublevación—, y ahora le decían qué las Casas Baratas estaban más adornadas que ningún año. Esto emocionaba.

Él no era muy amante de las procesiones. De la de Corpus, sí. De otras, también. De todas. De ninguna. Entendámonos. No le gustaban demasiado las procesiones, pero admitía las serias, las sobrias, las como es debido, las necesarias; no las de carnaval, al estilo Andalucía. Aquí las hacían así. Incluso en esta de Corpus iban niñas disfrazadas de Samaritana, de Verónica, de María Magdalena. Y doce niños del Asilo vestidos de apóstoles, todos con más pinta de Judas que de San Pedro. Él se sentía, aun sin quererlo, catalán. Y hubiera querido sentirse flamenco, jaranero, por los de aquí, por esta gente a la que se debía y que según cómo hubieran ido las cosas o las interpretaciones hubiese tenido que abandonar. No, él no hubiese abandonado. Hubiera seguido. Pero le hubieran vuelto la espalda por las calles, le hubieran negado el saludo, hubieran llamado a confesar a los enfermos al señor rector solamente. Y él hubiera proseguido. Bebiendo su cáliz de hiel. Ayudando a los que le despreciaban. Amando a los que le odiaban. Y pasados los años, cuando hasta las jerarquías eclesiásticas hubieran tomado cartas en el asunto y le hubiesen obligado, o-bli-ga-do, a marchar de allí, todos hubiesen reconocido su error y, arrepentidos, habrían salido a despedirle, a decirle que no se fuera. Pero él, aun doliéndole, debiendo obedecer el inexorable mandato de las jerarquías, se iba. Había un buen tema para una novela. Se lo diría al Paco. Se iba. ¿Adónde? Un nudo se le hacía en la garganta, presintiendo un pavoroso vacío. Se lo diría al Paco. Había tema. Pero ¿qué jeremiadas, o mejor aún, gedeonadas, estaba pensando? Entraban en las Casas Baratas. En las bocacalles se agrupaba la muchedumbre. Había ristras de colchas de seda, tornasoladas colgadas en alambres. Eran las colgaduras que el señor rector indicaba en la Hoja Diocesana que se pusieran. Eran esas colchas que se compran, uno no sabe bien para qué, para

cuando ocurre una necesidad, uno no sabe qué necesidad, y que sólo se usan para engalanar las calles en las procesiones, como ahora, y para, de tarde en tarde, adornar la cama cuando se casa o se muere alguien. ¿Por qué los hombres se esfuerzan y gastan dinero en cosas que no sirven para nada y que permanecen más tiempo en la penumbra de los armarios y de las arcas que expuestas, pensó, por qué? ¿Por qué pienso esto, pensó, por qué? ¿Acaso porque según como hubiera ido todo no lo hubiera podido pensar, acaso? ¡Bueno! (En una procesión no está bien soltar tacos, aunque sean mentales, que si no...)

Pararon en el primer altar. Había una aglomeración tan grande que no quedaba espacio para el señor rector y la Custodia, para los del palio, para los guardias civiles. Acudió corriendo y empezó a apartar a la gente, a abrir espacio, a hacer un claro entre aquella gente que ayer lo miraba hostil y ahora no, y ahora como si no se acordara de nada, como si se acordara menos de lo que se estaba acordando él. Claro que si las cosas hubiesen ido de otro modo, otro gallo le cantara, dilucidó. O no. A veces se exagera. El Enrique, el Paquirri, el Paco y unos chicos de la Parroquia: el Chepet, el Delprat, el Ribera, el Mario, el Mariano, el Verdura, estaban por allí, arrodillados por allí. Habían venido a la procesión por él, como una especie de guardia de Corps. El hombre que tiene amigos no fracasará jamás. ¿De quién era esta frase? ¿De Sócrates? No. Ah, sí. De la película *¡Qué Bello es vivir!* Él no la había visto. El Paco le había dicho que estaba muy bien. Terminaba con esta frase. Un ángel se la dejaba escrita al chico en un libro de Mark Twain. Una cosa así. Estaba bien aquello. Sus amigos estaban arrodillados por allí, por si acaso, con una sola rodilla en tierra. La sola rodilla en tierra por no ensuciarse demasiado el traje, no por si acaso, claro, esto ya se comprende.

El altar estaba hecho lo mejor posible, con la mejor intención posible, y esto bastaba. Una mesa con mantel, una sábana de fondo, unos cirios, muchas flores, una figura de San José. En medio de la sábana, presidiendo, un cuadro enorme de la Virgen del Carmen, un cuadro de esos que aquí todo el mundo tiene en la cabecera de la cama. Una Virgen del Carmen que a los pies tenía una cohorte de almas del Purgatorio, unas almas diminutas y escrofulosas, surgiendo de en medio de rojas llamas. Debajo de este cuadro de la Virgen del Carmen, había otro pequeñito con una fotografía de la Virgen de Montserrat. Parecían la madre y la hija.

La devoción de aquellas gentes por la Virgen del Carmen era inconmensurable. Para ellos la Virgen del Carmen lo era todo: la querían más que a Dios. Algunos, cuando la guerra, llevaban, junto con él carnet de la FAI, una estampita de esta Virgen. Él, muchas veces, a su Virgencita de Port, se la había mirado un tanto apiadado. ¿Qué haces tú aquí en este destierro en él que nadie te mira ni se acuerda de ti? Él, a veces, se portaba como un chiquillo.

Una vez cantado el *Pange Lingua*, dada la bendición con la Custodia, tocado el

Himno Nacional, todos se levantaban. Los hombres se sacudían el polvo de las rodillas del pantalón, de la única rodilla que había tocado tierra. Las viejas greñudas besaban el suelo. Eran muy supersticiosas. En la iglesia habían gastado los pies del Santo Cristo, de tanto babosearlo, de tanto pasarle las manos. En ocasiones se indignaba. Pero se frenaba porque sabía que Dios no, que Dios no se indignaba, que Dios lo admitía todo, incluso los mocos de aquellas brujas, incluso su superstición.

Es una rara superstición iconográfica la religión que estas gentes se traen. La procesión del Corpus no les conmueve demasiado. Lo que ellos quieren es ver al Santo o Virgen al cual rezan. Poder tocarlo, poder besarlo, sobre todo besarlo. Lo besan una, dos, tres veces. En el Vía Crucis de Viernes Santo, aquel año, una gitana había besado dos o tres veces los pies del Santo Cristo, al acabar la procesión. El jefe de portantes le había reñido. La gitana le había dicho:

—¿Es que él Señor es de usted? El Señor es de todos.

El jefe de portantes tenía cara de sayón. El jefe de portantes no se quitaba la vesta de portante, durante la Semana Santa, ni para dormir. (Un año, una vieja le besó la mano, creyéndose que era un cura) El jefe de portantes era el librero de viejo de Port, el librero altruista. Vendía novelas rosas, y una vez vendió unos libros de Nietzsche, pero su director espiritual le llamó la atención.

Han llegado, siguiendo la calle Uldecona abajo frente a la calle Pinatell. Hay otro altar. En realidad hay demasiados altares y en todos no van a poder parar. Su corazón está agradecido. Decían que aquel año no iban a poner, y ahora ya lo veía.

En aquél van a pasar de largo. El altar en que se habían detenido últimamente estaba poco más arriba. En cuatro zancadas va junto al rector. Le interesa que se detengan en éste. En esta calle vive el Redondo y él ha organizado, ha dirigido la improvisación de aquel altar. Incluso se ha discutido y peleado. El que no trajera flores o algo para el altar se las iba a ver con él. Pero tú no vas a misa ni crees en estas cosas. ¡Es igual! ¿Pasa algo?

El Redondo está entre la muchedumbre y le hace señas. Un imperceptible saludo como diciéndole: ¿ve? Él se lo devuelve con la cabeza. Todo el mundo se arrodilla para la adoración. El Redondo, no. Cuando la bendición, tampoco. Pero se inclina, se agacha. Un poco más, y las rodillas tocan al suelo. De todos modos, aquello es el no va más. Dios no pide demasiado. Dios debe de estar contento.

La procesión sigue. Doblan por la calle Pontils y salen a la calle Tortosa, la arteria principal. La procesión es un río de gente. Van apretujados. Es difícil guardar el orden. Él está contento. No sabe bien por qué. Sí que lo sabe. Y ya no se preocupa mucho de ordenar, de encauzar, de procurar que cada uno vaya en su sitio. Además, es imposible. Por ver este espectáculo bien vale la pena pasar las tribulaciones que sean. Si todo hubiera ido mal... Le da un escalofrío. No hay que pensar en esto.

Este año es algo extraordinario el gentío. Él quiere pensar que en parte es en

honor a él, en desagravió él ¡Novelerías! Va casi tanta gente como a la procesión que ellos mismos organizan por la Virgen del Carmen, una procesión algo estrafalaria, pero escalofriante. Aunque a él no le gustan las procesiones, y menos al estilo andaluz, ante ésta inclina la cabeza, no del todo, claro, pero la inclina. También empiezan cuatro gatos, esa procesión; menos que en el empezar de ésta. Pero cuando terminan, las Casas Baratas en peso están en ella. La Patrona de Port tendría que ser la Virgen del Carmen. ¡Hum! Blasfemias, no. Además, él se sentía catalán.

Para esta procesión no sacan a la Virgen del Carmen que hay en la iglesia. Llevan una imagen que aquí en las Casas Baratas tiene él tío Paco en una habitación de su casa, en una especie de tabernáculo. La imagen de la iglesia es una talla de madera, con los ropajes esculpidos en esta misma materia. La imagen del tío Paco lleva un precioso manto negro, con bordados de plata. El tío Paco había sido él farmacéutico de las Casas Baratas. Todo el mundo lo quería mucho. Era una especie de santón. Además se le hinchaban los pies. ¿Qué ilación había entre ser santón e hinchársele los pies? Se echó a reír. Por dentro, claro.

Frente a las escuelas había otro altar. Pararon en él. Casi que por H o por B, paraban en todos. Las nubes de incienso tapaban al señor rector. La Custodia parecía que estaba en el aire. Era como un milagro. El sol se ocultaba ya.

Para la procesión de la Virgen del Carmen, él día antes trasladaban la imagen a la iglesia. Lo hacían anochecido. No iba casi nadie. Los cuatro hombres que habían logrado el honor de transportarla y algunas viejas y beatas más. Todos esperaban volcarse al otro día. Al otro día armaban la gorda. Traían incluso un predicador. Llevaban hachas y velas. El pendón de la Parroquia, como hoy. La Banda de la Cruz Roja, como hoy. Al finalizar, una vez depositada la Virgen en el tabernáculo del tío Paco, organizaban una traca. Y estaban muy contentos porque decían que su procesión era la más maja de todas las que se hacían en la misa. (Por aquí, la mayoría, a la iglesia le llaman la misa, y esto a nadie le extraña.) Volvió a reírse. Otra vez por dentro. Estaba contento; sí.

Aquellas miserables gentes estaban muy pagadas de su procesión de la Virgen del Carmen. Ahora, además, estaban más que contentos. El señor rector les daba toda clase de facilidades para que la hicieran. Y tanto él como el señor rector estaban orgullosos de presidirla. El rector de antes, no. El rector gordo de antes no hacía más que poner impedimentos y buscar complicaciones. El otro rector había creado como una especie de separatismo en el culto parroquial, o tal vez, bien mirado, había intentado abolir ese separatismo de imágenes a quien nadie pone trabas. Decía que igual era una virgen que otra. Que los mismos atributos tenía la del Port que la del Carmen. ¿A qué una tanto-tanto y la otro nada-nada?

—¡Ay!, pues, que se haga una procesión él para su Virgen —decía la gente, que todo esto no lo veía muy claro.

Un año les negó, les prohibió que hicieran la procesión. En su Parroquia sólo se hacían los cultos que él ordenaba. ¡Bueno; qué les dijiste a los de las Casas Baratas! Se pusieron fritos. Moverían el cielo y la tierra, pero la harían. Formaron una comisión y, con el tío Paco al frente, fueron a ver al señor rector. Este, a fin de achantarlos, a fin de apabullarlos, les pidió dinero por tener la imagen de la Virgen aquella noche en la iglesia, por presidir él la procesión, por buscarles un predicador, por,... Ahora, en tanto rememoraba esto, le salían los colores a la cara. Pero más le habían salido cuando tuvo que ir en la procesión, con el rector a su lado, adivinando en las mentes de todos que igual era él que el otro, y ellos igual que todos, que todos los curas, se entiende. El otro rector no estaba en sus cabales; qué iba a estarlo. Hombres así no tenían que ser ordenados. Se mordió la lengua. ¿Quién era él para juzgar..., etcétera?

Llegaban a la salida de las Casas Baratas. Estaban en el último altar. En el de la calle 1, frente a la fábrica del Prat Vermell. En la procesión de la Virgen del Carmen, ahora hubieran empezado los vítores. ¡Viva la Virgen del Carmen! ¡¡Viva!! El predicador, sagaz, siempre decía: ¡Viva Cristo Rey! ¡¡Viva!! Un año en que había predicado él, había gritado: ¡Viva la Virgen del Port! ¡¡Viva!! En realidad, aquella gente no regateaba vítores ni aplausos. El año del impedimento fue la gorda. Se empezó con: ¡Viva la Virgen del Carmen! ¡¡Viva!! Para continuar gritando: ¡Viva el tío Paco! ¡¡Viva!! ¡Muera el cura gordo! ¡¡Muera!! ¡Viva el tío Paco! ¡¡Viva!! ¡Muera el cura gordo! ¡¡Muera!! El señor rector estaba congestionado. Él, entonces, no tuvo ganas de reírse. Ahora sí. Y no por dentro, sino por fuera. Alguien de su lado, un urbano de a caballo, lo miró. Disimuló.

La procesión salía de nuevo al Paseo del Puerto Franco. La banda de la Cruz Roja arremetía con más brío que nunca. Parecía mentira que aquellos hombres tan pequeños armaran tanto ruido. Debía de ser la perspectiva de que la cosa ya acababa. La procesión volvía a adelgazarse. Gran parte del gentío se quedaba en las Casas Baratas. Podía ponerse orden de nuevo. Anochecía. Estaba contento. No sabía bien por qué. O sí que lo sabía. Pero su alegría era como cuando no sabes por qué lo estás. Se lo decía. ¿Por qué? ¡Ah, si! Dios es bueno. La vida es bella. Quien tenga amigos no fracasará jamás. Dios es misericordioso. Dios aprovecha las circunstancias y te da una lección en cualquier cosa.

Llegaban ya a la iglesia, a la misa, que dicen por aquí.

Dios hace las cosas bien, como en las películas. Amén.

## Epílogo

El Francisco Candel, escritor, autodidacta, publicó otra novela. La de: *Solloza el viento entre los pinos*, no. Otra<sup>[7]</sup>. La de *Solloza el viento entre los pinos*, no ganó el concurso, no la quiso ningún editor. Probablemente el José y el Perchas tenían razón. El Francisco Candel, escritor, autodidacta, ahora ya no es tan joven, la vida no pasa en balde, ni, como se ve, tan inédito todavía, ¡caramba!

En la novela que publicó el Francisco Candel —*Solloza el viento entre los pinos*, no; otra— salían algunos amigos suyos, algunos amigos que escribían, como él, que pintaban, ya no como él, que esculpían, tampoco como él. El Enrique y él Paquirri, a algunos de los personajes, los reconocían.

—Ése es el [follao]<sup>[8]</sup> de fulano, ¿no?

—Aquél es aquel tío *desgraciao* medio muerto de hambre, ¿no?

El Enrique y el Paquirri nunca han considerado demasiado bien a los intelectuales.

—¡Leche, a ver cuándo escribes una en la que salgamos nosotros!

Otros de los que pululan por estas páginas dijeron lo mismo.

—... una en la que salgamos nosotros.

El Francisco Candel, cuando pensó que un día escribiría sobre ellos (véase el Prólogo), no creía que este día fuera a llegar jamás. Ahora ha llegado. Helo aquí.

El Francisco Candel piensa que sus personajes, a lo mejor, no leerán la novela. No sabe por qué, pero confía en ello. Si la leen, no sabemos, no nos lo imaginamos, pero según cómo se lo tomen, se armará la gorda. Estos tipos no son de papel, no permanecen quietos y olvidados en las páginas de un libro; estos tipos son de carne y hueso, y, en menos que canta un gallo, ¡flap!, que diría el Paquirri, te hinchan un ojo. En fin, ya veremos.

Al Juan de Dios le cayeron treinta años y un día; como decía la acusación privada, con menos no se iba a escapar. Al rengo lo metieron en un manicomio. Un día se fugó. Pero lo volvieron a coger.

La mujer del Juan de Dios ha ido al Dispensario Parroquial a buscar un bono para leche en polvo, donativo de los americanos. El tío Pedro, el señor Pedro, durante algunos días le dio un bono para la leche, pero un día se cabreó y la mandó, será mejor callar adónde la mandó.

—¡San Prisco bendito! ¡Hala a *escaparrar*; largo de aquí!

—Es que yo estoy muy necesitada.

—No te hubieras gastado los cuartos en querer sacar a tu marido de la cárcel. Antes bien la pillabas, Ahora que te den de comer los abogados.

—Mi marido es inocente, mi marido es inocente...

A la mujer del Juan de Dios no le valen coplas. El señor Pedro, que tiene muy

buen corazón, esta vez se muestra inexorable. En cierto modo él cree que la justicia habla por su boca.

El doctor del Dispensario tiene ya los planos para el nuevo Hospital, e incluso el terreno localizado. Lo que no tiene son cuartos para empezar. Él, de todos modos, confía en que esto será pronto. Siempre habla de la Providencia. La Providencia Divina por aquí, la Providencia Divina por allá.

Mosén Jorge Lloveras Espriu continúa con sus limosnas, con sus obreros, con su raro afán de reivindicarlos, con su despacho parroquial, segunda torre de Babel, con sus enfermos, con esta parroquia que necesita diez curas en lugar de dos, trabajando como un negro, con el rezo atrasado, con las mil anécdotas pintorescas que cada día le suceden, en las que cada día se encuentra. Ayer, no, anteayer, sin ir más lejos, se le dio un caso de bigamia en el despacho, o estuvo a punto de dársele. Apareció la verdadera mujer y se armó la de Cristo es Dios o la de Dios es Cristo, como se diga. Al candidato a bigamo lo han tenido unos días detenido y todo.

Durante un tiempo ha estado yendo a visitar a una vieja que estaba si la *diñaba*, si no la *diñaba*. La semana pasada, una de las veces en que fue a visitarla, la encontró durmiendo con una gallina. La hija de la vieja le dijo:

—Es un buen síntoma. Cuando estaba buena siempre dormía con la gallina.

Efectivamente, se ha curado. Está ya levantada, tomando tazas de caldo, para reconfortarse, pues se encuentra bastante débil, la cama come mucho.

Las Fiestas Mayores de la calle Tortosa, de la parte de arriba, han pasado ya, lo mismo que las de la parte de abajo. Las de Port, también. Las de Plus Ultra, ídem. El Candel, este año, no se ha presentado al Certamen Literario. Como que le han publicado una novela —Solloza, etcétera, no; otra— se cree ya un consagrado y se da de menos. En las Fiestas de la calle Tortosa, en la parte de abajo, un día tocaron sardanas. ¡Inverosímil! Este año ni en la calle Tortosa —tanto la parte de arriba como la parte de abajo— han tenido en cuenta al Conjunto Carrasco. El Conjunto Carrasco ya ni en La Bota toca. Conjunto Carrasco se deshizo, se fue a hacer puñetas. La vida es corta. Hoy así, mañana así. El Carrasco trabaja más que nunca para poder vivir. De sus pasadas glorias nada le queda. Remedando a Papini, diríamos que es un hombre acabado.

El tío del Paquirri, el Sisquín, se pegó en el trabajo con cuatro yeseros a la vez y lo tundieron.

—¡Claro, cuatro; ya podían, ya!

La Josefa le dijo al Siete:

—Siete, conozco una gachí que está por tus huesos.

Y le trajo al Lerele vestido de mujer.

El juicio del Juan de Dios, y la pelotera que consigo trajo, ha sido olvidado ya. Hay cosas que parece que van a ser eternas y no lo son. Incluso el rencor. Hay quien

ha asegurado que al Juan de Dios lo van soltar ya, y nadie se ha conmocionado demasiado.

El Michurella y su mujer tuvieron un crío que —¡qué cosa más rara!, decían los vecinos—: los padres tan feos y el hijo tan guapo.

La mujer del Michurella le pega a su marido, quiere acabar con él. El Michurella, esta madrugada, a las cuatro, en un arranque, cogió el cuchillo y por poco es él quien acaba con su mujer. Los vecinos tuvieron que acudir al quite.

La Carmela, la madre del Michurella, fue a cobrar lo que le dan cada mes, lo poco que alguien, no sabe quién, no le acaba de robar del todo y que le dan por ser marquesa o hija de un virrey, no lo sabemos bien, con ella nunca te aclaras. Estando en la cola, como iba tan andrajosa, la mujer de su lado se le apartaba, hasta que un empleado le dijo:

—Señora, si usted supiera quién es esta mujer, se inclinaría ante ella, como me inclino yo. —Y le hizo una reverencia.

Los de la taquilla de pagos, cuando la vieron, la hicieron pasar en seguida, y todo el mundo se quitaba la gorra, ceremoniosamente. Esto lo contaba la nuera de la tía Angustias, que estaba allí, y que también había ido a cobrar o arreglar algo. Si ella no lo llega a contar, no se lo cree nadie.

La Carmela, la madre del Michurella, está ahora en el hospital, en estos momentos tal vez *diñándola*, en estos momentos tal vez *diñado* ha. Las grandezas humanas, esto ya se sabe, todas acaban así. Uno, desde luego, nada puede remediar, así es que no nos pongamos tristes, ¡diablo!

El Redondo estuvo a punto de encontrar trabajo fijo, pero continúa siendo eventual.

El Rubio se-se-se-se va a casar.

El tío Pipa es ya pasto de gusanos. ¡Jo, jo!, que diría el Gata.

El Antonio, el rey de los gitanos, también palmó. Ayer lo enterraron. Murió de repente. Como que le gustaban mucho los melocotones, le han puesto un kilo de ellos en la caja, y uno en la mano, en lugar de un rosario.

Su mujer, la Iguagua, lloraba:

—¡Ay!, tan mal como me has tratado; pero yo bien me vengaba no dándote de comer, que el huevo que ponía la gallina yo me lo tomaba, y te decía que no, que no ponía, y tú, por eso, bien que la querías matar. ¡Ay!, etc.

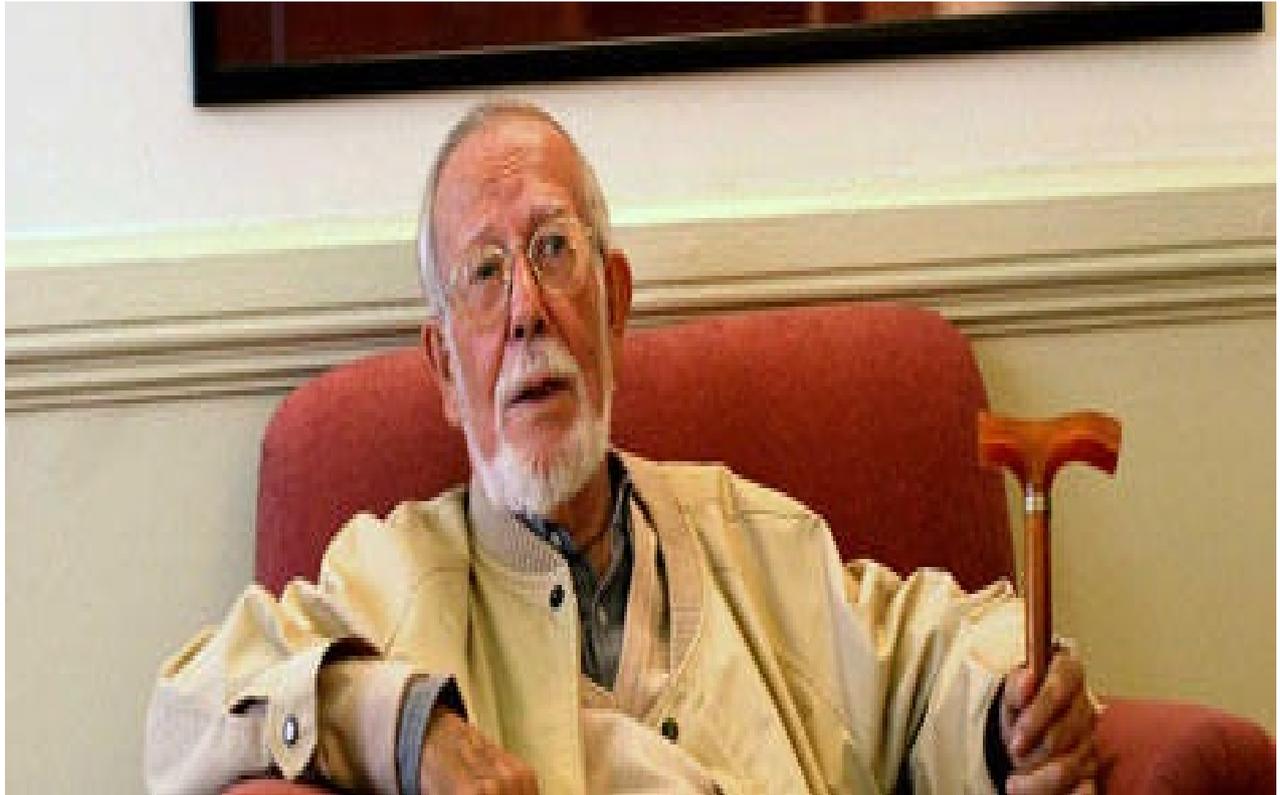
Todos los gitanos han ido al entierro, llorando también. Estaba como atontados, como alelados, porque el Antonio había muerto de repente. Se miraban unos a otros. Movían la cabeza arriba y abajo. Ayer bien y hoy en el ataúd. Aquello no era cosa de broma.

Las novelas, si no las cortaras, no se acabarían jamás.

Ese fenómeno misterioso que todos llamamos tiempo y que por lo que parece

todos estamos de acuerdo en que pasa, a lo mejor no, a lo mejor no pasa; a lo mejor está inmóvil y somos nosotros los que pausamos. Lo bonito sería demostrarlo. ¡Claro!

Barcelona, Port, 10 de octubre de 1956.



FRANCISCO CANDEL. (Casas Altas, 1925 - Barcelona, 2007) Escritor español. Su familia se trasladó a Barcelona cuando era aún niño, lo cual le permitió conocer de cerca los problemas de los suburbios proletarios de las grandes ciudades. En el caso de Barcelona, la inmigración proveniente de otros lugares de España durante los años cincuenta planteó problemas adicionales, como los de su integración en la población catalana residente y su aceptación por parte de ésta.

Candel hizo suyas estas preocupaciones, convirtiéndolas en materia literaria. Esta temática provocó la censura o la prohibición de muchas de sus obras por parte de la dictadura franquista. Candel publicó tanto obras en castellano como en catalán, estas últimas en traducción de Ramón Folch.

Su obra más conocida es el ensayo-reportaje *Los otros catalanes (Els altres catalans, 1964)*, que fue fundamental para que la sociedad se apercebiera de la situación que se estaba generando al aglutinar a los inmigrantes en las afueras de la ciudad de Barcelona. De este libro se realizaron numerosas reediciones y dio lugar a dos secuelas: *Encara més sobre els altres catalans (1973, Todavía más sobre los otros catalanes)* y *Els altres catalans vint anys després (1985, Los otros catalanes veinte años más tarde)*, en traducción de Estanis Puig.

Aunque algunos de sus restantes libros pertenecen a este mismo género periodístico —*Parlem-ne (1967, Hablemos de ello)*, recopilación de artículos en la prensa, *A cuestas con mis personajes (1975)*, *Un charnego en el Senado (1979)*, *El Candel contra Candel (1981)*, *Aquella infància esvaïda (1987, Aquella infancia*

*desvanecida*)— otros se enmarcan plenamente en el género de la novela —*Hay una juventud que aguarda* (1956), *Donde la ciudad cambia su nombre* (1957), *Han matado a un hombre, han roto el paisaje* (1959), *Los que nunca opinan* (1971) o del cuento: *Trenta mil pessetes per un home* (1968, *Treinta mil pesetas por un hombre*) y *Fem un pols, Hemingway* (1980, *Hagamos un pulso, Hemingway*).

Sus últimas obras fueron *El juramento y otros relatos* (1987), *La nova pobresa* (1989, *La nueva pobreza*), *Crònica informal, sentimental i incompleta 1936-1986* (1992, *Crónica informal, sentimental e incompleta 1936-1986*), libro de memorias, y *Un Ayuntamiento llamado «ellos»*. Candel mantuvo asimismo una actividad destacada en el mundo de la política activa de izquierdas, siendo senador en las filas del partido Entesa dels Catalans (1977-1979) y concejal de cultura del Ayuntamiento de Hospitalet de Llobregat, Barcelona (1979-1983).

# Notas

[1] Este fue el trozo que en lugar de lo censurado nos dejaron colocar para remediar el desaguisado:

«—¡Cabronazo!

—¡Cuando se entere mi marío te mata!

Lo sacaron a la calle y empezaron a tirarle del pelo, a sacudirle entre todas. El Perchas forcejeaba, intentaba defenderse, pero como si nada.

—¡Matarlo de una vez! —decía su mujer.

—¡Sí, vamos a matarlo!» <<

[2] Repasando las fichas médicas del Dispensario hemos hallado alguna muerte y algún dato la mar de originales:

Fulana de Tal: Padre + (la cruz es muerto) tuberculoso; madre + a disgustos.

Mengana: Padres + de enfermedad.

Zutana: edad, no lo sabe.

Etcétera. <<

[3] En las primeras ediciones, censura no consintió esta inocente broma sobre el Ejército. En su lugar colocamos esta sosada:

«El Juan de Dios, discurriendo o planeando, era un caso que no tenía remedio.»

<<

[4] Tan largo fragmento no dejaron sustituirlo por otro texto suavizado o rebajado de contenido. <<

[5] Este «coño», el único que aparece en el libro, fue colocado de extranjis y fue como un gol que le metimos a la censura. La palabra «coño» estaba absolutamente prohibida y raras veces colaba. Así que yo, en el manuscrito, no había redactado ninguna palabra, solamente estos signos de puntuación «¡...!» Con la advertencia del paréntesis, de que se trataba de un taco redondo, bueno y puro y no un sucedáneo, el lector avisado podía imaginar la palabrota. De todos modos, y en la compaginadas que fueron a la imprenta, yo, por mi cuenta y riesgo, sin avisar al editor, y sin pensar en el compromiso que lo ponía si se daban cuenta del cambio, y porque me dió por ahí, coloqué «coño» con todas sus letras. Confiaba que censura no cotejaría esta página, sólo las intervenidas por censura, como así fue. <<

[6] Texto suprimido por censura. La Iglesia era tan intocable como el Ejército. <<

[7] Véase *Hay una juventud que aguarda*, Reno, editorial Plaza-Janés. <<

[8] En su lugar pusimos «gilipollas». <<